LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

891.85
S57
LT18

Enrique Sienkiewicz

EL SEÑOR SECRETARIO

NARRACIONES

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

El señor Secretario

El organista. - La bienvenida. En el Olimpo.

NARRACIONES

La traducción del polacò
ha sido hecha por N. Tasin.

MADRID, 1921

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8. — MADRID

891.85
S57
LT18

Enrique Sienkiewicz nació en Polonia en 1846. *Después de haber terminado su bachillerato, pasó a la Universidad de Varsovia, en la que cursó sus estudios de Filosofía y Letras. Ya desde muy jovencito demostró gran inclinación y simpatía por la literatura; pero sólo fué en* 1872, *es decir, a la edad de veintiséis años, cuando vió la luz su primera obra, titulada*: Profeta en su país.

En 1876 *marchó a América, y ya desde aquella fecha su vida transcurrió toda en un incesante cambiar de países y latitudes, acompañado siempre, sin embargo, por su profundo y nostálgico amor por la patria lejana, fiel compañera y elocuentísima musa del trashumante escritor. Peregrino eterno, sólo se detuvo un día para encontrar en aquella tregua el reposo también eterno. Fué en Vevey (Suiza), donde la gran guerra le sugirió su última idea, su gran idea de patriota, noble y fecunda: la de crear un Comité de socorros para las víctimas del gran desastre mundial en Polonia. Allí le sorprendió la muerte, mientras ejercía las funciones de presidente en aquella benéfica institución. Era en* 1917.

* * *

Enrique Sienkiewicz es una de las figuras más salientes en la literatura mundial del pasado siglo. Su famosísima novela Quo vadis?, *salida a la luz*

en 1895, *acrecentó su renombre en su patria y fué, por decirlo así, su tarjeta de presentación ante el público de todas las naciones europeas y americanas, que le acogieron sin reserva como a uno de los más geniales maestros de la novela.*

Sin embargo, no es Quo vadis?—*con todas sus excelsas cualidades—la obra más intrínseca y sobre todo la más característica del célebre escritor polaco. Su verdadera y compleja personalidad hay que buscarla, no ya tampoco en estas obras de grandes proporciones que se llaman* Por el fuego y por la espada, El Diluvio, Micer Wolodyjowski, *que constituyen la más grande epopeya nacional de Polonia, o en* Los Cruzados, *esa inapreciable joya de la literatura histórica, sino en la serie de cuentos y narraciones salidos de su pluma en el transcurso de una vida errante y contemplativa, y en las que recogió lo más esencial de cada tierra, visto y estilizado a través de su temperamento.*

De sus numerosos viajes brotaron manantiales de hermosas y vastísimas inspiraciones: Sachem, Por el pan, Recuerdo de mariposa, Orso, A través de las estepas *y tantas y tantas otras que conservan como el perfume de su prolongada estancia en los Estados Unidos, en California.* En la Costa Azul, Impresiones de Italia, Sigámosle, *etc., etc., y ese croquis tan vigoroso y cálido de color y de luz que se titula* La corrida de toros en España, *atestiguan con suma elocuencia el profundo conocimiento, lleno de apasionada simpatía, que poseía Sienkiewicz de los países mediterráneos.*

Pero donde se refleja todavía con mayor fuerza y nitidez su sutil talento de observador y de psicólogo es en las novelas y narraciones donde describe las gentes y las cosas de su país. Grande, profundo, casi excesivo, fué el amor que sintió Sienkiewicz toda su vida por su querida y desventurada patria; pero nunca ese cariño amortiguó en él el severo juicio crítico, la ecuánime apreciación de los defectos, de los vicios de sus compatriotas. El amor de la verdad a ello le empujaba. Los Esbozos al carbón, *y la grande epopeya burguesa* La familia Polamiecki *y* En la Costa Azul *son las más elocuentes manifestaciones de este ecuánime sentido crítico.*

En el presente volumen ofrecemos al lector algunas de esas narraciones, que compendian de un modo casi completo la compleja personalidad del célebre escritor.

EL SEÑOR SECRETARIO

I

En la Secretaría de la Casa Consistorial del pueblo de Barania Glowa reinaba el más profundo silencio.

Francisco Burak, labriego ya entrado en años, que a la sazón era alcalde del pueblo, estaba sentado ante la mesa, acodado en ella, borroneando trabajosamente y con meticulosa atención unos renglones, mientras el señor Zolzikiewicz, joven de risueño porvenir, secretario del ayuntamiento, permanecía en pie junto a la ventana, ahuyentando con la mano las moscas, que no cesaban de importunarle.

Eran en tal número los porfiados insectos, que más que una dependencia municipal parecía aquello una cuadra o un establo. Ya no conservaban las paredes huella alguna de su primitivo color: tan espesa era la capa de excrementos que las moscas habían ido acumulando en ellas; en aquel momento lo invadían todo: el marco y el vidrio de la santa estampa que colgaba del testero de la sala, el crucifijo puesto debajo y la mesa y el

papel y el sello y los libros del Municipio, y aun la calva del señor alcalde, por la que paseaban sin el menor respeto, cual si se tratara de la calva del último de los regidores.

Pero lo que de un modo especial las atraía era la cabellera untada de pomada a base de clavel del señor Zolzikiewicz... Todo un enjambre revoloteaba por encima de aquella cabeza, recorriendo la blanca raya, formando en ella, y sobre los cabellos, manchas negras, movedizas y animadas. De vez en cuando, con la mayor prudencia y circunspección, alzaba el señor Zolzikiewicz la mano y la dejaba caer de improviso; oíase entonces el chasquido de la palma, al dar contra la cabeza; esparcíase el enjambre por los aires, zumbando malignamente, y el señor Zolzikiewicz inclinaba su tupé, sacaba los cadáveres aplastados de su lisa cabellera y los arrojaba al suelo.

Eran cerca de las cuatro de la tarde. En todo el pueblo reinaba el más profundo silencio, pues casi todos sus habitantes estaban ocupados en las faenas del campo. Sólo una vaca se restregaba contra la pared, bajo la ventana de la Secretaría, y alargaba de vez en cuando la testa, mostrando un hocico del cual colgaban gruesos hilos de saliva. A veces levantaba el pesado testuz, sacudiéndolo hacia atrás para ahuyentar las moscas y dando topetazos contra la pared. Entonces el señor Zolzikiewicz se asomaba por la ventana y gritaba:

—¡Así, demonio...!

Luego mirábase y remirábase en un espejito colgado junto a la ventana, alisándose cuidadosamente los cabellos.

Por último, el alcalde rompió el silencio.

—Oiga, Zolzikiewicz—dijo—: a ver si me escribe usted este oficio, que yo no puedo con él; además, ¡qué caramba!, por algo es usted el secretario.

Pero aquella tarde el señor Zolzikiewicz estaba de mal humor, y cuando estaba de mal humor no le quedaba otro recurso al señor alcalde que apañarse él solo.

—Sí, soy el secretario, ¿y qué?—contestó Zolzikiewicz despectivamente—. Un secretario puede escribir al jefe del distrito, al comisario, etc., etc.; pero a un triste alcalde de villorrio, igual que usted..., ya puede usted hacerle el honor de escribirle de su puño y letra.

Después de una breve pausa añadió con olímpico desdén:

—¿Y qué es para mí un alcalde?... Un campesino, nada más... Y hágase lo que se quiera de un campesino..., campesino se queda por todos los días de su vida.

Alisóse de nuevo los cabellos y volvió a contemplarse en el espejo.

Sintióse el alcalde ofendido en su amor propio y contestó:

—¡Mire usted qué gracia!... ¡Cómo si no hubiera yo tomado nunca el te con el comisario!...

—¡Valiente cosa!—repuso el otro con displi-

cencia—. ¡Apuesto cualquier cosa a que el te era sin ron!...

—¡Mentira, fué con ron!...

—Bueno, pongamos que con ron; pero ni aun así me siento dispuesto a escribirle a usted ese oficio.

Entonces, incomodado, el alcalde exclamó:

—¡No sé por qué con esa facha tan distinguida se rebajó usted hasta solicitar un simple destino de secretario municipal!...

—¿Acaso me dirigí a usted para obtenerlo? Si no hubiera sido por mis buenas relaciones con el jefe del distrito...

—¡Famosas relaciones! Cuando viene por ahí nunca tiene usted ánimos para decirle esta boca es mía...

—¡Burak, Burak! ¿Sabe usted que tiene la lengua muy larga? Ya estoy hasta la coronilla de tanto rústico, de tanto patán, y de toda esa alcaldía de chicha y nabo. Un hombre bien educado no puede por menos de volverse ordinario y vulgar en medio de ustedes, y vive Dios que si un día me enfado, les voy a dejar a todos plantados con un palmo de narices.

—¡Bah!... ¿Qué haría usted?

—¡Cómo! ¿Creerán acaso que si salgo de este Ayuntamiento me voy a ver en mitad de la calle? Un hombre educado y con instrucción, fácilmente se abre camino en todas partes... Precisamente ayer, sin ir más lejos, me dijo el inspector Stolbiki: «Tú, Zolzikiewicz, serías un lince como subins-

pector, porque eres de los que oyen crecer la hierba.» Cuénteselo usted a esos palurdos y dígales que esta alcaldía ni me llega a la suela de los zapatos... Un hombre bien educado...

—¡Caramba, hombre, caramba! Pero si usted nos deja, no por eso vendrá el fin del mundo.

—Ya se ve que no vendrá el fin del mundo; pero no dejará usted de pasar buenos aprietos, metido aquí, solo, de bruces sobre los libros. ¡Otro gallo le cantaría a usted!

Rascóse el alcalde la cabeza y dijo:

—¡Hombre, hombre! En cuanto se le dice a usted una palabra se pone hecho una furia...

—No tuviera usted la lengua tan larga...

—¡Bueno, bueno!... Ya me callo.

Y otra vez volvió a reinar un profundo silencio, tan sólo interrumpido por el crujido de la pluma sobre el papel bajo los dedos del alcalde.

Finalmente, éste se puso en pie y, limpiando la pluma en la manga de su chamarreta, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Ya he terminado.

—A ver: ¡lea esos garrapatos!

—¡Qué garrapatos ni qué ocho cuartos! He escrito cuanto era menester, y basta.

—¡Que los lea le digo, hombre!

Cogió el alcalde el papel con las manos y empezó a leer:

«Al alcalde del pueblo de Wrzeciadza. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. El jefe del distrito, señor Kozel, quiere que

las inscripciones militares estén delante de la Virgen y las listas de la parroquia en casa del cura párroco, y que los mozos y los segadores jornaleros estén también inscritos delante de la Madre de Dios, que hayan cumplido los diez y ocho años, y si no lo cumple usted, caerá usted en falta; lo que como a mí mismo le deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Zolzikiewicz soltó la carcajada.

—¡Ahí va eso!—exclamó.

—¿Lo haría usted mejor, eh?

—¡Claro! Y voy a hacerlo en seguida, pues se me caería la cara de vergüenza si saliese una cosa así de Barania Glowa.

Y sentándose tomó la pluma, trazó con ella unos rasgos en el espacio, como para tomar empuje, y púsose a escribir con rapidez. Pronto el oficio estuvo listo; alisóse el secretario los cabellos, y empezó a leer en alta voz:

«El alcalde de Barania Glowa al de Wrzeciadza:

Como quiera que las listas de reclutamiento, en virtud de las órdenes de las autoridades superiores, deben ser presentadas el día... del corriente mes, avisamos al alcalde de Wrzeciadza que las partidas de nacimiento de los habitantes de Barania Glowa, que se encuentran actualmente en la Secretaría de la Casa Consistorial, deben retirarse de allí y ser remitidas dentro del más breve plazo posible. Asimismo, todos los labriegos del pueblo de Barania Glowa empleados ac-

tualmente en los campos de Wrzeciadza deberán presentarse personalmente el mencionado día.»

Seguía el alcalde la lectura con grandísima atención, como si estuviese absorto en una meditación casi religiosa. ¡Perecíale tan hermoso y tan solemne todo aquello, tan impregnado de olor y sabor administrativo!... Sobre todo el principio: «Como quiera que las listas de reclutamiento», etcétera..., hacía las delicias del señor alcalde, que se perecía por aquel «Como quiera», sin que llegara nunca a saberlo emplear; es decir, emplearlo, ya sabía, lo que no acertaba luego era en terminar bien la frase. Zolzikiewicz, por el contrario, manejaba esta fórmula con la mayor soltura del mundo, pudiendo asegurarse que ningún secretario de Ayuntamiento de cualquier cabeza de distrito podía en ello aventajarle. Y luego, ¡qué modo de coger el lacre y de hacerlo gotear sobre el papel y de ponerle el sello encima, haciendo retemblar toda la mesa!

—¡Eso es tener cabeza, no hay que negarlo!... exclamó el alcalde.

—¡Bah!—contestó Zolzikiewicz, lisonjeado—. Por algo soy un secretario; es decir, un escritor.

—¡Cómo! ¿También escribe usted libros?

—¡Vaya una pregunta!... ¿Quién escribe el libro de actas y los libros de registros y los de cuentas?

—¡Toma, es verdad!—asintió el alcalde.

Y después de una pausa añadió:

—Ahora las listas se harán en un santiamén.

—Sí; pero es menester que piense usted en limpiar el Municipio de tanto canalla.

—¿Quién tendrá bastantes agallas para ello?

—Pues sepa que el jefe del distrito ya se ha quejado de la población de Barania Glowa. «Los borrachos», ha dicho, «forman legión; Burak no los vigila, y el día menos pensado se va a llevar un disgusto»...

—Sí; ya sé que de todo tengo yo la culpa. Cuando la Rosa Kowalicha parió, el tribunal la condenó a veinticinco azotes, con el único fin de hacerle recordar que no es esta una cosa que honre mucho a una muchacha. ¿Quién pronunció la sentencia? ¿Yo? Ni pensarlo; fué el Consistorio. ¿Qué me importa a mi eso? Si paren todas a la vez, ¿qué me va en ello? Fué el Consistorio quien la condenó; pero fuí yo quien cargué con la culpa.

En aquel momento dió la vaca tan formidable topetazo contra la pared de la Casa Consistorial, que la Secretaría pareció venirse abajo. Irritado el alcalde, gritó:

—¡Eh, guarra, no reventarás!

El secretario, que durante todo aquel tiempo había estado sentado encima de la mesa, se volvió hacia la ventana y se puso otra vez a mirarse al espejo.

—Le está a usted bien empleado; ¿por qué no las vigila mejor? Y con los borrachos le pasará otro tanto; ya se sabe: una oveja con sarna pronto se la pega a todo el rebaño. Todos, todos irán a parar a la taberna.

—¿Pero qué puedo yo hacer? Ya comprenderá usted que después de tanto sudar en los campos es inevitable que ardan los hombres en deseos de remojarse el gaznate.

—¡Hombre, haga usted una cosa! ¡Quite de en medio a ese Rzepa, y ya verá usted cómo en el pueblo irá todo como una seda.

—¿Y cómo me las arreglo? No voy yo a cortarle la cabeza al Rzepa...

—No; pero ahora viene el alistamiento militar... Se le pone en lista... Y que vaya en sorteo. ¡Eso!

—¡Pero si es casado y con un crío de un año!

—¿Quién va a enterarse? El no irá a formular queja alguna, y aunque fuera se harían los sordos. En tiempo del reclutamiento, ¡buenas están las autoridades para atender a las quejas!

—¡Señor secretario, señor secretario!... Se me antoja que no son los borrachos lo que le interesa a usted, sino la Rzepowa. Y esto es ofender a Dios...

—¿Y a usted qué le importa? Piense en su hijo, que acaba de cumplir diez y nueve años y que, por lo tanto, entra también en el sorteo.

—Ya lo sé; pero no se apure usted, que no lo suelto. En último caso, lo redimiré.

—¡Oh, si tan rico es usted!...

—Dios Nuestro Señor me ha permitido recoger unos puñados de calderilla...

—¿Pagaría usted ochocientos rublos en calderilla?...

—Cuando le digo que pagaré es que pagaré,

aunque sea en calderilla. Y si permite Dios que continúe siendo alcalde, es posible que con su santa ayuda pueda en dos años recuperar lo que adelante ahora.

—Lo recuperará o no lo recuperará, según... Pero si pusiéramos en lista a ese Rzepa en lugar de su hijo, esto significaría para usted una respetable economía... Ochocientos rublos no se encuentran en medio de la calle.

Reflexionó el alcalde unos instantes, visiblemente seducido por la agradable perspectiva de ahorrarse tan pingüe suma de dinero.

—¡Bah! — exclamó por fin—; esas cosas son siempre peligrosas.

—No respondería usted con su cabeza.

—Eso es precisamente lo que temo; lo hará la cabeza de usted y será la mía la que lo pague.

—Como usted quiera, pues; suelte entonces los ochocientos rublos...

—No diré que eso sea muy agradable...

—Pero si tiene usted esperanzas de recuperar su dinero, ¿qué pierde en ello? No confíe mucho, sin embargo, en seguir en posesión de la vara... Todavía no se saben ciertas cosas... Pero si supiese la gente lo que yo me sé...

—¡Como si no rebañara usted más que yo en la fuente de los ingresos de la alcaldía!

—No se trata de eso; trátase de cosas ya pasadas.

—Me tiene eso muy sin cuidado; no hice sino cumplir las órdenes que se me dieron.

—Bueno, bueno... ¡Ya se justificará usted donde hay que justificar esas cosas!

Y diciendo esto, cogió el secretario su gorra de paño verde a grandes cuadros y salió de la Alcaldía.

El Sol estaba ya próximo a hundirse en el ocaso y las gentes regresaban de los campos. A los pocos pasos encontróse el secretario con cinco segadores, con las guadañas al hombro, que le saludaron con un «Alabado sea Dios». Pero el secretario, por toda respuesta, limitóse a inclinar la cabeza reluciente de pomada, pues era de parecer que la respuesta «Por los siglos de los siglos» desdecía de una persona importante. Y que el señor Zolzikiewicz era una persona importante, nadie lo ponía en tela de juicio, a no ser algún malévolo o algún envidioso de esos que no pueden tolerar que nadie sobresalga del nivel común.

Si poseyéramos la biografía de todos nuestros grandes hombres—como debiera de ser—, leeríamos en la de este hombre extraordinario que había seguido sus estudios en Oslowice, capital del distrito de Oslowizki, al que pertenecía Barania Glowa. A la tierna edad de diez y siete años entró el joven Zolzikiewicz en el segundo curso, y mucho, muchísimo camino hubiera andado si los tiempos calamitosos que bruscamente sobrevinieron no hubiesen interrumpido para siempre su carrera científica. Dejándose llevar por el entusiasmo y el ímpetu de la juventud, el señor

Zolzikiewicz, que por añadidura había sido siempre víctima de los catedráticos, se puso al frente de sus condiscípulos más susceptibles y dió a los tiranos la más descomunal cencerrada, destrozó los libros, rompió reglas, plumas y tiralíneas, y renegando de Minerva, aventuróse por otros derroteros. Caminando por ellos, llegó a las escribanías de los Ayuntamientos, y aun se vió con ánimos de pretender un destino de subinspector.

Sin embargo, en el cargo de secretario no le iba del todo mal. Un hombre abrumado de ciencia y de saber logra siempre inspirar un gran respeto, y ya hemos visto cuán enterado estaba nuestro héroe de las reconditeces de los habitantes del distrito. Por eso todo el mundo le trataba con cierta deferencia, no exenta de temor y de recelosa desconfianza, poniendo gran tiento en no ofender a tan conspicuo personaje. Las personas instruídas le saludaban, al igual de los labriegos, que ya de lejos se quitaban las gorras para enviarle el «Alabado sea Dios». Y aquí viene a cuento explicar al lector por qué nunca contestaba el señor Zolzikiewicz al «Alabado sea Dios» con el consuetudinario «Por los siglos de los siglos».

Dicho queda ya que este saludo desdecía, a su juicio, de toda persona bien nacida; pero existían, además, muy otras razones. Los espíritus verdaderamente independientes son, por regla general, atrevidos y radicales, en virtud de lo cual el señor Zolzikiewicz había llegado a la con-

clusión y a la convicción de que «el alma es un flúido gaseoso, y ¡basta!» Además, en aquellos momentos estaba leyendo el señor secretario la publicación del editor varsovino Breslauer titulada: *Isabel de España*, o *Los misterios de la Corte de Madrid*, novela por todos los aspectos notabilísima y que en tan alto grado enardecía su entusiasmo, que había abrigado durante algún tiempo el propósito de dar al traste con todo cuanto poseía y marcharse a España. «De primera le salió a Marfor—pensaba—; no sé por qué no me ha de salir bien a mí.» Y dispuesto estaba a realizar su propósito, convencido de que «en nuestro país los hombres de mérito se echan a perder», si no se lo hubiese desbaratado una serie de circunstancias que esta epopeya, más adelante, nos va a poner de manifiesto.

La lectura de esta incomparable *Isabel de España*, publicada por entregas, para mayor honra y gloria de nuestra literatura, por el editor Breslauer, dió, pues, por resultado que el señor Zolzikiewicz se volviese rabiosamente escéptico por todo cuanto de cerca o de lejos al clero o a la religión se refiere. Aquí tenéis explicado por qué jamás contestaba al saludo de los aldeanos con el tradicional «Por los siglos de los siglos», contentándose con inclinar la cabeza.

Después que hubieron pasado los cinco segadores, encontróse con unas mozas que venían de los prados, la hoz al hombro, camino de sus casas. Precisamente estaban pasando por el borde de

una dilatada charca, una tras otra, con las sayas arremangadas y recogidas por detrás, enseñando unas piernas coloradas cual remolachas.

Acercóse a ellas el secretario y díjoles:

—¿Qué tal, palomas?

Y plantándose en el angosto sendero, embistió a la que primero le vino a mano, la cogió por la cintura, le dió un beso y de un empujón hízola caer al agua; pero así, por broma, por puro pasatiempo. Chillaron las mozas ¡ay, ay!; pero también por puro pasatiempo, abriendo cuan grande tenían la boca. Mientras se alejaban, oyó el señor secretario que se decían unas a otras:

—¡Qué reteguapo es nuestro secretario!

—¡Es rollizo y sano como una camuesa!

—¡Y huele tan deliciosamente, que cuando la agarra a una por la mitad del cuerpo parece como si fuera a caer desmayada!

Y el bienaventurado secretario fué prosiguiendo su camino.

No lejos de allí, junto a una choza, oyó que también estaban hablando de él; detúvose al pie de una empalizada que rodeaba un frondoso huerto, y vió a dos mujeres que estaban allí de pie conversando. Una de ellas mondaba patatas, que tenía puestas dentro del delantal recogido, mientras la otra decía:

—¡Ay, Stachowa! ¡Qué miedo tengo de que me lleven a mi Franck a ser soldado. Sólo de pensarlo se me pone el alma en un hilo.

Y contestaba Stachowa:

—Vete a ver al secretario, créeme; vete a ver al secretario; si él no lo arregla, nadie lo arreglará.

—¿Y con qué quieres que vaya a verle? Con las manos vacías sería inútil, ya lo sabes... El alcalde ya es otra cosa; todo lo acepta sin chistar: manteca, unos cangrejos blancos, hasta un par de madejas, hasta una gallina... Pero el secretario ni siquiera te mira; es un codicioso... Y con él no te queda otro remedio que deshacer el nudo del pañuelo y soltarle por lo menos un rublo, y un rublo, ¿sabes?...

—Ya podéis reventar—musitó Zolzikiewicz—antes de que yo acepte vuestros huevos y vuestras gallinas. ¿Soy acaso algún concusionario? Eso se queda para el alcalde.

Y así, refunfuñando entre dientes, iba ya a apartar las ramas de un cerezo para insultar a las mujeres, cuando de pronto oyóse el rodar de un carruaje. Volvió la cabeza, y vió una *bryczka* que se iba acercando, guiada por el mismísimo Franek de que habían estado hablando las mujeres. Repantigado en la *bryczka* venía un joven estudiante, con el kepis echado sobre una oreja y un cigarrillo en los labios. Así que el estudiante hubo divisado al señor secretario, sacó el cuerpo fuera del carruaje y exclamó, acompañando sus palabras con señas y ademanes:

—¡Hola, Zolzikiewicz! ¿Cómo va eso? ¿Qué cuenta usted de nuevo?... ¿Todavía se embadurna usted la cabeza con dos dedos de pomada?...

—¡Servidor de usted, caballero!—dijo en voz baja Zolzikiewicz; mas apenas la *bryczka* se hubo alejado un tanto, añadió, siempre en voz baja, pero cual si sus palabras fuesen piedras lanzadas contra el carruaje:

—¡Así te rompieras la crisma antes de llegar!...

El estudiante aquel era un primo de los señores de Skorabiewski, en cuya casa pasaba cada año los meses de verano. El secretario no podía verlo ni en pintura, y no era sólo ojeriza lo que le tenía, sino también un miedo cerval, porque el estudiante era un guasón de marca mayor, a la vez que un verdadero figurín, que no le daba punto de reposo con sus chanzas y sus pullas. Era el único en toda la comarca que no hacía maldito el caso del secretario. Un día que por casualidad había entrado en la sala de sesiones de la Alcaldía, mientras celebraban sesión, díjole delante de todos que era un solemne mentecato, y dirigiéndose luego a los labriegos, les aconsejó que no se dejaran sobornar por él. ¡Con qué gusto se hubiera vengado de aquella afrenta el señor Zolzikievicz! Pero cómo... ¿Qué podía contra el estudiante? De todo el mundo sabía algún recóndito secreto; de él, nada, absolutamente nada.

La llegada del mozalbete no le fué, pues, muy grata al señor secretario del Ayuntamiento, que visiblemente preocupado prosiguió su camino hasta que llegó junto a una choza situada a unos pasos de la carretera. Detúvose para contemplarla, y su semblante fué rápidamente recobrando la

perdida serenidad. Era aquella choza de aspecto todavía más pobre que las que en derredor suyo había diseminadas; pero teníanla muy bien cuidada y con gran aseo, con su plazoleta cubierta de fina arena. Adosados a la empalizada había montones de troncos aserrados, en uno de los cuales veíase plantada por el tajo una segur; algo más lejos alzábase una troje, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, y junto a ella una cochera que servía a la vez de establo y de cuadra; delante del establo, dos cerdos se estaban revolcando sobre un montón de estiércol, mientras a su alrededor paseaban pomposamente unos patos; más allá de la troje, en un cercado, pastaba un caballo, alzando, ora una pata, ora la otra, y junto a los troncos aserrados, un gallo escarbaba la tierra y en cuanto daba con un gusano o una semilla poníase a cacarear y acudían presurosas las gallinas a disputarse el hallazgo.

En el umbral de la choza había una mujer, ocupada en aplastar con la espadilla granos de cáñamo mientras tarareaba una tonada, y junto a ella un perro, con las patas delanteras estiradas, daba vigorosas dentelladas al aire para cazar las moscas que venían a picarle las recortadas orejas.

Era la mujer muy joven, tal vez de una veintena de años, y estupendamente hermosa; cubría su cabeza la sencilla toca de las aldeanas, y la blanca camisa de lino, que le moldeaba el torso, iba fruncida al talle, sujeta por un delgado cordón rojo. Su semblante rebosaba salud; tenía desarro-

lladísimos los hombros y las caderas, y delgada y flexible la cintura. Sin embargo, sus facciones eran menudas, pequeña la cabeza, y la tez un poco pálida, ligeramente dorada por los rayos del Sol. Tenía grandes y negros los ojos; las cejas, como trazadas con un pincel; recta y fina, la nariz; rojos, cual cerezas, los labios, y los cabellos que asomaban por debajo de la cofia eran magníficos y de un tono sombrío.

Al acercarse el señor secretario, el perro, que estaba junto a la espadilla, se levantó, metió la cola entre las patas traseras y empezó a gruñir, mostrando de vez en cuando los relucientes colmillos, cual si sonriera.

—*¡Kruczek!* — gritóle la mujer con voz sonora y fina—, ¡quieto y a callarse! Si no, ya verás...

—Buenas tardes, Rzepowa—dijo el secretario.

—Muy buenas las tenga usted, señor secretario—contestó la mujer sin interrumpir su faena.

—¿Está en casa tu marido?

—No, señor; está de faena en el bosque.

—Es lástima; le llaman en la alcaldía.

La «alcaldía» es para los sencillos lugareños una palabra preñada de malos presagios; por eso, al oirla, cesó la Rzepowa de machacar el cáñamo y con ojos azorados y llena de zozobra preguntó:

—¿Qué pasa?

Entretanto, Zolzikiewicz había traspasado el umbral y estaba de pie junto a la mujer.

—¡Déjate dar un beso y te lo diré!

—Ya se pasará usted sin él—repuso la Rzepowa.

Pero ya el secretario la había asido por la cintura y forcejeaba por besarla.

—¡Caballero, caballero! Voy a llamar...—exclamó la mujer, substrayéndose al abrazo.

—¡Querida Rzepowa... hermosa Marisia!...

—¡Caballero!... ¡Esto es ofender a Dios!... ¡Caballero!...

Y mientras gritaba bregaba para desasirse; pero era el secretario muy robusto y ni a tirones la soltaba.

Afortunadamente, *Kruczek* estaba allí, y pronto fué en socorro de la Rzepowa. Furioso, con los pelos de punta, echóse encima del secretario, y como éste vestía una chaqueta muy corta, embistióle por la parte que la chaqueta dejaba al descubierto, mordió la tela del pantalón y, apretando apretando, llegó hasta la piel y luego hasta la carne, y cuando sintió la boca llena, púsose a mover furiosamente la cabeza. sacudiendo su bocado.

—¡Jesús! ¡María!—imploró el secretario, olvidando en aquel momento que pertenecía a la clase de los *esprits forts*.

Pero ahora era *Kruczek* quien no le soltaba a él, y sólo cuando logró asir una tranca y darle un violento estacazo con ella, después de dar muchos más en el vacío, pudo librarse del fiero animal, que huyó corriendo a un rincón, donde se puso a gemir.

Entonces, una vez más, quiso volver al ataque.

—¡Echa de ahí al perro, echa a ese demonio!—gritaba el secretario, blandiendo furiosamente la estaca.

Obedeció la mujer, llamó al perro y lo echó fuera de la casa. Luego se miraron los dos silenciosamente.

—¡Triste de mí!—exclamó por fin la Rzepowa, espantada del sangriento desenlace que había tenido la aventura aquella—. ¿Por qué, por qué entre tantas se ha ido a fijar en mí?

—¡Me las pagarás!—gritaba el señor secretario—. ¡Me las pagarás! ¡Aguarda! Rzepa será soldado. Yo quería protegerte..., pero ahora serás tú quien vendrá tras de mí... ¡Venganza, venganza!

La pobre mujer estaba lívida y atontada, cual si le hubiesen descargado sobre la cabeza un tremendo golpe. Abrió los brazos, movió los labios como para decir algo; pero el secretario recogió del suelo su gorra verde a grandes cuadros y se alejó rápidamente, blandiendo con una mano la estaca mientras procuraba con la otra disimular el grotesco siete de su pantalón.

II

Transcurrida una hora, volvió Rzepa del bosque con el carretero Lucas. Era el tal Rzepa un guapo y gallardo mocetón, tieso como un álamo, robusto y vigoroso: un verdadero leñador. Todos los días iba al bosque a la tala de pinos, en el

espeso oquedal que el señor de la aldea había vendido a los judíos. Y como era muy trabajador, se ganaba muy bien la vida. Después de echarse saliva en la palma de las manos, asía la segur, hacíala voltear y era tan tremendo el hachazo que asestaba al pino, que retemblaba éste de arriba a abajo y saltaba la astilla como una flecha. Y si diestro y fuerte era para la tala de árboles, era también el más mañoso en cargar y estibar un carromato; por todo lo cual era admirado y celebrado por los judíos que, con el metro en la mano, recorrían el bosque escudriñando las copas de los árboles, cual si en ellas estuviesen buscando nidos de cuervos. Muchas veces habíale dicho Drysla, el rico comerciante de Oslowice:

—¡Eres el diablo, Rzepa! Toma; aquí van diez céntimos para una copa... No, espera; ¡aquí tienes siete céntimos para dos deditos de aguardiente!

Pero no era Rzepa hombre que se dejara impresionar por tales muestras de admiración; continuaba blandiendo la segur y gritaba con todas su fuerzas, como tomándolo a broma:

—¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!

Y la voz iba rodando, alejándose, pino tras pino, para volver luego como el eco de un grito en lontananza.

Y todo volvía a quedar silencioso, oyéndose tan sólo el golpear de la segur y de vez en cuando la rumorosa charla de los pinos, que de rama en rama se decían sus secretos. Muy a menudo cantaban también los leñadores, y era de oír cómo

entonaba Rzepa, a la cabeza de los compañeros, la canción que él mismo les había enseñado:

En la enramada óyese un duelo,
¡Ay, ay!;
un cuerpo duro cae en el suelo,
¡Ay, ay!;
es un mosquito que se ha tumbado,
¡Ay, ay!,
y un hueso malo se le ha quebrado,
¡Ay, ay!
Sale una mosca muy contristada,
¡Ay, ay!,
vuela que vuela, toda azorada.
¡Ay, ay!
—¿Médico quieres?—dice al mosquito
¡Ay, ay!
—No te molestes, ¡que finiquito!
¡Ay, ay!
Ni doctor quiero ni boticario,
¡Ay, ay!,
sino el zarcillo del herbolario.
¡Ay, ay!

En la taberna tampoco era Rzepa de los últimos; gustábale el aguardiente, y cuando se le subía a la cabeza, se hallaba dispuesto en seguida a emplear los puños con cualquiera. Una vez hizo al mozo de labranza de la Casa señorial una tan tremenda herida en el cráneo, que a dar crédito a lo que afirmaba, jurándolo, la Jozwowa, el ama de llaves, podíasele ver el alma por el agujero. Otra vez, cuando apenas contaba diez y siete años, se batió con unos carreteros trajinantes, y el señor de Skorabiewski, que a la sazón era alcalde del pueblo, lo mandó llamar al Ayuntamiento y le propinó un par de bofetones, por pura fórmula; pero luego, con mirada benévola, le preguntó:

—¿Pero, por Dios, Rzepa, cómo te las has arreglado? ¿Cómo has podido salirte con la tuya? ¡Eran siete contra ti!

A lo que respondió Rzepa:

—Lo mismo da, señor; tan endebles tienen las patas, que sólo con tocarlos se vienen al suelo.

El señor de Skorabiewski echó tierra al asunto, porque desde hacía mucho tiempo tenía una singular inclinación por Rzepa, tanto, que las malas lenguas del pueblo decían, cuchicheándoselo al oído, que el gallardo mocetón era su hijo. «Bien a las claras se ve—añadían—que tiene el chusco extravagancias de gran señor.»

Pero no era verdad, por más que la madre de Rzepa fuese conocida de todos y el padre de nadie.

Al principio Rzepa había tomado en arriendo la choza con sus tres fanegas de tierra; de todo lo cual se había convertido más tarde en propietario, y como era tan trabajador, pronto los negocios le fueron viento en popa. Como si esto fuera poco, habíase casado con una mujer cual no la había parecida en cien leguas a la redonda, y todo hubiera ido como una seda, a no ser aquella su maldita pasión por el aguardiente.

Pero ¿cómo remediarlo? Si alguna vez se atrevía alguien a reprocharle su intemperancia, él le contestaba en seguida:

—Bebo y pago con mi dinero, ¿no? Pues entonces, anda y déjame en paz.

A nadie le tenía miedo en el pueblo y sólo aga-

chaba la frente delante del secretario. Cuando divisaba a lo lejos su gorra verde, su nariz arremangada y su perilla de macho cabrío, todo ello armado encima de unas largas piernas que se acercaban muy despacio, instintivamente llevaba las dos manos a la gorra para saludar. Y es que el secretario estaba al corriente de ciertas cosas: en la época de los disturbios habíanle mandado al bueno de Rzepa que transportara de un sitio a otro ciertos papeles comprometedores, y, claro, lo había hecho, ¿y qué? ¿Qué tenía que ver con ellos? Además, sólo contaba entonces quince años y apacentaba aún cerdos y gansos. Pero más tarde le había asaltado el temor de que podía tocarle en aquel asunto su parte de responsabilidad. He aquí por qué le tenía tanto respeto al señor secretario.

Tal era nuestro Rzepa.

El día aquel, cuando de regreso del bosque llegó a su choza, le salió su mujer al encuentro con sollozos y gemidos:

—¡Triste, triste de mí! ¡Ya mis ojos no te volverán a ver!...—exclamaba—. ¡Ya no te lavaré más los pañuelos, ni te prepararé más la comida!... ¡Que van a mandarte, pobre de ti, al otro extremo del mundo!

Y Rzepa, como si estuviese viendo visiones:

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Te has tragado algún veneno? ¿Te habrá picado un tábano?

—Nada me he tragado; ningún tábano me ha picado; pero el secretario acaba de irse de aquí y ha dicho que serás soldado y que no lo podrás

remediar... ¡Ay de mí! ¡Te mandarán al otro extremo de la Tierra!

El, entonces, púsose a interrogarla, y todo se lo contó la mujer, omitiendo, sin embargo, el intento de seducción, pues abrigaba el temor de que fuera el Rzepa a decirle al secretario alguna mala palabra o—¡Dios nos asista!—a darle una paliza; todo lo cual no hubiera hecho mas que agravar el conflicto.

—¡Eres una boba!—exclamó al fin el marido—. ¿Por qué lloras? No me van a llevar, no; en primer lugar, porque soy demasiado viejo; luego, porque poseo una choza y un poco tierra y te poseo a ti, boba, y a este desdichado cangrejo también.

Y al decir esto señalaba con la mano una cuna en la que el desdichado cangrejo, es decir, un robusto niño de cerca de un año, perneaba de lo lindo y lanzaba uno chillidos capaces de destrozarle a uno el tímpano.

Enjugóse la mujer las lágrimas con la punta del delantal y replicó:

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso no sabe el secretario aquello de los papeles que llevaste de un bosque a otro?

Rzepa se rascó la cabeza.

—Es verdad; lo sabe.

Y después de reflexionar unos instantes añadió:

—Iré a hablarle. Quizá no sea tan fiero como lo pintan.

—Sí, vé—dijo la mujer—, y toma un rublo, porque sin dinero nadie se le puede arrimar.

Sacó Rzepa un duro del arcón y fuése en seguida a casa del señor secretario.

Este, como era soltero, no poseía casa propia; tenía alquiladas dos habitaciones, con entrada aparte, en un edificio de piedra situado a la orilla del estanque. En la primera había por todo ajuar un brazado de paja y un par de botas; en la segunda, que servía a la vez de sala y de dormitorio, se veía una cama que nunca estaba hecha, con dos almohadas sin funda, de las que se salía el plumón; al lado de la cama, una mesa, y encima de ella un tintero, unas plumas, los libros del Ayuntamiento, algunas docenas de entregas de la *Isabel de España*, del editor Breslauer, dos cuellos de camisa sucios, un tarro de pomada, un librito de papel de fumar y, por último, en una palmatoria de hoja de lata una bujía con la mecha negra y retorcida y rodeada de moscas anegadas en la estearina.

Cerca de la ventana veíase colgado un espejo bastante grande, y enfrente de él una cómoda que guardaba el refinado equipo del señor secretario: pantalones de diferentes matices, chalecos de inverisímiles colores, corbatas, guantes, zapatos de charol y hasta el sombrero de copa con que se ataviaba el señor secretario cuando debía ir a Oslowice, la capital del distrito.

En el momento aquel veíanse, además de todo eso, el pantalón y la chaqueta del señor secretario puestos sobre una silla, junto a la cama, y en ésta al mismísimo señor secretario acostado y leyendo

una entrega de la *Isabel de España*, del editor Breslauer.

Su posición—no la del editor Breslauer, sino la del señor secretario— era tan horrible, tan horrible, que se necesitaría la pluma de Víctor Hugo para describirla en todo su horripilante horror. En primer lugar, la herida le causaba un dolor de mil demonios y la lectura de la *Isabel de España*, que de ordinario constituía uno de sus pasatiempos favoritos y al propio tiempo el mayor consuelo en sus aflicciones, no hacía en aquellos instantes mas que agudizar sus sufrimientos, y no sólo sus sufrimientos, sino también el resquemor producido en su alma por el incidente con *Kruczek*.

Y después tenía un poco de calentura y las ideas se le confundían en el cerebro de un modo lastimoso. Por momentos perseguíanle terribles pesadillas; precisamente estaba leyendo entonces la llegada del joven Serrano a El Escorial, cubierto de heridas, después de su brillante victoria sobre los carlistas. Recíbelo la joven Isabel, pálida de emoción, agitadísimo el blanco seno, bajo la ligera muselina.

«—¡General!—exclama la reina con temblorosa voz—. ¿Vendréis herido?»

Al leer esto, el desgraciado Zolzikievicz, creyéndose ser el mismo Serrano en persona, exclamó con voz ahogada:

—¡Ay, ay!... Sí, estoy herido. ¡Perdóneme Vuestra Majestad! ¡Ah, que Vuestra Egregia...!

«—Descansad, general; sentaos; ¡contadme vuestras heroicas proezas!»

—Puedo muy bien contároslas, señora; pero no puedo sentarme—exclamó desesperado Serrano—. ¡Ay! ¡Perdone Vuestra Majestad!... Este maldito *Kruczek*... Digo, este maldito don José... ¡Ay, ay, ay!...

En este punto, el dolor hace desvanecerse la pesadilla y Serrano mira a su alrededor: sobre la mesa arde la bujía, que chisporrotea porque una mosca bañada en estearina se está abrasando en la llama; por las paredes circulan otras moscas... ¡Ah, es su aposento, no El Escorial!... La reina Isabel no existe... Ahora el secretario vuelve completamente en sí, incorpórase en la cama, moja su pañuelo con el agua de un cántaro puesto debajo del lecho y cambia la compresa de su herida.

Hecho esto, vuélvese de cara a la pared y se queda amodorrado o, por decirlo mejor, sueña medio dormido, medio despierto; sueña que se dirige a marchas forzadas hacia El Escorial.

—¡Mi querido Serrano, amado mío, yo misma voy a curar tus heridas!—exclama la reina.

Y los cabellos se le erizan a Serrano, comprendiendo todo lo crítico de su situación. ¿Era posible no obedecer a la reina? Pero, por otra parte, ¿podría él permitirle aquella escabrosa cura? Un sudor frío baña su frente, cuando de pronto...

De pronto desaparece la reina y la puerta se abre con gran estrépito, apareciendo en el umbral

nada menos que don José, el mortal enemigo de Serrano.

—¿Qué quieres tú? ¿Quién eres?

—Soy yo, soy Rzepa—contesta cavernosamente don José.

Y por segunda vez despierta Zolzikievicz de su pesadilla. De nuevo El Escorial se convierte en el edificio de piedra de la orilla del estanque, continúa ardiendo la bujía y otra mosca se está asando, enganchada en la mecha, esparciendo en derredor unas chispitas azuladas. Y de pie en el umbral está el Rzepa de verdad, y detrás de él...—se me cae la pluma de las manos—, detrás de él, entre las hojas de la puerta, se divisa la cabeza y el lomo del perro *Kruczek*.

Los ojos del monstruo están fijos en el secretario, parecen sonreirle...

Un sudor helado baña esta vez el rostro de Zolzikievicz y una idea terrible le cruza el pensamiento: Rzepa viene a romperle los huesos, y *Kruczek*...

—¿Qué queréis de mí los dos?—exclama, muerto de miedo.

Pero Rzepa pone un rublo encima de la mesa y murmura con acento humilde y respetuoso:

—Dignísimo señor secretario... Vengo, ¿sabe?, por el reclutamiento.

—¡Vete, vete!—grita con todos sus pulmones el señor Zolzikievicz, que en un momento ha recobrado todos sus sentidos.

Y colérico, rabioso, quiere echarse sobre Rzepa; pero, ¡ay!, la herida carlista le hace ver en este

instante las estrellas, y cae desplomado sobre las almohadas, lanzando terribles, pero sofocados, gemidos:

—¡Ay, uy, oy!

III

La herida aquella se le iba infectando...

Ya estoy viendo a mis lindas lectoras a punto de prorrumpir en llanto, alarmadas por la suerte de nuestro héroe; por esto me apresuro a decir, antes de que ninguna de ellas se desmaye, que no murió de aquélla. Estaba escrito que había de vivir todavía muchos años. De lo contrario, ¿a qué continuar mi narración? Ya hubiera yo roto mi pluma. Pero no, no murió a consecuencia del mordisco; prosigamos, pues, el relato.

Decíamos, pues, que la herida se le iba infectando; pero, inopinadamente, todo aquello vino a redundar en provecho y beneficio del secretario del Ayuntamiento de Barania Glowa. Sucedió la cosa del modo más natural: quitóle aquella herida los humores malos de la cabeza, y empezó Zolzikievicz a raciocinar más cuerdamente y a comprender que hasta la fecha no había hecho otra cosa que tonterías. A saber: pereciéndose, como se perecía, por la Rzepowa, y a fe que no era extraño, pues no había mujer igual en cien leguas a la redonda, decidido estaba a desembarazarse de Rzepa. Una vez el marido fuese soldado, ya podía el secretario cantar victoria; pero ¿cómo lograrlo? No

era cosa fácil substituir al hijo del alcalde por el marido de la Rzepowa. Sin duda, un secretario de Ayuntamiento tiene gran poder, y Zolzikievicz lo tenía grandísimo entre los secretarios; pero, desgraciadamente, en cuestiones de reclutamiento no era él quien debía fallar en última instancia, sino que intervenía en el asunto la Junta municipal, a más de una Comisión militar, el jefe del distrito y el jefe de Policía, ninguno de los cuales tenía el menor interés en dotar al Ejército y al Estado de un Rzepa en lugar de un Burak (1). «Inscribirlo en las listas de reclutamiento, ¿y después?»—preguntábase nuestro simpático personaje—. «Se comprobarán las listas; se confrontarán con las partidas de nacimiento, y luego, con lo difícil que sería taparle la boca a Rzepa, se llegaría a divulgar la cosa y ¡adiós destino de secretario!»

Movidos por la pasión, los más grandes hombres han cometido mil sandeces; pero toda su grandeza ha consistido precisamente en saber detenerse a tiempo. Y Zolzikievicz se decía a sí mismo que al prometer al alcalde hacer figurar a Rzepa en las listas de reclutamiento había cometido la primera tontería, y que yendo a visitar a la Rzepowa, y embistiéndola junto a la espadilla, había realizado la segunda, y espantándola a ella y al marido con lo del reclutamiento, la tercera. ¡Instante supremo en que un hombre verdaderamente grande se

---

(1) Juego de palabras intraducible, pero explicable, en castellano, del que vuelve a hacer uso el autor más adelante. *Rzepa* significa en polaco *nabo, y Burak, remolacha* —N. del T.

confiesa a sí mismo: soy un asno! También llegaste para Barania Glowa, bajando en raudo vuelo desde las cumbres donde reina lo sublime, pues Zolzikievicz se confesó también: «¡soy un asno!»

Sin embargo, ¿era lícito renunciar a su plan cuando ya lo había regado con sangre de su propio... (en su ardor bélico decía *de su propio pecho*)? ¿Podía desecharlo cuando le había sacrificado ya un pantalón nuevo, que ni siquiera había pagado al sastre Szul, y una americana que sólo se había puesto a lo sumo un par de veces?

—¡No, no, nunca, jamás!

Bien al contrario, ahora que a sus intenciones respecto a la Rzepowa se unía el deseo de vengarse del marido y de ella, y además de *Kruczek*, juróse Zolzikievicz a sí mismo que se tendría por el más fementido mentecato si no se salía con la suya desollando vivo a Rzepa.

Y púsose a estudiar los medios de alcanzarlo, y estuvo reflexionando el primer día, mientras renovaba las compresas, y el segundo, mientras las volvía a renovar, y el tercero, mientras continuaba renovándolas, y... ¿sabéis qué decidió? Pues absolutamente nada.

Al cuarto día, el guardia le trajo de la farmacia de Oslowice una barrita de diaquilón, del que se puso un pegote sobre la llaga, y—¡oh poder milagroso del remedio!—apenas se lo hubo aplicado, exclamó Zolzikievicz resueltamente: «¡Ya di con ello!» Y, en efecto, con algo había dado.

IV

Transcurridos unos días—no recuerdo si cinco o seis—, hallábanse reunidos en su dormitorio de la taberna de Barania Glowa el alcalde Burak, el regidor Gomula y el Rzepa.

El alcalde alzó su vaso y exclamó:

—¿Acabaréis de disputar por cosas de que no entendéis ni un comino?

—¡Pues yo te digo que el francés no se dejará pegar por el prusiano!—gritó Gomula dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡El prusiano, voto al diablo, es muy astuto!—observó Rzepa.

—¿Y qué? ¿Y luego? El turco ayudará al francés, y el turco es el más fuerte.

—¡Que te enredas! El más fuerte es Garubanda (Garibaldi).

—Hoy no has pisado con la pierna derecha. ¿Y de dónde sacas a Garubanda?

—¡Lo saco de donde hay que sacarlo! ¿No has oído decir que navegaba por el Vístula con grandes barcos y numerosas fuerzas? Solamente, a lo que parece, la cerveza de Varsovia no le gustó y se fué a su país, donde la hay mejor.

—Estás blasfemando sin ton ni son. Todo prusiano es un judío.

—¡Pero si Garubanda no es prusiano!

—¿Pues qué es?

—Debe ser... el emperador ¡y basta!

—¡Cáspita, qué sabihondo eres!

—No lo eres tú más que yo.

—A ver, pues, ya que lo eres tanto: ¿cuál es el nombre de nuestro primer padre?

—¡Toma, todo el mundo lo sabe! Adán.

—Este es el nombre de pila; ¿pero el apellido?

—¡Hombre... el apellido...!

—¿Lo ves? Pues yo te lo diré: se llamaba «El Instigado».

—Me parece que no estás bien de la cabeza...

—¿No lo crees? Pues oye:

¡Oh, Estrella del mar, tú que al Señor
criaste con tu sacra leche, signo
eres de la muerte que en el Hado
injertó el primordial genitor,
nuestro padre Adán, «El Instigado»!

—¿Que te parece, tengo o no razón?

—Sí, hombre, la tienes.

—Dejaos de tonterías, y bebed—dijo el alcalde.

—¿Brindamos?

—¡Brindemos!

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!

—¡Que Dios Nuestro Señor os colme de felicidad!

Apuraron los tres sus vasos; pero como corrían entonces los tiempos de la guerra franco-prusiana, volvió el regidor al poco rato a la carga en sus trece sobre la política.

Momentos después exclamó el alcalde:

—¡Bebamos otro trago!

—¡Que Dios os lo pague!

—¡Que Dios os colme de buena suerte!

—¡A vuestra salud!

Bebieron los tres otra copa, y como era de ron esta vez, puso Rzepa, después de apurarlo, su vaso sobre la mesa, diciendo:

—¡Como bueno, lo es!...

—¿Quieres otra?—dijo Burak.

Rzepa se ponía cada vez más colorado y Burak íbale añadiendo ron al vaso.

—Y tú, que con una mano te cargas sobre las espaldas un saco de habichuelas, apuesto que tendrías miedo de ir a la guerra—dijo por fin a Rzepa.

—¿Y por qué habría yo de tener miedo? ¡Si hay que batirse, me batiré!

Gomula replicó:

—Unos son pequeños y valientes; otros, altos y cobardes.

—¡No es verdad, yo no soy cobarde!

—¿Quién puede asegurarlo?

—¡Yo!—gritó Rzepa, blandiendo un puño como una porra—. ¡Y si os suelto un papirotazo con la tranca que aquí veis, os hago polvo en un decir Jesús!

—¡Puede que sí... puede que no!

—¿Queréis probarlo?

—¡Dejadlo, hombres! ¿Vais ahora a batiros por eso? ¡Ea, es mejor que bebáis!

Otra vez se hicieron llenar los vasos; pero tanto Burak como Gomula sólo mojaron los labios

en el ron, mientras que Rzepa se tragó el suyo de un sorbo. Sus ojos brillaron como dos ascuas.

—¡Ahora, a abrazarse!—dijo el alcalde.

Levantóse Rzepa, y se echó llorando en brazos del alcalde y de Gomula, cubriéndoles el rostro de besos; prueba evidente de que la bebida había surtido su efecto. Luego púsose a gemir y a quejarse de una ternera pía que hacía unas semanas se le había muerto.

—¡Qué magnífica becerra se me ha llevado Dios!—gemía lastimosamente.

—Mira, no te desesperes—díjole Burak a modo de consuelo—. El secretario acaba de recibir una comunicación del Gobierno en la que se dice que van a repartir el bosque de la Casa señorial entre nosotros los propietarios.

—¡Y es muy justo!—contestó Rzepa—. ¿Acaso es el señor quien lo sembró?

Pero volvió luego a sus lamentaciones.

—Como brava sí que lo era mi becerrita. Una vez, mientras mamaba, dió a la madre tal embestida en el vientre, que la hizo retroceder hasta poner sus posaderas por debajo de la barra divisoria del establo.

—Ha dicho el secretario...

—¿Qué me importa a mí vuestro secretario?—interrumpió Rzepa con tono colérico—. Con vuestro secretario pasa como en la copla aquella:

Tanto vale Antonio
como Sempronio.

—¡Déjate de sandeces y bebe!

Otra vez volvieron a beber; lo que pareció consolar a Rzepa, pues volvió a sentarse tranquilamente. Pero de repente se abrió la puerta y apareció la gorra verde, la nariz arremangada y la perilla de macho cabrío del secretario.

Rzepa, que llevaba la gorra hundida hasta el cogote, la echó inmediatamente al suelo, púsose en pie y balbuceó:

—¡Alabado sea Dios! ¿Está aquí el alcalde?

—Sí, aquí está--contestaron al unísono tres voces.

Acercóse el secretario, y Samuel, el judío colono y tabernero, apresuróse a traerle un vaso lleno de ron. Lo olió Zolzikievicz, hizo una mueca y sentóse junto a la mesa.

Durante unos minutos permanecieron todos silenciosos, hasta que, por último, Gomula rompió a hablar.

—¡Señor secretario!

—¿Qué quiere usted?

—¿Es verdad lo que se dice del bosque?

—Es verdad; pero habréis de firmar todos una solicitud colectiva.

—Yo no firmo—dijo Rzepa, a quien, como a todos los labriegos, le repugnaba sobremanera dar su firma.

—Nadie te lo exige tampoco. Si no firmas, nada te darán. Haz lo que te dé la gana.

Púsose Rzepa a rascarse la cabeza mientras el secretario, volviéndose hacia el alcalde y el regidor, dijo con entonación oficial:

—Lo del bosque es verdad; pero cada cual habrá de cercar su parte con una empalizada a fin de evitar toda clase de litigios.

—Esta empalizada vendrá a costar más que todo el bosque entero—observó Rzepa.

El secretario pareció no hacer el menor caso de la observación.

—El Gobierno—continuó diciendo, dirigiéndose al alcalde y al regidor—mandará los fondos necesarios para esta empalizada, y con ello todos ganarán, porque cada uno recibirá cincuenta rublos.

Al oír esto, los ojos de Rzepa relucieron como sólo relucen los ojos de los borrachos.

—Si es así, sí que firmaré. ¿Dónde está el dinero?

—En mi casa—contestó Zolzikievicz—, y aquí traigo el documento.

Sacó del bolsillo un papel doblado en cuatro y lo leyó de cabo a rabo, sin que los labriegos entendieran un ápice de cuanto allí se decía; lo que no obstó para que se regocijasen mucho. Si Rzepa no hubiese estado tan beodo, de seguro que se hubiera percatado del guiño que el alcalde cambió entonces con el regidor Gomula.

Luego que hubo leído, el secretario mostró—¡oh prodigio! — unas cuantas monedas y preguntó:

—¿Quién va a ser el primero?

Firmó el alcalde y luego el regidor, y cuando le llegó el turno a Rzepa, apartó el secretario el documento, diciendo:

—¿Tal vez no quieras firmar? Eres libre de hacer lo que mejor te plazca.

—¿Y por qué no he de querer?

Entonces el secretario llamó a Samuel:

—¡Samuel!

Y Samuel apareció en el marco de la puerta.

—¡Ven tú también y sé testigo de que todo se hace por libérrima voluntad!

Luego, volviéndose otra vez hacia Rzepa, repitió:

—¿Tal vez no quieras firmar?

Pero Rzepa firmó con unas letras largas y deformes, casi tan largas y deformes como las piernas del judío Samuel; cogió el dinero, cincuenta rublos, que el secretario le entregó, y poniéndoselos cuidadosamente en el pecho, bajo la camisa, gritó:

—¡Ea, tú, trae más ron!

Después que hubo servido Samuel dos copas de ron a cada uno, apoyó Rzepa los puños sobre las rodillas y quedóse como amodorrado, balanceó la cabezota una, dos, tres veces, hasta que se cayó del banco mascullando:

—¡Señor, Dios mío, tened misericordia de mí!

Y se quedó luego profundamente dormido.

.....

La Rzepowa no fué por él. pues demasiado sabía la pobre mujer que cuando su hombre estaba achispado no podía acercársele nadie sin peligro para los propios huesos. Entonces Rzepa era terrible, y, sin embargo, al día siguiente besábale las manos a su mujer pidiéndola perdón y nunca, nunca, la

decía una mala palabra estando en su cabal juicio. Pero borracho sucedía con frecuencia que asestaba a la infeliz algún puñetazo en las espaldas o en la cabeza.

Rzepa pasó, pues, toda la noche en la taberna y despertó al despuntar el día siguiente, quedando con los ojos y la boca abiertos al percatarse de que no se hallaba en su casa, sino en la taberna, y no ya en el dormitorio de Samuel, sino en la gran sala del piso bajo.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...—exclamó, mirando atentamente en derredor suyo; entraban por la ventana, llena de colores, los primeros rayos del Sol, y junto a la ventana estaba Samuel, envuelto en su camisa mortuoria, con la cabeza fajada con los *twylim* (1).

—¡Samuel! ¡Eh!—gritó Rzepa.

Pero Samuel no contestó, ocupado como estaba en sus prácticas religiosas, balanceando el cuerpo, ora hacia adelante, ora hacia atrás.

Entonces se puso Rzepa a hurgarse los vestidos, como es costumbre en los aldeanos cuando han pasado la noche en la taberna, y al dar por fin con el dinero:

—¡Jesús, María! ¿Qué es esto?—exclamó lleno de asombro.

Samuel, que había terminado sus oraciones, quitóse la camisa mortuoria y los *twylim*.

—¡Samuel!

---

(1) **Vestidura sagrada del ritual israelita.—N. del T.**

—¿Qué quieres?

—¿Qué dinero es este?

—¿Tan tonto eres que no lo sabes? ¿Has olvidado ya que ayer consentiste en substituir al hijo del alcalde en el sorteo de las quintas, que recibiste ya el dinero y que firmaste el contrato?

Quedóse Rzepa lívido como un difunto, arrojó con furia su gorra al suelo, echóse luego él encima y empezó a aullar tan recio, que los vidrios retemblaron.

—¡Vete, tú, soldado!—dijo cachazudamente Samuel.

Media hora después llegaba Rzepa ante su choza, y al chirriar la puerta fué oído por su mujer, que en aquel instante estaba en cuclillas ante el hogar, preparando la comida.

—¡Borrachón!—le gritó al verle la Rzepowa, saliéndole al encuentro como una furia.

Pero apenas le hubo mirado, quedóse espantada al ver el cambio que en su semblante se había operado.

—Oye, tú, ¿qué tienes?

Entró Rzepa en la cocina; fué a sentarse en el banco, y sin aliento para articular una palabra, quedóse inmóvil, con los ojos fijos en el suelo. Pero por último contestó a las reiteradas preguntas de su mujer, poniéndola en un instante al corriente de lo acontecido.

—¡Me han comprado!—balbuceó.

Entonces la Rzepowa estalló en sollozos, con visibles muestras de desesperación, comunicán-

dola luego a su marido, que prorrumpió en gemidos y denuestos, y el crío, desde la cuna, empezó también a chillar y el *Kruczek* a latir y a aullar; pero tan escandalosa y lastimeramente, que salieron todas las vecinas disparadas, empuñando su cuchara, al umbral de sus casitas, y entre curiosas y espantadas, pusiéronse a preguntarse unas a otras:

—¿Pero qué les pasa a los Rzepas?

—¿La estará zurrando?

Y mientras tanto gemía la Rzepowa y lloraba a lágrima viva, chillando aún más recio que su marido, al que quería la muy cuitada más que a las niñas de sus ojos.

V

Al día siguiente había de reunirse en sesión el Consejo municipal, y todos los regidores acudieron a la casa-ayuntamiento; es decir, todos no: dejaron de asistir los miembros de la nobleza, que, aunque investidos del cargo de concejales, no querían diferir en mucho de los que no desempeñaban cargos edilicios y se limitaban, por lo tanto, a la política inglesa, o sea al abstencionismo, preconizado por el famoso estadista John Bright.

Esto no era óbice, sin embargo, para que la «intelectualidad aristócrata» dejara de ejercer una influencia indirecta, pero decisiva, en los asuntos del Municipio. Cada vez que un regidor pertene-

ciente a la «intelectualidad aristócrata» necesitaba arreglar una de sus cuestiones, mandaba llamar la víspera al señor Zolzikievicz, obsequiábalo en la intimidad de su despacho con licores y cigarros y quedaba arreglada la cosa con la mayor facilidad. Luego servían la cena, a la que se invitaba al señor Zolzikievicz, valiéndose de las más deferentes y cariñosas expresiones: «¡Vamos, siéntese usted, señor Zolzikievicz, siéntese usted!...»

Sentábase el señor secretario, y al día siguiente no tenía bastante boca para decirle al alcalde, pero afectando la mayor indiferencia: «Ayer cené con los Miedziszewski, o con los Skorabiewski, o con los Oscierzinski... ¡Jem!... Hay allí una señorita... Ya sé yo lo que significa todo esto...»

Durante la cena esforzábase el señor Zolzikievicz en no apartarse un ápice de los buenos modales, en comer de los más enigmáticos manjares del modo que los comían los demás, y sobre todo en no dejar entrever la satisfacción que le producía la intimidad con tan elevados personajes.

Era, como se ve, un hombre de mucho tacto y que sabía comportarse muy bien en todas partes; de suerte que, no sólo conservaba en tales ocasiones su serenidad, sino que tomaba parte activa en la conversación, durante la cual no dejaba nunca de mencionar al «honrado comisario», o a «este excelente jefe de distrito», con quienes había echado unas partidas de naipes ayer o anteayer a un céntimo el tanto. En fin: que hacía todo lo posible para dar a entender que era como

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

uña y carne de las principales autoridades del distrito de Oslowice. En verdad que alguna vez había observado que mientras él estaba hablando bajaban las señoras de un modo singular los ojos sobre sus platos; pero siempre pensó que la moda así lo exigía. También le había extrañado más de una vez que al acabar la cena, sin aguardar a que él se despidiera, le golpeara el señor de la casa la espalda con la mano izquierda y, alargándole la derecha, le dijese: «Adiós, Zolzikiewicz, hasta la vista; que le vaya bien»; pero presumía el secretario que era también aquella una costumbre de la buena sociedad. Y siempre al estrechar la mano al noble dueño de la casa encontrábase con una cosa que crujía ligeramente al apretón; entonces, con el mayor disimulo, doblaba los dedos, arañando con las uñas la palma de aquella noble mano y retiraba la cosa que crujía; es decir, un billetito de Banco, sin olvidar nunca la invariable frase final:

—¡Oh, señor, no era necesario, entre nosotros!... En cuanto al asunto aquel, quede su merced tranquilo.

Gracias al talento natural del señor Zolzikievicz y a la ductilidad de su temperamento, los asuntos del Municipio hubieran ido como una seda, a no ser por la porfía del señor secretario al negarse a intervenir en la totalidad de los debates, pues nadie como él sabía de qué modo debían resolverse las cuestiones desde el punto de vista legal. Sólo en determinados casos se creía en el deber de pedir la

palabra; pero cuando el debate no había sido precedido de un billetito de Banco puesto en circulación del modo que sabemos, dejaba la discusión al libre criterio del Consistorio y permanecía sentado, impasible y silencioso, sembrando el mayor desasosiego entre los regidores, que se sentían en tales trances sin cerebro, como quien dice.

Entre los nobles terratenientes, uno sólo, el señor de Floss, el rico colono de Male Postepowice, había asistido al principio, en calidad de regidor, a las sesiones del Ayuntamiento, pues era el único que opinaba que la «intelectualidad aristócrata» debía intervenir en ellas. Pero se encontró con la hostilidad de todo el mundo; los nobles afirmaban que el señor de Floss debía de ser un «rojo», y los labriegos, por otro lado, con el democrático sentimiento de su propia nulidad, encontraban que el sentarse en el mismo banco que ellos constituía desdoro para un señor, diciendo para probar su aserto «que los otros señores no lo hacían». En realidad, los aldeanos tenían ante los ojos al señor de Floss porque no era un señor entre los señores. Por otra parte, tampoco Zolzikiewicz le tenía mucha voluntad; pues, no sólo no había buscado nunca el de Floss atraerse las simpatías del secretario con el consabido cebo del billetito, sino que hasta una vez, en plena sesión, le había impuesto silencio, valido de su calidad de concejal. Por todas estas razones era el rico colono muy mal querido de sus compañeros de Consistorio, malquerencia que dió lugar un día a un incidente morti-

ficante. Estando una mañana reunidos en sesión, uno de los regidores, sentado al lado del de Floss, exclamó escuetamente y sin rodeos, acalorado por ciertas discusiones personales:

—¿Por ventura el señor de Floss es un señor? El señor Oscierzinski sí lo es, y el señor Skorabiewski también; pero ese Floss no es más que un colono enriquecido.

Al oír esto el interesado—que precisamente en aquellos días acababa de comprar Krucha-Wola—, prorrumpió en denuestos y maldiciones y mandó todo al diablo, dejando desde aquel día la administración municipal al cuidado exclusivo de los lugareños.

Toda la nobleza declaró, con rara unanimidad, «que se lo tenía bien merecido», no sin invocar al propio tiempo, como prueba y justificación de los principios abstencionistas, uno de los refranes salidos de la profunda sabiduría popular, y según el cual nada en el mundo es capaz de hacer a los aldeanos mejores de lo que son.

Libre de este modo el Municipio de la intervención de la «intelectualidad aristócrata», pudo administrar y resolver los asuntos sin la fiscalización de una más elevada autoridad, con la sola ayuda de la sana razón de Barania Glowa, sana razón que debía bastarle y sobrarle, en virtud del mismo principio, según el cual la sana razón de París le basta y le sobra a París. Y luego, ¿no es cosa probada que el buen sentido práctico, o lo que se ha convenido en llamar «la sana razón del

campesino», vale por sí solo mucho más que todas las facultades adquiridas por la inteligencia? Y por otra parte, ¿quién será capaz de poner en duda que todos los campesinos, sin distinción, nacen provistos de tan portentoso don natural?

Estas verdades no tardaron en quedar completamente demostradas en el pueblo de Barania Glowa. Durante la sesión de que hablamos al comenzar el presente capítulo fué leído un documento administrativo en que se pedía dictamen sobre «si debía el Ayuntamiento reparar a sus expensas el camino vecinal que iba a Oslowice, en todo el recorrido que caía dentro del término municipal de Barania Glowa». No fué la tal proposición del agrado de la mayoría de los *patres conscripti* allí reunidos, uno de los cuales llegó a emitir la luminosa opinión de que era completamente inútil gastar dinero en la reparación de la carretera desde el momento en que se podía muy bien pasar por el prado del señor Skorabiewski. No es aventurado afirmar que, de asistir el señor Skorabiewski a la sesión, hubiera puesto algunos reparos a aquel *pro publico bono;* pero estaba ausente, aferrado a los principios de abstencionismo, y es indudable que el dictamen del radical regidor hubiera sido aprobado por *unanimitate* si el señor secretario no hubiese estado a cenar la víspera en casa del señor de Skorabiewski y no le hubiese contado la hija, la señorita Yawiga, la escena del estrangulamiento de los dos generales españoles en Madrid, escena que había leído recientemente en la *Isabel*

de España, del editor Breslauer, y si además al despedirlo el noble dueño de la casa no le hubiese puesto en la mano el consabido billetito de Banco. Pero el honrado secretario no podía faltar a sus compromisos, y antes de consignar en acta la proposición del resuelto regidor dejó la pluma sobre el pupitre, señal evidente de que iba a pedir la palabra.

—El señor secretario quiere decir algo—exclamaron varias voces.

—Quiero decir que sois unos sandios—dijo con gran cachaza Zolzikiewicz.

Tal es el poder de la verdadera elocuencia parlamentaria, aun reducida a su más mínima expresión, que inmediatamente después de aquella interpelación—que al fin y al cabo no era mas que una protesta contra aquel parecer y, en general, contra la política del cuerpo administrativo de Barania Glowa—todos los miembros del mencionado cuerpo administrativo empezaron a mirarse llenos de zozobra y a rascarse el noble órgano del pensamiento; acto que siempre era indicio en ellos de que penetraban en el fondo de las cosas.

Por fin, después de un prolongado silencio, uno de los regidores exclamó con acento interrogador:

—Vamos a ver, ¿y por qué?

—Porque sois unos sandios.

—Así debe ser—dijo una voz.

—El prado es el prado—añadió otro.

—Y bien se puede pasar por él en primavera—asintió un tercero.

En resumidas cuentas, que fué rechazada la enmienda relativa al prado y se votó el proyecto del Gobierno, acordando la manera de contribuir a las costas en la reparación de aquel camino a tenor de las instrucciones gubernativas. Tan arraigado estaba el sentimiento de la justicia en el alma del cuerpo legislativo de Barania Glowa, que nadie se atrevió a escatimar la parte que le correspondía en las cargas inherentes a aquella mejora; nadie, a excepción del alcalde y del regidor Gomula, quienes, en compensación, prestáronse a inspeccionar los trabajos para que se realizasen con la mayor rapidez posible.

Justo es consignar, sin embargo, que semejante desinteresado servicio, por parte del alcalde y del regidor Gomula, suscitó—como suele suscitar toda virtud que se sale de lo común—una explosión de celos en los demás miembros del Consejo municipal, y aun hubo una voz que formuló la más enérgica e irritada protesta:

—¿Y por qué no habéis de pagar vosotros?

—¿Y qué necesidad tenemos de gastar el dinero inútilmente, ya que lo que deis vosotros bastará?—replicó Gomula.

Era aquel un argumento que, a mi juicio, no no sólo «la sana razón» de Barania Glowa, sino la de cualquier otro lugar, hubiera sido incapaz de refutar, y tanto es así, que la voz protestante enmudeció de pronto y sólo se la volvió a oír al cabo de un instante para decir en tono de profundo convencimiento:

—Si bien se mira, es verdad.

Quedó, pues, terminado el asunto, y ya se disponían a pasar a otro, cuando de improviso, y sin ninguna clase de miramientos, entraron en la sala de sesiones, por la puerta entreabierta, dos orondos lechoncillos corriendo como locos, y empezaron a pasear, sin motivo alguno razonable, de un extremo a otro de la pieza, cuando no se metían, chillando y gruñendo, por entre las piernas de los contrariados regidores.

Las deliberaciones del Consistorio se vieron, como es natural, interrumpidas; todo el cuerpo legislativo se puso como un solo hombre a perseguir a los intrusos, y durante unos momentos no se oyó mas que imprecaciones, denuestos y maldiciones. Mientras tanto, habíanse refugiado los lechoncillos entre las piernas del señor Zolzikiewicz, manchándole de verde un soberbio pantalón de color de arena, manchas que después, una vez secas, no le fué posible quitar, a pesar de haber empleado para ello jabón de glicerina y su propio cepillo de los dientes.

Merced, empero, a la energía y serenidad de que dieron prueba de aquel trance, como en tantísimos otros, los representantes de los intereses morales y materiales de Barania Glowa, fueron agarrados, al fin, los lechoncitos por las patas traseras y echados a la vía pública, a pesar de sus escandalosas protestas. Realizada ya aquella operación, púdose finalmente, y sin más contratiempos, entrar en el orden del día.

Figuraba en ella, precisamente. la querella del labriego Sroda contra el señor Floss, el rico colono de quien hemos hablado más arriba. He aquí el nuevo motivo de la querella: los bueyes de Sroda habían pasado una noche entera en el prado del señor de Floss, hartándose de trébol hasta reventar; y no es esto una exageración, pues al día siguiente por la mañana dejaron los bueyes de Sroda este valle de lágrimas y de miserias para irse a otro mundo mejor, al otro mundo... de los bueyes. Y desesperado el pobre Sroda, fué corriendo a hacer el fúnebre relato al Consejo municipal, implorando de él protección y justicia.

El Consejo, después de haber profundizado en la cuestión con su peculiar sagacidad y competencia, adquirió el pleno convencimiento de que, si bien Sroda había dejado expresamente sus bueyes en el trébol del señor de Floss, no era menos evidente que si, en vez de aquel «asco de trébol», hubiese sembrado el propietario avena o trigo candeal, todavía gozarían los bueyes de la más floreciente y risueña salud, y no hubieran sido víctimas de aquellos tremendos ataques de hinchazón que los condujeron al sepulcro. Partiendo de aquella premisa mayor y siguiendo la menor, tan lógica como estríctamente jurídica, resolvió el Consejo que en cualquier caso no podía ser imputada a Sroda la muerte de los bueyes, sino más bien al señor de Floss. Por consiguiente, éste debía pagarle los bueyes a Sroda, y satisfacer además al Municipio —como medida preventiva para el porvenir—la

suma de cinco rublos, que irían destinados a la partida de gastos de la alcaldía. Y de negarse el de Floss a satisfacer tal cantidad, cobraríala el Municipio del peculio de su arrendatario, el judío Icko Ywejnos.

Terminado este asunto, pusiéronse sobre el tapete diferentes cuestiones de índole civil, cuyas cuestiones, según le interesaran más o menos al genial secretario, fueron aprobadas libremente, después de pesarlas en las balanzas de la más pura justicia, balanzas colgadas del clavo de la «sana razón» de los regidores de Barania Glowa. Gracias, pues, a la apatía del señor Zolzikiewicz, así como al principio inglés del abstencionismo, con tanto tesón sustentado por la «intelectualidad aristócrata» de Barania Glowa, y del que suficientemente hemos hablado ya, el acuerdo general y la unanimidad se vieron rara vez turbadas, pues no vale la pena de mencionar las invocaciones a un mal rayo, a la peste bubónica, a la rotura de los huesos y a la putrefacción de la sangre que en forma de sinceros votos y cordiales deseos se oyeron en los labios de las partes litigantes y aun de los mismos jueces.

Y gracias también al inestimable principio del abstencionismo—al menos tal es mi opinión—podíanse resolver todas las querellas de modo que todo el mundo, así el que perdía como el que ganaba, tuviera que pagar siempre sumas de dinero relativamente crecidas, sumas destinadas a sufragar los gastos de «secretaría». Esto favorecía por un lado la tan anhelada independencia de las institu-

ciones municipales, la del alcalde y la del secretario, sobre todo, y por el otro ofrecía la posibilidad de hacer perder a las gentes la afición a los litigios y a los pleitos, y elevar así el nivel moral del municipio de Barania Glowa hasta la cumbre de la perfección, perfección que en vano soñaron los filósofos del siglo XVIII. Es también digno de notarse, y en eso soy imparcial, que el señor Zolzikiewicz sólo escribía en los libros la mitad de las cantidades recaudadas para «fondos de secretaría», mientras destinaba la otra mitad al capítulo de «gastos imprevistos», de que hacían uso el señor secretario, el alcalde y el regidor Gomula.

Por último, llegado que hubo el turno a la discusión de las causas criminales, mandaron al alguacil con la misión de hacer comparecer a los inculpados ante la faz de la justicia. No necesito decirte, lector amable, que se había adoptado en Barania Glowa el más novísimo de todos los sistemas penitenciarios y el más adaptado a las exigencias de la civilización: hablo del sistema celular. Ninguna mala lengua puede abrigar de ello la más ligera duda, y todavía hoy cualquiera puede convencerse de que en la pocilga del alcalde del Ayuntamiento de Barania Glowa, o sea en el establo donde se albergaban sus cochinos, existen cuatro departamentos. Es en ellos donde tenían a los prisioneros en compañía de aquellos personajes de quien se dice en cierta *Zoología para uso de la juventud*: «El cerdo es un animal muy renombrado a causa de su suciedad», etc.; compañía,

por otra parte, que no les privaba de entregarse a toda suerte de meditaciones y reflexiones sobre el delito cometido y de hacer los más firmes propósitos de enmienda.

Fué, pues, el alguacil inmediatamente a la mencionada prisión celular con la misión de conducir ante los jueces, no a dos prisioneros, sino a un prisionero y a una prisionera, de lo cual fácilmente puede deducir el lector de qué índole escabrosa y profundamente psicológica eran a veces las cuestiones que debía juzgar el tribunal municipal de Barania Glowa. Y, en efecto, ardua y delicada entre todas era la cuestión que se iba a debatir.

Cierto Romeo, llamado por buen nombre Wach Rechnio, y cierta Julieta, llamada por buen nombre Baska, estaban viviendo juntos en un cortijo, él en calidad de mozo de labranza y ella como moza de corral, y, ¿por qué ocultarlo?, pusiéronse a quererse con tal vehemencia, que ya no les fué posible vivir el uno sin la otra, y viceversa. Pero ¡ay! muy pronto la serpiente de los celos fué a morder en el pecho de la Julieta al percatarse ésta un día de que su Romeo conversaba harto prolijamente con Yagna, la moza de cántaro del cortijo. Desde entonces la infortunada Julieta no pensó mas que en sorprender a su Romeo. Una vez que éste regresó del campo a deshora, según el parecer de Julieta, haciéndose servir su comida apenas llegado, prodújose un estallido, a consecuencia del cual trabáronse de palabras, llegando por fin a propinarse mutuamente toda una serie de puñetazos y gol-

pes de cucharón. Visibles eran todavía las señales, tanto en el acardenalado e ideal semblante de la dulce Julieta, como en la agrietada frente del apuesto y gallardo Romeo. Y ahora iba el tribunal a decidir de qué lado estaba la culpa y quién de los dos debía pagar por daños y perjuicios, tanto por el amor mentido, como por las consecuencias del escándalo, la suma de setenta y cinco kopekas en plata.

El hálito emponzoñado del Occidente no había logrado todavía corromper la pura esencia del recto espíritu de los miembros de aquel tribunal; por lo cual, despreciando desde lo más profundo de su alma la emancipación de la mujer como absolutamente contraria al carácter idílico de los eslavos, el tribunal de referencia concedió la palabra primero a Romeo, quien, sosteniéndose con ambas manos los magullados hocicos, rompió a hablar de este modo:

—¡Respetable tribunal! Esa mala pécora no me deja un instante quieto; vengo, como todas las tardes, para tomar mi merienda, y ella: «Tú, perro faldero», dice, «el señor amo está todavía en la hacienda ¿y tú ya estás aquí? Y ahora, a echarte en tu rincón de la estufa y a guiñarme el ojo para que rabie, ¿eh?» Yo no la he guiñado nunca el ojo; pero desde que me vió con la Yagna, la criada del cortijo, cuando la ayudaba a sacar su cántaro del pozo, desde entonces está hecha una endemoniada. Echóme la escudilla sobre la mesa; se derramó casi toda la comida, y aun no me dejó zampar la

que quedaba, gruñendo y pateando como una fiera. «¡Tú, hijo de moro», decía, «inclusero; tú, sufragáneo!» Al oirme llamar «sufragáneo» me levanté y fuí a darle un mojicón en los morros, pero nada más que para desfogar la rabia, y ella me lo devolvió con su cucharón.

Al llegar a este punto de la declaración la angelical Julieta no pudo ya dominarse y, cerrando el puño, púsole bajo las narices de su Romeo, gritando con estentórea voz:

—¡Mientes, mientes y mientes! ¡Y ladras como un perro!...

Luego, rebosándole amargura el corazón, púsose a derramar amargas lágrimas y, dirigiéndose al tribunal, empezó a vociferar en estos términos:

—Respetables jueces: soy una pobre huérfana, ¡oh, Dios mío, tened piedad de mí! No fué junto al pozo donde me lo encontré con Yagna. ¡Mal arañazo les quite la vista a los dos! ¡Bergante, desvergonzado! ¿No me has dicho más de una vez que me querías hasta el punto de no poder aguantar las ganas de pellizcarme? ¡Que se pudra el zopenco! ¡Que se le quede la lengua como una estaca! ¡No era con el cucharón con lo que debía darle, pobre de mí, sino con un pedernal! El Sol tenía aún para rato de zambullirse en el ocaso, y hételo ya a este que se llega a casa y que empieza a armar bronca para que se le dé de comer. Y yo que le digo con muchísima educación: «Tú, cara de bandido. ¿El señor amo está todavía en la hacienda y ya estás tú aquí?» Pero «sufragáneo» no se lo

llamé, tan cierto como que he de morirme. ¡Ah, mal rayo!...

Aquí el alcalde interrumpió a la inculpada y la llamó al orden, haciéndola una observación en forma de pregunta:

—¿Callarás la lengua una vez, descarada?

Reinó de pronto un gran silencio, durante el cual púsose la Mesa a meditar sobre la pena que procedía aplicar a los delincuentes, y—¡oh penetración, oh delicadeza!—no le fué impuesta a ninguna de las partes la multa de setenta y cinco kopekas, sino que, para salvaguardar el prestigio del tribunal y dar al propio tiempo un ejemplo a todas las parejas de enamorados de Barania Glowa, condenó a los dos inculpados a pasar otras veinticuatro horas en su respectiva celda de la pocilga y a pagar cada uno un rublo de plata a la «secretaría».

«De Wach Rechnio y de Baska Yabianka, para la alcaldía, cada uno medio rublo de plata», apuntó el señor Zolzikiewicz.

Terminada la sesión, levantóse el señor secretario, estiróse el pantalón de color de arena y tiró hacia abajo del chaleco morado; tomaron los regidores cada uno su gorra y su látigo, y disponíanse todos a salir, cuando la puerta, que había sido cerrada cuidadosamente después de la invasión de los lechoncillos, se abrió de par en par y aparecieron en el marco Rzepa, sombrío como una noche nublada, y tras él su mujer y el perro *Kruczek*.

Estaba la Rzepowa pálida como una difunta; las delicadas facciones de su rostro encantador revelaban ahora una gran tristeza, como bañada de resignación: sus grandes ojos negros estaban arrasados en lágrimas, que le saltaban de vez en cuando, resbalando por sus mejillas.

Al penetrar en la Alcaldía, el aspecto de Rzepa era altivo y arrogante; pero en cuanto se vió en presencia de todos los miembros del Consejo quedóse todo confuso y sólo pudo articular en voz muy baja:

—¡Alabado sea Dios!...

—¡Por todos los siglos de los siglos!—contestaron, a coro, los regidores.

—Y vosotros ¿qué queréis?—preguntó con acento amenazador el alcalde, que al principio se había turbado un tanto; pero que ya había recobrado toda su presencia de ánimo—. ¿Tenéis, acaso, alguna cuestión que resolver? ¿Os habréis pegado, o qué?

Y precisamente cuando nadie lo esperaba intervino el secretario:

—¡Dejadle hablar!—dijo.

Rzepa empezó:

—Respetables jueces...

—¡Aguarda, aguarda un poco!—interrumpió con viveza su mujer—. ¡Déjame hablar a mí y estate quieto!

Y después de enjugarse las lágrimas y la nariz con la punta del delantal, contó toda la historia con temblorosa voz. Pero ¡ay! ¿adónde había veni-

do? La infeliz había venido a presentar sus quejas al alcalde y al secretario. ¿Contra quién? ¡Contra el secretario y contra el alcalde! «Lo enredaron», dijo la Rzepowa; «le prometieron un bosque si firmaba, y firmó; le dieron cincuenta rublos, y como estaba borracho, no se dió cuenta de que vendía su suerte, la mía y la de nuestro niño. Estaba borracho, respetables jueces, borracho perdido, como una persona dejada de la mano de Dios», continuó sollozando la muy cuitada, «y cuando se está de esta conformidad, ¿sabe uno lo que se hace? Muy bien sabe el tribunal que no; por eso, cuando alguien hace algo hallándose beodo, se le perdona, porque se dice: «no sabía lo que se hacía». ¡Misericordia divina! ¿Acaso puede un hombre cuerdo y en su cabal juicio vender su suerte por cincuenta rublos? ¡Ah, tened compasión de mi hombre, tened compasión de mí y de nuestra inocente criatura! ¿Qué será de mí, desgraciada, sola en el mundo, sin él, sin mi pobre maridito desgraciado?... ¡Oh, Dios Nuestro Señor os lo recompensará con creces... os premiará por todo el bien que hayáis hecho a los desgraciados!...»

Al llegar aquí los sollozos le cortaron la voz, y también Rzepa lloraba, sonándose a cada momento los mocos con los dedos, y los regidores, con la boca abierta, se miraban unos a otros, miraban al alcalde y al secretario y permanecían atónitos.

Pero la mujer recobró sus fuerzas y continuó:

—El pobre muchacho anda como loco de remate, como si le hubiesen dado un bebedizo: «Te

mataré», dice, «mataré a nuestro hijo, pegaré fuego a la casa, pero no iré, no iré... ¿Qué mal he hecho yo, triste de mí, desgraciado? ¿Qué mal ha hecho nuestro niño?» Y de nada se ocupa ya, ni de sus quehaceres. ni de su hoz, ni de su hacha; metido se queda dentro de la choza y suspira, suspira...; pero a vuestro juicio me atengo, porque tenéis a Dios en el corazón y no podéis permitir que se nos cause tan grave daño... ¡Jesús de Nazareth! ¡Virgen Santísima de Chestochowa, ayúdanos, protégenos!...

Y durante unos instantes volvió a reinar el silencio, escuchándose tan sólo los sollozos de la Rzepowa, hasta que se oyó gruñir al más anciano de los regidores:

—No está bien emborrachar a un hombre para luego comprarlo...

—No está muy bien que digamos...—gruñó otro.

—¡Que Dios y su Santísima Madre os bendigan!—exclamó la Rzepowa, cayendo de hinojos en el umbral.

El alcalde estaba confuso y Gomula también, y los dos no hacían mas que mirar al secretario, que permanecía impasible. Pero éste, apenas hubo terminado la Rzepowa, dijo en tono pontifical a los gruñidores concejales:

—¡Sois unos imbéciles!

Un silencio de muerte reinó en la sala, y el secretario continuó:

—Escrito está en letras de molde que quien se compromete en un contrato voluntario ha de ser

juzgado por un tribunal marítimo, y ¿sabéis, estúpidos, lo que es un tribunal marítimo? ¡Qué habéis de saber, sandios y mentecatos!... Pues un tribunal marítimo es...

Sacóse el pañuelo de la faltriquera, frotóse con él las narices y continuó con calma olímpica y voz protocolaria:

—El que no sepa lo que es un tribunal marítimo que no se entrometa en tales asuntos, porque, de lo contrario, todo eso puede costarle el pellejo. Cuando se da con uno que consiente en firmar, para nada tienen que meterse los demás en ello; cerrado está el trato y firmado el contrato, y con testigos; ¿qué más queréis? Así se entiende en jurisprudencia, y el que no lo crea que lo vea en los artículos del código y en el enjuiciamiento. Y si se hace bebiendo, ¿qué le importa a nadie? ¿Acaso no bebéis nunca vosotros, imbéciles, que no hacéis mas que beber siempre y en todas partes?

Si la Justicia en persona, con la balanza en una mano y la espada desenvainada en la otra, se hubiese aparecido en aquel instante, de repente, por detrás de la estufa a los regidores, de seguro que no se hubieran sentido éstos tan anonadados como al oír pronunciar aquellas terribles palabras «enjuiciamiento», «artículos», «jurisprudencia»... Durante unos instantes reinó en la asamblea un profundo y embarazoso silencio, que, por último, se atrevió a romper el regidor Gomula; quien, con todos los ojos puestos encima, a causa de su singular osadía, dijo con voz cavernosa:

—Es muy verdad. ¿Vendes un caballo?, pues a beber. ¿Vendes un buey?, pues a beber. ¿Vendes un marrano?, a beber siempre; es la costumbre.

—Y así bebimos también, como se suele hacer siempre—añadió el alcalde.

Entonces los regidores, encarándose insolentemente con Rzepa, exclamaron:

—¡Ya que te echaste de beber, bébetelo!

—¿Eres un mocoso todavía? ¿No sabes aún lo que te haces?

—¡Después de todo, no creas que te van a cortar la cabeza!

—¡Y cuando vayas al servicio puedes tomar un mozo de labranza, que haga tus veces en el campo y en tu casa, con tu mujer!

La asamblea empezaba a regocijarse, cuando de pronto volvió el secretario a abrir la boca y de nuevo se hizo un gran silencio.

—Y vosotros ni siquiera sabéis en lo que debéis y en lo que no debéis inmiscuiros. Una cosa en la que tenéis la obligación de intervenir es en esto: Rzepa ha amenazado de muerte a su mujer y a su hijo y ha prometido incendiar su propia casa, y eso sí que no lo podéis consentir; ya que la Rzepowa ha venido a presentaros sus quejas, no la dejéis marchar sin hacerla plena justicia.

—¡Es mentira, yo no soy la que me quejo!—exclamó con desesperación la Rzepowa—. ¡Nunca me ha hecho mi hombre el menor daño! ¡Oh, Jesús mío! ¡Oh, dulces llagas de Jesús Crucificado! ¿Llega acaso el fin del mundo?

Un estremecimiento recorrió todo aquel cuerpo legislativo, y el resultado de toda aquella conmoción fué que, a fin de proteger y asegurar la vida de la Rzepowa, sería encerrado su marido durante dos días en la pocilga celular, y para que no volvieran a apuntarle en el cerebro tan peregrinas ideas, condenósele a pagar a la «secretaría» dos rublos y medio de plata.

Mas púsose Rzepa a bregar como un loco de remate y a gritar que no entraría en la pocilga, y que en cuanto a la multa que le habían impuesto, no sólo entregaría los dos rublos, sino los cincuenta que el alcalde le había dado. Y así diciendo, los arrojó todos al suelo, gritando:

—¡Que el que los quiera los coja!

Armóse entonces una baraúnda de mil diablos; quiso el alguacil agarrar a Rzepa para llevárselo, pero éste le contestó con un terrible puñetazo, á lo que contestó el alguacil echándole mano a los cabellos. Púsose la Rzepowa a chillar desaforadamente, hasta que un regidor fué a cogerla por el cogote y la puso de patitas en la calle, no sin haberle propinado antes una vigorosa puñada en la cintura, mientras los demás ayudaban al alguacil a arrastrar al Rzepa por los cabellos hasta la pocilga.

Entretanto, el secretario inscribía en los libros municipales: «Recibo de Lorenzo Rzepa un rublo y veinticinco kopekas para la alcaldía.»

En cuanto a la Rzepowa, iba camino de su choza medio desfallecida, sin ver apenas nada, tropezando

en todos los guijarros del camino, retorciéndose las manos por encima de la cabeza y sollozando perdidamente.

Y el alcalde, que tenía buen corazón, dijo al regidor Gomula, mientras se encaminaban a la taberna:

—No puedo con ello; le tengo lástima a esa mujer. Les pondré un cuarto de almud más de guisantes, ¿no te parece?

VI

El lector habrá comprendido ya, sin duda, y apreciado en su justo valor el genial plan de nuestro simpático héroe. El señor Zolzikiewicz había logrado dar, como quien dice, jaque mate a Rzepa y a su mujer. Inscribiendo al gallardo mocetón en las listas de reclutamiento, nada absolutamente se hubiera logrado; pero eso de emborracharlo y arreglar las cosas de manera que él mismo firmara el contrato y aceptase el dinero constituía una habilidad de las más ingeniosas; habilidad que, si enturbiaba y aun enmarañaba ligeramente la cuestión, no dejaba de demostrar, sin embargo, qué importantes papeles era capaz de desempeñar en el mundo el señor Zolzikiewicz, por poco que las circunstancias le fueran propicias. El alcalde, dispuesto como estaba a desembolsar sus ochocientos rublos, es decir, toda la calderilla de que disponía, para redimir a su hijo, acogió aquel plan con un júbilo tanto mayor, cuanto que el

señor secretario, modesto, al par que genial, sólo había pedido para arreglar la cosa la miserable suma de veinticinco rublos. No era, no, la codicia la que había impulsado al señor Zolzikiewicz a aceptar aquel dinero, como no era tampoco la codicia la que le inducía a repartir con Burak la mitad de lo que en la «secretaría» se recaudaba. La razón de ello—no hay más remedio que confesarlo—era que constantemente tenía cuentas pendientes con Szul, el sastre de Oslowice, el cual proveía a toda la comarca de indumentaria a la «última moda de París».

Y puestos ya en el terreno de las confesiones, revelaremos, asimismo, el por qué del empeño del señor Zolzikiewicz en vestirse con tantísima elegancia. Indudablemente, a ello contribuía en gran parte su refinado instinto estético; pero había otra cosa más importante, y era que el señor Zolzikiewicz estaba enamorado. No vaya el lector a creer que el objeto de su amor fuese la Rzepowa, no; la hermosa aldeana sólo despertaba en él cierto «apetito», según había declarado él mismo en cierta ocasión; pero además de esta clase de «apetitos» el señor secretario era capaz de sentir afectos más sublimes y complicados. Las lectoras y tal vez también los lectores habrán ya adivinado, sin duda, que la meta de tan delicados sentimientos no podía ser otra mas que la señorita Yadwiga Skorabiewska. Muchas veces, cuando la plateada Luna aparecía en el horizonte, tomaba el señor Zolzikiewicz su acordeón, instrumento que manejaba con

bastante destreza, y sentado en el banco que había delante de su casa, con los ojos vueltos hacia la señorial morada, entonaba estas estrofas, acompañándose con el melancólico instrumento:

Desde que nace la aurora
hasta el triste anochecer,
mi corazón gime y llora;
y de noche, en mil suspiros, que el dolido pecho lanza,
se consume mi querer:
es mi amor sin esperanza.

Y en el poético silencio de la noche su voz volaba hacia la casa señorial, y después de unos instantes añadía el señor Zolzikiewicz como un prolongado sollozo:

¡Hombres, hombres, hombres de corazón petrificado,
que la existencia de un doncel habéis emponzoñado!

Si se atreviese alguien a acusar al señor Zolzikiewicz de sentimentalismo le diría yo resueltamente que se equivoca; aquel gran hombre estaba dotado de demasiado buen sentido para ser sentimental. En sus ensueños siempre tomaba la señorita Yadwiga las facciones de la reina Isabel, y él, las de Serrano o las de Marlof. Pero como la realidad y el ensueño son dos cosas muy distintas, aquel hombre de férreo carácter estuvo a punto varias veces de revelar sus sentimientos, sobre todo una tarde, al ver tendidas, puestas a secar, unas enaguas con las iniciales Y. S. y una corona, que inmediatamente reconoció. Entonces, decidme, ¿quién habría podido dominarse? No; él no pudo, y acercándose a las enaguas, cogió

una de ellas y la cubrió de ardientes, de apasionados besos, lo cual fué visto por una criada, llamada Malgoska, que se apresuró a transmitir la noticia al alcázar, diciendo «que el señor secretario se había sonado las narices con las enaguas de la señorita». Por fortuna, nadie la dió crédito y el amor del señor secretario continuó secreto para todos.

¿Acariciaba, al menos, una esperanza? No se lo eches en cara, querido lector; sí, acariciaba una esperanza. Cada vez que iba a la casa señorial una voz interna—tenue, es verdad, pero muy persistente—le susurraba: «¿Y si la señorita Yadwiga fuera hoy a pisarte el pie con el suyo por debajo de la mesa, durante la cena?» «¡Que vayan enhoramala los zapatos de charol!», se contestaba él con la magnanimidad propia de los verdaderos enamorados.

Mil y mil cosas había leído en las publicaciones del editor Breslauer de semejantes apretones y pisotones; pero no sólo no había rozado nunca la señorita Yadwiga su pie con el de él, sino que, ¡oh misterio del alma femenina!, siempre miraba al secretario cual si contemplase un gato, una fuente, una cuchara o cosa parecida. Y, sin embargo, ¡cuánta fatiga se daba el infeliz por llamar su atención! Más de una vez, en el momento de hacerse el nudo de la corbata de fantásticos colores, o de ponerse un pantalón nuevo de listas quiméricas, habíase dicho: «¡Hoy sí que no podrá menos de fijarse en mí!» Si hasta el sastre Szul, al entregarle el traje, le había dicho: «Con un pantalón así puede usted presentarse en todas partes, hasta en casa

de una condesa.» Pero ¡quia!, estaba ya él en el comedor para la cena, y aparecía la señorita Yadwiga, como siempre, altiva, inmaculada y casta como una reina, con su traje de volantes susurrantes; se sentaba; tomaba la cuchara entre sus gráciles dedos, y ya ni siquiera alzaba los ojos. «¿No llegará jamás a comprender todo lo que esto me cuesta?», pensaba Zolzikiewicz, en el colmo de la desesperación.

Y, sin embargo, no perdía por completo la esperanza. «Si lograse un destino de subinspector—se decía—, podría permanecer siempre en la casa señorial, y de subinspector a inspector no hay mas que un paso. Tendría yo entonces coche y caballos, y quién sabe si no acabaría un día la joven por estrecharme la mano por debajo de la mesa...» Y dando rienda suelta a sus pensamientos, volaba el señor Zolzikiewicz por los espacios infinitos, haciendo mil conjeturas sobre aquellos elocuentes apretones... Pero no divulguemos las secretas elucubraciones de su exaltada fantasía.

Lo que mejor prueba el rico temperamento con que había dotado la Naturaleza al señor Zolzikiewicz es la facilidad y frescura con que alimentaba en su pecho, juntamente con su amor ideal por la señorita Yadwiga—sentimiento que respondía a sus disposiciones aristocráticas—, su «apetito» igualmente significativo por la Rzepowa. Verdad es que la tal Rzepowa era lo que se llama «una real moza»; pero no la hubiera requebrado y perseguido tanto el don Juan Tenorio de

Barania Glowa de no tropezar con la singular resistencia de la hermosa lugareña, resistencia que bien merecía un castigo. ¿Era posible tolerarlo? ¿Resistírsele una simple aldeana a él, al señor secretario? Con su inaudita audacia, la Rzepowa ofrecía, pues, al concupiscente galán un atractivo doble: el excitante afán de coger el fruto prohibido y el candente placer de la venganza. El incidente con el perro *Kruczek* había agravado extraordinariamente la situación; de tal modo, que ya no pensaba el secretario mas que en vengarse. Y después de mucho cavilar, sabiendo muy bien que su víctima procuraría defenderse, acabó por imaginar aquel contrato voluntario entre Rzepa y el alcalde que ponía en sus manos la suerte del joven aldeano y la de su familia.

Con todo, después de la escena ante el Consejo municipal no se dió por vencida la Rzepowa. Al día siguiente, que era domingo, fué, como de costumbre, a oír misa a Wrzeciadza, decidida a pedirle consejo a un sacerdote. Dos había en aquella parroquia: el canónigo Ulanowski, a quien de puro viejo se le salían los ojos de la cara, como a los peces, y cuya cabeza se le bamboleaba por todos lados, y el padre Czyzyk, el vicario, hombre renombradísimo por su piedad y sano criterio. Al padre Czyzyk, pues, deseaba consultar la Rzepowa, convencida de que le daría un buen consejo y la consolaría al mismo tiempo. Mucho hubiera querido ir a hablarle antes de comenzar la misa; pero como su marido estaba recluído en la pocil-

ga, tuvo que hacer ella doble labor, y cuando hubo barrido y arreglado la choza, dado el pienso al caballo, a los cerdos y a la vaca, y llevado doble ración a Rzepa, el Sol estaba ya muy alto en el firmamento y ella se dijo entonces que no llegaría a tiempo a la iglesia antes de la misa.

En efecto; al llegar ya había comenzado el Oficio; unas mujeres vestidas con trajes verdes estaban sentadas en el cementerio, acabando de ponerse los zapatos que habían traído consigo en la mano, y Rzepowa las imitó, después de lo cual entró en la iglesia. El padre Czyzyk estaba echando un sermón, mientras el canónigo, sentado junto al altar, abría desmesuradamente los ojos y bamboleaba la cabeza, como de costumbre. Era ya después del Evangelio, y no sé por qué causa ni razón estaba hablando el vicario de la herejía de los maniqueos cataristas, explicando a los feligreses el único criterio que debían usar para juzgar aquella herejía y la bula *Ex stercore* que contra ella se lanzó. Luego, con gran elocuencia y mayor convicción, aconsejó a sus ovejas, pobres, sencillas como los pájaros del paraíso y, por ende, gratas al Señor, que no prestaran oídos a los numerosos pretendidos buenos pastores y, en general, a todos aquellos que, cegados por su satánico orgullo, van por el mundo sembrando la cizaña y no la buena simiente, y no cosechan mas que lágrimas y pecados. Y hablando así iba aludiendo y citando a Condillac, a Voltaire, a Rousseau, a Ochorowicz, sin establecer entre ellos la menor diferencia; has-

ta que, por último, púsose a describir con todos sus detalles los tormentos que aguardan en el otro mundo a los réprobos y a los condenados. La Rzepowa se sentía reanimada y llena de unción; pues aunque no entendía un ápice de cuanto estaba oyendo, decíase «que debía de hablar muy bien el vicario, a juzgar por los gritos que lanzaba y el sudor que le corría por la cara, y también por los suspiros que lanzaba la gente, cual si a punto estuvieran todos de entregar el alma a Dios». Terminado el sermón, continuó la misa, y entonces púsose la desgraciada Rzepowa a rezar, a rezar como nunca hasta aquel día había rezado, y a medida que invocaba al Señor, la pena y la congoja de su corazón se le hacían más llevaderas.

El momento solemne llegó por fin; el deán, blanco como una paloma, sacó del copón el Santísimo Sacramento y, cogiendo luego en sus manos temblorosas la custodia resplandeciente como un sol, volvióse hacia el pueblo, permaneciendo un instante con los ojos entornados y la cabeza ligeramente inclinada, como para cobrar alientos, hasta que por último púsose a entonar:

En presencia del magnífico Sacramento.

Y el pueblo contestó, formando un coro ensordecedor:

Doblemos la frente, alcemos el corazón;
que les cedan los antiguos su Testamento
a los fieles de la nueva religión.
Será entonces la Fe cual rico suplemento
ignoto hasta aquel día a la humana razón.

Tan estridente era el canto, que hasta los cristales de las ventanas vibraban, y el órgano mezclaba sus graves acordes a las voces agudas de los fieles, y sonaban las campanillas, y sonaba el tambor en el atrio de la iglesia, y el sol, entrando por el rosetón de la fachada, coloreaba las movedizas espirales de humo azulado que desde los incensarios iban subiendo hasta la bóveda del templo. Y en medio de aquel ruido, de aquella humareda, de aquellos rayos irisados y de aquella serenidad brillaba el Santísimo Sacramento, que el sacerdote iba subiendo y bajando; y aquel blanco anciano, medio oculto entre la niebla policroma, sosteniendo la custodia, semejaba una aparición celeste, en que se concentraban la fortaleza y la bienaventuranza, para difundirse luego en los corazones y en las almas de los creyentes todos. Aquella fortaleza y aquella bienaventuranza lleváronse también sobre sus divinas alas el alma dolorida de la Rzepowa. «¡Jesús, oh, Jesús, oculto en el más grande de los sacramentos! ¡Oh, Jesús—suplicaba la mísera mujer—, no abandones a esta pobre desgraciada!» Y las lágrimas rodaban por sus mejillas; pero no amargas, como las que derramara ante el alcalde, sino unas dulces lágrimas, gruesas como perlas y llenas de serenidad. Y sin saber lo que le pasaba, prosternóse la Rzepowa, con la faz contra el suelo, adorando a su Divina Majestad. Le pareció entonces que los ángeles del cielo la cogían, como si fuese una pobre hoja seca, y la llevaban hacia el cielo, hacia la eterna felicidad, allá donde

no había el señor Zolzikiewicz, ni el alcalde, ni listas de reclutas, sino tan sólo una aurora uniforme, y en medio de aquella aurora, el trono de Dios, y junto a aquel trono una luz tan viva, que no se podía mirar con los ojos abiertos, y luego, nubes y nubes de angelitos, cual pajarillos de blancas alas.

Mucho rato permaneció la Rzepowa prosternada. Cuando se incorporó, la misa había terminado, la iglesia se hallaba casi desierta, el humo del incienso flotaba rozando la bóveda, los últimos feligreses traspasaban el umbral y el sacristán estaba apagando las luces del altar. Levantóse la Rzepowa y se dirigió al presbiterio, para hablar con el vicario.

Estaba el padre Czyzyk tomando su desayuno cuando fueron a avisarle que una mujer, con los ojos arrasados en lágrimas, deseaba hablar con él, y salió inmediatamente. Era el sacerdote muy joven; tenía pálido y sereno el semblante; la frente, alta, blanca y apacible, y a sus labios se asomaba siempre una dulce sonrisa.

—¿Qué queréis, buena mujer?—preguntó con voz débil, pero melodiosa.

Besóle la Rzepowa las manos, de rodillas; contóle el motivo de su visita, interrumpiendo a menudo su relato con profundos y lastimeros sollozos y repetidos besamanos; después de lo cual alzó sus ojos negros, llenos de humildad, y añadió:

—¡Oh, deme usted consejo, démelo por Dios,

señor vicario! ¡Es a usted a quien he venido a pedir consejo!

—No errasteis, buena mujer, no errasteis—contestó con suavidad el padre Czyzyk—; pero sólo un consejo puedo daros: ofreced vuestras penas a Dios Nuestro Señor. Dios Nuestro Señor envía duras penas a sus fieles, terribles pruebas a veces, como, por ejemplo, a Job, a quien sus perros lamían las llagas; como, por ejemplo, a Azarías, que perdió la vista. Pero Dios Nuestro Señor sabe lo que hace y sabrá recompensar un día a sus fieles. La desgracia que acaba de caer encima de vuestro marido la habéis de considerar como un castigo de Dios por su pecado de embriaguez, y debéis colmar de gracias a Nuestro Señor porque le envía ahora este castigo a fin de perdonarle tal vez en el otro mundo.

Estábase la Rzepowa mirando al sacerdote con sus grandes ojos negros, y luego que hubo terminado el buen padre Czyzyk, besóle la mujer las rodillas, abrazándose a ellas, y lentamente se alejó, sin articular palabra.

Pero en la carretera sintió que algo le apretaba violentamente la garganta.

Quiso llorar; mas no le fué posible.

VII

Serían las cinco de la tarde de aquel mismo domingo cuando en la ancha carretera que pasa entre las dos hileras de chozas de la aldea vióse

brillar una sombrilla azul, un sombrero de paja amarilla, lazos azules y un vestido de color de almendra, guarnecido también de azul. Era la señorita Yadwiga, que, después de haber comido, daba su paseíto, acompañada de su primo, el señorito Wiktor.

La joven Yadwiga era lo que suele llamarse una linda muchacha, con sus cabellos negros, sus ojos azules y su tez blanca como la leche. Su vestidura elegante, esmeradísima y siempre del mejor gusto, hacía resaltar todavía más su belleza. Tenía un talle flexible y encantador, y al andar parecía que nadaba en el espacio. Con una mano sostenía su sombrilla, mientras con la otra recogía un poco su falda; lo que permitía ver los bajos de unas blanquísimas enaguas bordadas y unos piececitos hechiceros calzados con borceguíes húngaros.

El señorito Wiktor, su primo y compañero, de tan guapo que era, parecía un cuadro, a pesar de su melena demasiado larga y demasiado clara.

Estaban los dos rebosando salud, juventud, alegría y felicidad; todo su aspecto indicaba que vivían una vida superior, en eterna fiesta, con la posibilidad de satisfacer, no sólo lo externo, lo material de sus deseos, sino también de alimentar nobilísimos anhelos y profundos y generosos pensamientos, y aun a veces de acariciar los más luminosos y dorados ensueños.

En aquel ambiente primitivo, entre aquellas chozas, en medio de aquellos niños y de aquellos

labriegos, parecían habitantes de otro planeta; y era una dulce sensación el pensar que no existía ningún vínculo entre aquella pareja magnífica, intelectual, poética, y la incolora y prosaica realidad semibestial de la vida lugareña. Ningún vínculo existía, en efecto; por lo menos, el vínculo moral. Y caminaban los dos, uno junto a otro, conversando de poesía, de literatura, como un noble caballero y una dama de la Corte, mientras los aldeanos y las aldeanas, vestidos con sus burdas ropas de estameña, ni siquiera comprendían sus palabras, no entendían siquiera su lenguaje. ¿No produce una dulce sensación el pensar en esto? ¡Hay que confesarlo!

No había nada en la conversación de aquella soberbia pareja que no se hubiese ya oído una infinidad de veces; saltaban de un libro a otro, como una mariposa de flor en flor; pero una conversación así no puede resultar nunca trivial y vacia, si se sostiene con un alma querida, y no es mas que un pretexto para que pueda abrir el alma querida los capullos de sus propios pensamientos, y aun dejar entrever a veces sus más recónditas interioridades, como una rosa blanca abierta a los efluvios de la primavera. Además, una conversación así, con todo, y a pesar de todo, hace remontar infaliblemente el espíritu, cual ave de raudo vuelo, hacia las azuladas esferas, hacia las esferas del mundo espiritual, arriba, siempre más arriba. Y mientras allá en la taberna del villorrio se emborracha la gentuza y conversa en términos vulga-

res de las más vulgares cuestiones, ellos, la ideal pareja, se embarcan con rumbo a poéticas regiones en una nave que una canción de Gounod describe así:

El mástil, de fino marfil;
de roja seda el pabellón;
de oro purísimo el timón.

A todo esto debo añadir que, para adiestrarse en el arte de agradar a los hombres, esforzábase la señorita Yadwiga en hacerle perder el tino a su primo, y en tales andanzas es casi una cosa ritual el conversar de poesía.

—¿Ha leído usted la última obra de Fly?—preguntó Wiktor.

—¡Oh, Wiktor, este autor me tiene loca!—contestó Yadwiga—. Cuando lo leo me parece estar oyendo música, e involuntariamente me vienen a la memoria aquellos versos de Ujejski:

En ligera nube recostado,
me anonado en el total silencio;
brilla en mi pupila soñolienta lágrima;
ni el hálito de las cosas llega hasta mí...
Un mar de perfumes de violeta
voluptuosamente me rodea,
y, juntas las palmas de mis manos,
vuelo..., nado...

—¡Ah!—exclamó de pronto, interrumpiendo el recitado—, si le conociera, le amaría, estoy segura de ello. Es indudable que nos entenderíamos maravillosamente los dos.

—Afortunadamente, es casado—repuso Wiktor con voz seca.

Yadwiga inclinó ligeramente la encantadora cabeza y dejó apuntar en sus labios una sonrisa que puso unos lindísimos hoyuelos en sus mejillas. Luego, mirando a Wiktor de soslayo, preguntó:

—¿Por qué dice usted *afortunadamente*?

—He dicho *afortunadamente* pensando en todos aquellos para quienes, en caso contrario, la vida habría perdido todo su encanto.

Y diciendo esto, el aspecto del señorito Wiktor era realmente trágico.

—Es usted muy amable conmigo...

Entonces púsose el joven muy lírico:

—Y usted, Yadwiga, es un ángel...

—Bien... Hablemos de otra cosa. ¿De modo que no le gusta a usted Fly?

—Hace un momento empecé a detestarle.

—¡Qué caprichoso es usted! Deje esos aires fúnebres, por favor, y dígame inmediatamente cuál es su poeta predilecto.

—Sowinski...—balbuceó Wiktor con voz tétrica.

—Pues a mí me da un miedo atroz. Un mar de ironía, de sangre, incendios... estallidos salvajes...

—¡Cosas todas esas que no aciertan a asustarme!

Y los ojos del señorito Wiktor tomaron una expresión tan marcial, que un perro que había salido corriendo de una choza retrocedió de pronto, rabo entre piernas, aterrorizado.

Andando, andando, llegaron por fin ante la casa de piedra, junto a la orilla del estanque, en la que vivía el secretario, y por la ventana, entre-

abierta, divisaron la perilla de macho cabrío, la nariz arremangada y la corbata verde claro del señor Zolzikiewicz. Luego, algo más lejos, se detuvieron junto a una linda casita, toda cubierta de dulcamara, cuyas ventanas traseras daban al estanque.

—¿Ve usted esa casita? ¡Es el único sitio poético de Barania Glowa.

—¿Y qué es esta casa?

—En otro tiempo fué un asilo al que venían los niños del pueblo para aprender a leer mientras sus padres estaban labrando los campos. Papá había mandado construir esta casa ex profeso.

—¿Y ahora para qué sirve?

—Ahora se guardan en ella los barriles de aguardiente...

Pero no pudo acabar la frase, porque habían llegado a una gran charca en que se revolcaban unos cerdos «renombrados a causa de su suciedad», y para dar la vuelta a la charca habían de pasar junto a la choza de Rzepa. Hacia allí, pues, se dirigieron.

Estaba la Rzepowa sentada sobre un tronco de árbol, junto a la puerta, con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Tenía el semblante pálido y como petrificado, enrojecidos los ojos por el llanto y turbia la mirada, como si, inconsciente, estuviese mirando hacia la lontananza.

Ni siquiera les oyó acercarse; pero la señorita, apenas la vió, le dijo:

—¡Buenas tardes, Rzepowa!

Levantóse ésta, acercóse, besó las rodillas a la señorita y al señorito y se echó a llorar silenciosamente.

—¿Qué tienes, Rzepowa?—preguntó Yadwiga.

—¡Oh, reina mía! ¡Oh, mi esperanza! ¡Dios la envía a usted, sin duda! ¡Interceda usted por mí, usted, nuestra reina y protectora!

Y la Rzepowa contó todo cuanto la estaba pasando, besando a cada instante la mano; es decir, el guante de la señorita, y manchándolo con sus lágrimas. Estaba la señorita Yadwiga muy sonrojada y se le pintaba muy visiblemente en el semblante una gran turbación; verdaderamente, no sabía qué hacer; mas al fin, con voz vacilante y temblorosa, murmuró:

—¿Qué puedo yo hacer por ti, mi buena Rzepowa?... Mucho te compadezco... muchísimo; pero... verdaderamente... ¿qué puedo yo hacer?... Vé a ver a papá... quizá él... Adiós, Rzepowa.

Y recogiéndose todavía un poco más el vestido de color de almendra, hasta enseñar, por encima del borceguí húngaro, una media blanca con rayas azules, prosiguió la señorita Yadwiga su paseo, acompañada del señorito Wiktor.

—¡Que Dios te colme de bendiciones, oh la más bella entre todas las flores!—exclamó la Rzepowa, siguiéndola con la mirada.

Sin embargo, ya no se sentía la señorita Yadwiga tan alegre como antes, y aun le pareció al señorito Wiktor que una lágrima había brillado en

sus pupilas; mas para ahuyentar aquella tristeza hablaron de Kraszewski y de otros peces menores del mar de la literatura, y poco a poco, merced a aquella interesantísima conversación, acabaron por olvidar completamente aquel «desagradable incidente».

—¿Ir a casa de los señores?—pensaba mientras tanto la Rzepowa—. Es allí donde hubiera debido ir en seguida. ¡Qué mujer más tonta soy!

VIII

Los señores de Skorabiewski tenían durante el verano la costumbre de tomar el café, después de la comida, en la amplia galería de la casa señorial, desde la cual se divisaba, más allá de la explanada, una larga avenida bordeada de álamos. En esta galería, rodeada de dulcamara, hallábase en aquellos momentos el dueño de la casa, acompañado del canónigo Ulanowski, del vicario Czyzyk y del inspector Stolbicki. La señora Skorabiewska servía el te, y el inspector, que era un escéptico de marca mayor, estaba dale que dale atizando al viejo deán.

—¡A ver si nos cuenta usted, querido señor deán, aquella célebre batalla!—decía el inspector.

Y el canónigo, poniéndose la mano tras de la oreja, en pabellón, preguntaba:

—¿Cómo?

—¡La batalla!—repetía el inspector, gritando.

—¿Cómo? ¿La batalla?

Y el señor deán, después de bajar ligeramente la cabeza, como si reflexionase, murmuróse algo a sí mismo y se puso a mirar al cielo, cual si quisiera coordinar sus recuerdos. Ya se disponía a reír el inspector, y ya estaban todos esperando aquel relato, oído por lo menos un centenar de veces, porque siempre acuciaban al anciano hasta lograr que les narrase la batalla aquella.

—¿Cómo?—empezó diciendo el señor deán—. Era yo en aquellos tiempos vicario todavía, y de cura párroco estaba el padre Gladysz... Eso es, bien digo, el padre Gladysz. Fué él quien restauró la sacristía... ¡Que Dios le tenga en su santa gloria!... Entonces, inmediatamente después de la misa, yo que voy y le digo: «¿Señor cura párroco?» Y él que me responde: «¿Qué hay?» «Me parece», le digo, «que alguna consecuencia traerá todo esto.» Y él: «También me parece a mí que todo eso habrá de traer alguna consecuencia.» Y nos pusimos a mirar... Cuando de pronto, por detrás del molino de viento, aparece el ejército a caballo y el de a pie y luego las banderas y los cañones. Entonces, sin perder un segundo, me puse a pensar: «¡Caramba, caramba!» Pero he ahí que, por la dirección opuesta, una cosa aparece también. «¿Qué será?», me digo. «¿Será un rebaño de carneros?» Sí, buenos estaban los carneros; ¡pues nada menos que la caballería! Y apenas vieron estos a los otros gritáronles: «¡Atrás!», y los otros igual, «¡Atrás!» Cuando de pronto sale del bosque la otra caballería y em-

pieza la carga. Yo pensaba: «¡Ay, ay, ay!, esto va de veras; va a ser la cosa muy difícil.» Después algo empezó a brillar en la montaña, y yo que le pregunto al cura párroco: «Pero qué, ¿no lo ve usted?» Y él que me responde: «Sí.» Y mientras tanto la cosa allá abajo se ponía más y más grave: cañonazos, y escopetazos... y se iban acercando al río para vadearlo. Pero ¡quia!, los otros no se lo consintieron. Tan pronto ganaban los unos como los otros, y hacían todos un barullo infernal. ¿Y el humo? ¡Oh, cuánto humo! Luego entraron en juego las bayonetas, y pareció que los primeros empezaban a ceder. «Señor cura párroco», dije yo, «aquellos van a ganar.» Y él: «Sí; también me parece a mí lo mismo.» En efecto; apenas había terminado aquellas palabras, los primeros pusieron pies en polvorosa y los otros a perseguirles, a perseguirles. Entonces pusiéronse a degollarlos y ahogarlos en el río y a hacerlos prisioneros, y yo pensaba entre mí: «Ahora sí que esto se acaba...» Pero ¡ca!, ni pensarlo... porque... ¿qué decía yo ahora?... entonces...

Al llegar aquí hizo el anciano un mohín de desaliento con la mano, y hundiendo el cuerpo más profundamente en la poltrona cayó en una especie de somnolencia; la cabeza le bamboleaba más que de ordinario y los ojos se le salían casi completamente de las órbitas.

El revisor, de tanto reír, parecía que lloraba.

—Señor deán—preguntó—: ¿y quién dió aquella batalla, dónde y cuándo?

Púsose el canónigo la mano tras la oreja y dijo:

—¿Cómo?

—¡Ay, no puedo más! ¡Qué gracia, qué gracia! ¡No puedo más!

Los señores de Skorabiewski también reían, pero sólo por atención al señor inspector, aunque ya estaban hartos de oír cada domingo aquel sempiterno relato. El regocijo era, pues, general; pero de pronto vino a turbarlo una voz suave y tímida que desde fuera llamaba:

—¡Ave María Purísima!

Inmediatamente el señor Skorabiewski se puso en pie y, adelantándose unos pasos hacia la escalinata, preguntó:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor, la Rzepowa.

—¿Qué quieres?

Inclinóse la mujer cuanto se lo permitió el niño que llevaba en brazos, y besó las rodillas al caballero.

—¡Vengo para implorar socorro, señor amo, y también clemencia!

—¡Pero, hija mía, bien podrías dejarme en paz al menos el domingo!—interrumpió el señor Skorabiewski con un tono que parecía dar a entender que todos los días iba la pobre mujer a importunarle—. ¿No ves que tengo visita? Por ti no voy a desairar a mis convidados...

—Esperaré.

—¡Espera, pues! ¡No puedo partirme en dos pedazos!

Y el señor Skorabiewski volvió a la galería, mientras la Rzepowa se retiraba hacia el seto que circundaba el jardín y permanecía allí de pie dócilmente. Mucho rato estuvo esperando, pues los dueños de la casa y sus convidados conversaban alegremente, lanzando sonoras carcajadas, que hasta ella llegaban, lacerándole el corazón, como si ya no lo tuviera la infeliz bastante lastimado. Luego llegaron de su paseo el señorito Wiktor y la señorita Yadwiga, y todos entonces entraron en la casa. El criadito Yasko salió a la galería y fué a poner la mesa para el te, cambiando el mantel y colocando las tazas y las cucharitas. que producían un vibrante sonido al caer sobre la mesa. Y la Rzepowa esperaba siempre, infatigablemente. A veces se preguntaba si no sería mejor irse a casa y volver más tarde; pero temía que se le escapase la ocasión, y últimamente optó por sentarse sobre la hierba y dar de mamar al niño. Tomó éste la teta y se quedó dormido, pero con un sueño desapacible, porque desde por la mañana parecía estar indispuesto. Y también ella sintió unas grandes náuseas, pero no las hizo caso, y siguió esperando llena de inquietud. Todo estaba ya dispuesto para el te, y ardían las bujías en los globos de la galería; mas no aparecían todavía los señores, porque la señorita Yadwiga estaba tocando el piano. Entonces la Rzepowa se puso a rezar el *Angelus*, y así que hubo terminado pensó en lo que iría a hacer el señor Skorabiewski para prestarle ayuda, sin acertar a saber, sin embargo, el medio de que iba

a valerse. Pero bien sabía ella que un señor amo está siempre en muy buenas relaciones con el jefe del distrito y con el comisario, y que, por lo tanto, le sería muy fácil remediar su triste situación; lo que haría inmediatamente, tan pronto le pusiera ella al corriente de cuanto le pasaba. Y luego decíase la animosa mujer que, aunque el señor Zolzikiewicz y el alcalde se opusieran a ello, bien sabría el señor amo adónde dirigirse para obtener justicia. «¡El señor amo siempre ha sido bondadoso y caritativo con los pobres, y no me abandonará!» Después recordó también que siempre se había mostrado muy indulgente con Rzepa, y que su difunta madre había criado con su leche a la señorita Yadwiga; lo cual, llenándole el corazón de esperanza, hízole pasar aquellas horas de espera casi sin darse cuenta.

Finalmente, los señores fueron saliendo a la galería, y al través del follaje de la dulcamara que cubría la balaustrada vió la Rzepowa cómo la señorita servía el te en un puchero reluciente, que debía ser de plata. Y todos tomaron el te, «ese agua perfumada que después de beberla os deja todo el gañote hinchado», según decía la difunta madre de la Rzepowa, y siguieron todos conversando y bromeando en medio de la mayor satisfacción. Entonces vínole de pronto al pensamiento a la Rzepowa de que había de ser mucho mejor encontrarse en la situación de los señores que en la de los simples aldeanos, y sin saber por qué empezaron a rodarle por las mejillas unas enormes lágrimas.

Pero aquella impresión fué inmediatamente substituída por otra, al ver la pobre mujer que Yasko, el criadito, traía a la mesa una gran fuente que humeaba. La Rzepowa se acordó de que tenía hambre, pues a mediodía la emoción no la había dejado catar la comida, y así estaba con el poco de leche que se había tomado por la mañana.

—¡Si me dieran al menos un hueso a roer!—pensó.

Y aunque sabía que algo más que un hueso la hubieran dado, de haberse atrevido ella a pedírselo, tuvo miedo de acercarse a la balaustrada, porque estaba segura de que importunaría a los invitados y que el señor se enfadaría.

Por fin, todos se levantaron de la mesa; despidióse en seguida el inspector, y al cabo de media hora subieron los dos clérigos en la *bryczka* de la casa, y viendo la Rzepowa que el señor amo había ya instalado cómodamente en el carruaje al señor deán, creyó que ya el momento era llegado de acercarse y fué a colocarse delante de la escalinata.

Al arrancar la *bryczka* gritóle el señor al cochero:

—¡Prueba de volcar en el malecón, si quieres que te vuelque yo a ti!

Luego púsose a interrogar al cielo, como queriendo conjeturar el tiempo que haría al día siguiente, y, por último, en la obscuridad, cada vez más intensa, distinguió el blanco corpiño de la Rzepowa.

—¿Quién hay aquí?

—Soy yo, señor amo, la Rzepowa.

—¡Ah, eres tú! ¡Dí en seguida lo que quieres, porque es ya muy tarde!

Y otra vez volvió a contar la pobre mujer toda la historia, que en silencio escuchó el noble señor, fumando su pipa. Luego el señor Skorabiewski exclamó:

—Queridos amigos: yo de muy buena gana os ayudaría, si ello estuviera en mi mano; pero me he dado palabra de no mezclarme en nada ni por nada a los asuntos del Municipio.

—Ya lo sé, señor amo—dije la Rzepowa con temblorosa voz—; pero he pensado que tal vez el señor tendría compasión de mí.

La voz, y aun el aliento, le faltaban; de pronto,

—Todo eso está muy bien—repuso el señor Skorabiewski—; pero ¿qué puedo yo hacer? Por ti no voy a faltar a mi palabra, y tampoco voy a ir a importunar al jefe del distrito, a quien según él mismo dice ya le importuno demasiado con mis propios asuntos... Ya tenéis vuestro Consejo municipal, y si este Consejo no hace nada por vosotros, ya sabes qué camino lleva el jefe del distrito, igual que yo. Es todo lo que puedo decirte, hija mía. ¡Vete, vete, vete con Dios!

—¡Que Dios Nuestro Señor le bendiga, señor amo!—contestó con voz apagada la pobre Rzepowa, besando las rodillas del noble caballero.

IX

Cuando Rzepa salió de la pocilga celular, en vez de irse inmediatamente a su casa, encaminó sus pasos a la taberna, pues es sabido que un campesino con murria no puede quitársela de encima si no es bebiendo. Después de haber bebido fué a casa del señor Skorabiewski, impulsado por la misma idea que había llevado allí a su mujer; pero en la señorial morada cometió Rzepa un desatino.

En estado de embriaguez nadie sabe lo que se dice, y como era nuestro hombre tan arrojado, al oír todo lo que ya le habían dicho a su mujer respecto de los altos principios del abstencionismo, no sólo se quedó sin comprender un ápice de aquellas doctrinas políticas, sino que, con la grosería tan peculiar en las gentes sencillas, se fué de la lengua y acabó por hacerse poner de patitas en la calle.

Al llegar a casa díjole a su mujer:

—Vengo de ver al señor.

—¿Y no has conseguido nada?

—¡Hay que quemarlos vivos a esos herejes!—gritó Rzepa, descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—¡Cállate, animal! ¿Y qué dijo?

—Me ha endosado al jefe del distrito. Mal...

—Pues hay que ir a Oslowice.

—Sí que iré—dijo Rzepa, montando en cólera—, y ya le haré ver yo al jefe del distrito que para nada le necesito.

—No, no irás tú, pobre infeliz, pobre maridito mío... Yo iré, yo, porque tú volverías a achisparte y a hacer el valiente, y agravarías más aún nuestra situación.

No se dejó Rzepa convencer; pero en cuanto hubo comido fuése otra vez a la taberna a matar el gusanillo, y al día siguiente vuelta a la taberna para volverlo a matar, hasta que su mujer, sin decirle una palabra de su resolución, puso su suerte entre las manos de Dios y el miércoles tomó al niño en brazos y partió para Oslowice.

Como tenían el caballo ocupado en las faenas del campo, emprendió la Rzepowa el camino a pie, al amanecer, pues distaba la capital del distrito más de veinte verstas, con la esperanza, sin embargo, de encontrar alguna buena persona que consintiera en hacerle sitio en un rinconcito de su carro. Pero a nadie encontró. A las nueve, rendida ya de cansancio, sentóse en el lindero del bosque, comió un pedazo de pan y dos huevos que se había traído en el cesto y continuó luego su camino. El Sol empezaba a quemar como un ascua cuando la alcanzó el judío Herszek, el vaquero de Wrzeciadza, que con su carro se dirigía a la ciudad a vender sus gansos. Preguntóle la Rzepowa si quería llevarla a ella y a su niño; mas Herszek le contestó:

—Id con Dios, mi buena Rzepowa; hay tanta arena en el camino, que apenas si puede arrastrarme a mí el caballo. Dadme quince kopekas y os llevaré.

Recordó entonces la mujer que no llevaba mas que un *czeski* (1) en el nudo del pañuelo, y ofrecióselo al judío; mas éste lo rehusó.

—¿Un *czeski*? ¡Ni vale la pena de recogerlo si se te cae al suelo! ¡Eso no es dinero!

Y fustigando al caballo, desapareció. El calor se hacía cada vez más sofocante; el rostro de la Rzepowa estaba bañado en sudor; pero sacando todas sus fuerzas emprendió de nuevo la marcha, y al cabo de una hora entraba en Oslowice.

El que conoce la geografía tal como debe conocerse, sabe que entrando en Oslowice por la carretera de Barania Glowa hay que pasar por delante de una iglesia, en que se veneraba en otros tiempos una imagen milagrosa de la Madre de Dios, y junto a la cual todavía hoy pululan los domingos numerosos mendigos que a voz en grito imploran la caridad de los transeuntes. Pero aquel día, como de trabajo, sólo se veía a uno, sentado de espaldas contra el seto, con un pie desnudo y sin dedos, estirado por debajo de sus harapos, y con una tapadera de caja de betún en la mano. Cantaba el mendigo:

Santa celestial,
reina angelical.

Pero al darse cuenta de que alguien se aproximaba, enmudeció al instante y, estirando todavía más el pie, púsose a chillar, cual si le desollaran vivo:

---

(1) Moneda de tres kopekas.

—Personas caritativas: ¡un pobre estropeado implora vuestra lástima! ¡Que el Dios de misericordia os colme de toda suerte de felicidades!

Al verlo, sacó la Rzepowa el *czeski* del nudo de su pañuelo y, acercándose a él, le dijo:

—¿Tenéis cinco *groszy?* (1).

No quería darle mas que uno; pero al tocar el viejo mendigo la pequeña moneda, púsose a escandalizar, gritando:

—Tacaña sois por un *czeski* de Dios. Pues Dios se mostrará también tacaño en prestaros su ayuda. Idos con mil diablos, y gracias que no me enfade.

Entonces la Rzepowa díjose a sí misma: «¡Sea por el amor de Dios!» Y prosiguió su camino, dejando al mendigo la moneda entera.

Al llegar a la plaza del Mercado tuvo miedo, pues si es muy fácil encontrar el camino de Oslowice, más fácil es, todavía, extraviarse por las calles de la población. Ya cuando se llega por primera vez a una aldea es menester pedir las señas; ¡con cuánto mayor motivo habrá que pedirlas en Oslowice, porque no es Oslowice una bicoca! «Aquí voy a perderme como en un bosque», pensó la Rzepowa; y como no había otro recurso, se decidió a interrogar a los transeuntes. Indicáronle fácilmente la casa del comisario; pero le dijeron que éste se hallaba fuera, recorriendo la provincia; y habiendo preguntado luego por el jefe del distrito, contestáronle que en sus oficinas le encontraría.

---

(1) Un *grosz* es media kopeka.

—¿Y dónde están sus oficinas?

—¿Dónde queréis que estén, tonta, sino en Oslowice?

Entonces púsose a buscar las oficinas, y después de mucho rondar dió al fin con un palacio tan enorme, que infundía pavor, y delante del cual había estacionados muchos carros, *bryczkas* y birlochos judíos, de modo que parecía aquello un ferial.

—¿Dónde están las oficinas del jefe del distrito?—preguntó la Rzepowa a un hombre de uniforme, besándole las rodillas.

—Pero, mujer, ¡si las tiene usted delante!

Apeló la Rzepowa a toda su valentía y penetró en el edificio. Una vez dentro, no vió mas que puertas a lo largo de los corredores, puertas a la derecha, puertas a la izquierda, y encima de cada una una inscripción. Por último, se santiguó, y tímidamente, con gran cuidado, abrió una de aquellas puertas y penetró en una estancia muy vasta, alrededor de la cual había unas mamparas, como en el coro de las iglesias.

Detrás de una mampara, en una ventanilla, veíase a un señor vestido con una casaca de botones de oro, con una pluma puesta detrás de la oreja, y delante de él muchos señores, que pagaban uno tras otro, mientras el señor de la casaca, fumando un cigarrillo, iba extendiendo los recibos y entregaba uno a cada señor, que inmediatamente se marchaba. Entonces pensó la Rzepowa que también ella tendría que pagar, y echó de menos

el *czeski* que había dado al mendigo. Acercóse, pues, a la ventanilla, tímida y temerosa; pero nadie la hizo el menor caso, y allí quedó plantada por espacio de una hora. Unos entraban, otros salían, el reloj de péndola hacía tic-tac; pero ella permanecía de pie, esperando siempre. Cada vez había menos gente, y, por último, no quedando ya nadie en la sala, sentóse el empleado y se puso a escribir. Entonces, cobrando ánimos, acercóse la Rzepowa, y se atrevió a murmurar:

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!

—¿Qué quiere usted?

—Señor jefe del distrito...

—Esto es la Caja.

—Señor jefe del distrito...

—Le digo a usted que esto es la Caja.

—¿Y dónde está el jefe del distrito?

Indicó el empleado una puerta con la punta de su pluma.

—¡Por allí!

Otra vez encontróse la Rzepowa en el corredor. ¡Por allí! Sí; pero ¿por dónde? Las puertas eran innumerables; ¿adónde ir? Por fin, entre las personas que iban entrando por una o por otra puerta vió la mujer a un campesino que llevaba el látigo en la mano, e inmediatamente se dirigió a él:

—¿Compadre?

—¿Qué queréis?

—¿De dónde sois?

—De Wieprzowiski. ¿Y por qué me lo preguntáis?

—¿Dónde está el jefe aquí?

—¿Qué sé yo?

Luego interrogó a un hombre con botones de oro, pero que no llevaba casaca, y sacaba la camisa por los codos. Este ni siquiera quiso escucharla, y le dijo por toda respuesta:

—No tengo tiempo.

Entonces empujó la Rzepowa otra puerta que encontró allí cerca, sin saber, la pobrecilla, que en ella estaba escrito: «Se prohibe la entrada a cuantos no estén afectos al servicio gubernativo.»

En cuanto estuvo dentro echó una ojeada por la estancia, que estaba desierta. Sólo había un hombre que estaba durmiendo sobre un banco, junto a la ventana, y por el hueco de otra puerta veíanse algunos señores de casaca y uniforme que iban y venían por la pieza contigua.

Acercóse la mujer al durmiente, que no le inspiraba mucho miedo a causa de su aspecto sencillo y de las botas viejas y rotas que calzaba. Le tocó en el hombro, y en seguida púsose el hombre de pie como una furia, le clavó la mirada y gritó con voz fuerte:

—¡Está prohibido entrar aquí!

Fuése corriendo la pobre mujer, y él cerró la puerta de un empujón.

Y por tercera vez se encontró la Rzepowa en el corredor.

Fué a sentarse junto a otra puerta, y con la pacienzuda porfía de los aldeanos decidió quedarse allí, aunque fuera hasta el fin del mundo. «Tal vez

alguien me diga lo que he de hacer», pensaba. Y no lloraba la infeliz; pero se frotaba los ojos, que le escocían, y sentía como si todo el corredor y todas sus puertas se tambalearan.

¡Cuánta, cuánta gente a su alrededor! A la derecha, a la izquierda, y las puertas se abrían y cerraban con estrépito, y todo el mundo se agitaba y gritaba como en un mercado.

Por fin Dios tuvo piedad de la pobre Rzepowa. Por la puerta junto a la cual estaba sentada salió un anciano caballero, al que inmediatamente reconoció la mujer por haberle visto varias veces en la iglesia de Wrzeciadza. Vióla el anciano caballero y díjole:

—¿Qué haces aquí, buena mujer? ¿Qué es eso?

—Es para ver al jefe del distrito...

—Aquí está el ujier, no el jefe del distrito. ¿Ves aquella puerta del fondo—dijo el buen caballero, mostrándole una puerta al final del corredor—, en la que hay una placa verde? Pues allí; pero no vayas, que está ocupado. Espérale aquí, porque tiene que pasar por el corredor.

Alejóse el anciano caballero, seguido de las miradas de la Rzepowa, que no le quitaba ojo de encima, cual si fuera su santo ángel de la guarda.

Todavía esperó mucho rato; pero finalmente la puerta de la placa verde se abrió ruidosamente y salió por ella un militar de cierta edad, que echó a andar por el corredor con paso acelerado. Bien a las claras se veía que era el jefe, porque iba detrás

de él, acosándole, ora a la derecha, ora a la izquierda, toda una turba de pedigüeños, y oyó la Rzepowa que decían: «Señor jefe.» «Dos palabras, señor jefe.» «Señor jefe, por favor.» Pero él parecía no hacer caso a nadie, y seguía imperturbable su camino. Al acercarse a la Rzepowa, sintió ésta que se le ofuscaban los ojos. «¡Que sea lo que Dios quiera!», pensó, y obedeciendo a un ciego impulso, avanzó hasta en medio del corredor y cayó de hinojos, alzando las manos y obstruyendo el paso.

Detúvose el jefe, y tras él toda la caterva de pedigüeños.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—¡Oh, el más santo de los jefes!...

Pero no pudo continuar porque era tan grande su espanto, que le faltaba el aliento y la lengua se le endurecía.

—¿Pero qué hay?

—¡Oh, oh!... es... por el reclutamiento...

—Pero, en fin, ¿qué significa esto? ¿Quieren hacerte soldado, o qué?...

Toda la caterva pedigüeña soltó la carcajada, tratando de lisonjear así al jefe y ponerle de buen humor; mas él, volviéndose hacia su séquito de audaces, dijo:

—Les suplico un poco de calma.

Y dirigiéndose, impaciente, a la Rzepowa, exclamó:

—¡Aprisa! ¿Qué quieres? No tengo tiempo...

Pero las risas de aquellos señores habían hecho perder por completo la cabeza a la Rzepowa y no

le fué posible pronunciar mas que palabras sin hilación alguna:

—¡Burak... Rzepa... Rzepa... Burak... oh...! (1)

—Debe estar borracha—observó uno de la caterva.

—Se habrá dejado la lengua en la choza— dijo otro.

—A ver: ¿qué quieres?—preguntó el jefe, lleno de impaciencia—. ¿Estás borracha, o qué?

—¡Oh, Jesús, María y José!—exclamó la Rzepowa, comprendiendo que se le escapaba la última tabla de salvación—. ¡Oh, santo, santo jefe...!

Pero el jefe estaba realmente muy ocupado porque los trabajos de reclutamiento habían empezado ya, y además los asuntos del distrito estaban un poquito enmarañados. Y como, por otra parte, no se le podía arrancar a la mujer ni una palabra sensata, sacudió el jefe la cabeza y dijo:

—¡El aguardiente, el aguardiente! Y decir que es tan joven todavía, y tan bonita, por añadidura...

Luego, dirigiéndose a la Rzepowa, con una voz que la dejó como hundida en la tierra:

—¡Cuando la hayas dormido, ve a contar tu asunto al Consejo municipal, y ya él se cuidará de comunicármelo a mí!

Y se alejó rápidamente, seguido de la caterva de pedigüeños, que no se cansaban de repetir: «Señor

---

(1) Véase la nota de la página 39.

jefe.» «Dos palabras, señor jefe.» «Señor jefe, por favor.»

. . . . . .

Todo era silencio en los desiertos corredores; pero el niño echó a llorar y la Rzepowa se despertó, cual si saliera de un pesado sueño, y levantándose inmediatamente tomó en brazos al niño y púsose a tararear:

—¡Oh, oh! ¡Ro... ro!... ¡Oh... oh!...

Luego salió del edificio. El cielo se iba cubriendo de nubes, los truenos retumbaban lejanos y el aire estaba saturado de humedad.

No intentaré describir lo que pasaba en el alma de la Rzepowa al encontrarse de nuevo delante de la iglesia para emprender el regreso a Barania Glowa. ¡Ah, si la señorita Yadwiga se hubiese encontrado en un trance semejante! Entonces hubiera yo escrito toda una novela sensacional, con el fin de convencer a los más acérrimos positivistas de que aun existen en este mísero mundo criaturas ideales. La señorita Yadwiga se hubiera dado perfecta cuenta de cada una de sus sensaciones, de suerte que los desesperados ímpetus de su alma los hubiera ella expresado con palabras y pensamientos, no menos impregnados de desesperación y, por lo tanto, eminentemente dramáticos. Aquel círculo vicioso, aquel sentimiento acerbo y profundo de abandono y de debilidad, que tanto recuerda el destino de la pobre hoja en medio del torbellino de la tempestad; la sorda convicción de que ni del cielo ni de la tierra había que esperar ayuda y

salvación, ¡ah!, todo aquello hubiera ciertamente inspirado a la señorita Yadwiga un inspirado monólogo, monólogo que con sólo darme el trabajo de copiarle me hubiera colmado de reputación y fama. Pero la Rzepowa... ¡Ah! la Rzepowa era una mujer del pueblo, y el pueblo, cuando sufre, sufre y calla. Bajo la garra del infortunio, semejaba la infeliz el pajarillo que un pícaro rapazuelo está martirizando. Y así iba caminando por la carretera, azotada por el viento que la empujaba, cual si quisiese echarla de la ciudad, bañado el rostro en un copioso sudor. De vez en cuando, su hijito, enfermo, abría la boca y respiraba como si fuera a exhalar el postrer suspiro; entonces:

—¡Yas! ¡Yasko, rey mío! ¡Prenda de mi corazón!—exclamaba la Rzepowa, poniendo sus labios maternales sobre la ardorosa frente de la criaturita.

Hallábase ya en plena campiña, ya lejos de la iglesia, cuando vió venir a un campesino borracho. Entonces se detuvo. Las nubes parecían cada vez más negras y preñadas de malas intenciones. De tiempo en tiempo cruzábalas el serpenteo de un relámpago; todo anunciaba la tempestad. Pero no se arredraba el campesino, sino que con la gorra echada hacia atrás, y los vestidos de estameña agitados por el viento, caminaba haciendo eses, canturreando alegremente:

Al huerto a robar manzana
saltóse la Margarita,
y dile a la muchachita
tal porrazo en la badana,
que, azorada y temblorosa,
puso pies en polvorosa.

Al ver el borracho a la Rzepowa, se detuvo, y abriendo los brazos exclamó:

Hacia el trigo hemos de ir;
buena hembra me pareces.

Y acercóse para cogerla por la cintura; pero la pobre mujer, espantada, tanto por sí como por su niño, retrocedió unos pasos, y al intentar agarrarla, cayó el borracho de bruces, vencido por el mareo. En seguida se puso en pie; pero ya no la persiguió, contentándose con lanzarle un guijarro.

Sintió la Rzepowa un vivo dolor en la cabeza y. aturdida, se arrodilló. Pero un solo pensamiento ocupaba su espíritu: «el niño», y levántándose, echó a correr hasta llegar a una cruz de piedra que había al pie de la carretera. Allí se detuvo, y volviendo la cabeza, vió que el campesino estaba ya media versta lejos y caminaba haciendo eses en dirección de la ciudad.

En aquel momento sintió que una cosa caliente le corría por el cuello; pasóse la mano por encima, miróse los dedos y vió que era sangre. Turbáronsele los ojos y cayó desvanecida.

Cuando recobró el conocimiento estaba reclinada contra la cruz, y mirando en torno suyo, divisó, a lo lejos, el birlocho de Oscieszyna, ocupado por el joven señor y la institutriz.

El señor de Oscieszynski no conocía a la Rzepowa, pero ella sí que le conocía a él, por haberlo visto varias veces en la iglesia; por eso quiso correr hacia el carruaje, para pedirle en nombre de la

divina misericordia que llevasen consigo al menos al niño, antes de que estallara la tempestad. Levantóse la mujer; pero no pudo dar un paso.

Estaba ya el birlocho muy cerca, y al ver el joven a una mujer desconocida, de pie junto a la cruz, gritóle:

—¡Eh, mujer, sentaos!

—Que Dios le...

—¡No, por tierra, por tierra...!

El joven señor de Oscieszyna tenía fama de truhán, y esta fama estaba muy extendida por toda la comarca; tenía la costumbre de burlarse de cuantos se encontraba en la carretera, y así se burló también de la Rzepowa, después de lo cual continuó su camino. La pobre aldeana oyó las carcajadas del señor y de la institutriz, que se iban alejando; vió luego que se besaban, y pronto desaparecieron en la sombría lontananza.

Otra vez se encontró la Rzepowa sola en la carretera; pero no en balde dice el proverbio polaco que «a las mujeres, como a los galápagos, no se las mata ni a hachazos», pues al cabo de una hora ya pudo dar algunos pasos, y por más que las piernas se le doblasen, pudo finalmente ponerse de nuevo en marcha.

—¿En qué te ha ofendido, ¡oh, Dios Nuestro Señor!, el hijo de mis entrañas, este pobre pececito de color de oro?—repetía la infeliz mujer, apretando a su pequeño Yasko, enfermo, contra su seno.

Debía de sufrir un acceso de calentura, porque

muy pronto se puso a murmurar, cual si estuviese borracha:

—¡En la choza la cuna está vacía y mi hombre se marchó a la guerra con una carabina!

El viento se le llevó la cofia, y sus magníficos cabellos le cayeron destrenzados por los hombros y por la espalda. De pronto, un rayo rasgó las nubes y fué a caer allí, tan cerca, que todo a su alrededor quedó impregnado de olor a azufre. Cayó la mujer desplomada; pero aquella conmoción le hizo recobrar los sentidos y gritó:

—¡Y el Verbo se hizo carne!

Alzó los ojos al cielo y, al verlo tan revuelto, tan furioso y despiadado, púsose a cantar con temblorosa voz:

Bajo vuestra protección...

Caía de las nubes oblicuamente sobre la tierra un reflejo cobrizo, preñado de malos presagios. La Rzepowa entró en el bosque; pero allí la obscuridad era todavía más densa y más pavorosa, y, además, pasaba de vez en cuando por entre los árboles un repentino rumor, cual si se dijeran los pinos unos a otros, en un prolongado murmullo: «¿Qué se prepara, Santo Dios?» Pero volvía luego a reinar la calma. A veces, de lo más profundo de la espesura llegaba una voz que le helaba a la Rzepowa toda la sangre de las venas, pues se le antojaba la voz del «maligno espíritu», que se reía en los aguazales, o la del rey de los silfos, que iba a pasar en medio de su horripilante cortejo. «¡Con

tal de que pueda llegar al otro extremo del bosque!», decíase. «¡Con tal de que lo pueda atravesar, allá, no muy lejos del lindero, encontraré en seguida el molino y la choza de Yagodzinski el molinero!» Y sacando fuerzas de flaqueza echó a correr, aspirando ávidamente el aire con su boca desecada. Las nubes se habían deshecho ya, y una lluvia mezclada de granizo caía torrencial; el viento soplaba ahora tan recio, que los pinos jóvenes curvaban sus copas hasta el suelo; todo el bosque estaba envuelto en la niebla, el vapor y el velo tupido de la lluvia, de suerte que apenas podía distinguirse el camino, y entretanto retorcíanse los árboles, inclinábanse hasta rozar la tierra y crujían los ramajes en medio de una absoluta obscuridad.

La Rzepowa se sintió desfallecer.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó con voz tenue.

Pero nadie contestó. El viento ahogaba su voz y sofocaba su respiración. Entonces comprendió que no le sería posible ir más lejos.

Quitóse el pañuelo de la cabeza, la chamarreta, el delantal; desnudóse casi por completo, para envolver al niño, y luego, viendo allí cerca un corpulento abedul, fué casi arrastrándose hacia él y, después que hubo puesto al niño bajo el espeso follaje, dejóse caer a su lado, extenuada.

—¡Dios mío, acoge mi alma en tu seno!—murmuró muy quedo.

Y cerró los ojos.

La tempestad continuó rugiendo durante algún tiempo todavía, y luego empezó a amainar. Llegó

la noche; las estrellas centelleaban acá y allá por entre los desgarrones de las nubes, y la silueta de la Rzepowa continuaba dibujándose bajo el follaje del abedul.

—¡Arre, caballo!—gritó una voz en las tinieblas.

Y al cabo de un corto instante oyóse el rodar de un carruaje y los cascos de un caballo que, ora chocaban contra los guijarros, ora se hundían en las charcas del camino.

Era Herszek, el vaquero de Wrzeciadza, que regresaba a su casa después de haber vendido sus gansos en Oslowice.

Al ver a la Rzepowa, detúvose y bajó del carruaje.

X

El judío Herszek de Wrzeciadza, recogió a la Rzepowa y la condujo a Barania Glowa; pero antes de llegar al pueblo encontróse por el camino a Rzepa, que al ver la tempestad había enganchado el caballo y había salido en busca de su mujer.

Al día siguiente la Rzepowa tuvo que guardar cama; pero ya al otro que siguió no tuvo más remedio que levantarse, porque su hijito estaba muy enfermo. Las comadres de la aldea acudieron a su choza para sahumarlo con coronas benditas, y la vieja Cisowa, la mujer del herrero, con un cedazo en una mano y una gallina negra en la otra, hizo cuanto pudo para sacarle la enfermedad. Esto pa-

reció aliviar de sorprendente manera el estado del niño; pero nada pudo producir el menor alivio en el estado de Rzepa, que todo el santo día nadaba en aguardiente, siendo imposible hacerle entrar en razón. Y cosa singular: cuando su mujer recobró el conocimiento y preguntó por el niño, en vez de interesarse por su salud, díjole con voz hosca:

—Ya te enseñaré yo a ir a zarandearte por las ciudades. ¡Ay de ti si llegas a perder al niño!

Entonces, en presencia de tamaña ingratitud, una amarguísima tristeza invadió el alma de la Rzepowa. Quiso quejarse así, sencillamente, siguiendo los dictados de su dolorido corazón; pero sólo le fué posible articular:

—¡Lorenzo!...

Y púsose a mirar a su marido con los ojos preñados de lágrimas.

Conmovido por aquel duro reproche, saltó Rzepa del arcón donde estaba sentado y permaneció unos instantes silencioso; mas luego, con una voz que no parecía la suya, exclamó:

—¡Marisia! ¡Perdona mis palabras! Ya veo que te he ofendido.

Y estalló en violentos sollozos, besando los pies a su mujer y uniendo sus lágrimas a las suyas. Muy bien comprendía entonces que no era digno de una mujer como aquella.

Pero la buena armonía no fué de larga duración, pues a ambos les roía la tristeza, que cual corrosivo veneno les atizaba al uno contra el otro. Cuando Rzepa llegaba a la choza, estuviese beodo o en

su cabal juicio, jamás hablaba a su mujer; sentábase en el arcón, y allí permanecía horas enteras, petrificado, con los ojos fijos en el suelo, como un lobo. Y ella se ocupaba en los quehaceres domésticos, como antes; pero tampoco abría la boca para hablar. Y así resultó que cuando más adelante quisieron dirigirse la palabra, no supieron cómo empezar, y continuaron viviendo, cual si se detestaran, en medio de un silencio de muerte. ¿Qué tenían que, decirse, por otra parte? ¿Acaso no estaban convencidos de que no había salvación para ellos, de que su suerte estaba ya echada?

Al cabo de unos días empezaron a atormentar el cerebro del aldeano unos malignos pensamientos; fué entonces a ver al padre Czyzyk para que le oyera en confesión; pero el sacerdote se negó a darle la absolución, diciendo que volviera al día siguiente. Mas Rzepa, en vez de tomar el camino de la iglesia, encaminóse hacia la taberna. Estando borracho perdido, oyéronle decir en el pueblo que ya que Dios no quería sacarlo del atolladero íbase a vender el alma al diablo, y desde aquel día todos huyeron de él. Parecía como si una maldición pesara sobre la choza. Las gentes dieron rienda suelta a la maledicencia y llegaron a aprobar el proceder del alcalde y del secretario, convencidas de que un pillastre de tal catadura sólo podía atraer la venganza divina sobre todo el pueblo de Barania Glowa. Y no solamente en Rzepa se cebaron las malas lenguas, sino que también de la Rzepowa se dijeron las cosas más espantosas.

Sucedió un día que el pozo se les quedó sin una gota de agua, y mientras iba por ella la Rezpowa a la fuente que cerca de la taberna había se encontró con unos muchachos que murmuraban entre sí:

—¡Es la mujer del soldado!

—Sí la mujer del soldado... ¡la mujer de Satanás!

Continuó la mujer su camino, sin contestar palabra, y vió que al pasar ella los chicuelos se santiguaban. Sacó agua con su cubo, y ya se dirigía a casa, cuando en el umbral de la taberna apareció la silueta de Samuel. Al verla éste, quitóse de entre las barbas su pipa de porcelana y la llamó:

—¡Rzepowa!

Detúvose la mujer y preguntóle:

—¿Qué queréis?

—¿Has ido al tribunal municipal?

—Sí, allí estuve.

—¿Fuiste también a ver al cura?

—Sí, allí estuve.

—¿Y a casa de los señores?

—Sí, allí estuve.

—¿Fuiste a Oslowice?

—Sí, allí estuve.

—¿Y nada has obtenido?

Por toda respuesta, la mujer lanzó un hondo suspiro y Samuel continuó:

—¡Qué tonta eres! De seguro que en todo Barania Glowa no existe mujer más tonta que tú. ¿Y qué ganabas con tanta visita?

—¿Adónde queríais que fuese si no?

—¿Adónde?—contestó el judío—. ¿Y dónde está escrito el contrato? En un papel, y roto el papel, roto el contrato. ¡Rómpelo, mujer, y todo se habrá acabado!

—¡Hombre, vaya una gracia!—replicó la Rzepowa—. Si tuviese yo el papel, tiempo haría que estaría roto.

—Pero qué, ¿no sabes que el contrato está en manos del secretario? Mira: yo sé que podrías lograr mucho del señor Zolzikiewicz, pues él mismo me ha dicho varias veces: «¡Que venga la Rzepowa a pedirme el papel; yo lo romperé delante de ella, y... todo se acabó!»

Nada respondió la Rzepowa; cogió el cubo por el asa, y se encaminó hacia el edificio de piedra, junto a la orilla del estanque.

Caía la noche .....

.....

XI

Descendía el Carro por el firmamento, cuando la puerta de la choza de Rzepa gruñó en sus goznes, empujada suavemente por la Rzepowa. Entró la mujer, y en seguida se detuvo. Estaba persuadida de que su marido estaría aún durmiendo en la taberna, como tenía por costumbre, y hete aquí que se le encontraba en casa, sentado encima del arcón con la espalda apoyada en la pared, los puños puestos sobre las rodillas y los ojos fijos en el suelo.

En el hogar, la lumbre se iba extinguiendo.

—¿Dónde estabas?—preguntó Rzepa, con hondo acento.

En vez de contestar, echóse la Rzepowa por tierra y, así prosternada a los pies de su marido, entre lágrimas y sollozos, púsose a decir:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Por ti, por ti me he deshonrado! Me engañó, y luego me ha echado, colmándome de injurias. ¡Lorenzo! ¡Ten, al menos tú, compasión de mí! ¡Corazoncito mío... Lorenzo... Lorenzo!...

Rzepa se levantó y sacó una segur del arcón.

—¡No—dijo con voz tranquila—, ya ha llegado para ti el último momento, pobre desgraciada! Ya puedes decir adiós a este mundo, porque ya no lo volverás a ver; ya no te estarás más sentada en nuestra choza, desgraciada, sino tendida en tierra en el cementerio...

—¿Quieres matarme?

Y él:

—¡Ea, Marisia, no pierdas el tiempo inútilmente! Haz la señal de la cruz, y pronto estará todo listo; ni siquiera te darás cuenta, pobre...

—¡Lorenzo!... ¿Pero es posible que...?

—Pon la cabeza encima del arcón...

—¡Lorenzo!...

—Pon la cabeza encima del arcón te digo—gritó Rzepa con los labios llenos de espuma.

Oyóse un golpe sordo; luego un gemido, e inmediatamente el ruido de una cabeza al dar contra el suelo; un segundo golpe después, y otro gemido

más débil, y un tercer golpe, y otro, y otro... Un reguero de sangre corrió por el pavimento. En el hogar se apagaron las ascuas por completo. Un extremecimiento sacudió el cuerpo de la Rzepowa, y el cadáver se estiró de pronto, quedando en seguida inmóvil.

Pocos momentos más tarde, una inmensa claridad roja desgarró las tinieblas: los edificios de la casa señorial estaban ardiendo.

EPILOGO

Y ahora, queridos lectores, dejad que os lo diga al oído: Rzepa no hubiera sido soldado; el contrato firmado en la taberna no tenía ningún valor. ¿Pero qué entienden de tales cosas los aldeanos? Y los nobles... ¡oh, los nobles, gracias a su neutralidad, tampoco entienden mucho que digamos...! Pero... el señor Zolzikiewicz conocía al dedillo todas aquellas cosas, y lo que se proponía era dar largas al asunto, con la esperanza de que mientras tanto el miedo echaría a la Rzepowa en sus brazos.

Y no le salieron fallidos los cálculos a aquel hombre genial.

Y ahora me preguntaréis: «¿Qué fué de él?» Pues es muy sencillo: después de pegar fuego a la casa de los señores, Rzepa fué corriendo a vengarse del secretario; pero los gritos de «¡fuego!» despertaron a todo el pueblo, y Zolzikiewicz se salvó.

Todavía hoy continúa ejerciendo el cargo de secretario en el Ayuntamiento de Barania Glowa, con la esperanza de ser nombrado juez muy pronto. Precisamente ahora acaba de terminar la lectura

de *Bárbara Ubryk*, y abriga la esperanza de que un día la señorita Yadwiga le estrechará la mano por debajo de la mesa.

¿Se realizarán esas esperanzas?... El tiempo lo dirá.

FIN

EL ORGANISTA

La nieve congelada era espesa, durísima, pero no muy alta; Klen tenía las piernas largas, y caminaba con paso acelerado por la carretera que va de Zagrabia a Ponikly. Andaba así, tan de prisa, porque a medida que el crepúsculo avanzaba hacíase el frío más intenso; cosa poco agradable para quien, como él, llevaba vestidos tan ligeros. Una casaca corta, y encima un abrigo de pieles más corto todavía; unos calzones negros, que no le llegaban al tobillo, y un par de botas cuajadas de tajos y remiendos. Este era todo su equipo. En la mano llevaba un oboe; en la cabeza, un sombrero, a través del cual podían verse las estrellas, y en el estómago, unas cuantas copitas de ron.

Su espíritu vibraba presa de la serena emoción que nace de la alegría, y su corazón rebosaba de inmenso júbilo. Y a fe que tenía motivos sobrados para estar contento. Aquella misma mañana había firmado un contrato con el canónigo Krayewski en virtud del cual entraba en posesión del destino de organista en la parroquia de Ponikly. ¡Organista de Ponikly! ¡El, que todavía el día antes andaba como un gitano, de pueblo en pueblo, de mercado

en mercado, de mesón en mesón, de fiesta en fiesta; él, que no dejaba escapar boda ni bautizo sin apañarse para ganarse algunas monedas de cobre con su oboe o con el órgano, que manejaba mejor que todos los organistas de la comarca!... ¡Organista de Ponikly!

Desde ahora iba a empezar para él una existencia metódica y tranquila; poseería casa propia, podría cultivar un huertecito todo suyo... Una casita, un huerto, un sueldo fijo de ciento cincuenta rublos anuales, amén de otros ingresos probables; un cargo honrosísimo, ya que sus servicios estaban dedicados única y exclusivamente a la gloria de Dios y podían, por lo tanto, equipararse con los de sus propios ministros... ¿Qué más podía apetecer? ¡Y pensar que tiempo atrás, siendo como era el mejor organista de la comarca, cualquier rústico de Zagrabia o de Ponikly, por el mero hecho de poseer dos yugadas de tierra, se creía con derecho a mirarle por encima del hombro!... No dejarían de saludarle ahora, ahora que desempeñaba un cargo tan importante; porque no era cosa de tomarse a broma eso de ser organista de una parroquia tan grande como la de Ponikly.

A decir verdad, Klen aspiraba a este destino desde mucho tiempo; mas viviendo todavía el señor Milnitzki, su antecesor, ni remotamente había que pensar en la realización de aquel ardiente anhelo. Es verdad que a duras penas podía el buen anciano mover sus gotosos dedos sobre el teclado, por lo cual salíanle las melodías horriblemente contra-

hechas y desafinadas; pero por espacio de veinte años había estado sirviendo a Dios al lado del señor canónigo, y ni por asomo se hubiera atrevido éste a pensar que podía ser substituído en vida.

Pero un día la yegua del señor canónigo, enfurecida de pronto, y sin que nadie supiese por qué, dió al anciano organista una coz tan descomunal en pleno pecho, que lo mandó al otro mundo en cosa de tres días. Y no se entretuvo Klen; presentóse inmediatamente al canónigo, y le hizo en toda regla la demanda del empleo vacante por la muerte del señor Milnitzki. Y como quiera que el canónigo había tenido ocasión infinidad de veces de admirar la destreza y la pericia de Klen, y sabía perfectamente lo difícil que hubiera sido encontrar quien rivalizar pudiera y más digno sucesor de su difunto amigo fuera, ni aun buscándolo en la ciudad, no titubeó un segundo en concederle la prebenda.

Pero ¿cómo era que Klen supiese tocar con tanta perfección, no sólo el órgano, sino también el oboe y otros diversos instrumentos? ¿De quién había heredado tan asombrosas aptitudes? De su padre, no por cierto. Este, sencillo campesino de Zagrabia, después de haber rodado medio mundo como soldado en sus mocedades, habíase visto reducido a fabricar sogas y cordeles de cáñamo, consolándose de la ruindad del oficio con el humo que todo el santo día sorbía de su pipa, único instrumento que con los labios sabía manejar.

Klen, por el contrario, ya de niño se metía siempre donde había música quedándose absorto largas

horas, cual si en éxtasis estuviera. Ya mayorcito, había hallado la manera de ser útil al señor Milnitzki tirando del fuelle del órgano, y el anciano organista de Ponikly, que conocía la afición del muchacho, enseñóle a tocar su instrumento. A los tres años ya sabía Klen más que su maestro. Un día, inopinadamente, desapareció el joven músico del país con una farándula de músicos ambulantes llegados a Zagrabia Dios sabe cómo.

Muchos años estuvo con ellos errando como un perro vagabundo por villas, pueblos y villorrios, ganándose el sustento en las ferias, en los banquetes, en las iglesias, en todas partes donde había posibilidad de embolsar unas perras. Más tarde, muertos o dispersados sus compañeros, volvióse a Zagrabia, flaco, andrajoso, pobre como una rata, y desde entonces había vivido libre como un pájaro, pidiendo al aire su sustento y poniendo su música, ora al servicio de Dios, ora al servicio de los hombres.

De esta suerte fué su nombre, poco a poco, adquiriendo mucha fama, pese a algunos de sus paisanos, que le reprochaban su «liviandad». Se hablaba de él en Zagrabia, en Ponikly y en todas las cercanías. Decían las gentes: «Será lo que queráis; pero lo cierto es que cuando Klen coge su instrumento y se pone a tocar, hasta Dios debe tenerle envidia, porque con su música les hace saltar las lágrimas a los hombres.»

A veces le preguntaban:

—Oye, estimado Klen: ¿tendrás, acaso, dentro de ti un diablo que te inspire?

Y, en efecto, era muy de creer que un diablo se había posesionado de aquel hombre enjuto, de tronco anguloso y largas piernas.

En las principales festividades del año o en las grandes solemnidades habíale llamado alguna vez el señor canónigo para que substituyera provisionalmente al anciano Milnitzki. En semejantes ocasiones olvidábase por completo de sí mismo y de cuanto le rodeaba; y cuando los corazones de los fieles palpitaban recogidos en la devoción; cuando subía el incienso hacia la bóveda del templo, extendiéndose en nubes olorosas; cuando el órgano mezclaba sus voces a las voces del pueblo que cantaba a Dios sus alabanzas, él puede decirse que no existía. Los cantos y los himnos de los feligreses, el tañido de las campanas, el flamear de los cirios en el altar, el áureo centelleo de los candelabros y de los relicarios, el perfume de la mirra, del ámbar y otras esencias tropicales, le embriagaban, haciendo volar su espíritu más allá de las regiones terrestres. Y cuando el canónigo, entornando los ojos, alzaba la custodia, resplandeciente de luz, para bendecir al pueblo, entonces Klen, desde su puesto, inclinaba también la cabeza, y en el inefable arrobamiento de su espíritu parecíale que el órgano tocaba solo, que las voces de sus cañones se elevaban como olas, fluían como ríos, chorreaban como manantiales; que llenaban la iglesia toda, flotando bajo la bóveda, junto al altar, mezcladas con el humo de los incensarios, con los rayos del Sol y con las almas de los fieles prosternados: unas, po-

tentes y majestuosas como truenos; otras, como cantos humanos, llenas de palabras vivas, y otras, aun suaves, menudas, sueltas como lentejuelas o como trinos de ruiseñor.

Acabada la misa, bajaba Klen por la angosta escalera del órgano con el alma todavía vibrante de entusiasmo y los ojos encantados y llenos de estupor, cosa que él, hombre sencillo, atribuía al cansancio. En la sacristía, el canónigo le ponía unos *groszy* en la palma de la mano, mientras cuchicheaba al oído una alabanza, y ya entonces se marchaba Klen, mezclándose con los fieles, que se estrujaban en el umbral de la iglesia para salir. Y la gente le saludaba siempre—por más que no tuviese ni tierras ni choza...—con inequívocas muestras de estimación.

Pero no era la consideración de sus paisanos lo que a Klen más le interesaba. Era otra cosa, una cosa que Klen anteponía a todo: a Zagrabia, a Ponikly, al mundo entero, y esta cosa era Olka, la hija del ladrillero de Zagrabia. Aquella muchacha se le había puesto en el corazón como una garrapata, valiéndose de sus ojos azules como dos acianos, de sus blancas mejillas y de sus labios rojos cual cerezas. En los momentos de sangre fría —raros, en verdad—, bien comprendía Klen que jamás el ladrillero habría de darle su hija por esposa, y decíase entonces, viendo claro en la cuestión, que más le valdría no pensar más en ella. Pero también comprendía, lleno de espanto, que jamás, jamás podría el muy cuitado olvidar a la

muchacha, y triste, cabizbajo, pensaba para sus adentros: «¡Demonio, y cómo se me ha colado en las entretelas del corazón! ¡Ni con tenazas sería posible arrancarla!»

Por ella abandonó su vida trashumante; por ella vivía, respiraba, y cuando tocaba el órgano, con sólo pensar que Olka tal vez le estaba escuchando salíanle las tocatas de un modo magistral.

Y ella, ella le empezó a querer por lo bien que tocaba; pero luego púsose a amarle por lo que valía en sí y con toda su alma. Nada había en el mundo para Olka como aquel hombre, a pesar de su cara estrambótica y aceitunada, de sus ojos errabundos, de su casaca raída, de su menguado abrigo de pieles, que no alcanzaba a taparle la casaca, y de aquellas piernas tan largas que más bien parecían las de una cigüeña.

Quien no compartía este mismo modo de pensar era el padre de la muchacha, el ladrillero de Zagrabia, el cual, por cuanto se encontraba muchas veces sin una perra en el bolsillo, no hubiera consentido jamás en dar su Olka a Klen. «A la niña», decíase el ladrillero, «todo el mundo la pretende. ¿Para qué, pues, uncirla al carro de ese azotacalles de Klen?» Y apenas si le dejaba traspasar de vez en cuando al pobre músico la puerta de su casa.

Pero con la muerte del viejo Milnitzki y el subsiguiente nombramiento de organista de Ponikly, ya tomaban las cosas un diverso aspecto. Aquella misma mañana, apenas firmado el con-

trato, había volado Klen a casa del ladrillero, que le había acogido con las siguientes palabras:

—No quiere decir esto que ya te dé mi consentimiento; pero, vamos, un organista ya no es un azotacalles.

Y hablándole así, habíale hecho entrar en casa, obsequiándole luego con unas copitas de buen ron, tratándole con toda clase de miramientos. Y al presentarse Olka, mucho se había regocijado el viejo en presencia de los dos jóvenes de que Klen fuese ya todo un señor, de que poseyese una casita propia y un huertecito, todo suyo, y de que después del señor canónigo fuese el más notable personaje de Ponikly.

El joven organista se había quedado allí toda la tarde, con gran regocijo suyo y de su adorada Olka, y regresaba ahora a Ponikly por la carretera cubierta de nieve, envuelto en la púrpura del crepúsculo. El frío se iba haciendo más y más intenso; pero andaba Klen con paso acelerado, sin reparar en ello, absorto y embelesado por el recuerdo de los acontecimientos de aquel día.

Y en verdad que había sido aquel día un día bien feliz, como jamás recordaba haber pasado otro igual en su vida.

Por la carretera, desnuda, sin un árbol, serpenteando a través de los prados cubiertos de nieve congelada, que tomaba a la luz del ocaso reflejos rojos y azulados, llevaba Klen su felicidad, cual diminuta linterna luminosa que debía ya para siempre iluminarle en las tinieblas. Mientras ca-

minaba volvía a vivir con el recuerdo los episodios del día aquel. Una a una veníansele al pensamiento las palabras que el canónigo le dirigiera por la mañana, al conferirle el nombramiento suspirado, y la firma del contrato, y la amistosa acogida del ladrillero, y, más que todo, las palabras que Olka le había cuchicheado en un momento en que habían quedado solos:

—Para mí eres siempre el mismo. Yo te hubiera seguido a todas partes, con los ojos cerrados, hasta más allá de los mares. Pero es mejor así, porque así padre estará contento.

Entonces Klen, emocionado y con el corazón henchido de gratitud, habíala besado en el codo, sin acertar a decir otras palabras que las siguientes:

—¡Que Dios te lo pague, Olka, por toda la eternidad! Amén.

Ahora, al recordarlas, parecíale que había estado un poco ridículo, y se avergonzaba de haberle besado el codo y de haberle contestado tan lacónicamente. Arrepentíase de ello también porque no le cabía duda alguna de que en aquel momento le hablaba Olka con la mayor seriedad, de que era certísimo de que le hubiera seguido más allá de los mares, si el padre se lo hubiera permitido. ¡Oh, querida, querida Olka! ¡Qué delicioso sería caminar en este momento, apoyado en tu brazo, por esa carretera triste, desierta, sepultada bajo la nieve!

—¡Oh, corazoncito mío, dueña y señora mía—

murmuraba Klen, acelerando más y más el paso.

Y crujía más fuerte la nieve bajo sus plantas.

Al cabo de un instante pensó:

—¡Una muchacha como Olka es imposible que mienta!

Y, de repente, un sentimiento de inmensa gratitud le inundó el corazón. Si en aquel instante hubiese tenido a Olka a su lado, de seguro que no hubiera podido resistir la tentación de abrazarla y estrecharla con todas sus fuerzas contra su pecho. Eso es lo que hubiera debido hacer por la tarde al despedirse... ¿Pero acaso no sucede siempre así? Es precisamente en el momento de obrar o de hablar con el corazón en la mano cuando el hombre se pone más torpe y se le traba la lengua. ¡Oh, cuánto más fácil resulta tocar el órgano!

Mientras tanto, las fajas purpúreas y doradas que cerraban el horizonte íbanse transformando poco a poco en doradas cintas de color de ámbar. Llegaba la noche, y las estrellas aparecían en el firmamento, mirando desde lo alto a la tierra, con la glacial severidad con que acostumbran a mirar en las heladas noches del invierno.

El frío iba siempre en aumento, y el nuevo organista de Ponikly sentía que le penetraba hasta los huesos y le quemaba las orejas. Como sabía tan bien el camino, decidióse a ir a través de los prados, para acortar el trayecto y llegar más pronto a casa. Muy pronto encontróse, pues, en el espacio que la nieve había puesto liso y uniforme,

y en el cual se destacaba en negro su silueta larga y estrambótica.

Entonces le vino la idea de echar una tonadilla con su oboe para matar el tiempo, al par que para mover los dedos, cuyas yemas se le iban helando. Y cosa singular: aquellas notas, cual si tuvieran miedo de la inmensa llanura, blanca y solitaria, salían del instrumento tímidas y temblorosas, y la cosa era más de extrañar toda vez que tocaba Klen alegres melodías. Eran las canciones que había tocado aquella misma tarde en casa del ladrillero, entre dos copitas de ron, y que Olka había ido siguiendo con su linda vocecita. Había querido empezar por la que había escogido primero Olka, y que decía:

Iguala, Dios mío, valles y montañas,
a fin de que todo, todo sea igual;
haz, Dios mío, que hasta mí llegue mi amada
sin tardanza, para consolar mi mal.

Pero la tonadilla no le había agradado al ladrillero, por demasiado sencilla y pastoril, pues gustábanle coplas más refinadas. Entonces habían escogido otra que Olka había aprendido en la casa señorial de Zagrabia:

Ludovico, el buen infanzón, sale de caza;
Elena, bella como un sol, queda en la cama.
Vuelve el infanzón; chilla y late la jauría;
clarines suenan... Duerme Elena todavía.

Esta sí que le había gustado al ladrillero; pero la mejor, sin disputa, había sido la «Canción de

la jarra verde», que había provocado en los tres sonoras carcajadas. En esta canción, una moza se lamenta amargamente ante los tiestos de su jarra rota:

¡Roto me has, señor, la jarra verde!

Y el caballero, queriéndola consolar, la replica inmediatamente:

¡Cesa, mi niña, no llores, no;
la jarra verde te pago yo!

Olka, al cantar, alargaba cuanto podía las palabras: «La ja-a-a-rra ve-e-er-de», y estallaba luego en grandes risotadas; entonces Klen, soltando el oboe, le contestaba en tono patético, como el caballero de la canción:

¡Cesa, mi niña, no llores, no!

Y ahora, en medio de la noche, volvía a tocar la «Canción de la jarra verde», y al evocar la alegría y el holgorio de la tarde, poníase a reír cuanto se lo permitían los labios, atareados en tocar el instrumento.

Pero el frío se hacía más y más intenso; poco a poco, los labios se le pegaban, ateridos, al oboe, y los dedos, en lugar de ablandárseles, se le ponían más tiesos. Pronto ya no le fué posible tocar, y continuó caminando, algo jadeante, con la cara envuelta en niebla.

Al cabo de un rato experimentó una gran fati-

ga. No había pensado en que en los prados se acumula la nieve mucho más que en las carreteras, y que le sería más penoso sacar sus largas piernas de aquel espesor. Aquí, allá, por la inmensa llanura blanca, había surcos y zanjas que la nieve había colmado, disimulándolos, y en los que se hundía Klen hasta las rodillas. ¡Cuánto se arrepentía el pobre organista de haber dejado la carretera! Allí, por lo menos, podía haber encontrado algún carro que lo hubiera llevado hasta Ponikly.

En el firmamento brillaban las estrellas con creciente fulgor; el frío aumentaba cada vez más, y Klen prosiguió su camino de prisa, muy de prisa, bañada en sudor la frente. De vez en cuando se alzaban unos soplos de viento que desde los prados corrían hacia el río, y que le penetraban al pobre Klen hasta los huesos.

Una vez más probó a llevarse el oboe a los labios; mas el andar con la boca tapada le causaba enorme fatiga. Entonces se sintió rodeado de una terrible soledad... ¡Qué impregnado estaba todo de quietud, de misterio, de extraña y sorda calma!... Y no ya a Ponikly, donde le aguardaba su tibia casita, sino a Zagrabia voló su pensamiento: «A estas horas ya debe estar Olka preparándose para acostarse—pensaba—; ¡pero, gracias a Dios, es bien caliente su choza!» Y la certeza de que Olka estaba bien guardada del frío en su aposento era para su corazón un gran consuelo, consuelo tanto mayor cuanto más intenso era el frío que él sentía.

Finalmente, llegó al límite de los prados, allá donde empiezan los pastos, que están salpicados de matorrales de enebro. Sentíase Klen tan fatigado, que la sola idea de descansar un rato bajo uno de aquellos espesos matorrales le daba una gran alegría. Pero pensó: «Me voy a quedar helado», y continuó andando.

Por desgracia, en derredor de las matas de enebro, como también al pie de los setos, la nieve se amontona, y forma como unos alzamientos de terreno. Klen franqueó algunos de estos alzamientos, pero con enorme fatiga; luego, sintiendo que le abandonaban las fuerzas, díjose: «¡Voy a sentarme; mientras no me duerma no hay peligro de que me quede helado!»

Sentóse, y para ahuyentar el sueño volvió a tocar la «Canción de la jarra verde». Otra vez las notas salían del oboe tristes y miedosas y resonaban lúgubremente por la llanura congelada; pero los párpados del pobre músico pesaban como piedras sobre sus pupilas, y la melodía de la jarra verde decrecía poco a poco, hasta que, por último, se extinguió. Pero todavía luchaba Klen con el sueño, conservando su lucidez; todavía pensaba en Olka... Unicamente cada vez se sentía más solo, más abandonado en aquel inmenso espacio vacío, y, por fin, una gran estupefacción pareció invadirle todo al ver que Olka no estaba allí con él, en medio de aquella noche y de aquel yermo... Entonces exclamó:

—¡Olka! ¿Dónde estás?

Al poco rato volvió a exclamar, como si la llamara:

—¡Olka!...

Y sus manos crispadas dejaron caer el oboe...

.....

Al día siguiente, los primeros albores del amanecer iluminaron el cuerpo de Klen: sentado sobre la nieve, con el oboe a sus pies, sus largas piernas parecían petrificadas y su cara, amoratada, parecía asombrada y atenta a la vez a las últimas notas de la «Canción de la jarra verde».

FIN

LA BIENVENIDA

Aconteció una vez, en una clara noche de luna, que el sapiente, el gran Krisna, díjose a sí mismo, después de prolongada y profunda meditación:

—Sí; hasta ahora creí que era el hombre la más hermosa criatura de la Tierra, pero me equivoqué.

Porque allí veo la flor del loto, dulcemente mecida por el céfiro nocturno. ¡Oh, sí, más bella, mucho más bella es esa flor que todos los seres vivientes! Sus hojas acaban de abrirse bajo la plateada caricia de la Luna, y no se cansan mis ojos de contemplarlas...

—Sí; nada, nada existe entre lo humano que con ella pueda parangonarse—repitió Krisna lanzando un suspiro.

Pero al cabo de un instante añadió:

—¿Y por qué no he de poder yo, dios, crear con la fuerza de mi verbo un sér que sea entre los hombres lo que es un loto entre las flores?

¡Que así sea, pues, para mayor júbilo del hombre y de toda la Creación! ¡Cambia, pues, de forma, ¡oh, loto!; conviértete en una virgen y preséntate ante mí!

Un suavísimo temblor corrió inmediatamente por la límpida superficie de las aguas, cual si el

ala ligera de la golondrina la hubiese rozado. La noche se volvió más luminosa, la Luna brilló en el firmamento con más fulgentes rayos, y los cantos de los zorzales nocturnos más intensos resonaron. Luego, todo enmudeció. El prodigio se operaba ante Krisna: estaba el loto revistiendo forma humana.

El mismo dios quedó asombrado.

—Flor de las lagunas has sido hasta ahora; sé, de hoy en adelante, la flor de mi pensamiento, y habla.

Y la virgen se puso a murmurar como dulcemente murmuran las albas hojas del loto al ser besadas por los céfiros del estío:

—¡Oh, Señor! Cambiado me has en sér humano; ¿pero dónde es voluntad tuya que yo habite? Recuerda, Señor, que siendo flor me estremecía y cerraba mi corola al más ligero contacto con el aire. Miedo tenía, Señor, y grande, a los aguaceros, a los truenos, a los rayos, a los vendavales; hasta los ardientes besos del Sol me llenaban de pavor... Soy, según tu voluntad, la viviente encarnación del loto; conservo, pues, mi primordial naturaleza... y tengo miedo, ¡oh, Señor!, tengo miedo de la tierra y de todo cuanto encierra... ¿Qué morada me destinas?

Krisna alzó los ojos llenos de sabiduría hacia las estrellas, reflexionó unos instantes y dijo luego:

—¿Quieres vivir en las cumbres de las montañas?

—Las nieves eternas allí reposan; hace allí tanto frío, Señor: ¡tengo miedo!

—Entonces, voy a mandarte construir un palacio de cristal en el fondo del lago.

—En las acuáticas profundidades penetran las serpientes y nadan mil reptiles; ¡tengo miedo, oh, Señor!

—¿Prefieres las estepas infinitas?

—¡Oh, Señor, los huracanes y las tormentas las recorren de continuo, cual salvajes rebaños!

—¿Qué voy a hacer, pues, de ti, oh viviente encarnación del loto?... ¡Ah! En las cavernas de Ellora viven los santos anacoretas... ¿Quieres vivir lejos del mundo, en las entrañas de la tierra?

—Allí no hay luz, Señor; ¡tengo miedo!

Krisna se sentó en un pedrusco y apoyó la cabeza entre las palmas de las manos. Y la virgen estaba ante él, temblorosa y azorada.

Entretanto, los primeros fulgores del amanecer empezaban a iluminar el horizonte. El lago, las palmeras y los bambúes pronto fueron de oro puro. El coro de las rosadas garzas reales, de las grullas azules y de los cándidos cisnes en las aguas, y el de los pavos reales y de los begalis en las florestas, estallaron en suaves melodías, acompañadas por los sones de unas cuerdas invisibles templadas en el hueco de una concha de perla.

Y las notas de una canción humana suavemente resonaron.

Entonces Krisna salió de su ensimismamiento y exclamó:

—Es el poeta Walmiki que saluda al nuevo día.

Al cabo de un instante, el largo y tupido velo de las purpúreas flores de los bejucos se descorrió, y de pie, a la orilla del lago, apareció Walmiki.

Mas de pronto enmudeció: había visto la viviente encarnación del loto. La concha se le deslizó lentamente de la mano hasta caer al suelo; fluyeron sus brazos a lo largo de sus caderas, y quedóse inmóvil, cual si el gran Krisna lo hubiese convertido en árbol nacido al borde de las aguas.

Y el dios se regocijó de aquel asombro que en el poeta había despertado aquella creación suya, y dijo:

—Despierta, Walmiki, y habla.

Y dijo Walmiki:

—... ¡Amo!

Era la única palabra que recordaba, la única que le era posible pronunciar.

El rostro de Krisna súbitamente se iluminó.

—¡Oh, virgen maravillosa! Ya encontré en el mundo una mansión digna de ti: en el corazón del poeta vivirás.

Y Walmiki murmuró de nuevo:

—... ¡Amo!

La voluntad del poderoso Krisna empujó entonces a la virgen hacia el corazón del poeta, que se volvió, por la misma voluntad del dios, transparente como el cristal.

Serena como una mañana del estío y clara como las ondas del Ganges, entró la virgen en el habi-

táculo que le estaba reservado. Mas de pronto, al contemplar de cerca el corazón de Walmiki, el rostro de la doncella palideció y el pavor, semejante a un viento helado, la cubrió toda entera.

Krisna quedó pasmado.

—¡Oh, sublime encarnación del loto!—exclamó—. ¿Tendrás también miedo acaso del corazón del poeta?

—¡Señor!—contestó la virgen—. ¡Qué mansión me has reservado! En ella veo reunidas las nevadas cumbres de las montañas y las profundidades de las aguas, pobladas de monstruos, y las estepas, con sus huracanes y tempestades, y las lóbregas cavernas de Ellora, y tengo miedo, Señor, tengo miedo...

Entonces, el sabio y bondadoso Krisna contestó:

—¡Cálmate, oh sublime encarnación del loto!... Si en el corazón de Walmiki reinan las eternas nieves, tú serás el tibio aliento primaveral que las derrita; si en él viven las acuáticas profundidades, tú serás la perla que las avalore; si en él asientan las estepas toda su inmensidad, tú sembrarás en su suelo las flores de la bienaventuranza, y si allí reina la obscuridad de las tétricas cavernas de Ellora, tú serás el rayo de sol que todo lo ilumine....

Y Walmiki, que durante aquellos momentos había recobrado la palabra, añadió:

—¡Y serás la bienvenida!

FIN

EN EL OLIMPO

Es una noche de primavera, apacible, plateada, perfumada de jazmín, engarzada de líquidos diamantes.

La luna llena navega por el Olimpo, cuyas níveas cumbres brillan con tenues y melancólicos resplandores, ligeramente teñidos de esmeralda.

Allá, en las hondonadas del valle de Tempe, surgen en compactos y sombríos grupos las florestas levemente agitadas por los trinos de los ruiseñores y por el agudo clamor de súplicas y lamentos, de gritos y blasfemias, de suspiros y eróticas delicuescencias.

Y todas esas voces resuenan por los aires cual música de flautas y zampoñas, y suben, suben y se esparcen en la inmensidad de la noche, para luego caer sobre la tierra como gotas de tenue llovizna y fundirse después en un suavísimo susurrar de riachuelo.

Mas de pronto todo enmudece, y vuélvese entonces tan blanda la quietud, que nítidamente se percibe en las sacras laderas el tácito derretimiento de la nieve bajo las tibias caricias de los favonios de Mayo.

¡Oh, noche primaveral, noche llena de hechizos, noche divina!

* * *

Y he aquí que en el marco de esta noche sublime aparecen Pedro y Pablo sentados en la cima de un alto cerro, dispuestos a juzgar a los antiguos dioses. Brilla sobre sus cabezas resplandeciente aureola, que ilumina sus canosos cabellos, sus fruncidas cejas, sus severos y penetrantes ojos.

Y allá, en el lóbrego fondo de las hayas y las encinas, destacándose las albas túnicas de los caducos y desprestigiados dioses, que, congregados por el pavor, aguardan el supremo fallo.

* * *

Pedro hace una seña con la mano, e inmediatamente se separa del tropel la decrépita, pero aun arrogante y provocativa, figura de Júpiter, el «forjador de tempestades», que, hosco el semblante y fruncido el ceño, cual mármol esculpido por el cincel de Fidias, avanza hasta llegar ante el tribunal. Fulmina todavía en su poderosa diestra el pavonado lampo, enmohecido, casi apagado, y junto a él muévese renqueando, con el ala destrozada, el águila secular.

En presencia de los Apóstoles todavía siente el antiguo Padre de los dioses y de los hombres ensanchársele el pecho con el orgullo de su antigua omnipotencia. Y alza soberbio la frente y mira

de arriba a abajo al viejo pescador de Galilea con su divina, furiosa y despectiva mirada.

Y conmuévese el Olimpo, todavía adicto a su antiguo señor, y crujen espantadas las hayas y las encinas, y enmudecen los ruiseñores, y la Luna, que surca el firmamento rozando las congeladas cumbres, palidece cual tela de Aracné. Lanza el águila secular su postrimer chillido; deslízase el pavonado lampo de la diestra del Soberano y cae rodando a sus pies, y centelleando, retorciéndose y chirriando alza la triangular testa inflamada, cual sierpe dispuesta a atacar con la venenosa lengua.

Pero Pedro aplasta con un simple movimiento del pie los encendidos espirales de la víbora, y después de apagarlos y hundirlos en el polvo, exclama con potente voz, dirigiéndose al «forjador de tempestades»:

—¡Maldito, condenado seas por los siglos de los siglos!

Instantáneamente, Júpiter palidece y, resoplando de congoja, murmura, con labios amoratados, la palabra «¡Anankél» y desaparece tragado por la tierra.

* * *

Acto seguido compareció ante los jueces el dios Neptuno, el de negra y rizada melena, el de pupilas bañadas en tinieblas, con el tridente truncado y enmohecido.

Y díjole el Pescador:

—Ya no embravecerás las aguas; ya no las calmarás; ya no conducirás al puerto de salvación las naves extraviadas y las expuestas al naufragio. La Estrella del Mar vela por ellas.

Estremecióse Neptuno, y lanzando un lastimero aullido, cual si se sintiera el corazón traspasado por un inmenso dolor, desapareció para siempre envuelto en brumoso torbellino.

* * *

Entonces se adelantó el Numen del «Arco de Plata», llevando en la mano la historiada cítara, y se fué acercando a los Santos, seguido de la lenta teoría de las nueve Musas, semejantes a blancas columnas. Y mientras éstas, inmovilizadas por el terror, sin aliento en la garganta, sin esperanza en el corazón, aguardaban la sentencia, el Radiante, vuelto hacia Pablo, empezó a hablar; pero tan dulcemente, que parecían sus palabras suavísima melodía.

—No me aniquiles, Señor, sino más bien defiéndeme, porque, después de muerto, deberías resucitarme. Soy la flor del alma humana; soy su embeleso y su esplendor; soy la nostalgia del Cielo. Muy bien sabes que, recortándole las alas, no podrá ya el Canto volar de la tierra a las alturas. Os lo suplico, pues, ¡oh, hombres sagrados!; no aniquiléis el Canto.

Reinó breve silencio. Pedro alzó los ojos hacia la bóveda estrellada, y Pablo puso las entrelaza-

das manos sobre la empuñadura de la espada y contra las manos apoyó la frente..., y se quedó meditabundo.

Luego irguióse, y con serena majestad trazó en la fúlgida cabeza del Numen la señal de la cruz y dijo:

—¡Vive, oh Canto!

Y Apolo se sentó con su cítara a las plantas del Apóstol.

Entonces la noche se volvió más diáfana; los jazmines exhalaron más intensa fragancia, y los manantiales brotaron de las peñas con más ruidosas cascadas de armonías.

Y las Musas, acercándose, cual manada de blancos cisnes, entonaron un canto suavísimo con sus voces aun turbadas por el terror, canto de miríficas palabras, hasta entonces nunca oídas en las alturas del Olimpo:

Bajo tu protección nos cobijamos,
¡oh, Santa Madre de Dios!
No rechaces nuestras súplicas;
dígnate alejar eternamente de nosotros
todo mal y toda adversidad,
¡oh, Señora Nuestra!

Así cantaban las nueve Musas en la ladera del sacro cerro: cantaban con los ojos alzados al cielo, con la unción y la mansuetud de las vírgenes de un claustro.

* * *

.....

Otros dioses pasaron.

Pasó, entre otros, Baco, rodeado de su cortejo

salvaje, impudente, coronado de pámpanos, blandiendo su cítara y su tirso; pasó aullando como un demente, ebrio, desesperado, y fué a precipitarse en el abismo sin fondo.

* * *

Luego después otro Numen se presentó ante los Apóstoles. Era una diosa altiva, ruda, irónica, que sin requerimiento empezó a hablar, teniendo a flor de labios una sonrisa de desdén:

—Yo soy Pallas Atenea. No vengo a pediros vida, porque sólo soy ilusión. Ulises, en la vejez, me veneró. Telémaco, imberbe aún, prestó atención a mis palabras, ni a vosotros os será dado despojarme de la inmortalidad; pero tranquilizaos, porque nunca he sido otra cosa que sombra vana, ni otra cosa soy, ni otra cosa seré por los siglos de los siglos.

* * *

Cuando todos hubieron desfilado, compareció Ella, la hermosa entre todas las hermosas, la adorada.

Acercóse al tribunal, suave, encantadora, desconsolada; latíale fuerte el corazón dentro del níveo seno, como a un pajarillo y como a un niño temeroso del castigo; temblábanle los labios.

Postróse a las plantas de los Apóstoles y, extendiendo los divinos brazos, púsose a implorar:

—¡Es verdad, soy yo la pecadora! Erré, pequé, sucumbí; pero tened piedad de mí, oh, Señor. ¡Perdonadme, perdonadme, porque soy la Felicidad, la única felicidad de los mortales!

Y no le fué posible proseguir: tantos y tan desgarradores eran los sollozos que estallaron de su pecho.

Mas Pedro la contempló solícito y conmovido, y púsole la justiciera mano sobre los áureos cabellos, mientras Pablo, arrancando un lirio silvestre que junto a él crecía, tocóla con el cáliz y la dijo:

—¡Sé, desde hoy, como esta flor, y vive, sí, vive, oh felicidad del hombre!

* * *

Empezaba a despuntar la aurora. Más allá de las crestas y de las simas aparecieron los primeros destellos del astro rey. Y al enmudecer los ruiseñores, los jilgueros, pinzones, alondras y currucas sacaron sus soñolientas cabecitas de debajo del ala, sacudiéronse el rocío que cubría sus plumas y empezaron suavemente a gorjear:

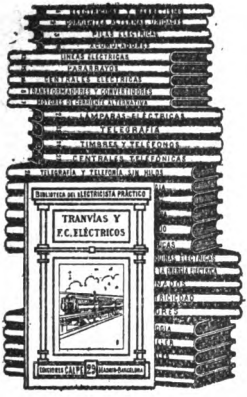
—¡Despunta el día, despunta el día, despunta el día!...

Y la tierra entera despertaba, llena de sonrisas, jocunda y radiante, porque no le habían quitado el Canto ni la Felicidad.

FIN

INDICE

	Página
I	9
II	28
III	38
IV	41
V	50
VI	72
VII	82
VIII	89
IX	97
X	113
XI	117
Epílogo	121
El Organista	123
La Bienvenida	139
En el Olimpo	145



BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

LA MEJOR ENCICLOPEDIA DE ELECTRICIDAD

Cuanto se sabe de la Electricidad: instalación de Centrales para la producción de fuerza y de luz; conducción de la energía; su aplicación a las industrias, a la Química, a la Metalurgia, a la Medicina y a la tracción, al telégrafo y al teléfono, a los servicios domésticos, etcétera, etc.,

SE DOMINA PERFECTAMENTE

estudiando los volúmenes de esta colección, genuinamente española, redactada por autores especialistas, bajo la dirección de

D. RICARDO CARO Y ANCHIA

Licenciado en Ciencias físicomatemáticas, Oficial de Telégrafos y Profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

30 tomos con más de 5.000 páginas en total, 1.800 figuras en el texto y láminas intercaladas en negro y en colores

90 PESETAS, A PLAZOS O AL CONTADO

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

COLECCION UTIL Y ECONOMICA DE CONOCIMIENTOS ENCICLOPEDICOS, EN LA CUAL HALLA SIEMPRE EL LECTOR EL LIBRO QUE LE INTERESA

Los *Manuales Gallach* son valiosísimo archivo de los estudios de más de cien sabios especialistas, que han colaborado a nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano

SON ELEMENTO DE CULTURA PRECIOSISIMO, Y SU COSTE ESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS

Los vendemos sueltos y por colección

A los compradores de esta última (cuyo pago puede hacerse en pequeñas cuotas mensuales) les regalamos un bonito mueble para colocar los volúmenes.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

VOLÚMENES PUBLICADOS

1.—**Química general**, por el Dr. Luanco. Pts. 2.
2.—**Historia Natural**, por el Dr. De Buen. Pts. 2.
3.—**Física**, por el Dr. Lozano. Pts. 2.
4.—**Geometría general**, por el Dr. Mundi. Pts. 2.
5.—**Química orgánica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.
6.—**La Guerra Moderna**, por D. M. Rubió. Pts. 2.
7.—**Mineralogía**, por el Dr. S. Calderón. Pts. 2.
8.—**Ciencia Política**, por D. Adolfo Posada. Pts. 2.
9.—**Economía Política**, por el Dr. J. Piernas. Pts. 2.
10.—**Armas de guerra**, por D. J. Génova. Pts. 2.
11.—**Hongos comestibles y venenosos**, por don Blas Lázaro. Pts. 2.
12.—**La ignorancia del Derecho**, por D. J. Costa. Pts. 2.
13.—**El sufragio**, por el Dr. A. Posada. Pts. 2.
14.—**Geología**, por D. José Macpherson. Pts. 2.
15.—**Pólvoras y explosivos**, por D. C. Banús. Pts. 2.
16.—**Armas de caza**, por D. J. Génova. Pts. 2.
17.—**La Guinea Española**, por D. R. Beltrán. Pts. 2.
18.—**Meteorología**, por D. A. Arcimis. Pts. 2.
19.—**Análisis químico**, por D. J. Casares. Pts. 2.
20.—**Abonos industriales**, por D. A. Maylín. Pts. 2.
21.—**Unidades**, por D. C. Banús. Pts. 2.
22.—**Química biológica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.
23.—**Bases para un nuevo Derecho penal**, por el Dr. Dorado. Pts. 2.
24.—**Fuerzas y motores**, por D. M. Rubió. Pts. 2.
25.—**Gusanos parásitos en el hombre**, por el doctor Marcelo Rivas. Pts. 2.
26.—**Fabricación del pan**, por D. N. Amorós. Pts. 3.
27.—**Aire atmosférico**, por D. E. Mascareñas. Pts. 2.
28.—**Hidrología médica**, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 2.
29.—**Historia de la civilización española**, por D. Rafael Altamira. Pts. 3.
30.—**Las epidemias**, por D. F. Montaldo. Pts. 2.
31.—**Cristalografía**, por L. Fernández. Pts. 3.
32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 2.
33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 2.
34.—**Bases del Derecho**

mercantil, por D. L. Benito. Pts. 2.

35.—**Antropometría**, por D. T. de Aranzadi. Pts. 2.

36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 3,50.

37.—**Formulario químico industrial**, por D. Trías. Pts. 2.

38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por don Pedro Dorado. Pts. 2.

39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 3.

40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 2.

41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 3,50.

42.—**A b c del instalador y montador electricista.**—Tomo I.—Instalaciones privadas, por D. Ricardo Yesares. Pts. 3,50.

43.—**A b c del instalador y montador electricista.**—Tomo II.—Estaciones centrales y canalizaciones, por D. R. Yesares. Pts. 3,50.

44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Opisso. Pts. 3.

45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 4.

46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 2.

47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 2.

48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Bertrán. Pts. 2.

49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 3,50.

50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

52.—**Las bebidas alcohólicas.— El alcoholismo**, por D. A. Piga y don D. Aguado Marinoni. Pts. 2.

53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 3.

55.—**Instituciones de Economía social**, por don J. Torrembó. Pts. 3.

56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 4.

57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por D. J. de Igual. Pts. 3,50.

58.—**Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 3,50.

59.—**Gallinero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 4.

60.—**Dai Nipón (El Japón)**, por D. A. García. Pts. 4.

61.—**Cultivo del algodonero**, por D. Diego de Rueda. Pts. 3.

62.—**Galvanoplastia y electrólisis**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

63.—**Educación de los niños**, por F. Climent. Pts. 4.

64.—**El microscopio,** por D. Ernesto Caballero. Pts. 2.

65.—**Diccionario de argot español,** por L. Besses. Pts. 3,50.

66.—**Piedras preciosas,** por Marcos J. Bertrán. Pts. 3,50.

67 68 **Manual de Mecánica elemental,** por Forner Carratalá. Tomo I: **Mecánica general.** Pts. 3. Tomo II: **Mecánica aplicada.** Pts. 3.

69.—**Los remedios vegetales,** por Alfredo Opisso. Pts. 3.

70 71 **Las Repúblicas hispanoamericanas,** por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 7.

72.—**Vinificación moderna,** por D. Diego de Rueda. Pts. 3,50.

73.—**Plantas industriales,** por D. Alfredo Opisso. Pts. 3.

74.—**Cerrajería práctica,** por Eusebio Heras. Pts. 3.

75.—**El arte del periodista,** por D. Rafael Malnar. Pts. 3,50.

76.—**La electricidad en la agricultura,** por don R. Yesares. Pts. 3.

77.—**Telegrafía eléctrica,** por F. Villaverde Navarro. Pts. 3.

78.—**Medicina social,** por A. Opisso. Pts. 3.

79.—**Geografía general,** por Emilio H. del Villar. Pts. 4,50.

80.—**La familia y los enfermos,** por D. J. L. Eleizegui. Pts. 3.

81 82 **Elementos de cálculo mercantil,** por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 7.

83.—**Teoría de la literatura y de las artes,** por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 3.

84.—**Manual del naturalista preparador,** por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 2.

85.—**Documentos mercantiles,** por Francisco Grau Granell. Pts. 4.

86.—**Pozos artesianos,** por Lucas F. Navarro. Pts. 2.

87.—**Investigación y alumbramiento de aguas,** por Lucas F. Navarro. Pts. 2.

88.—**Manual de Pirotecnia,** por J. B. Ferré. Pts. 3.

89.—**Elementos de arquitectura naval** (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 3.

90.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnáu. Tomo I. Pts. 4.

91.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnáu. Tomo II. Pts. 4.

92.—**Ascensores hidráulicos y eléctricos,** por R. Yesares. Pts. 3.

93.—**Maravillas de la Ciencia,** por D. J. Usunáriz. Pts. 2.

94.—**Derecho internacional,** por D. Aniceto Sela. Pts. 3.

95.—**El boxeo y la esgrima del bastón,** por A. Barba. Pts. 2.

96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis**, por A. Barba. Pts. 2.

97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción**, por M. R. y Bellvé. Pts. 3.

98.—**La abeja y sus productos.** (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 3.

99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 3.

100.—**Manual del pintor decorador**, por D. José Cuchy. Pts. 2.

101.—**El dibujo para todos**, por V. Masriera. Pts. 4.

102.—**América Sajona**, por Emilio H. del Villar. Pts. 4.

103.—**Agrimensura**, por J. Ferré. Pts. 4.

104.—**Estética**, por D. A. Opisso. Pts. 4.

105.—**Floricultura**, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 4,50.

106.—**Flores artificiales**, por Dolores Andréu. Pts. 4,50.

107.—**Formulario práctico de artes y oficios**, por F. Climent Terrer. Pts. 4.

108/109 **Astronomía**, por J. Comas Solá. Pts. 9.

110.—**El arte de pensar**, por Alfredo Opisso. Pts. 4.

111.—**Máximas de Epicteto**, traducidas por Apeles Mestres. Pts. 3,50.

112.—**Manual del maquinista fogonero**, por Balbino Vázquez. Pts. 5,50.

113.—**Perspectiva**, por Francisco Arola Sala. Pts. 6.

114.—**Educación cívica**, por Federico Climent Terrer. Pts. 5.

115.—**Abc de la Música**, por Eliseo Carbó. Pts. 5,50.

116.—**Teoría y concepto del Arte**, por Francisco Arola Sala. Pts. 7,50.

Enrique Sienkiewicz

—

LILIANA

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Liliana

El torrero. - Yanko «el Músico». Sueño profético.

NARRACIONES

La traducción del polaco ha sido hecha por N. Tasin.

MADRID, 1921

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID

Enrique Sienkiewicz nació en Polonia el año 1846. *Después de haber terminado su bachillerato, pasó a la Universidad de Varsovia, en la que cursó sus estudios de Filosofía y Letras. Ya desde muy jovencito demostró gran inclinación y simpatía por la Literatura; pero sólo fué en* 1872, *es decir, a la edad de veintiséis años, cuando vió la luz su primera obra, titulada* Profeta en su país.

En 1876 *marchó a América, y ya desde aquella fecha su vida transcurrió toda en un incesante cambiar de países y latitudes, acompañado siempre, sin embargo, por su profundo y nostálgico amor por la patria lejana, fiel compañera y elocuentísima musa del trashumante escritor. Peregrino eterno, sólo se detuvo un día para encontrar en aquella tregua el reposo también eterno. Fué en Vervey* (*Suiza*), *donde la gran guerra le sugirió su última idea, su gran idea de patriota, noble y fecunda*: *la de crear un Comité de socorros para las víctimas del gran desastre mundial en Polonia. Allí le sorprendió la muerte, mientras ejercía las funciones de presidente en aquella benéfica institución. Era en* 1917.

* * *

Enrique Sienkiewicz es una de las figuras más salientes en la literatura mundial del pasado siglo. Su famosísima novela Quo Vadis?, *salida a luz en* 1895,

acrecentó su renombre en su patria y fué, por decirlo así, su tarjeta de presentación ante el público de todas las naciones europeas y americanas, que le acogieron sin reserva como a uno de los más geniales maestros de la novela.

Sin embargo, no es Quo Vadis?—*con todas sus excelsas cualidades—la obra más intrínseca y, sobre todo, la más característica del célebre escritor polaco. Su verdadera y compleja personalidad hay que buscarla, no ya tampoco en estas obras de grandes proporciones que se llaman* Por el fuego y por la espada, El Diluvio, Micer Wolodyjowski, *que constituyen la más grande epopeya nacional de Polonia, o en* Los cruzados, *esa inapreciable joya de la literatura histórica, sino en la serie de cuentos y narraciones salidos de su pluma en el transcurso de una vida errante y contemplativa, y en las que recogió lo más esencial de cada tierra, visto y estilizado a través de su temperamento.*

De sus numerosos viajes brotaron manantiales de hermosas y vastísimas inspiraciones: Sachem, Por el pan, Recuerdo de Mariposa, Orso, A través de las estepas, *y tantas y tantas obras que conservan como el perfume de su prolongada estancia en los Estados Unidos, en California.* En la Costa Azul, Impresiones de Italia, Sigámosle, *etc., etc., y ese croquis tan vigoroso y cálido de color y de luz que se titula* La corrida de toros en España, *atestiguan con suma elocuencia el profundo conocimiento, lleno de apasionada simpatía, que poseía Sienkiewicz de los países mediterráneos.*

Pero donde se refleja todavía con mayor fuerza y ni-

tidez su sutil talento de observador y de psicólogo es en las novelas y narraciones donde describe las gentes y las cosas de su país. Grande, profundo, casi excesivo fué el amor que sintió Sienkiewicz toda su vida por su querida y desventurada patria; pero nunca ese cariño amortiguó en él el severo juicio crítico, la ecuánime apreciación de los defectos, de los vicios de sus compatriotas. El amor de la verdad a ello le empujaba. Los Esbozos al carbón *y la grande epopeya burguesa* La familia Polamiecki *y* En la Costa Azul *son las más elocuentes manifestaciones de este ecuánime sentido crítico.*

En el presente volumen ofrecemos al lector algunas de esas narraciones, que compendian de un modo casi completo la compleja personalidad del célebre escritor. Seguiremos publicando más adelante otras del mismo estilo.

LILIANA

(A través de las estepas.)

Cuando me hallaba en California, fuí una vez con mi gran amigo el capitán R... a visitar a nuestro compatriota G..., que vivía a la sazón en los solitarios montes de Santa Lucía. Como no le encontrásemos en casa, permanecimos cinco días en un agreste desfiladero de montañas, en compañía de un viejo sirviente indio, que en ausencia del dueño quedábase al cuidado de las abejas y de las cabras de Angora. Yo, siguiendo la costumbre del país, me pasaba la mayor parte del día durmiendo, y por la noche, sentado ante la hoguera, alimentada con zarzas y espinos, oía narrar al capitán sus andanzas y aventuras; andanzas y aventuras realmente extraordinarias, como sólo es posible vivirlas en los desiertos americanos.

Aquellas horas se nos esfumaban como por ensalmo. Las noches eran noches verdaderamente californianas: silenciosas, cálidas, estrelladas. Al resplandor de la hoguera, que de vez en cuando chisporroteaba, divisábase la enorme—pero bella y noble—silueta del veterano gastador, que, alzando la mirada hacia la bóveda celeste, iba evo-

cando en su memoria los pasados acontecimientos y nombres y semblantes queridos, cuyo recuerdo cubría su frente de suave melancolía. Una de aquellas narraciones es la que voy a relatar ahora, tal como la oí de labios del capitán, esperando que ha de cautivar la atención del lector como cautivó en aquel tiempo la mía.

I

En septiembre del año 1849—decía el capitán—desembarqué en Nueva Orleáns, que por aquel entonces era una ciudad semifrancesa, y de allí me trasladé al alto Misisipí, donde encontré trabajo y buen salario en una importante plantación de azúcar. Mas, joven y emprendedor como era, me aburría sobremanera aquel trabajo de oficina y aquella insoportable y forzosa estada en un mismo sitio. Así es que muy pronto dejé mi destino y empecé a vivir una vida indómita y selvática. Con algunos compañeros, y entre cocodrilos, serpientes y mosquitos, pasé unos años a orillas de los lagos de Luisiana, viviendo de la pesca y de la caza; de vez en cuando mandaba también grandes cargamentos de madera por la vía fluvial hasta Nueva Orleáns, donde me los pagaban a buen precio. Llegaban a menudo nuestras expediciones a países muy remotos, penetrando hasta el sangriento Arkansas—*Bloody Arkansas*—, país hoy todavía poco poblado y casi desierto en aque-

lla época. Aquella vida, llena de penalidades, de peligros y de luchas sangrientas con los piratas del Misisipí y con los indios, que tan numerosos eran en Luisiana, Arkansas y Tennessee, fortaleció mi salud, dió vigoroso temple a mis nervios, ya de natural poco comunes, y me permitió adquirir un tan acabado conocimiento de la estepa, que sabía yo leer en aquel gran libro tan bien como cualquier guerrero rojo. Merced a tal conocimiento, una caravana de emigrantes de aquellas que casi diariamente salían de Boston, Nueva York, Filadelfia y otras ciudades orientales en dirección a California, atraídas por las minas de oro recientemente descubiertas, me propuso que la acompañara en calidad de guía explorador, o, como decimos nosotros, de capitán.

Las maravillas que se contaban de California habían despertado en mí, hacía ya mucho tiempo, el deseo de visitar aquel remoto Occidente, y, acicateado por este deseo, acepté la proposición de la caravana, por más que no se me ocultasen los peligros de la empresa. Hoy día, la distancia que hay entre Nueva York y San Francisco se salva en una semana de ferrocarril, y el verdadero desierto sólo empieza en Omak; pero en aquel tiempo era muy distinto. Las ciudades, villas y pueblos que, innumerables cual amapolas en campo de trigo, se extienden entre Nueva York y Chicago no existían aún, y la misma Chicago, surgida más tarde como una seta después de la lluvia, era tan sólo una mísera e ignota pesquería que ni siquiera

mencionaban los mapas. Era, pues, necesario atravesar con carros y mulas países del todo salvajes, habitados por terribles tribus indias: «pies negros», «sinksis», «arikaris», etc.; tribus que era imposible evitar, porque, movedizas como la arena, no tenían residencia fija, sino que constantemente recorrían la estepa entera, persiguiendo las manadas de búfalos y antílopes. Muchos y extraordinarios percances nos aguardaban; pero todo el que se decide a marchar al lejano Occidente debe darlos por descontados y aun estar dispuesto a dejar en ellos el pellejo. Lo que más me preocupaba era la responsabilidad que iba a asumir; pero en cuanto fué fijada la fecha de la marcha, no hubo más remedio que ocuparse de los preparativos para el viaje; preparativos que duraron bien dos meses, pues fué menester hacer venir los carros de Pensilvania y de Pittsburgo, comprar mulas, caballos y armas y acumular enormes provisiones de víveres. Sin embargo, hacia los últimos días del invierno estuvo todo preparado.

Quise partir en aquel tiempo para atravesar en primavera las dilatadas landas que se extienden entre el Misisipí y las Montañas Rocosas, pues sabía que en verano los ardores del sol en aquellos parajes descubiertos hacían enfermar a los viajeros y les hacían sucumbir a veces. Por esto mismo decidí no llevar la caravana por la carretera meridional que corre a lo largo de Saint-Louis, sino por la que se extiende a orillas del Yowa, de la Nebraska y del Colorado septentrional; mucho más

peligrosa por lo que a los indios se refiere, pero evidentemente menos expuesta a los rigores de la estación. Este proceder mío encontró al principio cierta oposición entre la gente de la caravana; pero al declararles que si no se querían someter a mis condiciones no les quedaba otro recurso que buscarse otro capitán, acabaron por consentir en cuanto les propuse, después de reflexionarlo un poco, y en el comienzo de la primavera nos pusimos en camino.

Penosísimas fueron para mí las primeras jornadas; sobre todo hasta que la gente no estuvo acostumbrada a mi mando y a las condiciones del viaje. Es indudable que mi persona inspiraba confianza, ya que mis aventuradas expediciones por el Arkansas me habían dado cierta fama entre las inquietas poblaciones limítrofes, y que el nombre de *Rig Ralf* (Gran Ralf), con el que se me conocía en la estepa, había llegado más de una vez a oídos de la mayor parte de mis compañeros actuales. Pero generalmente un conductor de caravana, un «capitán», se encuentra con frecuencia, por la índole misma de su cometido, en desagradables condiciones frente a frente de los emigrantes. Yo estaba encargado de escoger el sitio de las paradas nocturnas, de vigilar la marcha durante el día, de no perder de vista a toda la caravana—que a veces se extendía una milla a lo largo de la estepa—, de poner en sus puestos a los guardias y de conceder descanso en los carros a los pelotones exploradores.

Los norteamericanos poseen en alto grado, hay que reconocerlo, el espíritu de organización; pero a medida que crecen las dificultades del viaje disminuye su energía, les asalta el desaliento—aun a los más animosos—, y entonces se niegan a obedecer, a montar a caballo durante el día, a hacer las guardias durante la noche, y cada cual pretende verse dispensado del servicio de turno y permanecer constantemente en los carros. Además de esto, en sus relaciones con los *yankees*, el capitán debe saber conciliar la disciplina con cierta familiaridad amistosa; cosa que no es fácil de lograr. Sucedía, pues, que en marcha y durante los acampamentos nocturnos era yo dueño absoluto de la voluntad de todos mis compañeros; pero durante los descansos diurnos, en los cortijos y en las colonias que al principio encontrábamos en nuestro camino, mis funciones de comandante quedaban interrumpidas. Cada cual era dueño de sí mismo. Algunas veces tuve que encararme con algún arrogante aventurero; pero cuando se percataron, después de algunos *rings*, de que mi puño mazoviano era más eficaz que el norteamericano —y con esto aumentó mi fama—, ya no tuve que recurrir más a tales luchas y pugilatos para hacerme obedecer. Por otra parte, conociendo ya a fondo el carácter norteamericano, sabía muy bien el modo de contenerme, y, además, me ayudaban a cobrar aliento y a tener perseverancia dos ojos azules que me miraban por debajo del toldo de un carro con singular interés. Aquellos ojos, asestados

hacia mí bajo la combada blancura de una frente sombreada por abundosos cabellos de oro, pertenecían a una muchacha muy joven llamada Liliana Moris, de Boston, en el Massachusetts; criatura delicada, esbelta, de finísimas facciones y de rostro triste, a pesar de su tierna edad.

Aquella tristeza en una muchacha tan joven me impresionó ya desde el principio del viaje; pero las ocupaciones inherentes a mi cargo de capitán llevaron mi pensamiento y mi atención hacia otras cosas. Durante las primeras semanas, fuera del ritual *good morning*, apenas si dirigí a aquella jovencita otras palabras; pero luego, compadecido de la juventud y de la soledad de Liliana, que no tenía ningún pariente en la caravana, me propuse prestar, en cuanto fuera preciso, algún pequeño servicio a la pobre muchacha. No era menester, ciertamente, que yo la protegiese con mi autoridad de capitán y con mis puños contra la impetuosidad de los compañeros de viaje más jóvenes, porque toda mujer, por joven que sea, encuentra siempre en los norteamericanos, si no la galante solicitud de los franceses, sí, cuando menos, la más completa seguridad. No obstante, teniendo en consideración la delicada salud de Liliana, logré acondicionarla en el mejor carro, que guiaba el experto Smith; aderecé por mí mismo la yacija, de suerte que pudiese dormir cómodamente durante la noche, y le presté una de mis mejores pieles de búfalo. Por insignificantes que fueran aquellas muestras de atención, Liliana se sentía extraordinaria-

mente agradecida a ellas y no despreciaba ocasión de demostrármelo. Era, en verdad, una criatura bien tímida y bien dócil. Las dos mujeres que compartían con ella el mismo carro, la señora Grossvenor y la señora Atkins, sintieron muy pronto por Liliana—atraídas por la dulzura de su trato—un grandísimo cariño, y acabaron por darle el sobrenombre de *Pajarillo*, con el cual fué en seguida llamada por toda la caravana. Y, sin embargo, mis relaciones con el *Pajarillo* continuaron siendo poco frecuentes, hasta el día en que observé que los ojos azules y casi angélicos de aquella muchacha me miraban con manifiesta simpatía y singular insistencia.

Semejante interés podía tener su explicación en el hecho de que era yo, entre todos aquellos emigrantes, la única persona que no estaba desprovista de cultura social, y, por consiguiente, Liliana, que demostraba poseer una educación esmeradísima, veía en mí a un ser más próximo a su nivel. Pero yo interpreté entonces todo aquello de muy distinto modo; el interés de la jovencita espoleó mi vanidad, y esa vanidad fué la que me hizo prestar mayor atención a sus encantos y mirar con más asiduidad sus bellos ojos. Más tarde yo no sabía explicarme por qué había podido aguardar tanto a colmar de atenciones a tan excelente criatura, que bien capaz era de inspirar inmediatamente los más tiernos sentimientos a toda persona que tuviera aunque no más fuera un adarme de corazón. Desde entonces sentí una sin-

gular complacencia en rondar, montado a caballo, por las inmediaciones de su carro. Durante la tarde, cuando el Sol, a pesar de hallarnos aún en los primeros días de primavera, nos hería con sus ardientes rayos; cuando los mulos nos arrastraban perezosamente y se extendía la caravana por la estepa de tal modo que, estando junto al primer carro, apenas si podía distinguirse el último, recorría yo muy a menudo y sin necesidad todo el *tabor* de una a otra extremidad, sólo para poder contemplar de paso aquella rubia cabeza y aquellos ojos que no se apartaban ni un instante de mi pensamiento.

En un principio, más interesada estaba mi fantasía que mi corazón, y, sin embargo, la idea de no ser completamente extraño a toda aquella gente, de tener entre ella a una tierna alma gentil que con tanta simpatía parecía interesarse por mí, me proporcionaba un gran consuelo y como una suave esperanza. Tales sentimientos acaso ya no tenían su origen en la sola vanidad, sino en el afán tal vez que en este mundo siente el hombre por no esparcir las propias ideas y sentimientos sobre cosas tan poco determinadas como son los bosques y las estepas, sino por resumirlos en una criatura viviente de carne y hueso y, en vez de perderse en la lejanía de las cosas y en los espacios infinitos, encontrarse asimismo en un corazón amado.

Me sentía entonces menos solo, y el viaje fué adquiriendo cada día para mí nuevos atractivos, hasta entonces ni siquiera sospechados. Antes,

cuando se extendía la caravana, como ya he dicho, por la estepa, de tal modo que los últimos carros casi se perdían de vista, sólo sabía encontrar en ella la displicencia y el desorden, que me irritaban hasta lo infinito. Ahora, por el contrario, cuando, parado en alguna altura, contemplaba aquellos carros blancos y polvorientos, iluminados por el sol, moviéndose a manera de navíos en un mar de hierbas, y a aquellos hombres armados y a caballo, diseminados en pintoresco desorden a lo largo del convoy, sentía llenárseme el alma de beatitud y entusiasmo, y, sin saber de dónde me venían las comparaciones, parecíame que aquélla fuese una caravana bíblica que yo conducía, transformado en patriarca, a la tierra de promisión. Los cascabeles de los mulos y los melódicos *Cheer up!* lanzados por los carreteros acompañaban como una música los pensamientos que despertaban en mí el corazón y la naturaleza.

Sin embargo, no me atrevía a pasar con Liliana de aquella conversación con los ojos a otra conversación cualquiera, cohibido por la presencia de las dos mujeres que con ella viajaban. Además, desde que me percaté de que existía entre nosotros una cosa que no sabía aún cómo calificar, pero que ciertamente existía, me asaltó una timidez bien singular. Muchas atenciones prodigaba a aquellas mujeres, y muy a menudo echaba una ojeada al interior del carro, preguntando por la salud de la señora Atkins y de la señora Grossvenor, a fin de justificar y contrabalancear de este modo los cui-

dados de que rodeaba a Liliana. Esta, sin embargo, comprendía perfectamente mi táctica, y aquella inteligencia entre los dos, que los compañeros ignoraban, constituía para nosotros un inestimable secreto.

Pero muy pronto las miradas, las fugaces expresiones de cortesía y las tiernas atenciones no fueron suficientes para mí. Aquella muchacha, de cabellos brillantes como el oro y mirada suavísima, me atraía con una fuerza desconocida e invencible. Cuando, fatigado por las exploraciones a los apostaderos, con la voz enronquecida por el continuo gritar *All right!*, subía por fin a mi carro y, envolviéndome en mi piel de búfalo, cerraba los ojos para dormir, parecíame que los mosquitos y los cínifes zumbantes me cuchicheaban al oído su nombre: ¡Liliana!, ¡Liliana!, ¡Liliana! Su semblante se me aparecía en sueños, y al despertar, mi primer pensamiento, cual golondrina, volaba hacia ella. Sin embargo, ¡cosa extraña!, no me di cuenta en seguida de que este aliciente que a mis ojos iban tomando todas las cosas, de que el teñirse todos los objetos en mi espíritu con áureos colores, de que, en fin, el volar de mis pensamientos tras del carro de aquella muchacha fuese debido no a una amistad o inclinación por la huérfana, sino a un sentimiento mucho más avasallador, del que, una vez adueñado de nuestro ánimo, no nos es posible ya desprendernos.

Acaso me hubiera percatado de ello más pronto si no me hubiese creído hechizado sencillamente,

como lo estaban los demás, por la fascinación que Liliana ejercía sobre todo el mundo, a causa de su carácter suavísimo. Todos la querían como se quiere a una hija, y cada día adquiría yo más convincentes pruebas de ello. Eran sus compañeras de carro unas mujeres sencillas y bastante pendencieras, y, sin embargo, muchas mañanas veía yo a la señora Atkins besar con materna ternura los cabellos de Liliana, mientras la estaba peinando, y a la señora Grossvenor estrechar entre las suyas las manos de la muchacha porque la noche se las había entumecido. También los hombres la colmaban de atenciones y agasajos. Había en la caravana un tal Henry Simpson, joven aventurero del Kansas, cazador intrépido, buen muchacho en el fondo, pero tan pagado de sí mismo, tan arrogante y tan zafio, que me fué preciso golpearle un par de veces, durante el primer mes, para convencerle de que había en la caravana una persona con puños más eficaces que los suyos y digna del mayor respeto. Era de ver, pues, cómo este Henry hablaba con Liliana. Aquel joven, que no se hubiera inmutado lo más mínimo en presencia del presidente de los Estados Unidos, perdía ante la muchacha toda su entereza y osadía, descubríase la cabeza y repetía a cada momento: *I beg your pardon, miss Moris* (1); parecía un perro alano encadenado, un perro dispuesto a obedecer al menor gesto de aquella manita casi infantil. En las pa-

(1) Le pido a usted mil perdone, señorita Moris—(N. del T.)

radas procuraba siempre instalarse junto a Liliana para poder prestarle con mayor facilidad diversos pequeños servicios. Encendía la lumbre, escogíale un sitio bien resguardado del humo, cubriéndolo antes de musgo y poniendo luego encima un caparazón; ofrecíale los mejores pedazos de carne, y todo lo hacía con una tímida solicitud que nadie hubiera podido presumir en él y que despertaba en mí cierta animosidad bastante parecida a los celos.

Pero no me quedaba otro recurso que rabiar. Henry, cuando no le tocaba estar de guardia, podía hacer cuanto le viniera en gana y estarse, por tanto, muchos ratos con Liliana, mientras que yo no gozaba en medio de mis ocupaciones de un momento de reposo. Cuando íbamos por la carretera seguíanse los carros unos a otros, mediando a veces entre ellos bastante distancia; pero al penetrar en las regiones desiertas quise, durante las paradas del mediodía, disponerlos, según el uso en las estepas, en una línea transversal, apretados de tal modo que entre las ruedas respectivas pudiese apenas pasar un hombre. No son fáciles de imaginar los esfuerzos que hice y las dificultades con que tropecé para obtener que semejante línea no se viese descompuesta. Los mulos, bestias de índole salvaje, no bien domados aún, en vez de estarse en línea recta, deteníanse obstinados, o no consentían en dejar el camino trillado, y mordían, relinchaban, coceaban. Los carros, al dar una vuelta repentina, volcaban con frecuencia, y se

perdía mucho tiempo en levantar aquellas moles, verdaderas casas de madera y lona. El relinchar de los mulos, las blasfemias de los carreteros, el sonido de los cascabeles y los ladridos de los perros que nos seguían producían una zalagarda infernal. Luego, cuando, derrochando esfuerzos, había logrado un poco de orden, debía atender al desenganche de las bestias y disponer el trabajo de los conductores que habían de llevarlas al pasto y luego al río. Los que durante el día se habían internado en la estepa para cazar regresaban de todas partes con la caza capturada y asaltaban las hogueras. Apenas encontraba yo un momento para restaurar mi estómago y descansar un poco.

El cansancio era para mí casi doble cuando, después de los altos, se volvía a emprender la marcha, porque el enganchar los mulos producía más trastorno y alboroto que el desengancharlos. Los carreteros no querían moverse unos antes que otros por no tener que carretear luego de lado por un terreno con frecuencia desigual, de bruscas asperezas, y nacían de esto disputas, altercados, imprecaciones y retrasos fastidiosos. Todo había de vigilarlo yo, y cabalgar al mismo tiempo durante la marcha, inmediatamente después de los guías, para explorar el terreno y escoger lugares seguros, con agua abundante y que reunieran las mejores condiciones para las paradas nocturnas. Muy a menudo echaba pestes contra mis obligaciones de capitán; pero me sentía lleno de orgullo al pensar que era yo el dueño, el soberano de aquel desierto,

de aquellos hombres, de Liliana, y que tenía en mis manos la suerte de toda aquella gente que erraba con los carros por las estepas.

II

Cuando hubimos pasado el Misisipí nos detuvimos una vez para pernoctar a la orilla del río Cedar, cuyas márgenes, cubiertas de algodoneros, nos prometían leña para toda la noche.

Al regresar al *tabor*, después de haber dejado en el bosque a varios de nuestros hombres con hachas, me encontré con que toda nuestra gente, aprovechando el buen tiempo y lo apacible de la tarde, se había esparcido por los ámbitos de la estepa. Era todavía muy temprano, porque, de ordinario, ya a las cinco nos deteníamos a pernoctar, a fin de emprender de nuevo la marcha al día siguiente antes del amanecer.

Muy pronto divisé a miss Moris; descabalgué y, tomando al caballo por la brida, me acerqué a Liliana, feliz de poder permanecer solo con ella, siquiera fuese no más que por un momento. Empecé preguntándole por qué, siendo tan joven y sola, se había atrevido a aventurarse en aquel viaje, capaz de acabar con las fuerzas de los hombres más robustos.

—Nunca hubiera consentido—díjela—en aceptarla a usted en nuestra caravana si no hubiese creído que era usted hija de la señora Atkins.

Ahora ya no es posible retroceder; pero ¿tendrá usted suficientes fuerzas para continuar, niña mía? Ya puede prepararse, porque el viaje que nos queda por hacer no va a ser tan cómodo como hasta ahora.

—¡Sir!—contestó alzando hacia mí sus ojos azules, llenos de tristeza—, es muy cierto lo que usted dice; pero para mí es indispensable este viaje, y me siento casi feliz de no poder volverme atrás. Mi padre está en California, y por carta que me llegó del Cabo Horn supe que desde hace unos meses se encuentra enfermo de calenturas en Sacramento. ¡Pobre papá! Acostumbrado a una existencia desahogada y a mis cuidados, marchó a California sólo por mí. Ignoro si lo encontraré con vida; pero este viaje siento que es para mí el cumplimiento de un sagrado y dulce deber.

Estas palabras no tenían réplica alguna; todo cuanto hubiera podido yo decir contra semejante resolución habría resultado intempestivo. Así es que sólo me permití preguntar a Liliana algunos más amplios pormenores de su padre, que ella consintió de muy buena gana en darme. Supe que míster Moris era *Gudje of the Supreme Court*, o sea juez del Tribunal Supremo de Boston, y que, perdidos todos sus caudales, se había marchado a California con la esperanza de poder recuperar en las minas recientemente descubiertas su perdida fortuna y volver a reponer a su hija, que era la niña de sus ojos, en su antigua posición social. Había caído enfermo de fiebres en el valle malsano

de Sacramento, y, creyéndose ya al término de su vida, había mandado su última bendición a Liliana, la cual, recogiendo cuanto le quedaba, había querido irse a reunir con su padre. En un principio decidiera hacer el viaje por mar; pero, habiendo casualmente trabado amistad con la señora Atkins dos días antes de que partiese nuestra caravana, cambió de improviso de resolución. La señora Atkins era del Tennessee, y como tuviese llenos los oídos de la fama que mis amigos de las riberas del Misisipí iban esparciendo en torno a mis arriesgadas expediciones al famoso Arkansas, haciendo una leyenda de mi pericia en cruzar los campos—y de la tutela y ayuda que prestaba a los débiles, cosa que consideraba yo como un elemental deber—, describió mi persona a Liliana con tan vivos colores, que la joven, sin reflexionarlo mucho, quiso unirse a nuestra caravana. A aquellos exagerados discursos de la señora Atkins, que no dejaba de hacer constar además mi calidad de *knight*—es decir, de hidalgo—, debíase atribuir, sin duda, el interés que miss Liliana sentía por mi persona.

—¡Querida y grácil criatura—exclamé así que hubo terminado su relato—, puede usted estar segura de que nadie ha de causarle daño, y que ya jamás habrá de faltarle ayuda! En cuanto a su padre, California es el país más sano del mundo; allí no se muere de tales calenturas, y, en todo caso, mientras yo viva no ha de quedar usted sola, y que Dios bendiga entretanto su rostro encantador.

—Gracias, capitán—contestó conmovida.

Y continuamos conversando, latiéndome el corazón a mí cada vez más fuerte. Poco a poco, nuestra charla se iba haciendo cada vez más íntima y alegre, sin que ni uno ni otro previese las nubes que iban bien pronto a empañar aquel sereno cielo que nos cobijaba.

—¿Verdad que todos se muestran bondadosos y solícitos con usted, Liliana?—pregunté sin sospechar siquiera que aquella pregunta iba a originar una disensión entre nosotros.

—¡Oh, sí—contestó—, todos!: la señora Atkins, la señora Grossvenor, Henry Simpson... También Henry Simpson es muy bueno para conmigo...

El recuerdo de Simpson me hirió como el mordisco de una víbora.

—Henry es un carretero—contesté secamente—y tiene que cuidarse de su carro...

Pero, absorta Liliana en sus pensamientos, no se percató del cambio de mi voz, y continuó cual si hablara consigo misma:

—Henry tiene muy buen corazón y le quedaré eternamente agradecida.

—¡Miss—prorrumpí entonces muy resentido—, podéis concederle hasta vuestra mano! Sólo me extraña que me hayáis escogido a mí como confidente de vuestros amores.

Al terminar estas palabras miróme Liliana con ojos asombrados, sin proferir palabra, y así, en silencio, proseguimos nuestro camino, uno junto al otro. Yo no sabía qué decirle: mi pecho estaba

lleno de rencor contra ella y contra mí; sentíame, en verdad, humillado por aquellos celos que Simpson me inspiraba, sin acertar, por otra parte, a dominarlos; y aquella situación se hizo para mí tan insostenible, que con acento áspero y brusco díjele a la muchacha:

—¡Buenas noches, miss!

—¡Buenas noches!—contestóme en voz baja, volviendo el semblante para ocultar dos lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Monté a caballo y me alejé hacia el lugar de donde llegaba el ruido de las hachas, y en que, entre otros, hallábase Henry Simpson abatiendo con su segur un algodonero. Al cabo de un rato, empero, me sentí asaltado por una profunda pena, cual si aquellas dos lágrimas hubiesen caído en mi corazón. Hice dar media vuelta a mi caballo, y en un instante volví a encontrarme junto a la jovencita; salté de la silla y, atajándole el camino, le pregunté:

—¿Por qué lloras, Liliana?

—¡Oh, sir!—contestó—; sé que pertenece usted a una nobilísima familia, porque así me lo ha dicho la señora Atkins; pero tanta benevolencia para conmigo...

A pesar de un esfuerzo, no pudo contener las lágrimas, y el llanto le impidió terminar la frase. Mucho habían lastimado a la pobrecilla mis palabras, en que le había parecido notar cierto aristocrático desdén, del que ni remotamente era yo consciente. Sentíame dominado por los celos; pero

al verla tan trastornada, hubiera querido poder cogerme por el cuello y darme a mí mismo unos zurriagazos. Le cogí una mano y le dije con vivacidad:

—¡Liliana, Liliana!, no comprendió usted mis palabras. Dios es testigo de que no fué el orgullo lo que las inspiró. Mire: fuera de estos dos brazos, nada tengo en el mundo; mi abolengo me importa un comino; otro sentimiento tormentoso me impulsó a separarme de usted; pero no puedo tolerar sus lágrimas. Las palabras que pronuncié—se lo juro—, más daño me hacen a mí que a usted. No es usted para mí una persona indiferente, Liliana. ¡Oh, no! Si así fuese, nada me importaría que pensara en Henry, que, por lo demás, es un excelente muchacho. ¡Ya ve usted, ya ve cuánto daño me hacen sus lágrimas; concédame, pues, su perdón con la misma sinceridad con que yo se lo pido!

Y así diciendo, acerqué a mis labios la mano que tenía apretada entre las mías, y esta alta prueba de estima, unida a la llaneza que se transparentaba en mis palabras, lograron tranquilizar un poco a la muchacha. Liliana no cesó en seguida de llorar; pero eran ya sus lágrimas muy distintas, porque entre ellas asomaba una sonrisa cual rayo de sol entre nieblas. También sentía yo un nudo en la garganta, y no acertaba a dominar mi emoción, al par que se iban adueñando de mí los más tiernos sentimientos.

Otra vez caminábamos en silencio; pero ahora éranos dulce y agradable el andar así uno junto al

otro. Declinaba el día; el tiempo era espléndido, y en el ambiente crepuscular se difundía tanta luz, que toda la estepa, la espesura lejana de los algodonales, los carros del *tabor* y las bandadas de ocas silvestres que volaban hacia el Norte, atravesando el cielo, aparecían rosados, con reflejos de oro. Ni un ligero hálito movía las hierbas; oíase sólo en lontananza el rumor de las cascadas que forma en aquellos parajes el río Cedar y, mezclado con él, el relinchar de los caballos hacia la parte del campamento. El anochecer lleno de melancolía, aquellas tierras vírgenes, la proximidad de Liliana, todo me disponía de tal modo, que mi alma deseaba casi escapar de mi cuerpo para volar hacia el cielo. Antojábaseme vibrar cual una campana sacudida; asaltábame de vez en cuando el deseo de coger la mano de Liliana y de llevarla a mis labios para tenerla apretada contra ellos largo rato; pero temía que aquello la ofendiera. Y ella, mientras tanto, caminaba a mi lado apacible, dulce y pensativa. Sus lágrimas se habían secado ya, y, alzando de vez en cuando hacia mí sus ojos luminosos, llegamos en cariñosa charla hasta el campamento.

Aquel día, que tantas emociones había causado en mi alma, debía terminar alegremente. Regocijada la gente por la belleza del tiempo, había decidido celebrar un *pic-nic*, o sea una fiesta al aire libre. Después de la cena, más copiosa que de costumbre, encendióse una gran hoguera para bailar a su alrededor. Henry Simpson había segado para

este objeto una extensión de hierba equivalente a unas cuantas toesas cuadradas, y después de apisonarla convenientemente, a guisa de era, habíala cubierto con una capa de arena traída del Cedar. Cuando los espectadores estuvieron reunidos, aquel joven comenzó a bailar la *jiga*, acompañado por los caramillos de los negros, despertando la admiración de todo el mundo. Con los brazos pendientes y el cuerpo inmóvil, movía los pies batiendo el suelo, ora con el tacón, ora con los dedos, tan rápidamente, que no era posible seguir con la mirada aquellos movimientos. Sonaban los caramillos frenéticamente, y pronto se presentó un nuevo bailarín, y luego otro, y otro, cundiendo la alegría y la algazara por todas partes.

A los negros que tocaban los caramillos uniéronse también los espectadores, sacudiendo unos las escudillas de hoja de lata que se utilizan para limpiar la tierra aurífera, y llevando otros el compás sirviéndose de trozos de costillas de buey, que, puestos entre los dedos de ambas manos, dan un sonido muy parecido al de las castañuelas. De pronto resonaron por el campamento gritos de *Minstrels! Minstrels!*; abrieron los espectadores el *ring*—es decir, el círculo alrededor de la explanada—y aparecieron en el centro nuestros dos negros Dzim y Crow: el primero con un pequeño tamboril cubierto por una piel de serpiente, y el otro con unos trozos de costilla de buey, empuñados en la forma que hemos dicho ya. Miráronse ambos unos momentos, girando lo blanco de sus

ojos, y empezaron luego una canción negra, ora triste, ora salvaje, interrumpida de vez en cuando por furiosos pataleos y violentos saltos y contorsiones. Las voces *Dinah! Ah! Ah!* con que terminaba cada estribillo convertíanse en gritos, en aullidos casi bestiales. A medida que los danzarines se iban entusiasmando e inflamando, más y más frenéticos iban siendo sus movimientos, hasta que, por último, pusiéronse a topetear uno contra otro con la cabeza, con tanta vehemencia, que unos cráneos europeos se hubieran espachurrado como cáscaras de nuez.

Aquellas formas negras, iluminadas por el chispeante resplandor de la hoguera, agitándose en cabriolas desenfrenadas, ofrecían una visión realmente fantástica. A los gritos que lanzaban, en medio de la zambra del tamboril, de los caramillos, de las escudillas de hoja de lata y del castañeteo de los huesos de buey, uníanse los gritos de los espectadores: *Hurra for Dzim!*, *hurra for Crow!*, y aun algunos disparos de pistola. Cuando los negros, rendidos de fatiga, cayeron por tierra jadeantes, híceles distribuir un poco de *brandy*, que inmediatamente les puso otra vez en pie. Pero en cuanto se empezó a exigir de mí un *speach* cesaron el ruido y la música como por ensalmo. Tuve que dejar el brazo de Liliana y subí en seguida al tablado de un carro para hablar a los presentes. Al contemplar desde allí arriba aquellas personas iluminadas por las llamas de la hoguera, altas, nervudas, de luengas barbas, con los cuchillos en el

cinto, con sus enormes gorros adornados con plumas de milano, parecíame asistir a una escena histórica o me imaginaba ser el capitán de una cuadrilla de bandidos. Pero por más que la vida de muchas de aquellas personas fuese tumultuosa y aun semisalvaje, palpitaban, sin embargo, en aquellos pechos corazones honrados y generosos. Formábamos allí un mundo diminuto separado del resto de la sociedad, encerrado en sí mismo, entregado a una suerte común, amenazado por los mismos peligros; unos brazos debían ayudar a los otros; cada cual sentíase hermano de los demás, y aquellos parajes inaccesibles, aquellos desiertos sin fin que nos circundaban, imponían a aquellos mineros, endurecidos por el trabajo, un recíproco sentimiento de amistad. La visión de Liliana, de la pobre indefensa criatura, tranquila en medio de todos ellos, y segura como bajo el techo paterno, suscitó en mí semejantes pensamientos, y de ellos hablé sencillamente, tal como los sentía, y tal como era de esperar de un soldado conductor y hermano a la vez de aquellos emigrantes. A cada momento me interrumpían con aplausos y gritos de *Hurra for Pole!*, *hurra for Captain!*, *hurra for Rig Ralf!*; y lo que me colmaba de felicidad era distinguir entre aquellas manos bronceadas y vigorosas que palmoteaban dos manecitas coloreadas de rosa por las llamas de la hoguera, que se agitaban por los aires como dos palomas blancas.

Entonces sentí que era capaz de arrostrarlo todo: el desierto, los animales feroces, los indios

y los *outlawys*. «Todo lo llevaré a cabo—exclamé, lleno de entusiasmo—; a quienquiera que se atraviese en mi camino lo mataré, conduciré al *tabor*, aunque fuera hasta el extremo límite de la Tierra; y si no es cierto lo que os digo, que Dios me quite la mano derecha.» Un *hurra!* todavía más imponente acogió mis palabras, y, entusiasmados, pusiéronse todos a entonar el himno de los emigrantes. *I crossed Mississippi. I shall cross Missouri* (1). Luego habló Smith, el más anciano de los emigrantes, minero de las cercanías de Pittsburgo, en Pensilvania, el cual me dió las gracias en nombre de todo el campamento y encomió mi pericia de capitán; después de él puede decirse que en cada carro se discurseaba. Decíanse algunas cosas bufas, sobre todo Henry Simpson, que a cada momento gritaba:

—¡*Gentlemen*, ya podéis ahorcarme si no digo la verdad!

Cuando, por fin, a fuerza de perorar, tuvieron todos la voz tomada, sonaron de nuevo los caramillos y las castañuelas y volvióse a bailar la *jiga*. Mientras tanto, la noche había ido avanzando; la Luna brillaba en lo alto del firmamento con tan vivos resplandores, que las llamas de la hoguera casi palidecían bajo su fulgor, y las gentes y los carros aparecían iluminados por la doble claridad rojiza y blanca. Era una noche espléndida, y la zambra del campamento ofrecía un singular y

(1) Atravesé el Misisipí, atravesaré el Misurí.

suave contraste en la quietud y la profunda soñolencia de la estepa. Dando el brazo a Liliana, recorrí con ella todo el campamento; nuestra mirada, desde los fuegos, vagaba a lo lejos, perdiéndose en la onda de los altos y delgados tallos de la estepa, plateados por los rayos de la Luna y misteriosos cual espíritus.

Así errábamos uno junto al otro, cuando en una de las hogueras dos *highlanders* escoceses empezaron a tocar con sus gaitas su triste canción montañesa *Ronia Dundee*. Detuvímonos a distancia y permanecimos en silencio, escuchando unos instantes. De pronto miré a Liliana; ella bajó los ojos, y yo, sin saber por qué, estreché con fuerza y por largo tiempo sobre mi pecho la mano que la joven apoyaba en mi brazo. El pobre corazón de Liliana empezó entonces a latir tan violentamente, que lo sentía yo cual si lo tuviera en la mano. Ambos nos estremecimos, pues adivinamos que algo se estaba operando en nuestro interior; algo que hacía esfuerzos para exteriorizarse y nos decía sin ambages que ya no podríamos ser en lo sucesivo lo que hasta entonces habíamos sido el uno para el otro. Yo me dejé llevar por donde aquella onda me arrastraba; me olvidé de que la noche era luminosa, de que no lejos de allí estaba la gente alrededor de las hogueras, y quise dejarme caer inmediatamente a las plantas de Liliana, o, al menos, contemplarla fijamente en los ojos. Mas ella, si bien se apretujó todavía más contra mi brazo, volvió el semblante cual si qui-

siera ocultarse en la sombra. Quise hablar, pero no pude; parecíame que si abría la boca para decir «¡Te amo!», caería por tierra sin sentido. Era tímido porque era joven, y en la exaltación de mis sentidos y de mi alma entera sentía que una vez proferidas las palabras «¡Te amo!», se habría corrido un velo sobre mi pasado, se habría cerrado una puerta y abierto otra, por la cual hubiera penetrado en una insospechada región. Y por más que desde aquel umbral divisara yo la felicidad, me detuve en él, sin embargo, porque su resplandor me deslumbraba. Además, cuando el amor brota, no de los labios, sino del corazón, nada es tan difícil como expresarlo con palabras. Sólo me atreví, pues, a apretar contra mi pecho la mano de Liliana; quedé mudo, porque, no pudiendo hablarle de amor, ¿de qué otra cosa podía yo hablarle en aquel instante? Por fin, en silencio alzamos ambos la cabeza hacia el firmamento y contemplamos las estrellas como quien reza.

De repente, unas voces que venían de una de las principales hogueras me llamaron al campamento, al que regresamos en seguida.

Las diversiones se estaban terminando; pero para acabarlas dignamente quisieron los emigrantes, antes de irse a descansar, entonar algunos salmos. Todos los hombres se descubrieron, y aunque entre ellos los había de diversas religiones, arrodilláronse todos sobre la verde alfombra de la estepa y entonaron el salmo *Errando por el desierto*. Durante las pausas, era el silencio tan

grave, que se oía el chisporroteo de las centellas en las hogueras y el confuso rumor de las cascadas que desde el río llegaba. Arrodillado junto a Liliana, contempléla varias veces, y vi que tenía los ojos singularmente relucientes y alzados hacia el cielo, y que sus cabellos estaban en desorden. Y tan devotamente cantaba y con una actitud tan parecida a la de un ángel, que la oración de los emigrantes casi podía dirigirse a ella.

Terminado el rezo, dispersóse la gente en dirección a los carros, y, como de ordinario, efectuada la inspección de los guardias, fuíme yo también a descansar. Pero cuando los insectos nocturnos empezaron a zumbarme en los oídos, como hacían todas las noches, *¡Liliana!*, *¡Liliana!*, pensé que en su carro dormía la niña de mis ojos, el alma de mi alma, y que en el vasto universo no existía ni podía existir un ser para mí más querido que aquella preciosa criatura.

III

Al amanecer del día siguiente atravesamos felizmente el río Cedar y penetramos en la landa que se extiende entre aquel río y Winnebago y, torciendo ligeramente hacia el Mediodía, va acercándose a la cadena de bosques que bordea las márgenes inferiores del Gowa.

Liliana no se atrevía a mirarme a los ojos; pero observé que estaba pensativa y como si se aver-

gonzara o se afligiera por algo. Y, sin embargo, Dios mío, ¿qué pecado habíamos cometido? No quiso bajar del carro, y la señora Atkins y la señora Grossvenor, creyendo que se sentía enferma, prodigáronle sus mayores caricias y cuidados. Yo solo sabía el porqué de todo aquello; sabía que no se trataba de enfermedad ni de remordimiento, sino de la lucha de un ser inocente con el presentimiento de que una fuerza nueva e ignota iba a empujarla y a arrastrarla, como una hoja, lejos, lejos, quién sabe adónde. Era la clara visión de que todo esfuerzo habría de resultar inútil; de que tarde o temprano sería preciso ceder, rendirse al poder de aquella fuerza, y olvidarlo todo para no pensar mas que en amar.

Un alma pura teme y vacila en el umbral del amor; pero, sintiendo que es inevitable traspasarlo, desfallece y desmaya. Hallábase Liliana como en un estado de soñolencia, y al percatarme de ello, la alegría estuvo a punto de cortarme el aliento. No sé si era aquél un sentimiento honrado; pero cuando al día siguiente fuí corriendo a su carro, experimenté al verla así, tan abatida como una flor, algo parecido a lo que debe experimentar un ave de rapiña en presencia de la paloma condenada a morir en sus garras. Y, sin embargo, no hubiera sido capaz de hacer el menor daño a aquella paloma, que tanta lástima me inspiraba, ni por todos los tesoros del mundo. ¡Cosa singular! Todo el día aquel, a pesar de mis tiernos sentimientos para con Liliana, transcurrió como si entre

nosotros existiera algún enfado o estuviésemos dominados por enorme confusión. Hice lo indecible para poder hallarme un momento a solas con Liliana, pero no lo conseguí. Afortunadamente, vino en mi socorro la señora Atkins, diciéndome que la muchacha necesitaba hacer ejercicio, y que la molestaba mucho permanecer encajonada en la angostura del carro.

Pensé entonces que la haría mucho bien ir a caballo, y mandé a Simpson que ensillara uno para ella. En la caravana no teníamos sillas de amazona; pero, a falta de éstas, podíase utilizar perfectamente una de aquellas sillas mejicanas tan altas, que generalmente usan las mujeres en las lindes de los desiertos. Prohibí a Liliana que se alejase de la caravana, a fin de no perderla de vista, por más que era muy difícil extraviarse en la estepa, uniforme y lisa. En efecto; los hombres que mandaba yo a cazar rondaban a notables distancias por todos los lados de la caravana, de suerte que siempre habría podido encontrarse Liliana con algún cazador. Por parte de los indios no podía correr todavía ningún peligro, porque aquella parte de la estepa, hasta el Winnebago, sólo era recorrida por los Pawnis en tiempo de las grandes cacerías, que no habían empezado aún; pero el camino de la selva meridional estaba infestado de animales dañinos, y toda precaución era poca. Luego tenía la convicción de que Liliana permanecería prudentemente a mi lado, lo que nos permitiría estar solos con mucha frecuencia, pues de ordinario iba yo

muy lejos durante la marcha, y sólo tenía delante de mí dos escoltas mestizas.

Mis esperanzas se vieron realizadas, y una alegría indecible sobrecogió mi espíritu al ver por vez primera a mi suavísima amazona cabalgar al galope ligero al lado de la caravana. El movimiento del caballo habíale desparramado los cabellos, y la lucha que sostenía con su falda, algo corta, que malamente la cubría, coloreaba su semblante de púdico rubor.

Al acercarse púsose como una amapola, y aun sabiendo que iba a caer en la red que le tendiera yo para estar solos, vino hacia mí con un aire confuso, pero que quería ser indiferente, como si realmente lo ignorase todo. Entonces el corazón se me puso a latir como el de un colegial, y al ponerse nuestros caballos aparejados, me irrité contra mí mismo, por no saber encontrar ni una palabra que decirle. Embargado mi ánimo por nuevos y suaves sentimientos, impelido por una fuerza invisible, me incliné hacia Liliana cual si fuera a alisar las crines de su caballo, y puse mis labios sobre su mano, apoyada en lo alto de la silla mejicana. Una desconocida e inefable felicidad, mayor y más intensa que todas las hasta entonces sentidas, se difundió por todo mi cuerpo, y, teniendo apretada contra mi pecho aquella grácil manita, hablé a Liliana apasionadamente. Díjele que si me hubiese dado Dios en aquel momento todos los tesoros de la tierra, con placer los hubiera trocado por un solo rizo de sus cabellos, porque se

había hecho dueña absoluta de mi alma y de mi cuerpo por toda la eternidad.

—¡Liliana!, ¡Liliana!—añadí después—, jamás he de abandonarte; te seguiré por montes y desiertos, besaré las huellas de tus plantas y rezaré por ti. Sólo te pido que me quieras un poco; dime, dime tan sólo que ocupo un lugar en tu corazón.

Y así diciendo, me parecía que mi pecho iba a estallar, y ella, conturbada y confundida, no cesaba de decirme:

—¡Ralf, bien lo sabes tú; tú lo sabes todo!

Lo que no sabía yo era si llorar o reír, si huir o permanecer a su lado. ¿Qué podría desear, qué podía apetecer, si me parecía que ya todo lo poseía en este mundo?

Desde aquel día estuvimos siempre juntos, cuanto lo permitían mis ocupaciones de capitán, que hasta llegar al Misurí fueron disminuyendo de día en día. Ninguna caravana ha viajado nunca tan felizmente como la nuestra en el transcurso del primer mes. La gente y las bestias se habían acostumbrado del todo a las órdenes y habían ido adquiriendo la experiencia de los viajes. Ya no era menester de mi parte tanta vigilancia, y la confianza que en mí tenían mantenía una excelente disposición en todo el campamento; además, la abundancia de víveres y el espléndido tiempo primaveral suscitaban la alegría y reforzaban la salud. Cada día estaba más persuadido de que mi atrevida resolución de conducir la caravana, no por la vía ordinaria de Saint-Louis y el Kansas,

sino por la del Gowa y del Nebraska, era excelente. Allí el calor era ya insoportable, y en el malsano territorio interpluvial que separa al Misisipí y al Misurí, las fiebres y otras enfermedades diezmaban las filas de los viajeros, mientras que aquí la templanza del clima disminuía la debilidad y mitigaba las molestias.

Realmente, la ruta de Saint-Louis era, en su primera etapa, más resguardada de los indios; pero mi caravana, compuesta de doscientos treinta hombres bien armados y dispuestos a la lucha, no debía inquietarse por los eventuales asaltos de los indios, sobre todo de las tribus establecidas en las riberas del Gowa, las cuales, habiendo ya medido varias veces sus fuerzas con los blancos, no era fácil que se atrevieran a echarse sobre una brigada tan numerosa. Sólo era menester precaverse contra los *stampeads*, es decir, contra las rapiñas nocturnas de mulos y caballos, que ponen a las caravanas, por la carencia subsiguiente de bestias de tiro, en situaciones desesperadas. Pero para ello contábamos con la diligencia y experiencia de los guardias, que conocían igual que yo los ardides de los indios.

Una vez organizada la marcha—lo que resultaba ya muy fácil, a causa de la práctica que en ello había adquirido mi gente—, tenía yo durante el día mucho menos trabajo que al principio, y podía dedicar más tiempo a los sentimientos que se habían adueñado de mi corazón. Por la noche me acostaba pensando: «Mañana verás a Liliana», y

al amanecer decíame a mí mismo: «Hoy verás a Liliana.» Y cada día me sentía más feliz y más enamorado. La caravana empezó a percatarse de nuestras relaciones; pero nadie decía nada malo, porque tanto Liliana como yo éramos queridos de todo el mundo. Una vez, el viejo Smith, que cabalgaba a nuestro lado, exclamó: *God bless you Captain and you Lilian!* (1), y aquella unión de nuestros nombres nos tuvo todo el día llenos de contento. La señora Grossvenor y la señora Atkins cuchicheaban muy a menudo algo al oído de Liliana, logrando que la muchacha se pusiese encendida como la aurora; pero jamás quiso decirme lo que aquellas mujeres le susurraban. Sólo Henry Simpson nos miraba con un aire hosco y huraño; tal vez en su alma tramaba algo contra nosotros; pero yo no hacía gran caso de él.

Todas las mañanas, a las cuatro, me hallaba ya a la cabeza de la caravana; venían detrás de mí, a algunos centenares de pasos, las escoltas, que iban cantando las canciones que les habían enseñado las madres indias, y más atrás, a igual distancia, extendíase el *tabor* cual blanca cinta sobre la estepa. Era para mí un momento emocionante cuando, cerca de las seis, oía de repente detrás de mí las pisadas del caballo y veía acercarse a la niña de mis ojos, a mi adorada Liliana. El aire matutino le desplegaba los cabellos por detrás, destrenzados por el movimiento, pero expresa-

(1) ¡Dios os bendiga, capitán, y a vos, Liliana! — (N. del T.)

mente mal sujetos, pues muy bien sabía la muy coqueta que le estaban así divinamente, que a mí me gustaba mucho de aquel modo y que, cuando el viento esparcía alrededor de mi cabeza su dorada cabellera, cogía yo sus hebras y las apretaba contra mis labios. Así, tan dulcemente, empezaban nuestras mañanas.

Habíale enseñado a decir buenos días en polaco: *Dzien dobry*, y cuando la oía pronunciar aquellas palabras en el habla para mí tan querida, se me antojaba que todavía amaba más a Liliana, y los recuerdos de la patria, de la familia y de cuanto había pasado y sufrido atravesaban el desierto cual gaviotas el océano, y a duras penas podía contener los deseos de gritar, a duras penas podía retener bajo mis párpados las lágrimas, que a punto estaban de rodar por mis mejillas. Y ella, viendo que, a pesar de mis lágrimas, el corazón se me llenaba de alegría, repetía como un estornino enseñado: *Dzien dobry!*, *dzien dobry!*, *dzien dobry!* ¿Y cómo era posible no amar por encima de todas las cosas a aquel delicioso estornino?

Más adelante le enseñé otras expresiones; pero su boca inglesa difícilmente se adaptaba a nuestras voces dificultosas, y al reírme yo de su pronunciación incorrecta, juntaba ella, como una niña, los labios y los alargaba en forma de hociquillo, fingiendo que se enojaba y poniendo la cara mustia.

Nunca, sin embargo, tuvimos la más mínima

discusión, y una sola vez se interpuso entre nosotros una ligera nubecilla.

Una mañana, con el pretexto de ajustarle los estribos, despertó en mí el díscolo ulano de otros tiempos y la besé el piececito, o, por mejor decir, el diminuto botín, ya deteriorado por las asperezas del desierto, pero que no hubiera yo trocado por un trono. Entonces Liliana, acercando el piececito a los ijares del caballo y repitiendo: «¡No, Ralf; no, no!», alejóse rápidamente, y a pesar de mis súplicas y de haberle pedido perdón, no quiso caminar emparejada conmigo. Sin embargo, para no afligirme demasiado, no se separó mucho de mí; pero yo púseme a fingir una pena cien veces mayor de la que realmente sentía, y, encerrado en un mutismo absoluto, cabalgaba cual si todo el mundo no existiese ya para mí. Bien sabía yo que la compasión acabaría por vencer su resistencia, y, en efecto, al poco rato, inquieta por mi silencio, se me acercó y púsose a mirarme en los ojos, como un chiquillo que quiere adivinar si mamá está disgustada todavía, y yo entonces, a pesar de mis esfuerzos para conservar mi seriedad, tuve que volver la cabeza para no estallar en sonoras carcajadas.

Esta fué nuestra única rencilla. De ordinario estábamos alegres cual ardillas de estepa, y muy a menudo yo, el capitán de toda aquella caravana —Dios me lo perdone—, me comportaba estando junto a ella como un verdadero niño. Muchas veces, mientras cabalgábamos tranquilamente uno

junto al otro, volvíame de improviso hacia Liliana, significándole que algo muy importante y urgente tenía que comunicarle; y cuando ella, llena de curiosidad, abría los oídos, decíale yo sencillamente: «¡Te quiero!», a lo que contestaba ella, sonriente y ruborizada: *Also*, que quiere decir «también»... ¡Y así nos confiábamos nuestros secretos en la inmensidad del desierto. donde sólo el viento podía oírnos!

Tan rápidamente transcurrían de este modo los días, que la mañana y la noche me parecían como los eslabones de una cadena. Sólo de vez en cuando alguna peripecia de viaje venía a romper aquella venturosa uniformidad. Un domingo el mestizo Wichita cogió con el lazo un antílope hembra de gran tamaño, que en las estepas llaman *dick*, y con ella dejóse también coger su pequeñuelo. Regalé éste a Liliana, que le puso al cuello un collar de cascabeles. Al cabo de una semana, el joven antílope, al que pusimos por nombre *Katty*, se había vuelto tan manso, que venía a comer en la mano lo que le dábamos, y durante la marcha cabalgaba yo teniendo a un lado a Liliana y al otro a *Katty*, que corría alzando hacia mí sus grandes ojos negros, pidiendo con sus balidos una caricia.

Pasado ya Winnebago, entramos en una landa lisa como una mesa, cubierta de herbazales lozanos y vírgenes. Los guías exploradores desaparecían a veces de nuestros ojos, ocultos por las hierbas y los arbustos; nuestros caballos chapoteaban

como en el agua. Mostrábale yo a Liliana aquel mundo completamente nuevo para ella, y al verla entusiasmarse con todas sus bellezas, me sentía orgulloso de que aquel mundo mío le gustase. Reinaba por todas partes la primavera. Abril corría apenas hacia su término; era la época del lozano retoñar de la Naturaleza entera, y todo cuanto debía brotar en la estepa había brotado ya.

Durante la noche surgían de la estepa embriagadores perfumes como de millares y millares de incensarios, y de día, cuando soplaba el viento meciendo la florida alfombra, casi sufrían los ojos bajo el fulgor del rojo, del azul, del amarillo y de otros mil colores. De la llanura surgían hacia el cielo gráciles tallos de flores amarillas, parecidas a nuestro verbasco; en redor suyo se ceñían los hilos argentados de la plantita llamada *tears* (lágrimas), y cuyos racimos, formados de diáfanas esferitas, aseméjanse realmente a las lágrimas.

Mis ojos, acostumbrados a leer en la estepa, descubrían de vez en cuando plantas y flores conocidas: las grandes hojas de calumen, que curan las heridas; las sensitivas blancas y rojas, que cierran los cálices al acercarse un animal o un ser humano; las segures indias, cuyo olor hace caer de sueño y priva casi de todos los sentidos. Y enseñábale a Liliana a leer en aquel libro de Dios, diciéndole:

—Como habrás de vivir, amada mía, entre bosques y estepas, bueno es que ya empieces a conocerlos.

En algunos sitios de la llanura erigíanse, a ma-

nera de oasis, grupos de algodoneros y pinabetes epíceas, tan ceñidos de vides silvestres y de enredaderas, que apenas si los podía reconocer bajo la espesura de las hebras y de las hojas. Por encima de las enredaderas retorcíanse las yedras, los alboholes y una especie de arbusto espinoso llamado *wachtia*, muy parecido a la rosa silvestre; por todos lados bajaban verdaderas cascadas de flores, y bajo aquellas bóvedas de verdor, y al través de aquel tupido velo de follaje, difundíase un misterioso clarobscuro. Debajo de los troncos dormitaban grandes charcas de agua primaveral que no acertaba el sol a beber, y desde lo alto de las copas, y por entre la espesura de las flores, llegaban voces extrañas y gorjeos de pájaros. Cuando le mostré por primera vez a Liliana aquellos árboles y aquellas cascadas de flores quedóse inmóvil, llena de asombro, y, juntando las manos, no cesaba de exclamar:

—¡Ralf!, ¿pero es verdad todo eso?

No se atrevía ella a penetrar en el interior de aquellas bóvedas; pero una tarde, sin embargo, en que el calor era bochornoso y corría por la estepa el cálido soplo del viento de Texas, entramos los dos acompañados de *Katty*. Una frescura, una penumbra, algo solemne como en una catedral gótica, y al propio tiempo un misterioso pavor, reinaba allí dentro. La luz del día penetraba en aquel recinto tamizada por las hojas, de un verde diáfano; un pajarillo oculto bajo un haz de enredadera chilló: «¡No, no, no!», cual si nos prohi-

biera pasar adelante. Púsose *Katty* a temblar, arrimándose a los caballos, mientras Liliana y yo nos mirábamos uno a otro. Por vez primera se juntaron nuestros labios, sin poderlos desunir. Bebía ella mi alma, yo la suya, y ya nos faltaba a ambos el aliento, y, sin embargo, no se separaban nuestras bocas. Cubriéronse sus pupilas de niebla, y las manos, que apoyaba sobre mis brazos, pusiéronse a temblar como en la fiebre; un olvido de todo su ser la venció de tal suerte que, desfallecida y exánime, dejó caer su cabeza sobre mi pecho. Nos embriagaban a ambos la felicidad que de uno a otro se transfundía y la emoción que enajenaba nuestros ánimos. Inmóvil, con el alma rebosante del éxtasis, y sintiendo un amor cien veces más grande que lo que es posible expresar o imaginar, alcé los ojos a lo alto, buscando entre el follaje por dónde poder contemplar el cielo.

Cuando despertamos de nuestro éxtasis salimos de la verde espesura a la landa despejada, donde nos vimos rodeados de vivísima luz, de aire caliente y del acostumbrado, amplio y risueño espectáculo de la estepa.

En unos montoncitos de tierra agujereados, formando como una red, veíase todo un ejército de ardillas de tierra que, apenas nos aproximamos, desaparecieron en sus escondrijos. Ante nosotros divisábase el *tabor* y los jinetes que corrían en torno a los carros.

Parecíame salir de una cámara obscura a un mundo deslumbrante, y esa impresión debía sen-

tirla también Liliana; pero a mí el resplandor del día me llenaba de júbilo, mientras que a ella la superabundancia de áurea luz y el recuerdo de los extáticos besos, cuyas huellas eran todavía visibles en su semblante, llenábanla de confusión y de tristeza.

—¿Lo has tomado a mal quizá, Ralf?—me preguntó de improviso.

—¿Cómo es posible que pienses eso, amada mía? ¡Que el Señor me abandone si, fuera de un honrado y profundo amor, guarda mi pecho otro sentimiento por ti!

—¡Todo ha sido porque te quiero tanto!—exclamó, temblándole los finísimos labios.

Y prorrumpió en un llanto silencioso. Vanos fueron mis esfuerzos para tranquilizarla, pues en todo el día estuvo triste y taciturna.

IV

Finalmente llegamos al Misurí. Los indios escogían de ordinario el momento de vadear este río para asaltar las caravanas, porque resultaba muy difícil en tal trance la defensa, ya que, hallándose una parte de los carros dentro del río y la otra en la ribera, y arreando a las bestias para entrar y salir del agua, se produce una enorme confusión.

Ya antes de llegar al río, hacía dos días, habíame dado cuenta de que unas bandas de indios nos seguían; pero había tomado mis medidas de pru-

dencia, disponiendo que las caravanas acampasen en orden de batalla. Prohibí que los carros se desbandasen por la estepa, como hacían en las regiones orientales del Gowa, y mandé que todos los hombres se mantuvieran reunidos y dispuestos al combate. Llegado que hubimos al río y encontrado el vado, ordené a dos destacamentos de sesenta hombres cada uno que se atrincherasen en las dos orillas, de modo que pudieran defender eficazmente el paso con su fuego de fusilería. Los otros ciento diez emigrantes debían encargarse de pasar los carros, pocos de cada vez, a fin de evitar confusiones, y con semejante táctica todo se llevó a cabo con el orden más completo. El ataque era, en realidad, casi imposible, porque antes de echarse sobre los que vadeaban el río, habrían tenido los asaltantes que apoderarse de una de las dos trincheras.

No eran, por otra parte, excesivas tales precauciones; dos años después, cuatrocientos alemanes fueron asesinados, mientras vadeaban el Misurí, por la tribu Kiawatha, en el sitio donde hoy se eleva la ciudad de Omaha.

El éxito que coronó mi empresa me reportó otra ventaja, y fué que aquella gente, que en los países del Este habían oído contar los terribles peligros del tránsito por las amarillentas aguas del Misurí, al ver la seguridad y facilidades con que bajo mi dirección había salido de apuros, puso en mí una fe ciega y empezó a considerarme como el espíritu reinante de aquellos desiertos.

Las alabanzas y la entusiástica admiración de mis compañeros llegaba cada día a oídos de Liliana, a cuyos ojos enamorados aparecía yo como un héroe legendario. Decíale la señora Atkins:

—Mientras tu polaco esté a tu lado, hasta bajo la lluvia puedes dormir, pues ya se las arreglará él para que no te mojes.

Y el corazón de mi niña se ensanchaba oyendo tales alabanzas.

Sin embargo, durante el vado del Misurí no pude consagrarle ni un momento, y sólo me fué dado decirle con los ojos lo que no podía con los labios; todo el día permanecí montado a caballo, ora en una orilla, ora en la otra, ora en medio de la corriente. Era de gran urgencia para mí abandonar lo antes posible aquellas densas aguas amarillentas, que continuamente arrastraban consigo troncos de árboles carcomidos, montones de ramas, follaje y hierbas, y, con esto, gran cantidad de fétida marga del Dacota, que produce calenturas.

Además, los hombres estaban rendidos de cansancio por la continua vigilia y enfermos los caballos a causa del agua malsana, que nosotros no podíamos beber sino después de tenerla algunas horas decantándose al través de un filtro improvisado con carbón reducido a polvo. Pero, por fin, después de ocho días, nos encontramos todos en la orilla derecha, con los carros intactos y habiendo perdido tan sólo siete cabezas entre mulos y caballos.

Aquel día, sin embargo, habíanse visto las primeras flechas, porque mis hombres habían matado y luego, siguiendo las bárbaras costumbres del desierto, descuartizado a tres indios cuando intentaban introducirse en el recinto de los mulos.

Como consecuencia de aquel suceso, al día siguiente por la noche llegó hasta nosotros una embajada de seis viejos guerreros de la tribu de las Huellas Sangrientas, pertenecientes a la familia de los Pawnis. Acercáronse con amenazadora gravedad a nuestras hogueras, pretendiendo, en compensación, algunos mulos y caballos, y asegurando que, en caso de negarnos a ello, quinientos guerreros se arrojarían inmediatamente sobre nosotros.

Escasa impresión hizo en mi ánimo tal amenaza, y más hallándose ya instalado todo el *tabor* en la otra orilla y bien dispuestas las trincheras; además, sabía yo bien que aquella embajada había sido enviada por los indígenas con el único fin de regatear algún botín, sin pensar en agresión de ninguna clase, en las que menguadas esperanzas podían fundar. Inmediatamente me hubiera quitado de delante a aquellos indios si no hubiera querido ofrecer a Liliana con ellos un interesante espectáculo. Mientras los viejos permanecían sentados, inmóviles alrededor de las hogueras del consejo, con los ojos fijos en las llamas, miraba Liliana, oculta detrás del carro, tímida y curiosa, sus vestidos con las costuras cosidas con cabellos humanos, las hachas con los mangos adornados de

plumas y los rostros pintados de negro y rojo; colores que simbolizaban los propósitos belicosos de que estaban animados.

Neguéme en absoluto a acceder a sus exigencias, y, pasando de mi actitud defensiva a una actitud ya algo agresiva, declaré solemnemente que si faltaba en el *tabor* uno solo de nuestros mulos, yo mismo iría al encuentro de sus quinientos guerreros y esparciría sus huesos por todos los ámbitos de la estepa. Partieron reprimiendo a duras penas la rabia y haciendo volar las hachas por encima de sus cabezas, en señal de guerra. Grabadas profundamente en la memoria debían de quedarles aquellas palabras mías, sin embargo; y cuando, en el momento de partir, doscientos hombres de los nuestros, preparados de antemano, se alzaron de improviso en ademán amenazador, haciendo ruido con las armas y lanzando gritos de guerra, bien clara se vió la profunda impresión que todo ello causó en el ánimo de aquellos guerreros salvajes.

Unas horas después, Henry Simpson, que por propia iniciativa había ido siguiendo a la embajada para espiarla, regresó todo jadeante con la noticia de que un importante destacamento indio se acercaba a nosotros. En toda la caravana era yo el único que conocía a fondo las costumbres indias, y, por consiguiente, estaba convencidísimo de que era aquélla una amenaza vana, porque no eran los indios en número suficiente para exponerse con sus arcos de madera de *hickory* al fuego de nuestros fusiles de Kentucky, de largo alcance.

Así se lo decía a Liliana mil y mil veces para tranquilizarla; pero la pobrecilla temblaba como una hoja, temiendo por mí; en cuanto a mis hombres, creían todos que íbamos a tener necesariamente un encuentro con los indígenas; lo que los más jóvenes y con mayor espíritu guerrero ardientemente deseaban.

Al cabo de pocos instantes oímos los aullidos de los pieles rojas; pero se mantuvieron a una distancia de algunos tiros de fusil, como si aguardasen un momento oportuno.

Toda la noche ardieron en nuestro campamento grandes hogueras, alimentadas con troncos de algodonero y haces de sauces del Misurí. Los hombres custodiaban los carros; las mujeres, llenas de pavor, entonaban salmos; los mulos, no ya en el recinto de los vivaques nocturnos, sino enchiquerados en los carros, relinchaban y mordían; los perros, oliendo la proximidad de los indios, ladraban furiosos; todo el campamento, en una palabra, era un hervidero de ruidos y amenazas. En los brevísimos instantes de silencio oíanse los fatídicos y plañideros gritos de los centinelas indios, que se llamaban con voz nasal, como si ladraran. Hacia media noche, los indígenas intentaron incendiar la estepa; pero las hierbas lozanas de primavera, húmedas, por más que muchos días antes no hubiese caído una gota de agua, no llegaron a arder.

Al amanecer, yendo a inspeccionar los apostaderos, hallé medio de acercarme por un instante

a Liliana. Dormía, rendida de cansancio, con la cabeza apoyada sobre el regazo de la señora Atkins, que, armada con *bows*, juraba y perjuraba que exterminaría a toda la tribu de las Huellas Sangrientas antes de que uno de aquellos salvajes se atreviera a tocar un pelo de la ropa de su querida niña. Contemplaba yo a mi bella Liliana con amor, no sólo de hombre, sino casi de madre, y también sentía que hubiera hecho pedazos a quien se hubiera aventurado a amenazar a aquella prenda mía adorada. En ella residía mi alegría, mi felicidad; fuera de ella, vida errante y desventuras sin cuento. En efecto; en la estepa, en lontananza, esperábame el ruido de las armas, las noches a caballo, la lucha con los bandidos rapaces, y al lado de mi Liliana hallaba yo el plácido sueño de aquella dulce criatura, tan llena de confianza en mí, que había bastado una palabra mía para persuadirla de que no habría ningún combate y para que se durmiera resguardada de todo peligro, como bajo el techo paterno.

Cotejando esas dos imágenes, sentí por vez primera las fatigas de aquella vida aventurera sin tregua, y reconocí que sólo junto a Liliana habría de hallar paz y sosiego. «¡Con tal de que lleguemos a California!», pensaba entre mí. ¡Ay!, las penalidades del viaje, del que sólo hemos realizado la primera mitad y la más llevadera, aparecen bien visibles ya en este pálido semblante. Pero allí nos espera un país bello y exuberante, un cielo tibio, una eterna primavera.

Y embargado el ánimo por estos pensamientos, cubrí los pies de la durmiente con mi capote, para resguardarla del frío nocturno, y volví al extremo del campamento, porque empezaba a levantarse del río una niebla densísima, que los indios podían muy bien aprovechar para intentar un asalto. Los fuegos se iban velando cada vez más y se ponían pálidos, y una hora más tarde ya no nos podíamos ver uno a otro a una distancia de diez pasos. Ordené entonces a los centinelas que gritaran cada minuto, y ya no se oyó en el campamento otra cosa que un continuo *All's well!*, repetido como una letanía de boca en boca. En el campamento de los indios, en cambio, todo quedó en silencio, cual si aquella gente hubiese enmudecido de pronto; lo que me llenó de inquietud.

A los primeros albores del amanecer nos invadió un gran cansancio, porque la mayor parte habíamos pasado muchísimas noches sin dormir ni un momento, y además la niebla nos penetraba hasta los huesos, dándonos unos terribles escalofríos.

Entonces pensé que, en vez de estarnos parados, esperando a obrar cuando les viniera en gana a los indios, tal vez fuera mejor acometerlos, para dispersarlos por los cuatro vientos. No era ésta una valentonada de ulano, sino una medida de extrema necesidad, porque una afortunada acometida podría darnos gran renombre entre las numerosas tribus del país y asegurarnos así por largo tiempo un viaje tranquilo.

Después de dejar, pues, ciento treinta hombres en la trinchera, a las órdenes del experto lobo de la estepa, Smith, hice montar a caballo a otros ciento, y partimos casi a tientas, a causa de la niebla; pero con la mejor buena gana, porque el frío se hacía cada vez más molesto, y era aquél, al menos, un excelente medio para entrar en calor.

Al llegar a una distancia de dos tiros de fusil nos lanzamos gritando, al galope, y entre disparos nos arrojamos como un alud sobre el campamento de los indígenas. Una bala de uno de nuestros inexpertos tiradores silbó junto a mi oreja y se me llevó el sombrero. Pronto estuvimos a espaldas de los indios, que ni remotamente podían soñar en un ataque de nuestra parte, no habiéndose dado nunca el caso de que fueran los mismos viajeros en busca de los sitiadores. Un terror inmenso se apoderó de ellos, cegándolos de tal modo que se dispersaron por los cuatro costados, aullando espantados, cual bestias feroces, y sucumbiendo sin resistencia. Un pequeño destacamento, empero, apoyado en la orilla del río, viéndose acorralado, se defendió valerosamente y con tal tenacidad, que aquellos indómitos guerreros prefirieron arrojarse al agua antes que rendirse.

Sus picas, de agudos cuernos de ciervo, y sus *tomahawks*, de durísimo pedernal, no eran, ciertamente, armas muy temibles; pero aquellos salvajes se servían de ellas con singular destreza. Sin embargo, en un instante los redujimos también a la impotencia; y yo, por mi parte, hice prisio-

nero a un corpulento gaznápiro, armado con una pequeña segur, y a quien, forcejeando por desarmarle, habíale cortado en redondo la mano.

Les cogimos muchos caballos; mas eran tan salvajes e indómitos, que no pudimos utilizarlos. Los prisioneros, comprendiendo a los heridos, fueron numerosos, y mandé que fueran asistidos con solícitos cuidados. Luego, a instancias de Liliana, después de regalarles mantas, armas y caballos para los heridos más graves, los dejé en libertad.

Aquellos míseros, que, persuadidos de ser llevados al suplicio sin tardar, habían empezado a murmurar sus monótonos cantos funerarios, sintiéronse de momento casi espantados al ver lo que hacíamos con ellos, creyendo que les dejábamos marchar para darles caza en seguida, según la costumbre india. Pero al contestar que no los molestaríamos lo más mínimo, alejáronse satisfechos, celebrando nuestro valor y la bondad de la «Pálida Flor»; nombre con el cual habían bautizado a Liliana.

El día aquel terminó con un triste acontecimiento, que vino a empañar nuestra alegría por una tan señalada victoria y por los efectos que de ella conjeturábamos. Entre los nuestros no hubo ningún muerto; pero varios fueron los heridos de más o menos cuidado. El más grave de todos era Henry Simpson, a quien su ardor bélico había llevado demasiado lejos en la lucha. Por la noche empeoró de tal modo su estado, que entró en la agonía. Veíase muy bien que deseaba hacerme una confi-

dencia; pero el pobrecillo no podía hablar por tener destrozada la mandíbula de un hachazo. Tan sólo pudo gañir: *Pardon, my Captain*, y entráronle en seguida unas convulsiones. Supuse lo que quería decirme, al acordarme de la bala que por la mañana me había rozado la cabeza, y le perdoné cual procedía a un cristiano. También pensé que bajaba con él al sepulcro su sentimiento profundo por Liliana, aunque no declarado, y que tal vez había buscado la muerte.

A media noche falleció, y le dimos sepultura bajo un gigantesco algodonero, en cuyo tronco grabé una cruz con mi cuchillo.

V

Al día siguiente proseguimos el viaje. Extendíase ante nosotros una landa todavía más dilatada, más llana y más agreste; una región que en aquel tiempo apenas había sido hollada por el pie de los blancos; en una palabra, nos hallábamos en la Nebraska.

Durante los primeros días avanzamos con bastante rapidez con los parajes despoblados de árboles; pero no sin dificultad, a causa de la carencia absoluta de leña. Las riberas del Platte, que corta en toda su longitud aquellas inmensas llanuras, están cubiertas por densos matorrales y sauces; pero veíamonos obligados a permanecer alejados del cauce plano de aquel río, que, como de

costumbre en primavera, iba crecido. Pasábamos, pues, las noches alrededor de menguados fuegos de estiércol de búfalo, que, por no estar bien seco, más que quemar, ardía con tenue llama cerúlea.

De esta suerte avanzábamos con gran penuria hacia el Big Blue River, donde podríamos hallar combustible en abundancia. Tenía aquel país todos los caracteres de la tierra primitiva; de cuando en cuando, al pasar la caravana, que ahora avanzaba formando una cadena más compacta, huían piaras de antílopes de pelo bermejo con el vientre blanco, o a veces, por entre el oleaje de la hierba, aparecía una monstruosa y velluda cabeza de búfalo, de ojos sanguinosos y narices humeantes, y en las lejanías de la estepa surgían, cual puntos negros, numerosas bandadas de otros animales. A trechos hallábamos también por el camino, semejando pequeñas ciudades, unos montones de tierra, puestos unos junto a otros, formados por el trabajo de innumerables alimañas subterráneas.

Al principio ningún indio nos salió al paso, y sólo ocho días después apercibimos a tres jinetes indígenas, adornados con plumas, que inmediatamente, cual si fueran fantasmas, desaparecieron de nuestros ojos.

Supe más tarde que la sangrienta lección dada a los indios de las riberas del Misurí había hecho muy pronto famoso el nombre de *Big-ar* (que así habían transformado el de *Rig Ralf)* entre las tribus de bandidos de la estepa, y que, además, la magnanimidad de que habíamos dado prueba

para con los prisioneros había conmovido a aquellos hombres nómadas y malvados, no desprovistos, sin embargo, de caballerescos sentimientos.

Llegados al Big Blue River, decidí detenernos durante ocho días en aquellas márgenes frondosas. Lo que aun nos faltaba de viaje constituía la parte más ardua y escabrosa, porque más allá de las estepas comenzaban las Montañas Rocosas, y tras de ellas las maléficas tierras del Utah y de la Nevada. A pesar de la abundancia de pastos, los mulos y los caballos estaban extenuados, enflaquecidos, y era menester un descanso más prolongado para hacerles recuperar fuerzas.

Nos situamos, pues, en el triángulo que forman el río Big Blue y el Beaver Creek, Torrente de los Castores. Aquella abigarrada posición, defendida por dos lados por las corrientes de los dos ríos, y por el otro por la mole de los carros, era casi inexpugnable, tanto más cuanto que había en aquel sitio agua y leña suficientes. Como no era menester una gran vigilancia, el trabajo en el campamento resultaba casi nulo; de suerte que podía la gente entregarse con entera libertad a los goces de aquel paraíso.

Fueron aquéllos los días más venturosos de nuestro viaje: el cielo se mantuvo siempre sereno y las noches tan tibias, que se podía dormir al aire libre.

Salían los hombres de caza por la mañana y regresaban por la tarde cargados de antílopes y de aves de las estepas, que se encontraban a millones por las cercanías. El resto del día lo pasaban co-

miendo, durmiendo, cantando o tirando, por puro pasatiempo, a las ocas silvestres que en bandadas estrechas y larguísimas cruzaban el campamento.

Aquellos diez días fueron también los mejores y los más felices de toda mi vida. Desde por la mañana hasta el anochecer no me separaba un momento de Liliana, y de aquel constante trato que, empezando por fugaces entrevistas, había acabado por convertirse casi en verdadero consorcio de mi vida, adquirí el convencimiento absoluto de que mi amor por aquella suave y bondadosa niña había de ser eterno. Pude entonces conocerla más de cerca y a fondo. Muchas veces, durante la noche, en vez de dormir pensaba en qué fuese lo que me la hacía tan querida y tan necesaria a mi vida como el aire a mis pulmones. Dios lo sabe; estaba enamorado, enamoradísimo de su semblante encantador, de sus doradas trenzas, de sus ojos cerúleos, como el cielo de la Nebraska, y de su talle flexible y esbelto, que parecía decirme: «Ayúdame y protéjeme siempre, porque sin ti no sabría vivir.» Dios lo sabe: amaba yo todo lo que le pertenecía, el más insignificante de sus pobres vestidos y adornos, y sentía hacia ella tan potente, tan fatal atracción, que todavía hoy no me sería posible, ni remotamente, explicarla.

Pero había en Liliana otro poderoso encanto: su suavidad y su ternura. Muchas mujeres había hallado yo en mi camino; pero un ángel semejante no lo encontré jamás, ni volveré nunca a encontrarlo, y cuando lo pienso me siento invadido por una

tristeza infinita. Era su alma sensible, como la flor que cierra su corola cuando alguien se aproxima.

Conmovíanla fácilmente mis palabras y sabía asimilárselo todo; sabía reflejar todo pensamiento de igual manera que refleja el agua transparente lo que pasa junto a la orilla. Era el corazón de Liliana tan puro, era tanto su recato, que al abandonarse como lo hacía a mis caricias, comprendía yo muy bien la grandeza de su amor. Entonces, todo cuanto mi alma viril contenía de noble y honrado convertíase en gratitud hacia ella. Era Liliana mi consuelo y mi esperanza, la única persona, la que más quería yo en este mundo; y tan púdica, que yo había de esforzarme mucho para convencerla de que el amar no es un pecado.

Así, bajo tan suaves emociones, transcurrieron en las márgenes del río aquellos diez días inolvidables, en que, por fin, pude gozar de la mayor felicidad de mi vida.

Una vez, al amanecer, fuimos a pasear por la orilla del Beaver Creek; quería yo enseñarle a Liliana los castores que tenían sentados sus reales en un paraje distante apenas media milla de nuestro *tabor*. Andando con cautela por entre zarzas y matorrales, llegamos pronto al sitio aquel. Alrededor de una especie de golfo o lago formado por el torrente alzábanse dos corpulentos *hičkorys* o nogales americanos, y en los bordes crecían numerosos sauces, con las ramas medio sumergidas en el agua. Un malecón, construído por los castores para contener la corriente, mantenía siempre en el

mismo nivel el agua del pequeño lago, en cuya superficie surgían redondas, formando diminutas cúpulas, las moradas de aquellos industriosos animalitos.

El pie humano, ciertamente, jamás había hollado aquel paraje cubierto de árboles. Apartando cautamente las delgadas ramillas de los sauces, nos asomamos ambos al agua, que era azul y lisa como un espejo. Aun no estaban los castores en su trabajo; la ciudad acuática dormía aún tranquila, y tanta era la quietud que en el lago reinaba, que oía yo la respiración de Liliana, cuya cabecita dorada, asomada junto a la mía por entre el ramaje, rozaba mi frente. Rodeé el talle de mi niña con un brazo, a fin de sostenerla sobre el borde del declive, y pacientemente aguardamos, embriagándonos con lo que nuestros ojos descubrían. Avezado a vivir en los desiertos, amaba a la Naturaleza como a mi misma madre, y, aunque rudamente, sentía que hay en ella una felicidad divina para el mundo.

Era todavía muy temprano; la aurora, apenas nacida, coloreaba de rojo la copa de los corpulentos *hickorys;* las gotas del rocío resbalaban chorreando por las hojas de los sauces, y todo en derredor volvíase cada vez más luminoso. En la otra orilla, las gallinas silvestres, grises, con el cuello negro y la cabeza empenachada, bebían el agua levantando el pico.

—¡Oh Ralf, y qué bien se está aquí!—cuchicheábame Liliana al oído.

Y yo estaba imaginando una cabaña en algún paraje apartado, con ella, viviendo una serie interminable de días apacibles, que nos llevarían a los dos suavemente hacia el último reposo, hacia la eternidad. Parecíanos a los dos contribuir a aquella alegría de la Naturaleza con nuestra propia alegría; a aquella quietud, con la quietud nuestra; a aquella aurora, con la aurora de felicidad que irradiaba de nuestras almas.

Mientras tanto, la lisa superficie comenzó a moverse en círculos concéntricos, y salió luego del agua, lentamente, una cabeza de castor, bigotuda, chorreante, coloreada por la luz matutina, y luego otra; y aquellos dos animalitos corrieron hacia el dique, hendiendo el puro cristal de las aguas con sus hociquillos y moviendo los labios. Subidos al malecón y sentados sobre sus patitas traseras, pusiéronse a chillar, y al chillido aquel empezaron a surgir, como por ensalmo, cabezas grandes y chicas, y por todo el lago cundió un gran vocerío. El pequeño ejército parecía al principio divertirse chapuzándose y lanzando extraños gritos de alegría; pero la primera pareja aquella, mirando desde el malecón, dió de repente con las narices un silbido prolongado, y en un santiamén la mitad del ejército estuvo sobre el dique, mientras la otra, dirigiéndose a la orilla, desaparecía bajo las ramas de los sauces, junto a los cuales empezó el agua a borbotar. Un ruido, como si aserraran un árbol, nos dió a entender que aquellos animalitos trabajaban en partir las ramas y la corteza.

Mucho tiempo estuvimos Liliana y yo contemplando el alegre tráfago de aquellas bestezuelas, que ni remotamente podían presumir nuestra presencia. Pero de pronto, al querer Liliana cambiar de postura, sacudió impensadamente las ramas, y en un abrir y cerrar de ojos todo desapareció; movióse todavía unos momentos el agua, alisóse luego, y otra vez todo quedó sumido en el mayor silencio, sólo interrumpido por el golpear de los picos sobre la dura corteza de los *hickorys*.

Entretanto habíase levantado el sol por encima de los árboles y empezaba a caldear la atmósfera. Como Liliana no estaba cansada, decidimos continuar nuestro paseo costeando el pequeño lago; pero al poco rato otro torrente, que cruzaba el bosque y desembocaba allí, cortó nuestro camino. Liliana no podía pasarle, y entonces yo, cogiéndola en brazos, a pesar de su resistencia, entré en el agua. Era aquél, en verdad, un torrente de tentaciones.

Temía Liliana que me ahogase, y, rodeándome el torso con sus brazos, apretábase a mí con todas sus fuerzas y ocultaba el rostro contra mi hombro, mientras yo, apretando fuertemente mis labios, no cesaba de murmurarle:

—¡Liliana, Liliana mía!

Atravesado de este modo el torrente y llegados a la otra orilla, quise llevarla aún más lejos; mas ella desasióse casi con violencia de mis brazos. Entonces nos sobrecogió a ambos cierta zozobra, y empezó Liliana a mirar en derredor suyo, como

si tuviera miedo, con el semblante, ora pálido, ora rojo como una amapola. Cogíle la mano y la estreché contra mi corazón: también sentía yo en aquel instante como un miedo de mí mismo.

La mañana se iba poniendo calurosísima; caía del cielo sobre la tierra verdadero fuego; no soplaba un hálito de viento; las hojas de los *hickorys* pendían inmóviles; sólo los picos continuaban escarbando en la corteza de los árboles; pero todo parecía sumido en profundo sueño y aletargado por el calor. Y yo me preguntaba si no habría algún hechizo difundido en el ambiente; pero pensaba luego que Liliana estaba junto a mí y que estábamos solos.

El cansancio la venció por fin, y su respiración se hizo cada vez más breve, más anhelosa, y su rostro, de ordinario pálido, púsose encendido como la grana. Preguntéle si estaba cansada y si deseaba descansar. «¡No, no!», contestó inmediatamente, cual si quisiera inclusive ahuyentar aquella idea; pero a los pocos pasos vaciló, susurrando:

—¡No; realmente, no puedo, no puedo más!

Entonces volví a tomarla en brazos, y con aquel dulce peso volví al borde del torrente, donde el ramaje de los sauces, bajando hasta tierra, formaba umbrosos pasadizos. En una de aquellas verdes alcobas, sobre el mullido césped, la coloqué, arrodillándome luego a su lado; pero al contemplarla, el corazón se me encogió: tenía la cara pálida como la cera, y sus ojos, desencajados, me miraban llenos de miedo.

—¡Liliana!, ¿qué tienes?—exclamé—. ¡Estoy a tu lado, niña mía!

Y así diciendo, me acerqué a sus pies y los cubrí de besos.

—¡Oh Liliana—continué—, predilecta, escogida entre todas, esposa mía!

Apenas hube pronunciado estas palabras, un estremecimiento la sacudió de los pies a la cabeza, y de improviso, como en el delirio de la fiebre, echóme los brazos al cuello con fuerza inaudita y exclamó:

—*My dear!, my dear!, my husband!* (1).

Luego todo desapareció ante mis ojos, y se me antojó que la esfera terrestre había volado con nosotros lejos, lejos...

Todavía hoy no podría explicar cómo fué que al despertar de aquella embriaguez y recobrar mis sentidos, entre las negras ramas de los *hickorys*, brillase otra vez la aurora; pero no la de la mañana, sino la vespertina. Los picos habían cesado de golpetear en la corteza; en el agua reflejábanse los rojos celajes del ocaso, y los moradores del lago habíanse ido a dormir; llegaba el anochecer, hermosísimo, apacible, impregnado de luz rojiza y cálida. Era ya tiempo de volver al campamento, y al salir del interior del laberinto que formaban los sauces llorones contemplé a Liliana. Nada había de triste ni de inquieto en su semblante; pero en sus ojos, alzados hacia el firmamento, ardía una

---

(1) ¡Querido mío!, ¡querido mío!, ¡esposo mío!—(N. del T.)

dulce resignación, y su cabeza divina estaba como rodeada de una aureola de sacrificio. Al darle la mano apoyó dulcemente la cabecita sobre mi hombro y, sin apartar sus ojos del cielo, díjome:

—Ralf, repíteme que soy tu esposa; repítemelo a menudo.

En los desiertos y en las estepas no eran posibles otros desposorios que los del corazón; por tanto, me arrodillé en aquel bosque, y cuando la niña mía se hubo también arrodillado junto a mí, dije:

—En presencia del cielo, de la tierra y de Dios, declaro, Liliana Moris, que te tomo por esposa. Amén.

Y ella añadió:

—Soy tuya para siempre y hasta la muerte; soy tu mujer, Ralf.

Desde aquel instante éramos casados; ya no era Liliana mi amante, sino mi legítima esposa; y esta idea nos llenó a ambos de sosiego y de suavidad; suavidad y sosiego que penetraron en lo más hondo de mi corazón, donde surgió un nuevo sentimiento, un sentimiento de respeto santo hacia Liliana, y para conmigo mismo, una honradez y una seriedad grandísimas, bajo cuyo influjo se ennoblecía y santificaba mi amor.

Cogidos de la mano, alta la cabeza y serena la mirada, llegamos al *tabor*, donde la gente estaba inquieta por nosotros. Algunos de nuestros hombres habían partido por todos los lados para buscarnos, y con gran sorpresa supe más tarde que

alguno había llegado hasta el pequeño lago; pero que no nos había visto ni habíamos oído nosotros sus voces. Y para evitar malévolas suposiciones llamé a los compañeros, y así que los tuve a todos reunidos formando círculo, entré en el centro con Liliana cogida de la mano, y dije con voz grave:

—*Gentlemen!* Sed testigos de que en vuestra presencia yo doy a la mujer que aquí veis el nombre de esposa, y sedme testigos ante los tribunales, ante la ley y ante quienquiera que en Oriente o en Occidente por ello os preguntara.

—*All rigth!, and hurra for you both!* (1)—contestaron a coro.

Luego el viejo Smith, según era costumbre, preguntó a Liliana si consentía en tomarme por marido, y cuando ella hubo contestado «sí», fuimos considerados por toda aquella gente como legítimos esposos.

En las lejanas estepas del Occidente y en todas las regiones donde no existen ciudades, jueces e iglesias no se verifican nunca de otro modo los esponsales; y todavía hoy en los Estados Unidos, si alguien da a una mujer que vive bajo el mismo techo el nombre de esposa, tiene su declaración la misma fuerza legal que los documentos.

Ninguno, pues, de los emigrantes manifestó sorpresa alguna, ni consideró nuestras bodas desde otro aspecto que el de la seriedad que le daba la costumbre. Todos se mostraron regocijados, por-

---

(1) ¡Perfectamente! y ¡Hurra por los dos!—(N. del T.)

que, a pesar de tenerlos yo, como ningún otro capitán, bajo una férrea disciplina, sabían que obraba siempre con franqueza, abiertamente, y cada día me tenían más cariño. En cuanto a mi mujer, amábanla como a las niñas de sus ojos.

Inmediatamente después empezó la algazara y los regocijos: encendieron hogueras, sacaron los escoceses de sus carros sus viejas gaitas, cuyos sones, despertando en Liliana y en mí dulces recuerdos, nos colmaban de placer y de melancolía; los norteamericanos tocaban las castañuelas, hechas con costillas de buey, y entre cantos y gritos y disparos pasamos una noche deliciosa.

La señora Atkins abrazaba a cada momento a Liliana, riendo, llorando, encendiendo de vez en cuando su pipa, que se le apagaba. Pero lo que más me emocionó fué la siguiente ceremonia, muy en uso entre las poblaciones nómadas de los Estados, que pasan la mayor parte de su vida en los carros. Cuando la Luna se hubo escondido detrás del horizonte, pusieron los hombres en las baquetas de los fusiles unos tizones de sauce encendidos, y, siguiendo en procesión al viejo Smith, que les servía de guía, nos llevaron de carro en carro, e hiciéronme preguntar delante de cada uno a Liliana:

—*Is this your home?* (1).

A lo que mi adorada respondía:

—¡No!

Y proseguíamos la ronda. Al llegar junto al ca-

---

(1) ¿Es ésta tu casa?—(N. del T.)

rro de la señora Atkins sintieron todos un gran enternecimiento, porque en él había viajado Liliana hasta entonces, y al contestar también aquí en voz baja «¡No!», rugió la señora Atkins como un búfalo y abrazada con furia a Liliana:

—*My little, my sweet!* (1)—repetía a cada instante sollozando, llorando a lágrima viva.

También Liliana sollozaba, y al contemplarla, todos aquellos corazones endurecidos se sentían emocionados, y no había entre ellos ojos que no estuvieran arrasados de lágrimas. Cuando estuvimos junto a mi carro, apenas lo reconocí; tan cubierto estaba de follaje y adornado con flores. En aquel momento alzaron los hombres las ascuas encendidas, y Smith preguntó con voz alta y grave:

—*Is this your home?*

—*That's it!, that's it!* (2)—contestó Liliana.

Entonces todos se descubrieron la cabeza, y se produjo un silencio tan profundo, que se oía el crepitar de los tizones y el ruido de los trozos inflamados al caer por tierra. Y el viejo emigrante de cabellos blancos extendió por encima de nosotros sus secos y robustos brazos, exclamando:

—¡Dios os colme de bendiciones y bendiga también vuestra casa! Amén.

Tres entusiásticos *hurras* contestaron a esta bendición, después de lo cual fuéronse todos, dejándome solo con mi mujercita.

---

(1) ¡Pequeña mía!, ¡dulzura mía!—(N. del T.)
(2) ¡Esta es, ésta es!—(N. del T.)

Cuando la última persona estuvo ya lejana, apoyó Liliana su cabeza sobre mi pecho, exclamando:

—¡Por siempre, por siempre jamás!

Y en aquel instante había en nuestras almas más estrellas que en el cielo.

VI

Al amanecer del día siguiente dejé a mi mujer, que aun dormía, y fuí yo mismo a buscarle flores. Mientras recorría las cercanías del campamento iba pensando: «Ahora estás ya casado», y esta idea me llenaba el alma de tanta alegría, que alzaba los ojos hacia el Dios de Misericordia para darle gracias por haberme dejado vivir hasta el momento en que el hombre pasa a ser un hombre verdadero, infundiendo su existencia en la de otra criatura amada entre todas las demás. Ya poseía yo algo mío en el mundo; y si bien mi casa y mi hogar no eran todavía otra cosa que un carro con su toldo de lona, me sentía, sin embargo, muy rico, y pensaba con tristeza en mi vida errabunda de antes, asombrado de haber podido vivir hasta entonces de aquel modo.

Ni siquiera había pensado nunca en la felicidad que lleva consigo la palabra *esposa*, cuando con tal nombre se llama a la sangre del propio corazón, a la mejor parte del alma propia. Desde mucho tiempo antes amaba yo tanto a mi Liliana, que todo el universo resplandecía para mí con su luz,

y todo en ella lo concentraba y sólo me interesaba cuanto a ella se refería. Y ahora, al llamarla esposa—es decir, mía, mía para siempre—, creía enloquecer de contento, pareciéndome imposible que un pobre hombre como yo pudiera poseer tal tesoro. ¿Qué me faltaba? Nada. Si aquellas estepas, con ser un poco más calientes, no hubieran ofrecido tantos peligros para Liliana; si no hubiese tenido yo, además, el deber ineludible de llevar la caravana al punto de su destino, dispuesto me hubiera visto a renunciar a California y a establecerme con mi esposa en la Nebraska.

Iba yo a aquel país en busca de oro; pero ahora me reía de tales propósitos. ¿Qué riqueza podía yo encontrar allí, si ya poseía todas las riquezas? ¿Qué valor podía tener el oro para Liliana y para mí? Escogeré un rincón donde la primavera sea eterna—me decía—; construiré con troncos de árbol una cabaña, y el arado y el fusil nos darán de comer; no nos moriremos de hambre.

Así iba yo pensando mientras buscaba flores, y luego que las hube recogido en cantidad, regresé a la caravana. Por el camino encontré a la señora Atkins.

—¿Duerme aún la pequeñina?—me preguntó, quitándose la inseparable pipa de la boca.

—Duerme—contesté.

Y la señora Atkins, guiñando el ojo, añadió:

—*Ah you rascal!* (1).

---

(1) ¡Ah tunante!—(N. del T.)

Pero la «pequeñina» ya no dormía. Vimos que bajaba del carro en aquel momento y, con la mano puesta sobre los ojos para evitar la luz del sol, miraba hacia todas partes.

Al divisarme, corrió hacia mí con impetuosidad, toda sonrosada y fresca, como la mañana aquella, y echándose en los brazos, que yo la tendía abiertos, besándome en los labios, exclamó:

—*Dzien dobry! Dzien dobry!*

Luego, alzándose sobre la punta de los dedos y mirándome a los ojos, me preguntó con una traviesa sonrisa:

—*Am I your wife?* (1).

¿Qué podía yo hacer sino llenarla de besos y caricias?

Felices transcurrían, pues, los días en aquel delta interfluvial, sobre todo si se tiene en cuenta que mis funciones de gobierno las había asumido, hasta el día de la marcha, el viejo Smith. De nuevo fuimos con Liliana a visitar nuestros castores, y aquella vez dejóse pasar sin resistencia a través de la corriente. Otro día, en una barquilla de madera roja, remontamos el curso del Blue River, donde en un meandro mostréle de cerca una piara de búfalos que topaban con los cuernos contra la ribera arcillosa, de suerte que parecían ostentar sobre sus cabezas un casco de gres petrificado.

Dos días antes de la partida cesaron, sin embargo, nuestras jiras; en primer lugar, porque los indios

---

(1) ¿Soy tu mujer?—(N. del T.)

habían hecho nuevamente su aparición en las cercanías, y luego porque mi querida esposa se ponía cada día más pálida y más débil. Cuando le preguntaba qué tenía, contestábame siempre con una sonrisa, y asegurábame que no tenía nada. Velaba yo su sueño; arropábala lo mejor que podía, impidiendo casi que el viento la soplara de cerca, y todos aquellos cuidados acabaron también por debilitarme a mí. Bien es verdad que, hablando de la supuesta enfermedad de Liliana, guiñaba la señora Atkins el ojo con cierto aire de misterio, mientras iba expidiendo por la boca densas espirales de humo que la tapaban la vista; pero yo me sentía, sin embargo, muy inquieto, y más desde que le cruzaban por la mente de vez en cuando a Liliana unos bien tristes pensamientos. Habíasele metido en la cabeza que no era cosa lícita el amarse con la vehemencia con que nosotros nos amábamos, y un día, puesto su índice maravilloso sobre la *Biblia*, que leía todos los días, díjome con tristeza:

—¡Lee, Raii!

Miré, y un sentimiento extraño invadió mi corazón cuando leí: *Who changed the truth of God into a lie, and worshipped and served the creature more than the Creator, who is blessed for ever?* (1).

Cuando hube terminado, añadió ella:

—Pero si Dios se enoja por esto, estoy conven-

---

(1) «Quién transformó la verdad de Dios en mentira y honró y sirvió a la criatura más que al Criador, que alabado sea por siempre jamás?—(N. del T.)

cida de que será tan bondadoso que sólo me castigará a mí.

La tranquilicé diciéndole que el amor es como un ángel, que nace de dos almas humanas y que se eleva hasta Dios para llevarle las alabanzas de la tierra, y ya no se habló más de aquellos escrúpulos suyos.

Por otra parte, los preparativos para la marcha, el abastecimiento de los carros y de las bestias y otras mil ocupaciones más me tenían constantemente separado de Liliana.

Llegado finalmente el momento de partir, con lágrimas en los ojos nos alejamos de aquel delicioso delta, donde tan felices días habíamos pasado. Pero al contemplar de nuevo la caravana, extendida a lo largo de la estepa, aquellos carros uno tras otro y las ringleras de mulos delante, sentí cierto consuelo pensando que el término del viaje se aproximaba cada día más, y que dentro de algunos meses habríamos visto ya California, hacia la cual tendían nuestros anhelos y nuestros afanes.

Los primeros días de marcha fueron, sin embargo, muy felices. Desde el Misurí hasta el pie de las Montañas Rocosas, la estepa, a grandes, a inmensos trechos, sube constantemente, por lo cual los animales de tiro avanzan con lentitud. Además de esto, no podíamos aproximarnos al gran río Platte, porque, aunque pasada ya la crecida, estábamos en el tiempo de las grandes cacerías de primavera, y un gran número de indios rondaba por las cer-

canías del río, acechando las piaras de búfalos, que se dirigían hacia el Norte.

La guardia nocturna era pesada y penosa; no pasaba noche sin alarmas, y otra vez tuvimos que habérnoslas con una numerosa cuadrilla de ladrones y pieles rojas, que intentaron otro *stampead*, es decir, un golpe de mano contra los mulos. El contratiempo más grave, empero, era el tener que pasar las noches sin fuego; pues en la imposibilidad de acercarnos al Platte, carecíamos a menudo de combustible, y como caía por las mañanas una ligera llovizna, el estiércol de búfalo con que substituíamos la leña se encendía con gran dificultad.

Lo que me tenía también muy inquieto eran las piaras de búfalos. De vez en cuando veíamos en el horizonte millones de estos animales, que avanzaban como el temporal, devastándolo todo a su paso. Si una de aquellas piaras se hubiera precipitado sobre la caravana la habría destrozado sin remisión. Para colmo de desdichas, la estepa entera hormigueaba ahora de bestias feroces: osos grises, jaguares, grandes lobos del Kansas y del territorio indio, que venían tras de los búfalos... y de los indígenas. Desde la orilla de los pequeños torrentes, junto a los cuales nos deteníamos para pernoctar, veíamos, al anochecer, rebaños enteros de aquellos animales que bajaban a beber tras el calor abrasador del día.

Una vez un oso se abalanzó sobre nuestro mestizo Wichita, y si no me hubiese yo precipitado a

defenderlo, ayudado del viejo Smith y del guía Tom, indudablemente lo hubiera despedazado. Asesté a la fiera un tan tremendo golpe en la cabeza con mi hacha, que el mango se rompió, y eso que era de recia madera de *hickory;* abalanzóse entonces la bestia sobre mí, y sólo lograron derribarla los tiros que en las orejas le descerrajaron Smith y Tom. Eran aquellas bestias feroces tan atrevidas, que llegaban de noche hasta internarse en el radio del campamento, y en el transcurso de una semana matamos dos a una distancia de cerca de cien pasos de los carros. Por este motivo, desde el anochecer hasta el amanecer hacían los perros un alboroto tal que nos era imposible cerrar los ojos siquiera.

En otro tiempo gustaba yo de una vida semejante, y no hacía mas que un año, en el Arkansas, en medio de mayores angustias, me parecía hallarme en el paraíso. Pero ahora pensaba que en el carro mi querida esposa, en vez de dormir, temblaba por mi vida, y su salud disminuía con la inquietud y la zozobra; y mandaba yo a los infiernos a indios, osos y jaguares, ardiendo en deseos de proporcionar lo antes posible la paz y el sosiego a aquella criatura, débil, delicada y tan adorada, que hubiera yo querido llevar siempre en brazos.

Un enorme peso se me quitó del corazón cuando, al cabo de tres semanas de tamañas angustias, divisé las ondas blanquecinas, como pintadas con yeso, de un río, que hoy llaman el Republican

River, y que en aquel tiempo no tenía aún nombre inglés. Las larguísimas hileras de sauces negruzcos, que formaban como una orla funeraria flanqueando las blancas aguas, iban a darnos combustible en abundancia, y por más que aquella variedad de sauce silbe al ser encendido y chisporrotee endemoniadamente, siempre arde mejor que el húmedo estiércol de búfalo.

Dispuse que se hiciese en aquel lugar un alto de dos días, porque además los peñascos, diseminados acá y allá en las márgenes del río, anunciaban la proximidad de una región de difícil acceso, escarpada y recluída a espaldas de las Montañas Rocosas. Nos encontrábamos ya a una altura considerable sobre el nivel del mar; lo que era fácil de notar por el frío que se hacía sentir durante las noches.

Esta diferencia de temperatura entre el día y la noche nos molestaba mucho; algunos de nosotros, entre ellos el viejo Smith, nos vimos atacados de calenturas y obligados a permanecer en los carros. Los gérmenes del mal los habían, indudablemente, cogido en las riberas malsanas del Misurí, y las privaciones y sufrimientos habían contribuído a desarrollarlos. Sin embargo, la proximidad de las montañas nos hacía concebir esperanzas de pronta curación, y entretanto mi esposa asistía a los enfermos con la innata abnegación propia de las almas angelicales.

Pero ella también iba perdiendo las fuerzas visiblemente. Cada mañana, al despertar, mi pri-

mera mirada era para aquella encantadora cabecita dormida junto a mí, y el corazón me latía inquieto al contemplar la palidez de su semblante y la lividez de sus ojeras. Y sucedía entonces, mientras lo estaba observando, que despertaba ella y me sonreía para volverse luego a dormir. Y sentía entonces que hubiera dado la mitad de mi robustez de roble por hallarme ya en tierras de California.

¡Pero estaban todavía tan lejos, tan lejos!...

Transcurridos los dos días, proseguimos el camino, y en breve, dejando al mediodía el Republican River, nos encaminamos por las bifurcaciones del *Hombre Blanco* hacia los deltas meridionales del Platte. El país iba siendo a cada paso más agreste, y entramos en una garganta cerrada por ambos lados, en que unos peñascos graníticos se escalonaban cada vez más altos, ora solitarios, rectos y lisos cual murallas, ora estrechamente pegados unos a otros. El combustible ya no nos faltaba, porque en las grietas y hendeduras de las rocas crecían abundantes las encinas y los pinabetes; aquí y allá susurraban los manantiales por entre las graníticas paredes, en cuyos bordes saltaban atemorizadas las gamuzas. Era el ambiente frío, puro, sano, y al cabo de una semana desaparecieron las calenturas. Los mulos y los caballos, empero, obligados a alimentarse, en vez de con la hierba jugosa de la Nebraska, con un pasto en el que abundaba el brezo, habían enflaquecido mucho y, jadeantes y mohinos, a duras penas podían

arrastrar nuestros pesados carros por la cuesta, cubierta de hierba.

Finalmente, una tarde apercibimos en el lejano horizonte una cosa que parecía un espejismo: como unas nubes crestadas, medio diluídas en la lejanía, brumosas, cerúleas, blancas y doradas en las cumbres e inmensas de la tierra al cielo.

Ante aquel espectáculo alzóse un griterío por toda la caravana: los hombres se subieron al toldo de los carros para ver mejor, y por todas partes oíase que gritaban:

—*Rocky Mountains! Rocky Mountains!* (1).

Y agitaban los sombreros, y en sus semblantes se pintaba un grandísimo entusiasmo.

Así saludaron los norteamericanos las Montañas Rocosas. Yo, por el contrario, corrí a mi carro, y abrazando tiernamente a mi esposa querida, juréle una vez más y con toda mi alma eterna felicidad ante aquellos altares de Dios, que hasta el cielo se elevaban, y desde cuyas cimas descendían un solemne misterio, el pavoroso respeto de lo inaccesible y el éxtasis de lo sublime.

El Sol se había hundido en el ocaso, y pronto el crepúsculo cubrió toda la región; pero aquellos gigantes, dorados por los postreros destellos, parecían inmensas pirámides de carbones encendidos y de lava fulgurante. Aquel rojo candente fué trocándose en un violáceo cada vez más obscuro, y por fin todo desapareció, fundiéndose en la uni-

---

1) ¡Las Montañas Rocosas! ¡Las Montañas Rocosas! —(N. del T.)

forme obscuridad, al través de la cual nos miraban desde lo alto las estrellas, esos ojos movedizos de la noche.

Sin embargo, nos hallábamos todavía distantes, por lo menos, ciento cincuenta millas inglesas, de la cordillera principal. Esta desapareció de nuestra vista al día siguiente, oculta detrás de los peñascos, y fué mostrándose de nuevo y desapareciendo según las vueltas y revueltas de nuestra ruta. Ibamos muy lentamente, porque los obstáculos nos salían al paso con exasperante frecuencia, por más que no nos separábamos en lo posible del cauce del río. Pero a menudo, cuando las orillas eran demasiado abruptas, debíamos dejarlas y buscar salida por las laderas próximas, cubiertas de brezo pardusco y de farolillo, que ni los mulos querían comer, y cuyos robustos y largos tallos, enredándose en las ruedas de los carros, dificultaban enormemente la marcha.

A veces hallábamos en el terreno hendeduras de algunos centenares de yardas de extensión, por las que era imposible pasar, y que nos obligaban a dar largos rodeos. Siempre regresaban los guías Wichita y Tom con el anuncio de nuevos peligros y dificultades.

Un día creíamos estar caminando por un valle cuando, de repente, en vez de hallarlo cerrado por un accidente natural, vimos abierta ante nosotros una sima tan profunda, que sentíamos vértigo cuando nos atrevíamos a hundir la mirada por aquellas enormes paredes cortadas a pico. Las gi-

gantes encinas que crecían en su fondo parecían diminutos matorrales, y los búfalos, que pacían entre las encinas, simples escarabajos.

Penetrábamos en un país cada vez más hórrido, salpicado de rocas y peñascos en salvaje desorden, donde el eco de las graníticas cavernas repetía dos o tres veces las maldiciones de los carreteros y el relincho de los mulos. Nuestros carros, que en la estepa parecían inmensos y magníficos, allí, entre aquellas rocas colgantes, se habían achicado a nuestros ojos de un modo sorprendente y desaparecían en los desfiladeros, como si tragados fueran por una boca gigantesca. Las pequeñas cascadas—o, como las llaman los indios, las «aguas risueñas»—nos cortaban el camino. El cansancio había agotado nuestras fuerzas y las de los animales, y la verdadera cordillera de las Montañas Rocosas, cuando se mostraba en el horizonte, parecía siempre lejana y envuelta en nieblas. Afortunadamente, la curiosidad vencía al cansancio, y contribuía a tenerla siempre despierta el continuo mudar de panorama. Ninguno de nuestros compañeros, sin excepción de los que eran oriundos de los Alleghany, había visto jamás unas comarcas tan salvajes, y yo mismo contemplaba con estupefacción aquellas gargantas y desfiladeros, en cuyos flancos había erigido la desenfrenada fantasía de la Naturaleza castillos, fortalezas y aun verdaderas ciudades de piedra.

De vez en cuando encontrábamos grupos de indios muy diferentes de los de las estepas y mucho

más salvajes, en los cuales la gente blanca despertaba pavor, mezclado con un deseo de sangre. Parecían todavía más crueles que sus hermanos de la Nebraska; de estatura mayor, más obscuro el cutis, dilatadas las narices y errante la mirada, tenían un aspecto de animales feroces enjaulados. Tenían sus movimientos la vivacidad y el recelo de las fieras, y cuando hablaban tocábanse con el pulgar las mejillas, pintadas con listas blancas y azules alternadas. Sus armas eran hachas y unos arcos hechos de dura madera de oxiacanta alpestre, tan recios, que no tendrían nuestros hombres fuerzas bastantes para tenderlos. Aquellos salvajes, que demostraban una ferocidad indomable, hubieran sido muy peligrosos en gran número; pero, afortunadamente, eran pocos, y el mayor grupo que encontramos no pasaba de quince hombres. Llamábanse ellos mismos con el nombre de Tabeguach, Weeminuch y Yampos. Nuestro mestizo Wichita, a pesar de su práctica de las lenguas indias, no acertaba a comprender su jerga, como tampoco lográbamos comprender por qué todos aquellos salvajes, señalando las Montañas Rocosas y luego a nosotros, cerraban y abrían la palma de las manos, cual si quisieran indicarnos con los dedos algún número.

El camino era ya tan difícil, que con los mayores esfuerzos lográbamos hacer apenas quince millas cada día. Empezaron los caballos a caer, pues eran menos resistentes que los mulos y más difíciles para el pasto; la gente estaba también exte-

nuada, porque todo el día era menester tirar de los carros con sogas para ayudar a los mulos, o sostenerlos en los sitios peligrosos. Poco a poco, los más débiles se sintieron desanimados y sin el empuje necesario; muchos enfermaron, y uno, que de resultas de un esfuerzo había tenido una hemorragia bucal, en tres días falleció, maldiciendo la hora en que le había venido la idea de dejar el puerto de Nueva York.

Nos hallábamos entonces en la peor etapa del viaje, cerca del riachuelo que los indios llaman Kiowa. Allí no se erguían los peñascos tan altos como en el confín oriental del Colorado; pero, en cambio, todo el país, hasta donde la vista podía alcanzar, estaba cuajado de pedruscos y guijarros, puestos unos encima de otros sin orden ni concierto. Tenían aquellas piedras, unas en pie y otras extendidas por tierra, el aspecto de un colosal cementerio arruinado con las lápidas vueltas del revés.

Eran las verdaderas «tierras maléficas» del Colorado, correspondientes a las que se extienden al norte de la Nebraska. Merced a titánicos esfuerzos, pudimos salir de allí al cabo de una semana.

VII

Después nos detuvimos al pie de las Montañas Rocosas. Sentíme sobrecogido de espanto al contemplar de cerca aquel monumento de granito, cuyas laderas fajaban luengos desgarros de nubes

y cuyas cumbres se confundían con las nieves eternas y el brumoso cielo. La mole y la silenciosa majestad de aquellas montañas anonadaron mi espíritu, y, humillado, alcé mis plegarias al Señor, para que me concediera la gracia de llevar, a través de aquellas gigantescas murallas, a mis carros, a toda mi gente y a mi adorada esposa.

Acabada mi oración, penetré más confiado y con mayor ardimiento en aquellas gargantas de piedra, en aquellas galerías, que cuando se cerraban tras de nosotros nos dejaban separados del resto del mundo. Por encima de nosotros extendíase el cielo, cruzado de vez en cuando por algún águila vocinglera; en derredor, granito y siempre granito: un verdadero laberinto de bóvedas, de barrancos, de hendeduras, de abismos, de torreones, de silenciosos edificios, de inmensas salas anegadas en el sueño. Tanta es la solemnidad que reina en aquella angostura pétrea, que el hombre, inconscientemente, en vez de hablar en alta voz, cuchichea bajo, bajito; parécele que el camino va a cerrarse a cada paso y que una voz le susurra: «¡No vayas más allá, porque no hay salida!»; parécele violar algún secreto sobre el cual el mismo Dios ha puesto el sello.

Durante las noches, cuando aquellas escarpadas sierras eran negras cual enlutados cortinajes y la Luna echaba sobre las crestas un funerario velo de plata; cuando se alzaban sombras misteriosas de las «aguas risueñas», un estremecimiento sacudía el cuerpo de los más endurecidos aventureros,

y pasábamos horas enteras alrededor de los fuegos, contemplando con un pavor supersticioso aquellos negros desfiladeros iluminados por el sangriento resplandor, cual si esperáramos de un momento a otro la aparición de alguna cosa horripilante.

Una vez encontramos en una cueva un esqueleto humano, y aun cuando colegimos por los restos, de cabellos enganchados en el cráneo, que era el de un indio, no por eso dejó de oprimirnos el corazón un presentimiento fatídico, como si aquel cadáver, con las quijadas abiertas, nos advirtiera de que el que se pierde en aquellos parajes no puede salir de ellos con vida. Aquel mismo día murió el mestizo Tom, precipitado por un caballo desde el borde de una roca.

Una sombría tristeza invadió a toda la caravana. Si al principio caminábamos todos gritando, felices y contentos, ahora hasta los carreteros habían cesado de echar maldiciones, y la caravana avanzaba en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el chirriar de las ruedas. Sucedía cada vez con mayor frecuencia que los mulos se negaban a tirar, quedándose como clavados en la tierra, y entonces todos los carros que seguían debían detenerse también.

Lo que más me torturaba era que en los momentos más feos y peligrosos, cuando mayor necesidad tenía mi esposa de mi presencia y de mis cuidados, no podía yo estar a su lado, pues debía de multiplicarme para dar buen ejemplo, forta-

lecer los ánimos y reavivar la confianza. Nuestra gente soportaba las calamidades con la perseverancia ingénita en los norteamericanos; pero sus fuerzas estaban exhaustas, y yo solo, con mi salud de hierro, resistía las fatigas.

Muchas eran las noches en que apenas dormía dos horas; tiraba de los carros como los demás, colocaba las guardias en los apostaderos, rondaba constantemente el campamento; en una palabra, prestaba un servicio dos veces más pesado que el de los otros hombres; pero es evidente que la felicidad aumentaba, centuplicaba mis fuerzas.

En efecto; cuando, cansado y abatido, llegaba a mi carro, encontraba en él lo que de más querido tenía yo en el mundo: un corazón fiel y una tierna mano que enjugaba el sudor de mi frente. Liliana, aunque algo doliente, no se dormía nunca antes de mi llegada, y cuando suavemente la reprendía, cerrábame la boca con sus besos, suplicándome que no me incomodase por ello; después de lo cual se entregaba al sueño, teniéndome cogido de la mano. Muchas veces, si se despertaba, cubríame con pieles de castor, a fin de que yo pudiese descansar mejor. Siempre suave, cariñosa, solícita y enamorada, adorábala yo, besaba sus vestidos cual si fueran las reliquias de una santa, y nuestro carro parecía casi un templo. Tan pequeñina como era, frente a aquellas gigantescas moles de granito, hacia las cuales alzaba tímidamente los ojos, superábalas, sin embargo, de tal modo, que, estando junto a ella, desaparecían aquellas montañas de

mi presencia y no veía mas que a mi Liliana. ¡Cómo, pues, extrañar que mientras a los otros les faltasen las fuerzas, las sintiera yo centuplicadas y abrigase la convicción de que no me habían de faltar mientras ella las necesitara!

Al cabo de tres semanas llegamos a una inmensa torrentera, formada por el río Blanco. Al entrar en ella, los indios de la tribu de Uintah nos tendieron un lazo que nos despistó un poco; pero cuando sus flechas fueron a caer incluso sobre el toldo del carro de mi mujer, arrojéme, al frente de mis hombres, sobre los indios con tal empuje, que pronto los dispersamos. Tres cuartas partes de ellos murieron en la refriega. Un prisionero que cogimos vivo, muchacho de diez y seis años, vuelto de su pavor, comenzó, señalándonos a nosotros y al Occidente, a repetir los mismos gestos que nos hicieran la otra vez los Yampos. Nos pareció querer significarnos que no muy lejos íbamos a encontrar a hombres blancos; cosa poco probable. Pero tal suposición era fundada, y fué una sorpresa, realmente extraordinaria, al par que una gran alegría, cuando al día siguiente, al bajar por la pendiente de una alta meseta, divisamos en el fondo del dilatado valle que se extendía a nuestros pies, no sólo muchos carros, sino también algunas casas, construídas con madera recién aserrada. Estaban dispuestas aquellas viviendas formando un círculo, en cuyo centro elevábase un vasto cobertizo sin ventanas, y a lo largo del torrente que por el valle serpenteaba pacían grupos

de mulos guardados por hombres montados a caballo.

La presencia de seres de nuestra raza en aquellos parajes me colmó de maravilla, que muy pronto, empero, se trocó en temor, pues me vino la idea de que pudieran ser *Outlaws*, es decir, refugiados en el desierto para escapar a la pena capital por delitos cometidos. Sabía yo por experiencia que estos desechos de la sociedad huyen a países a veces muy lejanos y enteramente desiertos, donde se organizan en destacamentos sometidos a una dura disciplina militar. Con frecuencia han sido fundadores de nuevas sociedades, que vivieron al principio de saqueos y rapiñas, pero que luego, con el constante acrecimiento de población, convirtiéronse paulatinamente en Estados regulares.

Muchas veces había encontrado *Outlaws* por las riberas montuosas del Misisipí, cuando, en calidad de *squatter*, mandaba por la vía fluvial mis expediciones de maderamen a Nueva Orleáns. A menudo había tenido sangrientos encuentros con aquellos bandidos, cuya crueldad y ánimo belicoso conocía perfectamente.

Ningún cuidado me hubieran dado, a no encontrarse Liliana entre nosotros; pero con sólo pensar en el peligro en que podía encontrarse en caso de una derrota y de mi muerte, se me erizaban los cabellos, y yo, por primera vez en mi vida, tuve miedo como el último de los cobardes. Estaba persuadido, además, de que si eran efectivamente

Outlaws, era inevitable un encuentro con ellos, que había de ser mucho más encarnizado que con los indios.

Así, pues, comuniqué inmediatamente a mis compañeros la posibilidad de tal contingencia, y los dispuse en orden de batalla. Decidido estaba a extirpar radicalmente aquel nido de vagos o a morir, y con este objeto resolví atacarlos antes de que ellos nos atacaran.

Entretanto, desde el valle fuimos vistos, y dos hombres a caballo vinieron a nuestro encuentro a brida suelta, lo que me tranquilizó del todo, pues no eran los *Outlaws* hombres que malgastasen el tiempo con embajadas. Dijéronnos que eran cazadores al servicio de una compañía comercial americana traficante en pieles, y que tenían establecido allí su *summer camp*, es decir, su campamento de verano.

En vez de una batalla, nos esperaba, pues, una cordial acogida y toda suerte de socorros por parte de aquellos altivos, pero honrados, cazadores del desierto. Con los brazos abiertos nos recibieron todos ellos, y dimos gracias a Dios por habernos preparado, después de nuestra miseria, un tan dulce reposo. Dos meses y medio habían transcurrido desde que habíamos dejado las riberas del Big Blue River; se acababan nuestras fuerzas, los mulos estaban medio muertos, y he aquí que de pronto podíamos descansar por algunas semanas, completamente seguros y con alimentos abundantes para nosotros y para las bestias.

Fué, en realidad, nuestra salvación. Míster Thorston, jefe del campamento, hombre de esmerada educación, conociendo que no era yo uno de esos brutos que se encuentran de ordinario en las estepas, trabó en seguida amistad conmigo y puso su casita a mi disposición y a la de mi esposa, cuya salud iba empeorando de día en día.

Quise yo que se quedara en cama un par de días, y tan grande era su postración, que durante las primeras veinticuatro horas apenas si abrió los ojos, mientras yo, sentado junto a su lecho y contemplándola sin cesar, velaba para que nadie turbase su sueño. Pasados los dos días, recobró sus perdidas fuerzas y pudo salir; pero le prohibí que ejecutase el menor trabajo.

También mis compañeros durmieron en los primeros días como unos lirones; pero después nos aprestamos a componer y ajustar los carros, a remendar los vestidos y a lavar la ropa blanca. Aquellos bondadosos cazadores nos ayudaron en todo con la mayor generosidad. La mayor parte de ellos eran del Canadá, y, contratados por una sociedad comercial, pasaban el invierno cazando castores y martas, reuniéndose durante el verano en los llamados *summer camps*, donde guardaban temporalmente en depósito las pieles, para expedirlas luego, más o menos curtidas, al Oriente con una escolta.

El servicio de aquella gente, contratada por algunos años, era indeciblemente penoso; debían internarse en países muy remotos y vírgenes, don-

de hallaban en abundancia toda suerte de animales, pero donde debían arrostrar continuamente grandes peligros y sostener cruentas luchas con los pieles rojas. Percibían pingües salarios, por más que la mayor parte de ellos no servían por la ganancia, sino por amor a la vida del desierto y a las aventuras de que tan pródiga es ésta. Eran hombres de fuerza hercúlea y salud a toda prueba, capaces de soportar las mayores fatigas y penalidades. Sus corpulentas siluetas, los sombrerones de pelo con que se tocaban y sus largas carabinas recordaban a mi mujer las novelas de Cooper, que había leído en Boston, y Liliana, con la mayor curiosidad, observaba su campamento todo e inspeccionaba su organización.

La disciplina, que de la mejor buena gana observaban todos, era severísima y rígida como en una orden de caballería, y Thorston, el agente principal de la compañía y jefe al propio tiempo del campamento, ejercía un poder esencialmente militar. Eran todos gente muy honrada, y entre ellos nos encontramos muy bien. También nuestra caravana les gustó a todos ellos mucho, afirmando que nunca habían visto otra tan disciplinada y ordenada. Thorston alabó en presencia de todo el mundo mi plan de viaje por la ruta septentrional, en vez de seguir la que pasa por Saint-Louis y el Kansas, y contó que una caravana compuesta de trescientas personas que había recorrido esta ruta a las órdenes de un tal Marcwood, tras inauditos sufrimientos, ocasionados por el frío y la

langosta, había perdido las bestias de tiro y había sido finalmente asesinada por los indios Arapahoc. Los cazadores canadienses lo habían sabido por boca de los mismos indios Arapahoc, a quienes vencieron en una gran refriega, apoderándose de más de cien cueros cabelludos, entre ellos el del propio Marcwood (1).

Aquel relato causó enorme impresión en mis compañeros, y el viejo Smith, el más consumado de los trashumantes, que al principio había hecho oposición al viaje por la Nebraska, dijo en presencia de todos que era yo más *smart* que él y que podía ser su maestro.

Durante nuestra permanencia en aquel hospitalario *summer camp* recobramos todas nuestras fuerzas. Allí conocí, además de a Thorston, con quien trabé estrecha amistad, a Mick, célebre en todos los Estados, que no pertenecía al campamento, pero que en compañía de dos famosos aventureros, Lincoln y Kid Carstone, erraba por los desiertos. Aquellos tres singulares personajes habían librado grandes batallas con tribus indias enteras y verdaderas, y siempre su destreza y su pericia y el sobrehumano valor de que estaban dotados les habían asegurado la victoria. El nombre de Mick, sobre quien tantos libros se han escrito, era tan temido de los indios, que, para ellos, más valía su palabra que todos los pactos con el Gobierno de los Estados. Muchas veces había el

(1) Sabido es que ciertos salvajes tienen la costumbre de arrancar el cuero cabelludo a los enemigos vencidos.—(N. del T.)

Gobierno utilizado sus servicios como mediador, y acabó por nombrarlo gobernador del Oregón. Cuando le conocí tenía unos cincuenta años; pero sus cabellos eran negros como el ébano, y en su mirada brillaban al propio tiempo la bondad de corazón y un valor indomable. Pasaba también por el hombre más fuerte de todos los Estados Unidos, y cuando medí mis fuerzas con las suyas, con gran sorpresa de todos, fuí el primero a quien no logró vencer. Aquel hombre bondadosísimo puso en Liliana un gran cariño; bendecíala cada vez que nos visitaba, y antes de partir la regaló un par de zapatitos confeccionados por él con piel de gamo; regalo que fué muy oportuno, pues ya no poseía la pobrecilla ni un par de botinas en buen estado.

Por último, partimos para continuar nuestro viaje bajo los mejores auspicios, bien informados del país y provistos de carne salada. Además, el buen Thorston se había quedado con nuestros mulos peores, dándonos, en cambio, algunos de los suyos entre los más fuertes y ágiles; y por si esto fuese poco, Mick, que había estado en California, nos había contado verdaderos milagros, no sólo de la riqueza del país, sino también de la suavidad del clima, de la belleza de los bosques de encinas y de las regiones montañosas, sin rival en todos los Estados. Un consuelo y una gran esperanza habían entrado en nuestros corazones sin barruntar ni remotamente el calvario que nos aguardaba antes de entrar en aquella tierra de promisión.

Al partir agitamos repetidas, innumerables veces los sombreros a modo de *remember* y nos alejamos de los buenos canadienses. Por lo que a mí respecta, aquel día quedará eternamente grabado en mi memoria, porque por la tarde Liliana, la adorada estrella de mi vida, me echó los brazos al cuello y, sonrojada por el pudor y la emoción, cuchicheóme al oído una cosa que me hizo caer a sus plantas llorando de santo júbilo y besar las rodillas de aquella mujer, que además de mi esposa iba a ser la madre del hijo de mi sangre.

VIII

Dos semanas después de haber abandonado el campamento de verano entramos en las fronteras del Utah, y la marcha, aunque no desprovista de dificultades, fué al principio asaz expedita. Teníamos que atravesar aún la parte occidental de las Montañas Rocosas, que formaban una cadena de ramificaciones llamadas Wasath Mountains; sin embargo, dos ríos importantes, el Green y el Gran River—que, juntándose, forman el inmenso Colorado—, así como numerosos afluentes suyos, abren por todas partes accesos bastante cómodos. Por estos pasos llegamos, pues, al cabo de algún tiempo, al lago Utah, donde empiezan las tierras saladas.

Nos hallábamos en una región extraña, uniforme, sombría; dilatados valles, cerrados por anfi-

teatros de abruptos peñascos, se extendían unos tras otros, siempre iguales, fastidiosamente uniformes, y era tal la severidad, la desnudez y la desolación de aquellos parajes, que ante ellos venían a la memoria los desiertos bíblicos.

Las tierras limítrofes de los lagos salados son estériles y ásperas; no tienen arbolado. El terreno, completamente calvo en inmensas extensiones, trasuda sales y potasa, o bien está cubierto de unas hierbas cuyas gruesas hojuelas destilan, al romperlas, un jugo viscoso y salado. El tránsito por aquellos parajes es triste y penoso, porque pasan semanas enteras y el desierto sigue sin fin, no divisando la mirada mas que extensiones siempre uniformes, siempre roqueñas.

Nuestras fuerzas comenzaban a agotarse; en las estepas nos rodeaba una uniformidad de vida; aquí, una uniformidad de muerte. La apatía fué adueñándose poco a poco de todos.

Pasamos el Utah. ¡Siempre las mismas tierras muertas! Entramos en la Nevada. ¡Igual! El sol quemaba de tal modo que nuestros cráneos parecían abrirse; sus rayos, reflejados en la superficie cubierta de sal, herían nuestras pupilas, mientras un polvo que flotaba en el ambiente, y que no se sabe de dónde venía, nos resquemaba los párpados. A duras penas podían las bestias de tiro proseguir adelante, y de vez en cuando caía una de ellas por tierra como herida por un rayo. La mayor parte de nuestra gente se sostenía sólo animada por la esperanza de que dentro de una o dos se-

manas veríamos aparecer en el horizonte la Sierra Nevada, y detrás de ella la anhelada California.

Entretanto, transcurrían los días y las semanas en medio de penalidades cada vez mayores. En una semana nos vimos obligados a abandonar tres carros por carecer de tiro. ¡Era la tierra aquella, en verdad, una tierra de miseria y de infortunio!

En la Nevada el desierto era todavía más desolado y peores nuestra situación y nuestro estado de ánimo, pues nos vimos invadidos por diversas enfermedades. Una mañana me anunciaron que Smith se había puesto malo, y al acudir a su carro, me encontré, horrorizado, con que el viejo tenía el tifus. No se puede impunemente cambiar tantas veces de clima. El continuo cansancio—jamás repuesto, a causa de los descansos demasiado breves—y las penalidades de todo género desarrollan los gérmenes del mal.

Liliana se obstinó en querer cuidar a aquel viejo, a quien ella amaba como una hija, y que nos había echado las bendiciones el día de nuestras bodas; yo temblaba por mi esposa con toda mi alma; mas, por otra parte, no podía oponerme a que cumpliera sus deberes de buena cristiana. Asistía al enfermo noche y día, ayudada por la Atkins y la Grossvenor, que imitaban su ejemplo. Al segundo día perdió Smith el conocimiento, y al octavo exhaló su postrer suspiro en brazos de Liliana. Yo mismo le di sepultura, mojando con mis lágrimas los despojos mortales de aquel hombre,

que no sólo había sido mi ayuda y mi brazo derecho en todo, sino además un verdadero padre para los dos.

Creíamos que después del sacrificio de aquella vida tendría Dios piedad de nosotros; pero no fué así. El mismo día cayó enfermo otro emigrante, y después, casi diariamente, se quedaba alguno en el carro para ya no salir de él sino conducido en nuestros brazos hacia la fosa.

Errábamos así por el desierto, perseguidos por el contagio, que iba tronchando nuevas víctimas. También la señora Atkins se puso enferma; pero gracias a los solícitos cuidados de Liliana, fué su dolencia vencida, por fortuna. Yo me sentía cada vez más desanimado y entristecido, y a veces, cuando Liliana estaba asistiendo a los enfermos y yo de servicio en la vanguardia de la caravana, oprimíame, solo, en la obscuridad, las sienes con las manos y suplicaba al Señor, echado por tierra, como un humilde perro, que tuviera misericordia de mi adorada esposa, sin que osara, empero, murmurar las palabras «Cúmplase tu voluntad, y no la mía».

A veces, por la noche, cuando estábamos uno junto al otro, despertaba yo de improviso con la obsesión de que la peste sacudía el toldo de nuestro carro, y miraba de reojo buscando a Liliana. Todos los ratos en que no me hallaba a su lado—y eran muy frecuentes—convertíanse para mí en una continua tortura, que me doblegaba como doblega un árbol la furia del vendaval. Y, sin em-

bargo, Liliana sobrellevaba muy bien todas las fatigas y todas las penalidades. Los hombres más robustos iban cayendo enfermos, y ella, bien que enflaquecida, pálida y con las señales cada vez más visibles de la maternidad en el semblante, continuaba con buena salud y yendo de carro en carro. No me atrevía yo nunca a preguntarle por su salud; pero la abrazaba, teniéndola apretada contra mi pecho, largo, largo rato, y cuando quería decirle algo sentíame un tan fuerte nudo en la garganta, que no me era dado articular palabra.

Poco a poco la esperanza fué reanimando mi espíritu y cesaron de zumbar en mis oídos las terribles palabras de la *Biblia: Who worshipped and served the creature more than the Creator?*

Nos acercamos a la parte occidental de la Nevada, donde detrás de las lagunas muertas, de las tierras saladas y del desierto pedregoso, empieza una zona de estepa, llana, verde y fértil. Cuando, al cabo de dos días de viaje, nadie se puso enfermo, creí que nuestra miseria habría terminado, y ¡a fe que ya era hora!

Habían muerto nueve personas y seis continuaban todavía enfermas. Por temor al contagio, la disciplina había empezado a disminuir; los caballos habían muerto casi todos, y los mulos parecían esqueletos; de cincuenta carros de que constaba la caravana al salir del campo de verano, sólo treinta y dos se arrastraban ahora por el desierto. Para colmo de desdichas, nadie quería salir

de caza, por miedo a caer enfermo de la peste en un lugar lejano del campamento y quedarse sin existencia. Las provisiones estaban a punto de agotarse, y a fin de economizarlas, nos estábamos alimentando desde una semana con ardillas negras de tierra, cuya carne fétida llevábamos con harta repugnancia a nuestros labios. Y aun de este ruin alimento no teníamos gran abundancia.

Otra vez tuvimos que habérnoslas con los indios, que, contra su costumbre, nos asaltaron en pleno día en la estepa llana, y, provistos como estaban de armas de fuego, mataron a cuatro personas de la caravana. En la refriega también yo fuí herido de un tan formidable hachazo en la cabeza, que en la noche de aquel día perdí el conocimiento, a causa de la abundante hemorragia. Pero aquella herida casi me llenó de contento, porque Liliana hubo de cuidarme a mí, en vez de asistir a los enfermos, que podían contagiarle el mal. Tres días estuve acostado en mi carro, y fueron tres días de felicidad, porque la tenía constantemente a mi lado, besándole las manos cuando me mudaba las vendas y contemplándola sin cesar. Al tercer día ya me encontraba en estado de poder montar a caballo; pero, debilitado de ánimo, hice como si estuviera todavía enfermo, sólo para poder estar más tiempo con mi Liliana.

Fué estando acostado cuando me di cuenta de lo rendido que me hallaba; el cansancio me tenía con todos los huesos rotos. No eran sólo los sufrimientos físicos los que me habían puesto en aquel

estado, sino la continua angustia pensando en la salud de mi mujer. Tan enflaquecido estaba, que parecía un esqueleto; y así como antes era yo quien la miraba lleno de inquietud y de miedo, ahora era ella quien sufría tal tortura.

Pero no había remedio; cuando mi cabeza estuvo bien segura, menester fué montar el último rocín que quedaba con vida y guiar la caravana, tanto más, cuanto que empezaban a llegarnos por todas partes los más inquietantes presagios.

Empezó a achicharrarnos un calor casi sobrenatural, y en el aire se formó como una niebla sucia que parecía el humo de un incendio lejano. Obscurecióse el horizonte y púsose tan opaco, que no se veía el cielo; los rayos del Sol caían sobre la tierra rojizos y empañados. Las bestias daban señal de una singular inquietud; respiraban anhelosas rechinando los dientes, y también a nosotros nos parecía que estábamos tragando fuego. Suponía yo que todo aquello era efecto de los vientos que soplan del desierto del Gila, de los que había oído hablar en Oriente; pero reinaba en derredor nuestro una profunda calma, y ni una hierba se movía en la estepa. El Sol descendió al ocaso, rojo como la sangre, y la noche continuó con el mismo bochornoso calor; gritaban los enfermos; yo me adelanté unas millas a la caravana para cerciorarme de si efectivamente ardían las estepas; pero por ninguna parte divisé resplandor alguno de incendio.

Al fin me tranquilicé, persuadido de que el calor

procedía, en realidad, de algún incendio ya extinguido. Durante el día había observado que las liebres, los antílopes, los búfalos y aun las ardillas corrían velozmente hacia Oriente, cual si huyeran de California; país hacia el cual tendíamos con todas nuestras fuerzas. Al sentir que el aire se purificaba y que el calor disminuía, acabé de convencerme de que el incendio había ya terminado, y que si las bestias corrían, era sólo en busca de nuevos pastos. Era menester, por consiguiente, internarse para saber si el camino incendiado podía ser atravesado o si, por el contrario, debíamos hacer un rodeo. Según mis cálculos, no debía hallarme de la Sierra Nevada a más de trescientas millas inglesas, o sea a veinte días de viaje; así es que decidí hacer el último esfuerzo para llegar hasta allí.

Viajábamos de noche, porque el calor del día debilitaba extraordinariamente a las bestias, y por el día siempre había entre los carros un poco de sombra, en la que podíamos descansar. Una de las noches aquellas, mientras estaba en el carro con Liliana, pues la herida y la debilidad no me permitían aún viajar a caballo, sentí de repente rechinar las ruedas de un modo singularísimo, y oí inmediatamente gritos repetidos de *stop!*, *stop!*, que iban corriendo a lo largo de la caravana. Salté del carro al instante, y a la luz de la Luna vi a los carreteros observando el suelo con los ojos fijos, y oí luego una voz que decía:

—¡Capitán! ¡Estamos caminando sobre carbones!

Agachéme para tocar el suelo con las manos, y, efectivamente, nos hallábamos en la estepa carbonizada.

Inmediatamente hice detener la caravana y pasamos el resto de la noche en aquel sitio.

Al día siguiente, apenas despuntó el Sol, un singular espectáculo se ofreció a nuestras miradas. Extendíase inmensa ante nosotros una llanura negra como el carbón; no sólo todos los arbustos, hierbas y matorrales estaban quemados, sino que todo el suelo era como vidriado, y de tal modo, que las patas de los mulos se reflejaban en él como en un espejo. No podíamos distinguir bien hasta dónde se extendía la llanura quemada, pues el horizonte estaba todavía envuelto en niebla; pero, sin embargo, sin titubear, mandé torcer hacia el Mediodía, a fin de volver al extremo de la región incendiada, en vez de aventurarnos por aquellos carbones.

Sabía por experiencia lo que significaba un viaje por una estepa quemada en que no existe ni una hierba para las bestias; y como, según todos los indicios, el fuego se había propagado, a merced del viento, hacia el Norte, pensé que yendo hacia el Mediodía llegaríamos al lugar donde el incendio se había iniciado.

La gente obedeció mi mandato, pero de mala gana, porque Dios sabía qué retraso iba todo aquello a producir en nuestro viaje.

Durante el descanso de la tarde la niebla fué desapareciendo poco a poco; pero el calor llegó a

ser tan horrible, que todo el aire vibraba, cuando de pronto sucedió una cosa portentosa. La niebla y el humo se desvanecieron como por arte de encantamiento, y aparecieron ante nuestros ojos atónitos los montes de Sierra Nevada, verdes y risueños, maravillosos, cubiertas las cumbres de nieve centelleante, y tan cercanos, que a simple vista se distinguían sus crestas, sus verdes laderas y sus bosques. Parecíanos que su soplo fresco, impregnado del vivificante olor de los pinabetes, llegaba hasta nosotros por encima de aquella desolación y que dentro de algunas horas íbamos a llegar a sus floridas plantas. Ante aquel espectáculo, la gente, exhausta por las penalidades de aquel horrible desierto, casi enloqueció de alegría. Unos caían de hinojos, sollozando; otros alzaban los brazos abiertos al cielo, o estallaban en carcajadas; otros, en fin, palidecían sin acertar a decir palabra.

Liliana y yo llorábamos de alegría, mezclada con un sentimiento de estupefacción, calculando que todavía nos separaban de California, por lo menos, ciento cincuenta millas.

Entretanto, a través de aquella negra desolación nos sonreían los montes, y parecía, en verdad, como si un hechizo los hiciera acercarse a nosotros, inclinándose, invitándonos, lisonjeándonos... Y por más que no habían todavía transcurrido las horas destinadas al descanso, la gente no quiso prolongar más la parada en aquel lugar; hasta los enfermos, sacando fuera de los toldos de sus carros las amarillentas manos, suplicaban que se engan-

chara sin tardar y se continuara la marcha. Y así, llenos de alborozo, nos pusimos en seguida en camino, oyéndose, en medio de los chirridos de las ruedas al rodar sobre la tierra carbonizada, el chasquido de los látigos y los gritos y los cantos de la caravana.

Ya no se trataba de hacer un rodeo para salvar aquel territorio quemado. ¿Para qué, si unas cuantas millas más allá teníamos la California con sus maravillosos montes?

Proseguimos, pues, en recto camino por la ruta directa; pero muy pronto, y con singular rapidez, la niebla volvió a ocultarnos aquella espléndida perspectiva: púsose el horizonte cada vez más cerrado; descendió, por último, el Sol al ocaso; hízose de noche; las estrellas brillaron indistintamente en el firmamento, y fuimos nosotros caminando, caminando siempre adelante.

Eran los montes mucho más lejanos de lo que nos parecía.

A media noche los mulos empezaron a relinchar y a piafar, y al cabo de una hora la caravana tuvo que pararse, porque la mayor parte de las bestias se habían dejado caer en tierra. Probaron los hombres a hacerlas levantar, pero todo fué inútil. Nadie cerró los ojos en toda la noche, y a los primeros destellos de la aurora todas las miradas se dirigieron ávidamente hacia el lejano horizonte; pero... no se veía nada. El negro y el fúnebre desierto se extendía hasta donde podía la vista alcanzar, uniforme, mudo, limitando con una línea durísima

el horizonte. De las montañas de la víspera, ni rastro.

Estaban los hombres aterrados y entontecidos, y en cuanto a mí, todo lo vi claro al pensar que la «fata Morgana» nos había jugado una de sus tretas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Qué hacer? ¿Continuar adelante? ¿Y si la llanura quemada seguía en aquel estado millas y millas más allá? ¿Retroceder? ¿Y si por azar no faltan mas que algunas millas para salir de aquel infierno? ¿Serían los mulos todavía capaces de deshacer todo el camino recorrido? No me atrevía a mirar al fondo del abismo, a cuyo borde estábamos todos; pero, sin embargo, había que tomar forzosamente una resolución. Monté a caballo y, llegado que hube a una pequeña y cercana eminencia del terreno, abarqué con la mirada un más dilatado horizonte. Con la ayuda de mis gemelos divisé muy lejos algunas fajas verdes; pero cuando, al cabo de una hora, llegué a aquel lugar, me encontré con una dilatada charca, en torno a la cual ondulaban las hierbas que el incendio no había logrado arrasar. Y la llanura quemada se extendía más allá, fuera del alcance de la vista, fuera del alcance de los gemelos.

¡No había remedio! Era preciso retirarse y flanquear todo el terreno quemado. Hice dar la vuelta al caballo y rápidamente regresé al *tabor*, creyendo encontrarlo en el mismo sitio, pues había dejado dispuesto que allí esperasen mi regreso.

Pero mi orden no fué cumplida. Levantados los

mulos, la caravana se había puesto en marcha. A mis preguntas se me contestó con hosca voz:

—Allí están las montañas; allí queremos ir.

Ni siquiera probé a oponerme, porque sabía muy bien que ninguna fuerza humana era capaz de detener a aquella gente. Ciertamente hubiera yo retrocedido con Liliana; pero mi carro no estaba ya allí, y mi mujer viajaba con la señora Atkins.

Proseguimos, pues, el camino, y llegada otra vez la noche, nos detuvimos para el obligado reposo. Por encima de la estepa carbonizada fué subiendo el rojizo disco de la Luna, iluminando las lejanías, siempre negras. Al amanecer del día siguiente sólo la mitad de los carros pudo ponerse en camino, porque todos los mulos que tiraban de la otra mitad habían muerto. El calor del nuevo día era horrible; los rayos del Sol, absorbidos por el suelo carbonizado, llenaban luego el aire de ardientes emanaciones. Uno de los enfermos murió en medio de convulsiones atroces, y nadie se cuidó de darle sepultura. Lo dejamos sobre la estepa y proseguimos nuestro camino.

El agua de la gran charca que yo había descubierto el día anterior reanimó por un instante a hombres y bestias, pero no pudo darles nuevas fuerzas. Desde hacía treinta y seis horas los mulos no habían comido ni una brizna de hierba, alimentándose tan sólo con la paja que sacábamos de los carros, y aun ésta empezaba a escasear ya. El camino estaba sembrado con sus cadáveres, y al

tercer día sólo uno quedó, del cual me apoderé por la violencia para que en él cabalgara Liliana. Los carros, y con ellos los instrumentos y las herramientas que debían servir para ganarnos el pan en California, quedaron perdidos en aquel desierto, eternamente maldito. Todos íbamos a pie, excepto Liliana. Pronto un nuevo enemigo se nos presentó: el hambre. Parte de los víveres habían quedado en los carros, y se estaba acabando ya lo que cada uno había podido llevar consigo. ¡Y a nuestro alrededor ni un ser viviente! Sólo yo en toda la caravana poseía aún algunos bizcochos y un trozo de carne salada, y habría despedazado a cualquiera que me hubiese reclamado aquel alimento, que reservaba para Liliana. Tampoco yo comía ni una migaja. ¡Y aquella horrenda llanura que se extendía hasta el infinito!

Para aumentar nuestra tortura, la «fata Morgana» volvía cada tarde a embaucarnos con sus espejismos, mostrándonos los montes, los bosques, los lagos..., y con ello las noches eran luego más horribles. Los carbones, que durante el día habían absorbido los rayos del Sol, los devolvían de noche, quemando nuestras plantas y llenando nuestras gargantas y nuestros pechos de un intolerable ardor. Una noche uno de la caravana se volvió loco: tendido en el suelo, empezó a reír espasmódicamente, y aquellas horrendas risotadas nos persiguieron largo, largo rato en las tinieblas. El mulo que llevaba a Liliana acabó por caer desfallecido, y en un abrir y cerrar de ojos lo descuartizaron los

hambrientos; pero ¿qué era aquella comida para doscientas personas? Pasó el cuarto día, pasó el quinto... Parecía que el hambre había cambiado a aquellas personas en aves de rapiña; mirábanse unos a otros con malos ojos; sabían que tenía yo todavía algunos víveres; pero sabían también que pedírmelos era pedir la muerte, y el instinto de conservación era en ellos todavía más poderoso que el hambre. A Liliana le daba de comer sólo de noche, a fin de que aquel espectáculo no encolerizara a los demás; pero ella me suplicaba encarecidamente que compartiese con ella aquella comida; pero habiéndole dicho yo que me suicidaría si volvía a insistir en ello, calló y siguió comiendo con los ojos arrasados en lágrimas. Y no obstante, a pesar de mi vigilancia, sabía llevar a hurtadillas algún trozo a la señora Atkins y a la señora Grossvenor.

Mientras tanto, el hambre me desgarraba con su mano de hierro las entrañas; desde cinco días atrás no había ingerido otra cosa que unos sorbos de agua de aquella charca; la herida me abrasaba la cabeza, y el saber que llevaba conmigo pan y carne de los que no podía comer aumentaba mi martirio, y, débil como estaba, sentía un miedo atroz de sufrir un desvarío y de echarme sobre aquellos víveres.

—¡Señor—exclamaba desde el fondo de mi alma—, no me abandones; no permitas que me embrutezca hasta el extremo de tocar lo que puede conservarle la vida a ella!

Pero la Providencia no tuvo entonces piedad de mí. En la mañana del sexto día observé en el rostro de Liliana unas manchas rojas; tenía las manos ardientes, y al andar respiraba con una enorme fatiga. De repente, mirándome con ojos extraviados, díjome apresuradamente, cual si temiese perder antes el conocimiento:

—¡Ralf! ¡Déjame aquí, sálvate tú; para mí no hay salvación!

Apreté los dientes para no gritar ni blasfemar, y, mudo, la cogí en mis brazos. Unas eses de fuego empezaron a relampaguear ante mis ojos, formando las palabras *Who worshipped and served the creature more than the Creator?* Y luego, como un arco demasiado tendido, estallé, mirando al cielo despiadado, con el alma rebosando indignación:

—¡Yo!

Mientras tanto, llevé hacia mi Gólgota aquel queridísimo peso, a aquella única, santa, adorada mártir. No sé de dónde sacaba las fuerzas. Insensible al hambre, al calor, al cansancio, ya no veía nada delante de mí: ni hombres ni estepa carbonizada; sólo a ella, sólo a ella veía. Al llegar la noche empeoró su estado; a menudo perdía el conocimiento; de vez en cuando gemía con voz muy débil:

—¡Ralf, dame agua!

¡Y yo que sólo tenía bizcochos y carne salada! En el colmo de la desesperación híceme un corte en la mano con el cuchillo, para humedecerle los

labios con mi sangre. Recobró de pronto los sentidos, y gritando volvió a caer en un desmayo, del que no creía saliese ya. Vuelta de nuevo en sí, quiso decirme algo; pero el delirio de la fiebre le confundía las ideas, y sólo pudo susurrar muy quedamente:

—¡No te enfades, Ralf! ¿No ves que soy tu mujer?

Sin articular palabra fuí llevándola adelante, adelante. El dolor me tenía consternado y entontecido.

Llegó el séptimo día, y por fin mostráronse en el horizonte las montañas de la Sierra Nevada; pero al ponerse el Sol, la luz de mi vida fué extinguiéndose como la del astro. Cuando entró en la agonía púsela sobre la tierra carbonizada y me arrodillé a su lado. Tenía los ojos abiertos, desencajados, brillantes, fijos en los míos, y por un segundo fueron cruzados aún por el pensamiento consciente. Todavía murmuró:

—*My dear! My husband!*

Luego un estremecimiento la sacudió toda, el terror se dibujó en su semblante y exhaló su postrer suspiro.

Arranqué las vendas de mi cabeza y me desmayé, sin saber a ciencia cierta lo que sucedió después. Como en sueños recuerdo que unos hombres me rodearon, me quitaron las armas y cavaron luego una fosa. Después la locura y las tinieblas se apoderaron de mí, y en aquellas lobregueces brillaban siempre las palabras de fuego: *Who*

worshipped and served the creature more than the Creator?

* * *

Al cabo de un mes encontréme en California en casa del colono Moszynski. Recobradas un poco las fuerzas, fuíme a la Nevada; pero la estepa estaba ya cubierta de una hierba tan alta y exuberante, que no me fué posible hallar el sepulcro de Liliana, y todavía hoy ignoro dónde yacen sus sagrados despojos. ¿Qué pecado cometí para que el Señor apartara de mí su mirada y me abandonara de aquel modo en el horrendo desierto? No lo sé.

Si hubiese podido llorar sobre la tumba de mi adorada, menos penosa y dura hubiera sido para mí la existencia. Cada año vuelvo a la Nevada, y cada año indago inútilmente. Mucho tiempo ha transcurrido ya desde aquellos momentos aciagos, y mis labios infelices murmuran ya con frecuencia: «¡Hágase tu voluntad!» Pero, huérfano de su cariño, me encuentro mal en este mundo. Vive el hombre y sigue su camino entre los hombres, y acaso también ríe...; pero el viejo corazón solitario llora, ama, recuerda y añora.

Soy viejo, y en breve debo empezar el postrer, eterno viaje, y pido a Dios fervientemente que me permita encontrar por fin en las estepas celestiales a mi adorada Liliana, para ya nunca más volverme a separar de ella...

FIN

EL TORRERO [1]

I

El torrero del faro de Aspinwal, situado no muy lejos de Panamá, había desaparecido un día de improviso, sin dejar huella alguna. Como la cosa había sucedido en una noche de temporal, todos convinieron en opinar que una ola había debido de llevarse al infeliz al pasar acaso por el borde extremo del granítico arrecife sobre el cual se eleva la torre. Y vino a dar verisimilitud a tal aserto el hecho de que al día siguiente no se encontrara por ningún lado el bote, que estaba siempre amarrado en una miniatura de rada, entre dos rocas.

Aquel destino de torrero estaba, por consiguiente, vacante, y era asunto de gran urgencia el proveerlo, pues era el faro aquel de suma importancia, no sólo para el tráfico local, sino también para los buques que salen de Nueva York con rumbo a Panamá. El golfo de los Mosquitos, con sus bancos y sus arenas movedizas, estaba cuajado de peligros, aun para atravesarlo de día. De noche,

(1) Esta narración está basada en un hecho real, del que se hace mención en una de las *Cartas de América*, de J. Horin.

sobre todo, cuando de las aguas calentadas por los rayos del sol ecuatorial surge la niebla, lo que sucede a menudo, resulta la travesía casi imposible. Entonces el único guía de los numerosos barcos que por allí navegan es la luz del faro.

Al cónsul de los Estados Unidos en Panamá era a quien incumbía la elección del nuevo torrero; cometido no poco difícil, si se tiene en cuenta que el plazo para proveer el cargo no podía ser mayor, en ningún caso, de doce horas, con la agravante de que no se podía admitir al que primero se presentara, sino tan sólo a un hombre idóneo y concienzudo. Otra dificultad, y no pequeña, era que en aquel tiempo faltaban los aspirantes por completo. Es la vida en aquel faro muy penosa, y carece en absoluto de aliciente para los habitantes del Sur, tan amantes del ocio y de la libertad.

El torrero es casi un prisionero; fuera del domingo, ni por un instante puede abandonar su islote. Cada día, una barca de Aspinwal le lleva comida y agua fresca, y vuelve a marchar inmediatamente. No hay alma viviente en todo el islote, que tiene media fanega de extensión; vive el torrero en la torre del faro, y toda su faena consiste en tenerlo en regla. Durante el día, según la altura barométrica, da las señales, sirviéndose de banderas de diversos colores, y por la noche enciende la luz.

No sería ésta, en verdad, una vida muy fatigosa sin la particularidad de que para llegar a lo alto de la torre, donde está la linterna, es menester encaramarse por una escalera de caracol, que

cuenta, por lo menos, cuatrocientos peldaños, y que esta ascensión debe realizarla el torrero un sinnúmero de veces cada día. Es realmente una vida monacal, y aun más, una vida de verdadero ermitaño; por eso no es de extrañar que fueran grandísimos los apuros que pasaba míster Isaac Folcombridge para dar con un substituto del difunto; como no es de extrañar tampoco la alegría que le embargó el ánimo al ver comparecer el mismo día inopinadamente a un aspirante.

Era éste un anciano de setenta años, o más tal vez; pero robusto todavía, tieso, y con algo en su porte y en sus ademanes que recordaba el antiguo soldado. Tenía los cabellos blanquísimos y moreno el cutis, como un criollo; pero sus ojos azules decían claramente que no era un hijo del Sur. Tenía triste y abatido el semblante, en el que se leía además una gran lealtad.

En seguida fué del agrado de míster Folcombridge; pero fué menester examinarlo un poco, y a este fin hízole diversas preguntas.

—¿De dónde es usted?

—Soy polaco.

—¿Qué ha hecho usted hasta ahora?

—He recorrido el mundo.

—Un torrero debe estar dispuesto a permanecer siempre en el mismo sitio.

—Necesito quietud.

—¿Ha servido usted ya? ¿Posee usted certificados de haber desempeñado algún honrado destino oficial?

Sacó el viejo de su bolsillo un trapo de seda desteñido por los años, semejante a un jirón de bandera, y dijo:

—Aquí están mis certificados: esta cruz la gané el año 30; esa otra procede de la guerra carlista en España; la tercera es la Legión de Honor francesa; la cuarta fué ganada en Hungría. Después combatí en los Estados Unidos contra los meridionales; allí no se daban recompensas; pero, en cambio, tengo este papel.

Cogió el funcionario la hoja y empezó a leer, y después que hubo leído, exclamó:

—¿Eh? ¿Skawinski se llama usted?... ¡Cómo!... ¿Dos banderas conquistadas por su propia mano en un ataque a la bayoneta?... ¡Ha sido usted un valiente soldado!

—También seré un concienzudo torrero.

—Es menester subir muchas veces al día a lo alto del faro...; ¿tiene usted buenas piernas?

—He atravesado a pie las *plenys* (1).

—*All right!* ¿Es usted práctico en los servicios marítimos?

—He servido tres años a bordo de un gran barco pesquero.

—¡Muchos oficios ha probado usted!

—Nunca he descansado.

—¿Y cómo es eso?

Encogióse de hombros el anciano y dijo:

—El destino...

---

(1) Llámanse así las inmensas estepas que se extienden entre Nueva York y California.

—Y, además, muy entrado en años me parece usted para torrero.

—¡Sir!—exclamó de pronto el aspirante con voz conmovida—, estoy cansado y abatido; ya ve usted, he sufrido y penado mucho, y éste es precisamente un destino al que desde hace tiempo ardientemente aspiro. Soy viejo y necesito quietud; necesito poder decir: Aquí vas a encontrar un asilo permanente, aquí está tu puesto. ¡Ah, sir!; esto sólo depende de usted; semejante oportunidad no vuelve nunca a presentarse. ¡Qué suerte que me haya encontrado en Panamá!... Se lo suplico... Dios me es testigo de que soy como una barca que zozobra si no entra en el puerto... Si quiere usted hacer feliz a un viejo... Se lo juro, soy un hombre honrado... ¡Pero estoy tan cansado de esta vida errante!...

Los ojos azules del anciano suplicaban, imploraban de tal modo, que el señor Folcombridge, que tenía un corazón sencillo y bondadoso, sintióse conmovido.

—*Well*—dijo—, entendido; es usted torrero.

Una indecible alegría se dibujó en el semblante del viejo.

—¡Gracias!

—¿Puede usted subir hoy mismo al faro?

—¡Ya lo creo!

—Bien...; entonces, *good-bye!* ¡Ah, otra cosa! Cualquier negligencia o descuido en el servicio implica la inmediata destitución.

—*All right!*

Cuando aquella misma noche hubo desaparecido el Sol más allá del istmo y, después de un día esplendoroso, llegaron sin crepúsculo las tinieblas, el nuevo torrero debía de estar ya en su puesto, porque el faro lanzaba sus fulgores, como de costumbre, sobre el mar.

Era la noche aquella apacible y silenciosa, una verdadera noche tropical, impregnada de clara neblina, que formaba alrededor de la Luna, a modo de un arco iris, un gran anillo, cuyos bordes se desvanecían en matices esfumados. Sólo el mar se agitaba inquieto, porque era la hora en que se hinchaba el oleaje. Skawinski estaba apoyado en la baranda, junto al gigantesco foco de luz, y visto desde abajo semejaba un diminuto punto negro.

Quería recoger y coordinar sus pensamientos y darse cuenta de su nueva situación; pero se hallaba todavía demasiado bajo la conmoción de las recientes impresiones para pensar con calma. Sentíase como una fiera perseguida que ha encontrado finalmente un refugio, fuera del alcance de sus perseguidores, en un peñasco inaccesible o en una cueva. Para él también había sonado por fin la hora de la paz. Una sensación de seguridad le llenaba el alma de voluptuosidad ilimitada; desde aquella torre podía muy bien burlarse de su pasado, de su vida trashumante, de sus desventuras, de sus decepciones de otros tiempos. Asemejábase a una barca a la que el viento ha tronchado los palos y destrozado las velas, precipitándola desde alturas vertiginosas hasta los abismos del mar,

cubriéndola de espuma, y que logra, sin embargo, refugiarse finalmente en el puerto.

Las imágenes de aquella tormenta atravesaban ahora rápidamente su espíritu, en contraposición al plácido porvenir que desde este momento le esperaba. Sólo le había contado a míster Folcombridge una parte de sus andanzas y aventuras, sin ni siquiera aludir a otras muchas innumerables. Su trágico destino así lo había querido: cada vez que había plantado su tienda en un sitio cualquiera y encendido su hogar, una ráfaga de viento había derribado los palos de la tienda, apagado la lumbre y echádole a él de nuevo a la ruina.

Al contemplar ahora, desde lo alto del faro, las olas iluminadas, recordaba perfectamente todas sus pesadumbres y sus sufrimientos. Arrojado de las cuatro partes del mundo por la adversa fortuna, todas las profesiones había probado en su destierro, y aun a veces, siendo como era honrado y laborioso, había logrado reunir algunos ahorros; pero, a pesar de sus cuidados y desvelos, y cuando menos lo esperaba, todo lo había vuelto a perder. Fué excavador de oro en Australia, buscador de diamantes en Africa, cazador a sueldo del Estado en la India Oriental; tuvo en cierta época instalada en California una factoría, que pertinaces sequías arruinaron por completo; había emprendido un tráfico de mercancías con las tribus salvajes del Brasil, y una vez, habiéndosele descoyuntado la almadía en el río de las Amazonas, tuvo que errar, sin armas y casi desnudo, por los bosques durante

muchas semanas, alimentándose de frutos silvestres, expuesto a cada momento a ser devorado por las fieras. En la ciudad de Helena, en el Arkansas, tuvo una fragua, que destruyó completamente el gran incendio que devastó la población. Luego fué prisionero de los indios en las Montañas Rocosas, logrando escapar de milagro, ayudado por los cazadores canadienses. Había servido después como marinero a bordo de un buque que iba de Bahía a Burdeos, y luego como arponero en un gran barco pesquero: las dos embarcaciones naufragaron. Tuvo en la Habana una fábrica de tabacos, y su socio le robó mientras se hallaba él en cama atacado del vómito. Finalmente se había venido a Aspinwal, donde iban a terminar de una vez todas sus penalidades e infortunios.

En efecto; ¿qué peligros podían acecharle todavía en aquel arrecife? Ni el agua, ni el fuego, ni los hombres podían nada contra él. Los hombres, por lo demás, no le habían causado mucho daño a Skawinski; más había conocido de buenos que de malos.

Eran los cuatro elementos más bien los que se mostraban implacables enemigos suyos, y afirmaban sus conocidos que todo ello era debido a su mala suerte. Esto hizo que se volviera al fin un poquito supersticioso y maniático, empezando a creer que una mano vengadora y omnipotente le perseguía por todas partes, por la tierra y por los mares. Pero no gustaba de conversar de esto con los demás; sólo cuando alguna vez le preguntaban

de dónde podía venir aquella omnipotente mano, contestábales, señalando la estrella polar, que venía de allí...

Tantas eran las desgracias que le habían ido saliendo al paso, que no era de extrañar que hubieran extraviado un poco su razón. Sin embargo, era paciente como un indio, y poseía una gran fuerza de resistencia, hija de su honrado sentir y parecer. Una vez recibió en Hungría unos golpes de bayoneta por no haber querido utilizar un medio que le ofrecían para salvarse, inclinándose hasta besar el estribo y gritar: «¡Perdón!»

Las desventuras no podían doblegarlo; trepaba agarrándose por el monte con la paciente porfía de la hormiga; cien veces rechazado, emprendía esforzadamente su nueva peregrinación. Era en su género un hombre bien singular; aquel viejo soldado bronceado por el sol de Dios sabe qué países, endurecido por mil combates, que tanto había debido sufrir, tenía un corazón de niño. En Cuba, durante una epidemia, vióse atacado por el mal por haber distribuído entre los pacientes su importante provisión de quinina, sin guardar para él ni un solo gramo.

Y no dejaba de ser una cosa bien singular también el que fiase todavía en el porvenir, después de tantos reveses y desventuras, y que no le abandonara ni por un instante la esperanza de que todo se había de arreglar un día. En invierno se sentía reanimado y conjeturaba grandes cosas, que aguardaba con gran impaciencia. Tales pensamientos y

conjeturas manteníanle los ánimos durante años enteros; pero transcurrían los inviernos uno tras otro, y ningún cambio se operaba; sólo los cabellos se le encanecían más y más. Por último, se sintió viejo y empezó a perder la energía; su paciencia se fué convirtiendo en resignación; su sosiego, en debilidad de espíritu, y aquel soldado, endurecido por las luchas y la intemperie, llegó a tener tal propensión a las lágrimas, que se echaba a llorar por cualquier fruslería.

Además de esto, le torturaba de un modo atroz la nostalgia que el más insignificante motivo lograba despertar: las golondrinas que pasaban revoloteando; ciertos pajarillos grises que se parecían a los gorriones de su país; la nieve de las montañas; las tonadas que le hacían recordar cantos oídos en sus mocedades...

Pero, por encima de todo esto, dominó en él un único pensamiento: el pensamiento del reposo. Este sentimiento se posesionó del viejo de tal suerte que absorbió todos sus deseos, todas sus esperanzas. El eterno peregrino nada podía imaginar más deseable y apetecible que un solitario rincón donde descansar y esperar tranquilamente la muerte. Su destino singular le había echado por todos los países y por todos los mares, sin tregua alguna, y por eso ahora parecíale la más excelsa felicidad humana el cesar en su triste vagabundear.

Y en verdad que bien merecía esta suerte modesta; pero, acostumbrado ya a las desilusiones,

parecíale esto también una cosa irrealizable, y ni siquiera se atrevía a admitir su posibilidad.

Ahora, de improviso, en menos de doce horas había logrado un destino que parecía hecho ex profeso para él; no era, pues, de extrañar que al anochecer, una vez encendido el faro, se hallara como pasmado y aun entontecido, y que se preguntase si todo aquello era verdad o ilusión de sus sentidos. Y, no obstante, la realidad, hablándole con tan irrecusables pruebas (transcurrían las horas, en el balcón de la torre, una tras otra), acabó por convencerle. Sumergióse entonces su espíritu en la dulzura de aquella realidad, y hubiérase dicho que veía el mar por primera vez... La lente del faro abría en las tinieblas un gigantesco cono luminoso; pero la mirada del viejo torrero se perdía en el mar, más allá de la superficie iluminada, en el inmenso espacio obscuro, misterioso, lúgubre, y le parecía que aquella inmensidad corría hacia la luz. Gruesas olas surgían de la obscuridad, y borbollando estrellábanse a los mismos pies del islote; sus crestas espumosas chispeaban, coloreadas de rojo, en el círculo luminoso de la torre; el oleaje iba creciendo, inundando la arenosa playa. Cada vez se oía más potente y distinta la voz misteriosa del Océano, ora semejante al estampido de los cañones, ora parecida al susurro de las selvas vírgenes, ora a un vocerío humano. A veces todo enmudecía, y entonces llegaba a oídos del anciano un rumor como de suspiros, de sollozos, y luego un estallido violento. El viento desgarraba la niebla; pero al

mismo tiempo acumulaba gruesas nubes negras, que iban ocultando la Luna. La tempestad se avecinaba por la parte del Occidente; rompían las olas con mayor violencia contra los peñascos del faro, cuyos cimientos lamía una blanquísima espuma; lejana, lejana, rugía ya la borrasca. Por encima de la obscura y agitada superficie del mar veíanse brillar los verdes faroles colgados de los palos de las embarcaciones, los cuales, diminutos como puntitos verdes, se alzaban altos, altos, y parecían luego hundirse; pero reaparecían, oscilaban, inclinábanse, ora a la derecha, ora a la izquierda.

Skawinski descendió y entróse en su aposento. Bramaba la tempestad. Allá afuera, a bordo de aquellas naves, luchaban los hombres con la noche, con el viento, con las olas; en el reducido aposento, por el contrario, todo era silencio y calma. Las gruesas paredes interceptaban casi por completo el estrépito de la tormenta; sólo se oía el acompasado tictac del reloj, que parecía mecer al extenuado anciano y velar su sueño.

II

Pasaron horas, días, semanas...

Afirman los marineros que a veces, cuando el mar está embravecido, oyen, desde lo profundo de la noche y de las tinieblas, llamarse por su nombre. Y si el infinito del mar puede llamar al hom-

bre, ¿por qué no ha de poder oír éste, al llegar a viejo, la voz de otro infinito, todavía más lóbrego y más misterioso? Cuanto más le haya agobiado la vida con su peso, tanto más grato habrá de serle el grito aquel. Pero para oírlo es menester un gran silencio; por eso aman los viejos la soledad, que es para ellos como el presentimiento del sepulcro.

Para Skawinski, la torre del faro era ya el preludio de la tumba. Nada hay en el mundo tan uniforme como la vida de un torrero; si los que a ella aspiran son jóvenes, muy pronto se cansan y la abandonan; por eso el torrero de un faro suele ser, por lo general, un viejo rudo y taciturno, y si por azar deja su destino y vuelve a vivir entre los hombres, anda y gesticula cual si saliera de un profundo sueño. Y es que le faltan en la torre aquellas pequeñas impresiones que en la vida ordinaria enseñan al hombre a referir y a proporcionar todas las cosas a sí mismo. Todo lo que se halla en contacto con el torrero de un faro es gigantesco, sin contornos claros: el cielo..., un infinito, el agua..., otro infinito, y en medio, sola, un alma humana.

Es una vida en la que el pensar es un eterno soñar, del cual no aciertan a distraer las cotidianas ocupaciones. Los días se parecen unos a otros como las cuentas de un rosario, y sólo rompen su monotonía los cambios del tiempo.

Skawinski se sentía tan dichoso como jamás en su vida lo había sido; alzábase al despuntar la aurora, comía un bocado, limpiaba los cristales del faro y se sentaba luego junto a la baranda de la

galería, contemplando la inmensidad del mar; espectáculo de que jamás se cansaba.

Veíanse de ordinario en el infinito horizonte azul una multitud de velas desplegadas que brillaban de tal modo bajo los rayos del Sol, que los ojos quedaban deslumbrados. A veces las barcas, aprovechando los monzones, ringlaban una tras otra en línea recta, cual ringlera de gaviotas o de albatros, por un paso marcado con toneles rojos que dulcemente se mecían sobre las olas. Y hacia el mediodía podía columbrarse entre las velas una parda columna de humo: era el vapor de Nueva York que conducía a Aspinwal a los pasajeros y toda clase de mercancías, dejando tras de sí una larga y blanquísima estela espumosa.

Del otro lado de la galería podía Skawinski divisar distintamente, como si la tuviese en la mano, la ciudad de Aspinwal, con su animado puerto, en el que los palos de los grandes y pequeños buques formaban como un bosque, y, un poco separadas, las blancas casas y sus pequeñas torres. Vistos desde la altura del faro, parecían aquellos edificios nidos de gaviotas, y aquellos barcos, escarabajos, y movíanse los hombres cual si fueran puntos negros por el adoquinado. Por las mañanas, la suave brisa de Oriente hacía llegar hasta arriba el rumor del tráfico ciudadano, en el que más nítidamente se distinguía el silbido de los vapores. Después del mediodía, llegada la hora de la siesta, cesaba el movimiento del puerto, ocultábanse las gaviotas en las hendeduras de las rocas, alisábanse

las olas, como si también ellas se sintieran cansadas, y descendía entonces sobre el mar y sobre el faro un profundo silencio. La amarillenta arena, que las olas dejaban al descubierto, resplandecía igual que oro en la superficie de las aguas; dibujábase la torre, clara y destacada en el fondo azul, y los rayos del Sol bajaban a torrentes sobre el agua, sobre los bancos de arena, sobre los peñascos de la costa.

El viejo Skawinski sentíase dominado también por una voluptuosa sensación de agotamiento; la tranquilidad a la cual podía abandonarse ahora por completo era para él, en verdad, una cosa deliciosa, y la idea de que aquel sosiego iba a ser desde aquel día definitivo y duradero cumplía y colmaba todos sus deseos y aspiraciones. Y entregóse en cuerpo y alma a aquel sentimiento de felicidad. Y como es ley de la vida que el hombre se acostumbre muy pronto a una situación mejor, recobró a no tardar la confianza perdida y la fe en el porvenir. Y pensaba el anciano que si fabrican los hombres asilos para sus inválidos, ¿por qué no había de preparar el Dios de misericordia un refugio duradero para él? Y el tiempo le afirmó en aquella convicción.

Entretanto, el viejo se había familiarizado con la torre, la linterna, los peñascos, los bancos de arena y la soledad; había trabado amistad con las gaviotas, que hacían su nido en los escollos y que de noche tenían sus reuniones sobre el tejado del faro. Solía echarles los restos de su comida, y al

cabo de algún tiempo volviéronse tan mansas, que al darles de comer revoloteaban siempre numerosísimas en torno de su cabeza, y movíase el viejo en medio de aquellos blancos animalitos como un pastor entre sus ovejas.

Durante la bajamar recorría la arenosa orilla en busca de sabrosos caracoles y elegantes conchas de madreperla que la marea dejaba allí diseminados. A veces, a la luz del faro o de la Luna, cogía peces que hormigueaban entre los escollos. En una palabra, púsose a amar intensamente su islote pelado, en el que sólo crecían algunas plantas menudas y grasientas, que destilaban un jugo viscoso. El extenso panorama le compensaba con creces de aquella desnudez.

Hacia el mediodía, cuando el aire se ponía transparente, podíase abrazar con la mirada el istmo entero hasta el océano Pacífico, cubierto de exuberante vegetación, de suerte que le parecía a Skawinski contemplar un inmenso jardín. Frondosas palmas de cocotero y gigantescos bananos formaban alrededor de las casas de Aspinwal espesos y maravillosos ramilletes; más allá, entre Aspinwal y Panamá, había un bosque dilatadísimo, envuelto mañana y tarde en una neblina rojiza; verdadera selva tropical, con sus aguas pantanosas, sus palmeras gigantescas, sus corpulentos cocoteros, gomeros, cactos y otros árboles ecuatoriales.

Con su anteojo podía distinguir el viejo no sólo los troncos y las anchas hojas de los bananeros, sino también piaras enteras de monos, bandadas

de marabúes y de cotorras, que de vez en cuando se subían, cual nube multicolor, a las copas de los árboles. Ya conocía Skawinski aquellos bosques, porque, después de su naufragio en el Amazonas, había errado semanas enteras por grutas y espesuras semejantes, y sabía muy bien los peligros que se ocultan bajo su risueño aspecto.

¡Cuántas veces había oído junto a él, durante la noche, la voz sepulcral de la hiena y el aullido del jaguar! ¡Cuántas veces había visto gigantescas serpientes balancearse, cual trenzas de hierbas trepadoras, en las ramas de los árboles! Estaba familiarizado ya con aquellos estanques encantados, en cuyo fondo se agitan caimanes y cocodrilos; sabía en medio de qué asechanzas vive el hombre en aquellas intrincadas espesuras, donde los mosquitos y los cínifes, ávidos de sangre; las sanguijuelas y las arañas venenosas viven a millones. Todo lo había aprendido a expensas suyas, todo lo había probado a costa de sufrimientos, y por esto era para él un delicioso placer contemplar desde lo alto aquellos «matos» y admirar su belleza, lejos de sus peligros y traiciones. La torre le protegía de todo mal.

Por eso raras veces la dejaba. El domingo por la mañana solía bajar a la ciudad. Poníase entonces su uniforme de torrero, que era azul marino con botones plateados; adornábase el pecho con sus condecoraciones, y levantaba la cabeza, cubierta de nieve, con cierto orgullo, cuando al salir de la iglesia oía decir a los criollos:

—Tenemos un buen torrero, y por más que sea yanqui, no por esto es un ateo.

Inmediatamente después de la misa regresaba a su islote; sentíase feliz al entrar en él, porque todavía no había podido recobrar su confianza en la tierra firme.

Los domingos Skawinski leía un periódico español, que solía comprar en la ciudad, y el *Heraldo de Nueva York*, que míster Folcombridge le prestaba; y en aquellas publicaciones buscaba con avidez noticias de Europa. ¡Pobre viejo corazón que allí, encima de aquel faro, en el otro hemisferio, latía siempre por la patria!... A veces bajaba de la torre cuando la barca le desembarcaba las provisiones, y echaba unos párrafos con John, el guardián del puerto.

Pero, a pesar de todo, empezó a volverse jíbaro; interrumpió sus idas a la ciudad, dejó de leer los periódicos, cesó de conversar de política con John, y así transcurrieron unas semanas, durante las cuales no vió a nadie y de nadie fué visto. La única prueba de que el viejo torrero seguía vivo estaba en que la comida desaparecía de la roca donde la colocaban y que la luz del faro lanzaba cada noche sus destellos con la misma regularidad con que en estas regiones sale el Sol cada mañana de lo profundo del mar.

El mundo llegó a serle completamente indiferente, y no a causa de la nostalgia, pues hasta este sentimiento habíase trocado en él en resignación, sino porque el islote constituía todo su mundo; y

acostumbrado a pensar que no había de abandonar el faro sino después de muerto, todo recuerdo del mundo exterior se había borrado fácilmente de su memoria.

Por añadidura habíase vuelto místico. Sus suavísimos ojos azules tenían una expresión infantil y miraban pensativos y fijos en la incierta lejanía. En su continua clausura, en mèdio de aquella simplicidad y de aquella grandiosidad que por todas partes le rodeaban, perdió el viejo poco a poco la conciencia de su propia personalidad; cesó de considerarse como un individuo, y acabó por identificarse con cuanto veía a su alrededor, sin profundizar en ello, sintiéndolo inconscientemente. Así, llegó finalmente a imaginar que el cielo, el agua, su arrecife, el faro, los áureos bancos de arena, las velas desplegadas, las gaviotas, el flujo y el reflujo constituían una gran unidad, un alma gigantesca y misteriosa; alma que sintió llena de vida bonancible y en la que se dejó mecer, olvidando todo lo demás. Anegóse el viejo en el misterio de aquella alma y en el anonadamiento de su propio ser; en aquel estado de semivigilia y de semisueño encontró una quietud y una paz tan grandes, que se asemejaban mucho ya a las que deben reinar en la antesala de la muerte.

III

El despertar llegó, sin embargo.

Un día, al recoger las provisiones que la barca le dejara en la roca una hora antes, encontró Skawinski con ellas un paquete franqueado con sellos de los Estados Unidos, y que llevaba escrito sobre la gruesa tela encerada, con caracteres muy claros, el nombre «Skawinski Eso».

Abrió, lleno de curiosidad, el paquete y vió que contenía libros. Cogió uno, observólo, y luego, con mano trémula, volvió a ponerlo con los otros, cerrando los ojos, cual si no diera crédito a su propia mirada. ¡Un libro polaco! ¿Qué significaba aquello? ¿Quién se lo podía haber expedido? Ya no recordaba que en los primeros tiempos de su empleo de torrero había leído en el *Heraldo* que se había formado recientemente en Nueva York una sociedad polaca, a la cual había mandado la mitad de sus honorarios mensuales; allá, en la torre, poco apego le tenía al dinero. Ahora la sociedad le significaba su gratitud enviándole aquellos libros. Llegábanle éstos, de consiguiente, por un conducto muy natural; pero de momento no podía el viejo atinar en ello. ¡Libros polacos en Aspinwal!, ¡en aquella solitaria torre!... Era una cosa extraordinaria, una ráfaga de remotos tiempos, un milagro. Parecíale sentir, como los marineros en las noches tormentosas, una querida voz casi olvidada que le llamaba por su nombre.

Permaneció sentado unos instantes con los ojos cerrados, cual si temiese que al abrirlos habíase de desvanecer su ilusión. Pero no; el paquete estaba allí deshecho, y en él, iluminado por los rayos del sol de la tarde, el libro abierto. Cuando el viejo tendió las manos sintió en aquel silencio los latidos de su corazón; miró el libro: eran versos. En gruesos caracteres estaba escrito el título de la obra, y más abajo el nombre del poeta; nombre bien conocido de Skawinski, pues había leído sus obras en París, allá por los años que siguieron al año 30. Más tarde, durante el tiempo que pasó en las guerras de Argelia y de España, había oído hablar a sus compatriotas de la gloria siempre creciente del excelso poeta (1); pero entonces se había acostumbrado de tal modo al manejo de los fusiles, que ya sus manos no sabían coger un libro.

En 1849 marchó a América, y en el transcurso de su vida trashumante raras veces había encontrado a polacos, ni había tenido ocasión de leer libro alguno escrito en la lengua de su país. Por eso ahora, al volver con mano trémula y saltándole el corazón la primera hoja de aquel libro, parecíale que en su islote desierto iba a suceder algo muy solemne. Todo era calma y silencio a su alrededor; los relojes de Aspinwal acababan de dar las cinco; el cielo era límpido, sin una nube que lo empañara; sólo en lontananza unas gaviotas blancas se destacaban en el azulado espacio; el inmen-

(1) Trátase del célebre poeta Mickiewicz y de su libro titulado *Pan Tadeusz.*—(N. del T.)

so Océano se mecía mansamente; las olas apenas murmuraban al besar la playa, y en el fondo, las casas de Aspinwal, con sus espléndidos ramilletes de palmeras, sonreían... Todo era solemne, apacible y grave.

De pronto, en medio de la paz de la Naturaleza, resonó la temblorosa voz del viejo, que leía en alta voz para comprender mejor:

¡Eres la salud, oh patria, oh Lituania mía!
Sólo aquel que te pierde conoce tu valor;
hoy contemplo tu hermosura en todo su esplendor,
y la canto, porque, sedienta, corre hacia ti mi fantasía...

Faltóle a Skawinski el aliento; empezaron las letras a tambalearse ante sus ojos; sentía que una cosa le subía desde el corazón a borbollones hasta la garganta, aprisionándole la voz... Pasó un instante, hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y prosiguió:

¡Oh Virgen santa que defiendes la luminosa Czestochowa
y que brillas en el portal de Ostra! ¡Tú, que el castillo
Nowogrodek proteges con su pueblo fiel!
Así como, por milagro, me devolviste un día, siendo niño, la salud
(cuando, puesto bajo tu protección por mi desconsolada madre,
pude alzar de nuevo mis párpados sin vida
y andar luego, a pie, hacia el umbral de tus santuarios
a darle gracias a Dios por la vida recobrada),
así también, por milagro, condúcenos al patrio hogar...

Imposible fué al anciano dominar su emoción; lanzó un grito y se arrojó al suelo, y sus cabellos de nieve se confundieron con la arena de la playa. Cuarenta años habían transcurrido desde el día que vió su tierra por postrera vez, y sólo Dios sabe cuánto tiempo hacía que no había oído su lengua.

¡Y ahora la lengua materna llegaba por sí sola hasta él, surcando el Océano, buscando al solitario hasta el otro hemisferio! ¡Oh querida, adorada, hermosa lengua!

Los sollozos que agitaban el pecho del viejo polaco no eran fruto de su dolor, sino de un amor inmenso, repentinamente despertado, al lado del cual todo otro sentimiento desaparece... Con su llanto violento Skawinski imploraba perdón a la querida, a la lejana patria por haberse vuelto tan viejo y haberse identificado de tal suerte con su peñasco que todo lo demás había desaparecido de su corazón, y que hasta la añoranza había estado a punto de desvanecerse por completo. ¡Y hete ahí que ahora, «por milagro», sentíase también conducido «al patrio hogar»!

Los minutos pasaban uno tras otro, y el viejo permanecía allí, tendido en la playa, inmóvil.

Revoloteaban las gaviotas alrededor del faro, lanzando de vez en cuando fuertes chillidos, cual si se sintieran inquietas por la suerte de su viejo amigo. Era la hora en que el torrero solía distribuir a aquellas aves los restos de su comida, y algunas de ellas bajaron de lo alto de la torre hasta la playa; otras bajaron luego, y otras, y otras, y empezaron a picotearlo ligeramente, batiendo sus blancas alas por encima de su cabeza, hasta que, por último, le despertaron.

Después de aquellas abundantes lágrimas, invadió al viejo como una ola de sosiego y de serenidad; sus pupilas brillaban de inspiración; echó

a las gaviotas toda su comida, y mientras éstas se precipitaban sobre el espléndido banquete, armando gran batahola, volvió él a su lectura.

Desaparecía ya el Sol detrás de los jardines y de las selvas vírgenes de Panamá, y lentamente, lentamente se iba hundiendo más allá del istmo, en el otro Océano; pero mostrábase todavía el Atlántico lleno de esplendor. La luz era clara todavía, y Skawinski continuaba leyendo:

> Y mientras tanto, lleva mi alma, llena de añoranza,
> hacia las umbrosas colinas, hacia las verdes praderas...

.....

El crepúsculo anubló los caracteres; un crepúsculo breve que terminó en un decir Jesús. Apoyó el anciano su cabeza en la roca y cerró los ojos; y entonces «Aquella que defiende la luminosa Czestochowa» cogió su alma y la transportó a «aquellos campos pintados de trigos multicolores».

Unas fajas rosadas y áureas centellean aún, cual llamas en el cielo, y a la luz de aquellas antorchas vuela la fantasía hacia los lugares queridos; oye el susurro de los pinos, el murmullo de los ríos patrios; todo, todo lo ve como en otros tiempos lo veía; todo le pregunta: «¿Te acuerdas?»

¡Sí, se acuerda! Ve ante sí los campos dilatados, las praderas, los bosques, los villorrios...

Llegó la noche. A estas horas el faro acostumbra a iluminar ya las lobregueces de las aguas; pero hoy el torrero se encuentra en el pueblo natal.

Con la cabeza senil inclinada sobre el pecho sueña, y las más diversas imágenes pasan rápidas y confusas por su espíritu. No le es posible contemplar el viejo caserón donde nació, porque lo arrasó la guerra; tampoco puede ver al padre ni a la madre, a quienes prematuramente segó la muerte; pero distingue muy bien la aldea, cual si ayer mismo la hubiese dejado: la hilera de chozas, las ventanas iluminadas, el canal, el molino, los dos estanques, uno frente al otro, en los que de noche croan a coro las ranas. Precisamente una noche, cuando era ulano, estuvo de centinela en su pueblo natal, y este recuerdo se le presenta ahora de repente, en medio de los otros: está de guardia; la hostería le manda desde lejos miradas inflamadas; llegan hasta él, a través de la noche apacible, el pataleo de los bailadores, el son de los violines y de los contrabajos. *¡U-ha! ¡U-ha!* Son los ulanos beodos, que al bailar golpean el suelo con los tacones, mientras el centinela se aburre, solo, entre tinieblas.

Las horas transcurren lentamente; poco a poco toda claridad se desvanece; hasta donde alcanza la mirada no se columbra mas que niebla, niebla impenetrable; de los prados sube un vapor espeso que todo lo va envolviendo en una nube blanquecina; diríase un océano de verdad... A no tardar, el rey de las codornices hará oír su voz en las tinieblas, y el alcaraván, metido entre los juncos, lanzará su estridente silbido. ¡Es la noche bonancible, pero fría; una verdadera noche de Polonia! En

lontananza el bosque de pinos susurra sin viento... como las olas del mar.

Pronto la aurora iluminará el horizonte; cantan los gallos detrás de las empalizadas, haciendo cundir sus voces de choza en choza, y también las grullas lanzan por los aires sus chirridos.

¡Y el centinela ulano se siente tan feliz, tan esforzado! Se ha dicho que mañana había de librarse una batalla. ¡Adelante! No dejará él de ir, como los demás, en medio del estruendo de las armas y el ondear de las banderas. ¡Adelante! Su sangre moza vibra como una trompeta guerrera, a pesar del helado soplo de la noche. Las tinieblas palidecen; de entre la sombra surgen los bosques, los zarzales, la hilera de chozas, el molino, los álamos; despunta la aurora.

¡Qué hermosa es la querida, la adorada patria bajo el rosado esplendor del sol matinal! ¡Ah hermosa, hermosa entre todas!

¡Silencio! El centinela escucha; alguien se acerca...; ¿es el relevo?

De pronto, una voz resuena junto a Skawinski:

—¡Hola, viejo; levantaos! ¿Qué os pasa?

Abrió el viejo los ojos y miró al que estaba allí con él; en su cerebro luchaban las últimas imágenes del sueño con la realidad; pero poco a poco las visiones se esfumaron y desaparecieron por completo. John, el guardián del puerto, estaba delante de él.

—¿Qué sucede?—preguntó John—; ¿está usted malo?

—No.

—No ha encendido usted el faro, y ha de abandonar inmediatamente el servicio. La barca que viene de San Geromo se ha deshecho sobre un banco de arena, y suerte que no se ha ahogado ningún tripulante, porque, de lo contrario, tendría usted que comparecer ante los tribunales. Baje usted conmigo; el cónsul le informará de todo lo demás.

El viejo se puso lívido: ¡era verdad, no había encendido el faro!

Unos días después hallábase Skawinski a bordo del vapor que sale de Aspinwal con rumbo a Nueva York. El desgraciado había perdido su empleo, y otra vez la vida trashumante se le presentaba ante los ojos. El viento había vuelto a tomar por su cuenta aquella hoja seca para arrastrarla de nuevo por los mares y por los continentes, continuando su juego burlón y cruel.

Durante aquellos pocos días habíase operado en el viejo un cambio sorprendente. Iba muy encorvado, y sólo sus ojos conservaban un brillo singular. Para emprender el nuevo viaje habíase buscado un compañero: era su librito, que llevaba constantemente apretado contra el pecho y que de vez en cuando tocaba con los dedos, cual si le atormentara la idea de que algún día pudiera desaparecerle.

FIN

YANCO «EL MUSICO»

Nació enclenque, raquítico. Las vecinas, reunidas alrededor del lecho de la recién parida, sacudían la cabeza, observando ora a la madre, ora al hijo. La herradora, más entendida que las demás, púsose a consolar a la enferma.

—Aguarda—dijo—; voy a encenderte un cirio bendito. Estás apañada, comadre; lo que debes hacer es prepararte para el viaje al otro mundo y llamar a un cura para que te despache.

—Y al crío—dijo otra—es menester bautizarlo inmediatamente, pues ni tiempo va a dar a que llegue el señor cura. Todavía gracias a que no se nos muera moro.

Y así diciendo encendió un cirio, tomó en brazos a la criatura, rocióla con agua y dijo:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y te impongo el nombre de Yanco. Y ahora, alma cristiana, ya puedes volverte allá de donde viniste.

Pero el alma cristiana no tenía grandes deseos de volver al lugar de donde había venido, dejando en la tierra su cuerpecito descarnado. Al contrario, comenzó a agitar cuanto pudo sus piernecitas

y a llorar; pero de tan lastimero modo, que decían las comadres:

—¡Es cosa de reírse; maúlla como un gatito!

Mandaron por un cura. Fué, hizo cuanto el caso requería, y luego se marchó.

La paciente fué mejorando, y al cabo de una semana ya pudo reanudar su trabajo. El chiquitín maullaba todavía; pero, al fin y al cabo, maullaba..., y así, maullando, llegó a los cuatro años, en cuya edad, cual si se viera libre de embrujamiento, empezó a crecer, aunque míseramente, muy poco a poco, hasta alcanzar el décimo año de su menguada y ruin existencia.

Era un chicuelo tostado por el sol, con la panza abultada y las mejillas enjutas. Los cabellos, de estopa, casi blancos, le caían por delante de los ojos; unos ojos claros y desencajados que parecían mirar en el vacío.

En invierno se escondía detrás de la estufa apagada, y allí se quedaba llorando de frío y de hambre cuando la madre no tenía qué echar en el puchero. En verano iba por esos mundos de Dios con una camisa ceñida con un cintajo y un desvencijado sombrero de paja, por debajo del cual miraba, levantando la cabeza como un pajarillo.

La madre, pobre asistenta que vivía día por día, como una golondrina bajo tejado ajeno, le quería quizá... a su manera; pero con frecuencia le zurraba. A los ocho años, Yanco ayudaba ya a los pastores, y cuando en casa no había ni un mendrugo, íbase al bosque a buscar setas. ¿Cómo

fué que no le devoraron los lobos? Sólo Dios lo sabe.

Era un muchacho pusilánime que, según costumbre de todos los rapazuelos campesinos, se chupaba el dedo cuando oía hablar a los demás. Nadie creía que llegase a grande, y aun menos que su madre pudiese hacer de él algo de provecho, porque, en realidad, no servía para nada.

Cómo fué no se sabe; pero por una cosa sentía una irresistible inclinación: por la música. Por todas partes oía música, y, ya mayorcito, sólo en la música pensaba, siempre en la música.

Si lo mandaban al bosque con las ovejas o con un cestito para recoger bellotas, volvía a casa con el cesto vacío y exclamaba:

—¡Madre mía, y cómo cantaba todo en el bosque! ¡Uy! ¡Uy!...

Y la madre le interrumpía:

—¡Aguarda, aguarda; soy yo quien te va a cantar una cosa!—y le cantaba cierta canción sobre las costillas.

Chillaba el infeliz; prometía no hablar más de música; pero ni por un momento dejaba de pensar en los sonidos y armonías que en el bosque oía.

Pero ¿qué es lo que oía?... ¿Lo sabía él acaso?...

¡Los pinos, los abetos, los brezos, las encinas, los pájaros; todo, todo cantaba en el bosque; el bosque entero cantaba!... ¡Hasta el eco!... En los prados cada hierba cantaba también, y en el huerto los gorriones piaban tan recio, que al oírles temblaban las cerezas. Al anochecer poníase a escu-

char las voces que llegaban del villorrio y le parecía como si todo el villorrio cantara... Cuando lo mandaban a extender estiércol, oía cantar el viento al pasar por entre los dientes del bieldo... Una vez que estaba así, con el pelo revuelto, escuchando embelesado los mugidos del viento, quitóse el capataz el cinturón y le dió con él unos azotes, como recuerdo. Pero todo, todo fué en vano.

La gente le llamaba Yanco *el Músico*.

En primavera se escapaba de casa para irse al borde del arroyo melodioso, y de noche, cuando croaban las ranas en los charcos y cantaban los gallos, de pie sobre los setos vivos, él no podía dormir, con el oído siempre en acecho. Dios sabe qué armonías descubría en todas aquellas voces.

La madre no lo llevaba nunca consigo a la iglesia, porque en cuanto el órgano rompía a tocar y empezaba a oírse el coro de suavísimas voces, se le cubrían de niebla los ojos al pequeñuelo, cual si mirasen asomados al otro mundo.

El sereno del pueblo, que para ahuyentar el sueño contaba las estrellas o conversaba con los canes, veía con harta frecuencia la camisilla blanca de Yanco camino del mesón. Pero Yanco no entraba en el mesón; quedábase por allí muy cerquita, y, pegadito a una pared, poníase a escuchar. Dentro bailaba la gente, y un muchacho cantaba: *¡Ay, ay, ay!* Oíanse las voces de los mozos y el restregar de los zapatos y el violín que cantaba muy meloso: *Comamos, bebamos, cantemos...*, mientras el contrabajo, con voz profunda, le respondía:

Como Dios quiere, como Dios quiere... Las ventanas resplandecían de luz; las vigas del techo parecía que temblaban, que tocaban, que cantaban; y Yanco no se cansaba de escuchar.

¡Oh, qué no habría dado él por poder poseer un violín como aquél, que tocase tan meloso *Comamos, bebamos, cantemos!...* ¡Qué cosa más rara esos maderos cantores! ¿De dónde los sacarán?... ¿Quién los construirá?... ¡Oh, si una vez, siquiera una vez, pudiese él tener uno en la mano! Pero no; al pobrecillo sólo le era dado poder escuchar el del mesón..., hasta que se oía la voz del sereno:

—¡Vete a casa, diablillo!

Entonces se alejaba a toda prisa, con los pies descalzos, y en la obscuridad y en el silencio de la noche distinguía ya lejanas la voz melosa del violín: *Comamos, bebamos, cantemos...*, y la profunda y majestuosa del contrabajo: *Como Dios quiere, como Dios quiere...*

Era para él una gran fiesta el día que podía oír música, ya fuese en un casamiento o en la fiesta de las mieses. Terminadas las tocatas, subíase encima de la estufa y allí permanecía horas enteras pensativo, ensimismado, con los ojos relucientes como un gato.

Ingeniándose, llegó a fabricarse un violín con una crin y una corteza; pero aquel violín no quería tocar tan bien como el del mesón; tocaba, sí, pero con voz muy ronca y apagada, como un ratón o como un mosquito. Sin embargo, rascábalo todo el santo día, desde el amanecer hasta que se

acostaba, a pesar de recibir por el dichoso violín tantos y tales mojicones, que ya tenía la cara hecha una alcachofa de puro magullada. Pero... era así de natural.

Yanco enflaquecía visiblemente; el pelo se le enmarañaba cada día más; los ojos se le ponían grandes, y a menudo se le llenaban de lágrimas; el pecho se le hundía, y se le ahuecaban las mejillas... No se parecía en nada a los demás muchachos; a quien se parecía era a su violín de corteza, que apenas chistaba. Además, el hambre le iba extenuando, porque cuando no tenía pan—y era con frecuencia—sólo se alimentaba de zanahorias crudas y... de aquel inmoderado afán de poseer un violín de verdad.

Aquel afán no le llevó por buen camino.

El criado del palacio solariego sí que poseía un violín de verdad, y a veces, por la noche, lo tocaba un rato para recrear a la señorita camarera. Yanco iba de puntillas hasta la puerta de la despensa para contemplar el violín, que estaba colgado en la pared de enfrente. Mirábalo embelesado, con arrobamiento, como si se tratara de un objeto sagrado...

¡Oh, si una sola vez siquiera pudiera él tenerlo entre las manos para examinarlo bien!... Y sólo de imaginarlo ya se le derretía de gusto el corazón.

Una noche la despensa estaba desierta y no se veía a alma viviente en toda la casa, pues los señores se hallaban en el extranjero y el criado debía de encontrarse en un sitio apartado del inmenso caserón—quizá en las habitaciones de la se-

ñorita camarera—. Hacía ya rato que Yanco estaba contemplando el objeto de sus ansias; la luna llena entraba a raudales por la ventana de la despensa, yendo a dibujar en la pared un gran cuadro luminoso. El cuadro aquel se corría poco a poco hacia el violín, hasta que, por último, le iluminó de lleno. Lo que más relucían eran las partes salientes del instrumento, y tan resplandecientes resultaban, que Yanco no las podía mirar. Con la luz aquella todo se veía con la mayor nitidez; los costados ondulados, las cuerdas, el mástil, las clavijas relucían cual luciérnagas en la noche de San Juan, y a lo largo del violín colgaba, cual plateado galón..., el arco. ¡Qué bello, qué fantástico era todo aquello! Yanco lo contemplaba con arrobo y avidez.

Acurrucado debajo de los arbustos, con los codos apoyados en las puntiagudas rodillas y abierta la boca, miraba, miraba sin pestañear, miraba siempre. En momentos se sentía sobrecogido de miedo; en otros, una fuerza irresistible lo empujaba hacia adelante. ¿Era acaso un hechizo? Parecía que el reluciente violín se fuese acercando... ¡Sí, debía de ser un hechizo!...

En aquel preciso instante sopló el viento, y en el susurro de las hojas oyó Yanco distintamente una voz que muy quedo le decía:

—¡Ve, Yanco; no hay nadie en la despensa; ve, Yanco!...

La noche era clara y transparente... En los árboles del estanque comenzó a cantar el ruiseñor en trinos, ora dulces, ora estridentes, que decían:

—¡Anda, Yanco, cógelo!...

Un buho prudente y juicioso revoloteó en torno a la cabeza del pequeñuelo, chillando:

—¡No, Yanco; no vayas, no lo toques!...

Pero el buho desapareció y las hojas de los arbustos volvieron a susurrar:

—¡No hay nadie en la despensa!...

Relució de nuevo el violín... El mísero cuerpecito empezó a moverse, y el ruiseñor silbó otra vez:

—¡Anda, Yanco, cógelo!...

Ya la blanca camisilla avanza hacia la despensa; ya no se destaca en el fondo obscuro de los arbustos; ya está rozando el umbral..., y al cabo de un segundo se borra su silueta, quedando tan sólo un piececito fuera, que al fin también desaparece.

Oyese ya dentro de la despensa la anhelosa respiración de aquellos pulmones... Es inútil que venga el buho a gritar de nuevo:

—¡No lo toques!...

Las ranas, como asustadas, rompen a croar allá en el estanque; pero cesan en seguida, y cesa el ruiseñor de trinar y las hojas de susurrar. La noche se obscurece.

Entretanto, Yanco se arrastra por el suelo de la despensa, poco a poco, despacito, con un miedo atroz, que le crispa las manos y los pies y le hace silbar el aliento en la garganta...

Mientras estaba fuera sentíase como en su propia casa, como un animalito silvestre metido en un matorral; pero ahora, en la lobreguez de la despensa, le parece como si hubiera caído en una

trampa. Un relámpago que cruza el horizonte ilumina de improviso la despensa y al chiquillo, que, caminando a gatas, avanza con la cabeza levantada. Mas el relámpago se apaga, y la Luna se esconde tras una nube, y todo queda en las tinieblas.

De repente óyese un sonido lúgubre, triste, como si alguien tocara las cuerdas del violín, y... en seguida la voz recia de un hombre soñoliento que grita desde un rincón:

—¿Quién es?...

Yanco suspende el aliento; pero la recia voz repite:

—¿Quién es?...

Una cerilla se enciende, y..., ¡Santo Dios!, óyense golpes, gritos, sollozos; «¡Jesús, misericordia!» Y ladridos de perros, y voces, y ruidos por toda la casa, que se va alumbrando con las velas que acuden de todas partes, llevadas en alto por gente soñolienta.

Al día siguiente, Yanco fué conducido ante el juez. ¿Iban a juzgarlo como ladrón? Naturalmente. El alcalde y el juez lo miraron de arriba abajo, rígidos y severos, cuando compareció ante ellos, chupándose el dedo, desencajados los ojos por el terror, chiquitín, macilento, molido a golpes... Pero ¿qué castigo darle, si aun no había cumplido los diez años, si apenas se sostenía de pie?... ¿Meterlo en la cárcel?... ¡A pesar de todo, había que tenerle un poco de lástima! ¡Ea! ¡Que lo coja el sereno y que le dé unos azotes para que se le quiten las ganas de robar!

Y llamaron a Stach, el sereno.

—Tómalo por tu cuenta y procura que guarde memoria de su pecado.

Sacudió Stach la bestial cabezota, cogió al chiquillo como si fuera un gato y lo llevó debajo del brazo hasta el henil. Yanco no entendía ni una palabra de cuanto le sucedía; pero tenía un miedo cerval y no se atrevía a chistar; sólo miraba, miraba, cual pajarillo cogido en la red. Pero cuando Stach, después de tenderlo sobre el heno, le hubo dado con su correa brutalmente el primer golpe sobre las carnes, no pudo aguantar y gritó:

—¡Madre!

Y a cada azote que le lastimaba el cuerpo gritaba el infeliz:

—¡Madre!... ¡Madre!...

Pero con voz más acabada cada vez, hasta que, por último, enmudeció. ¡Pobre mísero violín destrozado!

¡Estúpido, malvado Stach! ¿Quién les pega así a los niños? ¡Y era aquél tan pequeño, tan enclenque y enfermizo! ¡Si apenas se sostenía!...

Fué la madre por él y tuvo que llevarlo en brazos; al llegar a casa lo acostó. Ya no se levantó más el pobrecillo. Al tercer día ya casi no respiraba, agonizando quietamente debajo de su raído cubrecama.

Chillaban las golondrinas al revolotear por entre las cerezas del huerto contiguo a la casita; un rayo de sol entraba por la ventana, abierta de par en par, iluminando con áurea claridad aquella ca-

becita hecha una borra y aquel semblante exangüe... Era el rayo aquel como un camino por el que el alma del angelito subía al cielo. Y era un gran consuelo que, al menos en el momento de la muerte, se le abriese aquella senda ancha y luminosa a él, cuya vida había sido un senderito tan angosto y tan lleno de abrojos...

Aquel pecho extenuado todavía respiraba un poquitín, y aquel lívido semblante parecía absorber aún la música que por la ventana entraba. Anochecía; las mozas del villorrio regresaban de los prados cantando alegremente: *¡Oh, sobre la pradera, sobre la verde pradera!*... Y del arroyo llegaba como un gorjeo, y la campana de la iglesia dulcemente tañía. Y Yanco, moribundo, escuchaba aquella música por la postrimera vez... Junto a él, sobre la cama, yacía también su violín de corteza.

De pronto la carita del niño agonizante se iluminó, y sus labios, en un temblor convulsivo, murmuraron:

—¡Madre!

—¿Qué quieres, hijo mío?

—¡Madre! Dios Nuestro Señor, ¿va a darme en el cielo un violín de verdad?

—Sí, hijito; te lo dará, te lo dará—exclamó la madre.

Pero no pudo decir más, porque el corazón se le despedazaba dentro del pecho.

—¡Jesús, Dios mío!—gimió la infeliz.

Y cayó desplomada sobre el baúl, estallando en desesperados sollozos, como una loca.

Cuando alzó la cabeza miró a su niño; los ojos del musiquillo estaban abiertos e inmóviles, y tenía la cara seria, lívida, afilada.

El rayo de sol también había desaparecido...

¡Descansa en paz, Yanco!

* * *

Al cabo de unos días regresaron de Italia los señores del palacio solariego. Volvió la señorita y el caballero que le hacía la corte.

Dijo el caballero:

—*Quel beau pays que l'Italie!*

—¡Y qué artista es allí la gente!—añadió la señorita—. *On est heureux de chercher là-bas des talents et de les proteger...*

. . . . . .

Sobre la tumba de Yanco susurran los abetos.

FIN

SUEÑO PROFETICO

Mucho se habló aquella noche en la tertulia de presentimientos, apariciones de difuntos, fenómenos telepáticos y otros sucesos maravillosos y milagrosos de esos que tanto empiezan a preocupar hoy en día a las gentes, así idóneas como profanas.

Hallábase entre los allí congregados el médico de cabecera de los dueños de la casa donde se celebraba la tertulia, hombre conocido por su escepticismo, del que solía hacer gala con la mayor ostentación.

En un momento de pausa, después que hubieron terminado otro relato, una de las señoras preguntó al escéptico doctor si jamás en su vida le había acaecido algo extraordinario, cuya explicación había sido siempre un misterio para él.

—En mis mocedades—contestó el doctor—tuve un sueño o, por hablar con mayor exactitud, una serie de sueños tan singulares, que superan en portento y maravilla cuanto acabamos de oír. Si tienen ustedes interés en ello, con mucho gusto se lo puedo contar.

Y como sintieran todos grandes deseos de saber

lo que al escéptico doctor había ocurrido, éste empezó en seguida a hablar con estas o parecidas palabras:

—Hará próximamente unos doce años hallábame yo en Biarritz tomando baños de mar. Pero no era ésta mi única ocupación; también estaba yo enamorado de una bella inglesa. Era una miss extremadamente original y sujeta a los más singulares caprichos.

Una vez nos tuvo hasta las tres de la madrugada—a mí y a otros de sus adoradores—en un balandro contemplando las estrellas y hablando de la posible transmigración de las almas de uno a otro planeta.

Al regresar a casa sentíame rendido de cansancio, y ni siquiera pude terminar la lectura de una carta que encontré sobre el buró, pues me quedé dormido en mi butaca.

En cuanto hube entornado los párpados, parecióme hallarme en una gran ciudad y a punto de salir de una casa desconocida, ante cuyo portal estacionaba un coche fúnebre.

Para hacerme comprender mejor, debo advertir que allí, en aquel país extranjero, el fúnebre traslado de los difuntos no se verifica en esa especie de pirámides o catafalcos que aquí se usan, sino en un simple coche que llaman *corbillard*, y que sólo se diferencia de los demás carruajes por su forma rectangular alargada, sus adrales de cristal y la puertecita trasera, por la que se introducen los ataúdes.

Era precisamente un coche de esos el que vi en mis sueños. Pero no acaba aquí la cosa.

Junto al carro fúnebre estaba de pie un muchacho de unos quince años, vestido de negro, con la chaqueta adornada con numerosos galoncitos bordados y diminutos botones de metal.

En cuanto se hubo percatado de mi presencia, abrió la puertecita trasera del *corbillard* e, inclinándose con amable deferencia, hízome una cordial seña con la mano, como invitándome a deslizarme en el interior.

Y a pesar de que en los sueños las cosas más inverisímiles y extraordinarias parecen ser muy sencillas y hacederas, recuerdo perfectamente que me sentí sobrecogido de terror; y tan brusco e impetuoso fué mi movimiento de retroceso, que di de cabeza con gran violencia contra el respaldo de la butaca en que dormía.

Como es de suponer, desperté al instante.

Al cabo de dos días la compañía de mi bella inglesa me hizo olvidar por completo aquel sueño singular; pero a la tercera noche volvió éste a repetirse con la más sorprendente exactitud.

Y así continuó repitiéndose durante tres o cuatro noches, llegando al fin a molestarme sobremanera.

Lo que mayor extrañeza y maravilla me causaba en aquel sueño era precisamente la absoluta exactitud en la repetición de la misma casa, del mismo carro fúnebre y, sobre todo, del mismo muchacho, vestido de idéntica manera, y del mismo

gesto amable con que me invitaba a penetrar en el interior del lúgubre vehículo.

Conservo todavía fiel recuerdo de su chaqueta negra, de sus galoncitos dorados, de sus diminutos botones de metal, y también de su pelo rubio y de sus ojos grises, situados a gran distancia uno de otro, y que hacían pensar, no sé por qué, en los ojos de ciertos peces.

En fin, señores, tendrán ustedes que convenir conmigo que en presencia de semejante persistente repetición de un mismo sueño, sobrados motivos tenía yo para sentirme profundamente inquieto.

Al cabo de unas semanas partí para París y fuí a hospedarme en el mismo hotel que mi bella inglesa.

Llegamos allí ya anochecido, aproximadamente a la hora de la cena, formando entre amigos y conocidos una asaz numerosa comitiva.

Apresuréme a quitarme los vestidos de viaje, y dirigíme acto seguido al ascensor, al objeto de bajar al comedor para tomar mi cena.

Al otro extremo del pasillo vi a algunos de mis conocidos que se dirigían también a toda prisa hacia el ascensor; pero fuí el primero en llegar a la puertecilla de la escalera, y llamé con el timbre eléctrico. A los pocos segundos oyóse el sordo ruido de la máquina que subía; luego la puertecilla se corrió y... de repente retrocedí cual si se me hubiese presentado ante los ojos la misma muerte en persona.

En el marco de la puerta estaba de pie un mu

chacho de unos quince años, de pelo rubio y ojos de pez, vestido de negro, con la chaqueta adornada con galoncitos bordados y diminutos botones de metal; en una palabra, el mismísimo muchacho que con tanta obstinación veía yo en mis sueños.

Estábase allí de pie, junto a la entrada del ascensor, aun vacilante y movedizo, y con un ademán lleno de gracia y de afabilidad invitábame a penetrar en él.

He de confesar que, por primera vez en mi vida, supe que verdadera, realmente, los cabellos pueden erizarse de horror en la cabeza de los más valientes.

Y entonces, como he dicho ya, retrocedí petrificado, sobrecogido de espanto, presa de pánico, y a grandes zancadas fuí bajando por los peldaños de la escalera que conducía al comedor.

Probablemente el ascensor esperó todavía unos instantes a otros viajeros, mientras yo permanecía en el vestíbulo, sentado en un sillón, procurando con el periódico que tenía en la mano calmar un poco u ocultar al menos mi turbación, pues sentía que debía de estar pálido como la cera.

Y luego... no sé... Tal vez transcurrieron algunos segundos, tal vez algunos minutos..., cuando, de repente, oí un horrible grito y acto seguido un formidable estruendo... y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí vi tendidos en el vestíbulo varios cuerpos humanos, envueltos a toda prisa en sábanas ensangrentadas.

El muchacho también quedó muerto, según supe después.

Y ahora que explique el caso quien se atreva.

Con sobrada razón me tienen ustedes por un escéptico; porque, lo confieso, si a una persona cualquiera le oigo narrar lo que yo he presenciado con mis propios ojos, nada, que no hubiera yo prestado el menor crédito a sus palabras.

FIN

INDICE

—

	Páginas
LILIANA.—(A través de las estepas.)	9
I	10
II	23
III	36
IV	49
V	59
VI	73
VII	86
VIII	97
EL TORRERO.— I	115
II	126
III	134
YANCO «EL MÚSICO»	142
SUEÑO PROFÉTICO	154

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 082009587